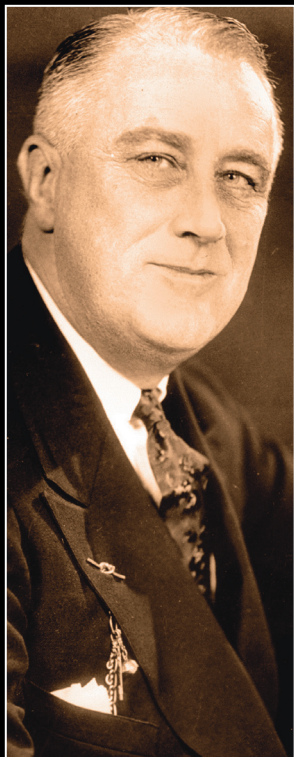
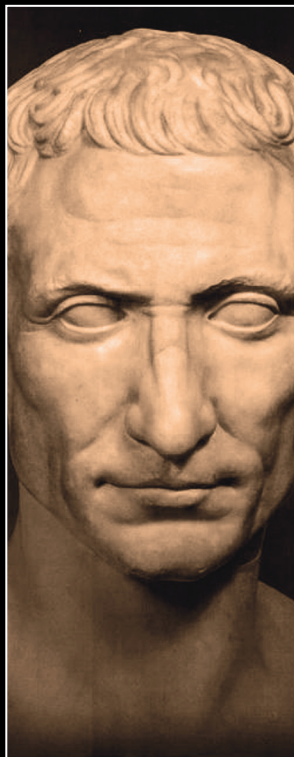


OCHO MOMENTOS DE LA HISTORIA UNIVERSAL

Abelardo Forero Benavides



UNIVERSIDAD DEL ROSARIO



UR

Ocho momentos de la Historia Universal

Ocho momentos de la Historia Universal

Abelardo Forero Benavides



© 2012 Universidad del Rosario
© 2012 Herederos de Abelardo Forero Benavides
© 2012 Clemencia Forero Ucrós, por la Introducción

ISBN: 978-958-738-264-8

Primera edición: Bogotá D. C., junio de 2012
Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario
Diseño de cubierta: Miguel Ramírez, Kilka DG
Diagramación: Precolombi EU-David Reyes
Impresión: Xpress estudio gráfico y digital
Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 No. 12B-41, of. 501 • Tel: 297 02 00, ext. 7724
<http://editorial.urosario.edu.co>

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de la Editorial Universidad del Rosario

Forero Benavides, Abelardo

Ocho momentos de la Historia / Abelardo Forero Benavides. — Universidad del Rosario. — Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2012.
422 p. (Colección Ciencia Política y Gobierno y de Relaciones Internacionales)

ISBN: 978-958-738-264-8

Historia Universal / Historia Antigua / Historia moderna / I. Universidad del Rosario, Facultad de Jurisprudencia / II. Título. / III. Serie.

909 SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

dcl

Mayo 17 de 2012

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Contenido

Presentación	11
Introducción	13
La vivencia de la historia y la cátedra de Forero Benavides	17
<i>Clemencia Forero Ucrós</i>	

Primera parte

I. Los orígenes de la tragedia.....	25
II. Los Sofistas	57
III. César	77
La conquista de las Galias.....	94
La entrevista entre César y Ariovisto.....	96
La religión de los druidas.....	100
La isla de Bretaña.....	101
Vercingetorix.....	102
El sitio de Alesia.....	104
La derrota de Craso.....	106
La lucha entre César y Pompeyo	107

IV. Drama en el hogar de Servilia	111
V. Un ondulante enemigo de César: Cicerón	125
VI. La amiga de César: Cleopatra.....	133

Segunda parte

I. El eje de la historia.....	145
II. Los poetas que descendieron a los infiernos	149
III. El Dante, hombre de partido	165
Las cuatro sombras.....	166
El hombre de partido.....	177
Purgatorio e infierno.....	180
IV. El descubrimiento (Cronistas de la cultura precolombina).....	183
V. El mundo eslavo.....	199
La invasión mongola.....	214
A espaldas de Occidente	222
VI. El libro del Marqués de Custine	227
VII. La Constitución inglesa.....	243

Tercera parte

I. César, Mirabeau, Bonaparte.....	283
El titán	301
La circunstancia histórica	302
El hombre necesario	303
La civilización pudo salvarse.....	305
Circunstancia y obra.....	306
La conquista de las Galias.....	307

El único que vio claro	308
El reinado de la palabra	310
II. Lincoln	
(La guerra de secesión)	313
Las fuentes de la esclavitud.....	316
Todos los hombres nacen iguales	317
La aparición del leñador.....	319
La ley de los esclavos fugitivos	323
La espada corta el nudo	325
El sueño de Lincoln	327
Bajo la cúpula	329
III. El final del siglo XIX.....	331
5 de julio.....	343
6 de julio.....	345
7 de julio.....	346
8 de julio.....	346
9 de julio.....	347
19 de julio	347
23 de julio	348
26 de julio	348
25 de julio	353
28 de julio	354
29 de julio	355
30 de julio	360
1° de agosto.....	362
2 de agosto	367
3 de agosto	372
5 de agosto	374
IV. De Wilson a Roosevelt.....	377
V. La historia de Francia.....	397

Presentación

Abelardo Forero Benavides fue un político de importancia que recorrió los diversos estamentos de la actividad pública, como diputado, representante, senador, ministro, embajador y jefe de partido, pero simultáneamente y ante todo, fue un intelectual que tenía preferencia por la historia y el conocimiento de sus grandes personajes.

Ese modelo interpretativo de la historia, de sus más notables personalidades y de su entorno, lo acompañaba con una cautivante gestualidad, con una especial elocuencia, con una gracia que permitía suspender las clases que impartía o las intervenciones en los medios y reanudarlas días después como si no hubiese transcurrido el tiempo.

El profesor Abelardo Forero Benavides fue profesor de varias universidades en Colombia y en el exterior. En Bogotá, los estudiantes de las universidades del Rosario y de Los Andes oyeron en sus aulas sus lecciones. Dos alumnos Rosaristas, Carlos Duarte Dupuy y Guillermo González Lecaros, se dieron a la tarea de recopilar sus apuntes, luego de corregirlos con el profesor, y posteriormente, de manera quijotesca, procurar una edición que pasó a constituirse en un referente para el seguimiento de las clases del profesor, así como para recordarlas con deleite, una vez cesara la calidad de estudiante.

Esos apuntes de clase, corregidos y aumentados por el autor, rescatados varios décadas después por Guillermo González Lecaros, actual Rector del Gimnasio Moderno de Bogotá, están contenidos en este libro que la Universidad del Rosario publica con ocasión del centenario del natalicio del maestro Forero.

Introducción

Durante varios años Forero Benavides dictó su cátedra de Humanidades e Historia en el claustro de la Universidad del Rosario y cautivó la atención de centenares de estudiantes con su visión apasionada de la historia, nutrida por sus vastas lecturas y fundamentada en su conocimiento de los clásicos y de los grandes historiadores europeos.

Esta conmemoración no queda circunscrita a la solemnidad del momento, sino que está admirablemente complementada por la reedición de los apuntes de clase de Forero Benavides, que contribuyen a la permanencia y proyección en las nuevas generaciones de su tarea como profesor.

Un grupo de estudiantes rosaristas de la época, liderados por Guillermo González Lecaros, tuvieron la iniciativa de grabar y recoger las magistrales conferencias de Forero Benavides y conservarlas para hacerlas perdurables. En muchas ocasiones Guillermo González conversaba conmigo sobre la necesidad de reeditarlas, ya que la edición inicial hecha en una modesta imprenta con el esfuerzo personal de los autores de esta iniciativa hace cerca de cuarenta años se agotó rápidamente y muy pocos conservaron algunos ejemplares en los anaqueles de sus bibliotecas privadas.

La Universidad del Rosario hace hoy posible que en esta fecha conmemorativa rescatemos para el estudiante, el investigador y el público en general, estos apuntes de clase, titulados *Ocho momentos de la historia universal*. El vicerrector Alejandro Venegas Franco fue el generoso impulsor de esta iniciativa.

Ocho momentos de la historia universal vuelve a la vida en un impresionante mosaico, en el que va surgiendo ante los ojos del lector la historia del mundo, a través de sus personajes. Con amplias referencias bibliográficas y de la mano de los clásicos y de historiadores de la talla de Luis Madelin, Edmund Burke, el marqués de Custine y Alexis de Tocqueville, podremos volver a recorrer en estos apuntes de clase la historia de Grecia, “en la luminosa mañana del mundo” que Forero Benavides describe con emoción y maestría, la grandeza de Atenas, el legado de Roma, el otoño de la Edad Media, el mundo eslavo y la formación del Estado ruso, la Revolución Francesa, la guerra de secesión en los Estados Unidos, la Primera Guerra Mundial o el ideal wilsoniano. Estas páginas son el muestrario de una cátedra viva que recupera su vigencia y que sigue teniendo la capacidad de ilustrar, a la vez que formar a la audiencia en los valores humanísticos.

Son muchas las facetas que distinguen la dilatada y profusa trayectoria de Abelardo Forero Benavides como político, periodista y profesor. Ellas se entrecruzan y coexisten a lo largo de una vida que se distinguió por un indeclinable compromiso con Colombia desde el servicio público y por su vocación de transmitir y divulgar los más altos valores de las humanidades y la cultura.

Quisiera referirme en esta oportunidad a la especial aproximación a la Historia Universal y de Colombia que lo caracteriza, su apasionada manera de vivirla y su vocación para enseñarla y transmitirla generosamente, no solo a los estudiantes y académicos, sino también al público en general.

¿Cómo se produjo el encuentro de Forero Benavides con la historia? En el claustro de San Bartolomé los jesuitas lo formaron en los clásicos y lo iniciaron en la filosofía y en la lógica. Pero el encuentro decisivo con el acontecer mundial se dio cuando el joven dirigente liberal, que se iniciaba en la política, tuvo la oportunidad de ser designado por Alfonso López Pumarejo como primer secretario de la Legación de Colombia ante la Sociedad de las Naciones. El jefe de misión era don Luis Cano, por quien profesó una gran admiración y a quien acompañó a históricas conferencias como la de Evian, en la que se abordó por primera vez, en los albores de la guerra, el tema de la suerte del pueblo judío, su éxodo y refugio, ante la implacable persecución de los nazis.

El joven diplomático pasó tres años decisivos en su formación, tomando ávidamente notas en un pequeño cuaderno, en donde registraba minuciosamente las intervenciones y debates en un proceso diplomático que no tuvo la capacidad de prevenir la segunda hecatombe europea y mundial.

De esos apuntes, que él mismo denominó *Diario de un diplomático desconocido*, surgieron las bases de una publicación, la primera de carácter histórico de Forero Benavides, que lleva el atractivo título de *La victoria de los vencidos*, editada en 1940.

Aparece desde las primeras páginas el rasgo que habrá de distinguir la visión de la historia que caracteriza a Forero Benavides. El autor no es el analista que observa el acontecer desde afuera, sino el testigo de excepción que nos hace entrar en el escenario y nos hace vivir los procesos:

Durante tres años asistí al proceso de descomposición de la Sociedad de las Naciones y tuve la oportunidad de conocer a los personajes que intervinieron más directamente en los preliminares de la segunda guerra mundial: Litvinoff y León Blum, el coronel Beck y Daladier, Eduardo Herriot y Halifax, Edén y Negrín, Spaak y Álva-

rez del Vayo. No podía menos de dedicar una emocionada atención a cada uno de los detalles del gigantesco drama ideológico que se estaba librando y algunos de cuyos actos esenciales tuvieron lugar en Ginebra. La Sociedad de las Naciones representaba el orden europeo surgido en Versalles y que Hitler aspiraba a modificar. De tal manera que el ocaso de esta institución coincidía con la pérdida paulatina de influencia política de las democracias occidentales.

Al regresar a Colombia quiso Forero Benavides recoger en una publicación estas experiencias con el fin de contribuir a la comprensión de lo que estaba aconteciendo en Europa y que tendría graves consecuencias en las Américas. Y nos dice en el prólogo de *La victoria de los vencidos*:

Nosotros no vivimos ausentes del mundo que se está transformando y mucho menos de la suerte de los Estados Unidos, comprometidos directamente en la guerra. Y así como la Revolución Francesa trajo como consecuencia la modificación de la mentalidad de los primeros dirigentes criollos, esta revolución mundial habría de repercutir fatalmente en la mentalidad de las nuevas generaciones [...] No podemos negar la importancia que para el mundo tiene el apogeo de la doctrina totalitaria...”¹

Pasarían varios años para que el ojo avizor de Forero Benavides se concentrara en la cátedra, en donde basado en sus amplias lecturas, llevaría de la mano a los estudiantes a recorrer con él momentos estelares de la historia de Colombia y de la Historia Universal y se dedicara a difundir en el ámbito académico de la Universidad de los Andes y del claustro de la Universidad del Rosario, los valores siempre vigentes de los clásicos, los legados de Grecia y de Roma, las lecciones de la Revolución Francesa o los fragores de las dos Guerras Mundiales.

¹ *La victoria de los vencidos*, prólogo, Abelardo Forero Benavides, Bogotá, Editorial Kelly, 1940.

Al regresar de su misión como embajador en Argentina en 1959, y en medio de las vicisitudes y vaivenes de la política, la Universidad de Los Andes lo acogió como catedrático y desde ese momento nunca abandonó la cátedra. Aun cuando regresó al Congreso y cuando se desempeñó como ministro de Gobierno de Misael Pastrana Borrero, jamás dejó de reservar un espacio dentro de su agenda política para la cátedra, porque además de su vocación por la enseñanza de la historia, lo atrajo siempre el contacto con las jóvenes generaciones de estudiantes que acudían a escucharlo y con quienes compartía, también fuera del recinto académico, animadas tertulias sobre la historia y la política. Dentro de los jóvenes estudiantes que lo escucharon en la Universidad del Rosario se encontraba Guillermo González Lecaros, hoy Rector del Gimnasio Moderno, con quien Forero Benavides cultivó una cercana amistad. Guillermo tuvo la idea de recoger cuidadosamente esos apuntes de clase y luego le sugirió a mi padre que los revisaran juntos, en largas jornadas, para poderlos publicar por primera vez.

La vivencia de la historia y la cátedra de Forero Benavides

Se distinguen en sus escritos dos diferentes facetas: en primer término la del historiador que fue testigo de excepción de los hechos y que en esa condición los recopila, narra y analiza. Una segunda faceta es la del historiador que recrea un hecho histórico distante a su propio tiempo y lo analiza a través de testimonios directos.

En la primera faceta encontramos colecciones de ensayos como *Las grandes fechas*, publicación que fue inspirada y orientada por Jorge Mario Eastman como presidente de la Cámara de Representantes en 1979. Entre los distintos y vívidos episodios históricos que comprenden este tomo, encontramos los relatos sobre el 10 de julio

de 1944 y la tentativa de golpe contra el presidente López Pumarejo, la violencia en la Cámara el 8 de septiembre de 1949, el 9 de abril de 1948 o el 13 de junio de 1953.

Jorge Mario Eastman, en el prólogo de esta colección de fechas nos describe cómo el intelectual y el político militante se funden en la descripción y análisis de estos hechos de la vida contemporánea de Colombia. Señala que en ellos la historia se confunde con la autobiografía y la distancia entre el yo del historiador y el acontecimiento que lo ocupa se reduce al mínimo: “Es un hombre capaz de pasar, sin transición aparente, de la tumultuosa sesión parlamentaria a la vibrátil intimidad del escritor en ejercicio”.²

La segunda faceta es la del historiador que al analizar hechos en los cuales no fue ni protagonista ni tampoco testigo, hace una inmersión en ellos, para revivirlos y a la vez recrearlos, sin que pierdan su objetividad.

Para ello utiliza las cartas y las memorias como fuentes principales. Para Forero Benavides las cartas son testimonios de la vida. En *Las cartas infidentes* se refleja el estudio minucioso que hace el autor de la correspondencia de los protagonistas de la Independencia –Bolívar, Santander, Páez, Flórez, Sucre, Mosquera, Obando y Herrán– para captar el curso turbulento de los acontecimientos de 1830.

En el mundo de lo instantáneo, de las nuevas tecnologías del Internet, del Facebook y del Tweeter, las nuevas generaciones no alcanzan a captar el sentido de la carta, como tampoco el de la lejanía geográfica y el transcurrir del tiempo entre el que envía el mensaje y el que lo recibe y lo responde, porque todo es simultaneidad y repenismo. Forero Benavides nos describe el sentido y el valor de las cartas para el historiador que intenta escudriñar el sentido de los hechos y

² *Grandes fechas*, Colección Escritores Parlamentarios, Cámara de Representantes, 1979.

las recónditas razones que inspiraron a los protagonistas de la historia. Y nos describe el valor que para su comprensión de una determinada época tienen las cartas:

En esos tiempos en que los correos eran lentos, más tardos que los ríos, la correspondencia era más sincera, original y auténtica. No se puede estudiar la revolución de la Independencia si no se va a las fuentes esenciales, que son las cartas. A través de ellas conocemos la psicología de los personajes. Se vierten indiscretamente en ellas. No quieren ocultarse. En ciertos momentos dan la impresión de confesiones fragmentarias.³

El efecto de su análisis es el profundo acercamiento a los personajes y los hechos: “En efecto son confesiones, dirigidas al amigo traidor que después puede convertirse en enemigo y que utiliza en hojas volantes esos textos. Esas cartas esconden hondos misterios del alma. Los historiadores las buscan en los archivos particulares, pero las publican sin comentarios. La verdad no se encuentra si no se siguen las huellas de las plumas. El texto no se integra en el contexto...”⁴

Como resultado de ese análisis, para el autor “las figuras de los próceres descienden de la galería para mostrarse tal como eran y lo que pensaban generosa y siniestramente”. Como consecuencia, el héroe queda desprendido de su propio estereotipo y el mito se humaniza ante los ojos del lector.

Para Forero Benavides, “la historia no produce arquetipos, sino hombres concretos en sus misteriosos talleres. Existencias que se desenvuelven en un juego de luces y sombras. Iluminar su trayectoria móvil y algunas veces contradictoria, es la misión del historiador.”⁵

³ *Las cartas infidentes*, Instituto Colombiano de Cultura”, 1978, p. 7.

⁴ *Ibíd.*

⁵ *Ibíd.*

Su cátedra de varias décadas estuvo animada por el enfoque peculiar de la historia viva que hemos intentado describir. Forero Benavides no quiso que su amplia cultura permaneciera circunscrita al ámbito de sus amigos más selectos. Por el contrario, su generosidad intelectual y su vocación de gran comunicador lo llevaron a compartir sus lecturas y sus vastos conocimientos a través de la televisión colombiana.

En un hecho sin precedentes, el programa *El pasado en el presente* con el maestro Ramón de Zubiría, se mantuvo cerca de quince años. Y a través de la animada tertulia de dos hombres profundamente cultos, la teleaudiencia colombiana tuvo acceso a la conversación ilustrada sobre los temas más diversos del arte, las letras y la historia.

Reitero mi agradecimiento y el de toda mi familia a la Universidad del Rosario por este solemne homenaje y termino con una reflexión sobre la trayectoria vital de Forero Benavides: encontramos que en ella se entrecruzan los azares de la vida política con la pasión del periodista y la vocación del maestro de generaciones. Sobresalen rasgos esenciales que lo distinguen y lo singularizan: la ecuanimidad y la tolerancia en sus actuaciones políticas, en las que jamás anidó el odio, su voluntad de servicio a Colombia por encima de cualquier ambición personal y su disposición generosa de transmitir, en la forma más amplia y accesible, los valores esenciales del humanismo y las lecciones de la historia.

Clemencia Forero Ucrós

Mayo de 2012

Primera parte

La publicación de estas lecciones sobre algunos capítulos de la Historia Universal, se debe a la amable iniciativa de dos distinguidos alumnos míos, Guillermo González Lecaros y Carlos Duarte Dupuy, quienes tuvieron la oportunidad de oírlas en las aulas del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Estas lecciones no tienen originalidad ni presunción.

Algunas de ellas fueron tomadas de las cintas magnetofónicas, grabadas por algunos alumnos atentos y deseosos de conservarlas. Y ellas están dedicadas, en su publicación en forma de libro, a los estudiantes del Colegio de Nuestra Señora del Rosario y de la Universidad de los Andes, con los cuales he estudiado y vivido apasionadamente estos episodios de la Historia Universal.

ABELARDO FORERO BENAVIDES

I Los orígenes de la tragedia

Se habla de la historia antigua. Quizá ese calificativo está mal empleado. La historia antigua se refiere precisamente a los pueblos jóvenes, que vivieron la juventud del mundo, las primeras mañanas de la historia. Los antiguos somos nosotros, porque somos los viejos.

Los antiguos vieron con ojos deslumbrados la mañana de la historia, asistieron al despertar de la conciencia humana,, admiraron la naturaleza vertida, a través de los sentidos en la primitiva frescura de la imaginación, crearon sus mitologías, iniciaron las explicaciones primeras del mundo, poblaron los montes y el mar de símbolos, personificaron en los dioses los poderes de la naturaleza. No tenían el lastre de pasados milenios.

Poseían la facultad de asombrarse, ante la luz y la noche, el viento y el rayo, el árbol y la roca, el amor y la muerte.

“Creemos —dice Karl Jaspers— que el eje de la historia se sitúa en el desarrollo espiritual que ha tenido lugar entre el 800 y el 200 antes de Cristo. Es entonces cuando surge el hombre con el que vivimos todavía hoy. Llamamos brevemente a esta época la época axial. Ocurren simultáneamente cosas extraordinarias. En China viven

Confucio y Laotsé y se ve cómo nacen todas las tendencias de la filosofía china. Es el tiempo en que enseñan Mo-ti, Tchouange-tsé. Lié-tsi y otros innumerables. En la India se componen los “Upanichads”. Es el tiempo de Buda. Se desarrollan todas las posibilidades filosóficas, el escepticismo y el materialismo, hasta la sofística y el nihilismo, como es el caso de China”.

“En Persia, Zoroastro desarrolla su áspera visión del mundo en la que el universo aparece desgarrado por el combate del bien y del mal. En Palestina se alzan los profetas: Elías, Isaías, Jeremías, hasta el segundo Isaías.

“En Grecia estaba Homero. Los filósofos Parménides, Heráclito, Platón. Los trágicos. Tucídides y Arquímedes. Todo lo que tales nombres pueden evocar, ha aumentado a lo largo de estos pocos siglos, casi al mismo tiempo en Grecia, en la India y en el Occidente, sin que estos hombres hayan sabido nada unos de otros”.

“La novedad de esta época es que en todas partes el hombre adquiere conciencia del ser en su totalidad, de sí mismo y de sus límites. Tiene experiencia del mundo terrible y de su propia impotencia. Plantea cuestiones esenciales y decisivas, y ante el abismo abierto aspira a su liberación y a su salvación. Tomando conciencia de sus límites, se propone al mismo tiempo los fines más elevados. Encuentra lo absoluto en la profundidad del sujeto consciente y en la claridad de la trascendencia”.

“Es en este tiempo cuando fueron elaboradas las categorías fundamentales según las cuales pensamos todavía hoy, así como las grandes religiones que sostienen nuestra vida”.

La historia de Grecia tiene una pauta distinta a la historia de Roma. En ésta predomina la acción, la voluntad de dominio.

Un núcleo poderoso de energía, las cien familias de campesinos acampados a las orillas del Tíber, se dilata y se expande, domina la llanura vecina, el río, las montañas itálicas, salta sobre Sicilia, se extiende

a las islas del Mediterráneo occidental, cae sobre el África, alarga su zarpa hasta los jardines de la Academia, cruz el Helesponto. Convierte al Mediterráneo en el Mare Nostrum.

La historia de Grecia avanza bajo el signo de la pluralidad. Para hablar de manera apropiada, habría que escribir la historia de cada una de sus ciudades. Mileto, Efeso, Esparta, Argos, Atenas, Corinto, Tebas, Mytilene, Delos. Cada una de ellas tiene su personalidad, su trayectoria, sus instituciones políticas, su peculiar proceso histórico.

¿Qué une a estos pueblos...? En primer término el mar, lo mismo que los aparta.

Tenían en común la ascendencia y la leyenda. Conocían de memoria los cantos, repetidos por los rapsodas y reconocían los mismos héroes. La *Ilíada* es el aglutinante lítico de las tribus dispersas.

Con dialectos diferenciales, hablaban el mismo idioma. Y en la cumbre del Olimpo, vivían y se agitaban, semejantes a los hombres, los dioses de la raza.

Los animaba un innato sentido de la libertad. No se agruparon en inmensas masas sumisas como las satrapías persas. Lucharon, bajo un mismo pendón, contra el asiático, en tres epopeyas:

Contra Troya, bajo el comando de Agamenón.

Contra el Persa en las Termópilas y en Salamina.

Y a la hora de la venganza, bajo el comando de Alejandro, designado "*hegemón*" de todos los helenos, como consecuencia de la obra política de su padre; y vengador, por designio de los dioses.

Se ha hablado del milagro griego. Y la admiración que suscita el milagro no se disipa.

En Jonia se hicieron las primeras preguntas y se dieron las primeras explicaciones del mundo.

En Atenas se organizó la democracia, bajo la inspiración matemática de Clístenes.

Se levantó el Partenón, en agradecimiento a los dioses, después de las guerras médicas.

Y en las fiestas dionisiacas, apareció la tragedia.

—

Son remotos los orígenes del teatro. Remotos y oscuros. A partir de 1928 se ha abierto camino la tesis de que los egipcios lo inventaron, antes de que tuviera lugar el nacimiento de la tragedia griega.

Kurt Sethe publicó “un papiro dramático, especie de memorándum de un maestro de ceremonias, a propósito de la organización de los misterios sagrados. El ritual de la coronación de Sesostri I, hacia el año 1330 antes de Cristo, podía asimilarse a un espectáculo teatral. Y se han hecho descubrimientos recientes. En 1942 Blackman y Fierman, descubrieron tres textos dramáticos, que acompañan los bajo-relieves del templo de Edfu. De estos textos ha sido posible desgajar fragmentos dramáticos de representaciones muy antiguas.

1º) Un drama sagrado, a propósito de la fiesta de Horus, el Dios-Halcón. El texto comporta indicaciones escénicas relativas al desempeño de los actores y demuestra que se trata de representaciones espectaculares, con decorados, accesorios, actores numerosos, danzas simbólicas o rituales.

2º) Un drama de carácter moral, con intenciones psicológicas, en el que los dioses eran tratados como humanos, así como más tarde los griegos lo hicieron en sus tragedias. Un ejemplo es el drama de Isis y de los siete escorpiones.

Esas piezas, que datan del Nuevo Imperio son escritas en verso. Las más antiguas son en prosa. El coro era conocido. Se ignoran los lugares en que fueron representadas. Parece que lo fueron anualmente

en Edfon, a las orillas del lago sagrado, fuera del templo, con ocasión de las grandes fiestas realizadas en honor de Horus”.¹

“Hacia la época en que el dulce y severo Apolo fijaba su doctrina en Delfos, otro Dios, joven como él, salía de las selvas septentrionales con las últimas tribus de invasores y venía a instalarse a su turno en el Panteón helénico.

Desde antes del siglo X se conocía en Tracia y en Frigia, un dios al cual los griegos daban el nombre de Dionisios. Era un ser de rasgos imprecisos, un genio de la vegetación, un mago temido cuya alma se deslizaba en la cubierta corporal de una cabra, de un toro o de un adolescente. Un demonio que víctima de un delirio sagrado, se lanzaba en carreras fantásticas a la montaña. Sus fieles le rendían un culto extraño.

En la noche, sobre los altos lugares misteriosos, hombres y mujeres, Sátiros y Ménades, se lanzaban a santas orgías. En toga larga o en piel de ciervo, los cabellos flotantes, el tirso o la antorcha en las manos, corrían en la montaña, se excitaban con la flauta y el tambor, lanzaban gritos agudos, hasta el momento en que agotados, deseosos ardientemente de comulgar con el dios, destrozaban y devoraban casi viva la víctima que él encarnaba.

Y entonces, agitados con movimientos frenéticos, llenos del Dios, agonizaban de entusiasmo y de voluptuosidad. He aquí como se adoraba a Dionisios en la Grecia del Norte. Pero cuando se estableció en Beocia, en el Atica, en el Peloponeso, en las Islas, cambió de aspecto, conservando su nombre. El Dionisios de Eleusis, asociado a Deméter no tiene nada de salvaje, es un jovencuelo que muere al final del año, para renacer cuando se despierta la naturaleza. Dios de bondad, purifica las faltas de los hombres por su pasión.

¹ León Moussinac —El Teatro— Página 25.

Dios de los vivos, los colma con sus beneficios y los regocija con el don precioso de la uva.

Dios de los muertos, trae de su residencia anual en los infiernos el secreto de la inmortalidad y lo confía en sus elegidos. Las gentes del pueblo verán en él el Dios de la abundancia y de la alegría.

Para el viñador del Atica es un alegre compañero poderoso. Preside las Anthesterias, en la que cada familia convida a un banquete a los abuelos desaparecidos. Preside las dionisiacas, en las que simboliza la fuerza productora. Las leneas, en las que se le dan las gracias por haber plantado la primera vid. Y aún cuando Atenas celebrará después las grandes dionisiacas urbanas, la vieja fiesta no desaparecerá y conservará su carácter rústico”.²

Esquilo escribió: El espejo del cuerpo es el pulimentado bronce, el del alma es el vino.

¿Cómo se originó ese culto a un dios recién venido? El griego, en esa luminosa mañana del mundo, tenía el candoroso poder de asombrarse ante la naturaleza. Presenciaba admirado y conmovido cada una de sus transformaciones.

Llega el invierno. Los árboles se despojan de sus hojas, como esqueletos mútilos. Las flores y el color desaparecen. Los animales se refugian en los antros para protegerse del frío. Se asiste como a una especie de muerte universal. Los vientos soplan feroces. El mar se embravece. El dios Poseidón, armado de su tridente, no es favorable a los navegantes. Nadie puede, temerario, lanzar las barcas sobre los líquidos caminos. Se abre una gran pausa grisácea, dominada por la humedad y la ventisca. El mismo sol se oscurece y semeja el “ojo de un borracho, velado por las nubes”.

² Gustavo Glotz. *Histoire Grecque*.

Y de improviso se anuncia la resurrección. La naturaleza ha acumulado sus savias. Comienzan a brotar las flores. El sol domina con nuevo esplendor, llega la primavera.

Todo este milagro es auspiciado por potencias extrahumanas. Dioses ocultos y compasivos se encargan de sepultar a la naturaleza bajo el sudario y de infundirle después a la uva su tesoro de miel. Dionisios encarna ese misterio.

La fiesta en su honor es la fiesta de la naturaleza. Hay que darle gracias por la uva y por el trigo, por el sol y por la fecundidad. Es una fiesta de campesinos, animados por la poesía original.

“El Dios mismo preside la comitiva —escribe Saint Victor—, coronado de hiedra, balanceando el tirso, bello como una virgen, feroz como una bestia, proclamando con gritos salvajes el delirio de que se halla poseído. En torno suyo las faloforidas y las itifalas, blanden en el extremo de un asta el símbolo de las energías creadoras. Entonan alabanzas con voces estrepitosas. La procesión gira según las evoluciones litúrgicas alrededor de un altar. El sacrificio de un macho cabrío elegido como animal lujurioso, o como víctima inmolada por los destrozos que las cabras ocasionaban en las viñas...”

En la estrepitosa procesión, todos se hallan embriagados. El dios mismo les da el ejemplo. Han perdido la razón. Quieren participar en la gran resurrección de la naturaleza.

Se oye en la orgía un canto. Los coristas servidores del dios, son disfrazados de sátiros. “La danza que ejecutan alrededor del altar colocado en medio de una orquesta, da lugar a movimientos vivos y lentos, o a cantos alegres o fúnebres”. Ha aparecido, sostenido por la masa coral, el ditirambo. “Era la oda en estado de embriaguez, la voz surgida del vino burbujeando en las venas.

“Cuando el vino ha llegado a un alma con sus rayos y sus relámpagos, entonces puede entonar el noble canto del Rey Dionisios...”

El dios del vino, sin embargo, era un dios recién llegado. Contra él existían resistencias por parte de los dioses y de los hombres. Su culto se extendió con dificultades. Los moralistas hacían observaciones.

Eurípides nos cuenta en *Las bacantes* algunos episodios. El último de los grandes dramaturgos no está convencido de la bondad del dios y pone en labios de Pentheo, Rey de Tebas, algunos de los pensamientos que brotaron con la enseñanza de Sócrates.

“Ha llegado de la Lidia cierto farsante extranjero, cierto encantador de blondos rizos y perfumado cabello, de negros y agraciados ojos... El dice que es el dios Dionisios...”

Y el viejo Tiresias le interrumpe:

“Este Dios nuevo de quien tú te burlas ha de ser tan grande en la Grecia, que yo no puedo expresarlo. Dos dioses. Oh joven, son los principales entre los hombres. Ceres, que les da alimentos secos y en segundo lugar y distinto de ella, Dionisios, que inventó el llamado licor de la uva y quiere divulgarlo entre los mortales, librándolos de dolores en sus infinitas miserias, cuando de él se hartan y entregándolos al sueño, olvido de los males cotidianos. Ningún otro filtro es tan poderoso para desterrar sus cuidados. Con este mismo Dios hacemos libaciones a los demás, para que intercediendo él, seamos dichosos...”

Pentheo no se da por vencido. Está seguro de que Dionisios es un falso dios, un extranjero, un impostor. Ha pervertido a sus sacerdotisas, las Bacantes; “Ved cómo se acerca ya a nosotros hasta tocarnos, semejante al fuego, la vituperable osadía de las bacantes, deshonor de la Grecia. No hay pues que vacilar...”

Ordena que sus caballeros armados le hagan la guerra a las bacantes. Dentro de ellas se encuentra la propia Agave, la madre del Rey.

El Coro canta: “Andad, andad al monte, ágiles perros del Furor, en donde las hijas de Cadmo celebran las bacantes. Excitadlas contra este espía rabioso de las ménades revestido de adornos femeniles...”

Y Pentheo pasó las aguas del Asopo, para castigar a las bacantes. Unas coronaban de hiedra sus tirsos. Otras como los potrillos que dejan sus pintorescos pastos, se respondían cantando báquicos versos...

El propio dios las alertó:

“Oh tiernas, jóvenes, os traigo al que se burla de vosotras, de mí y de mis orgías: castigadle pues”.

“El aire quedó mudo, callaron las hojas del umbrío bosque y ni se percibían los aullidos de las fieras. Ellas al escuchar confusamente la voz se levantaron y miraban a todas partes. Volvió entonces el dios a exhortarlas. Cuando las hijas de Cadmo conocieron distintamente la báquica trompeta, se precipitaron en veloz carrera no más tardas que las palomas. Agave, su madre, sus hermanas y todas las bacantes, recorrían las rocas y el valle dividido por el torrente agitadas del estro furioso del dios...”.

Están enfurecidas, ciegas, embriagadas. Se lanzan todas contra el miserable rey perseguido. Se sube a un árbol como una fiera acosada. Las furias lo arrancan de la tierra... En vano Pentheo se descubre a su madre enloquecida. Desgarran sus carnes, lanzando tétricos aullidos.

Dionisios se ha vengado de su enemigo.

Eurípides se muestra escéptico con los dioses. Es un discípulo de Sócrates que ha dicho: la virtud es conocimiento.

En “Los orígenes de la Tragedia”, Federico Nietzsche explica la magia dionisiaca: “Bajo su encanto se renueva no solamente la alianza del hombre con el hombre, la naturaleza enajenada, enemiga o sometida, celebra también su reconciliación con su hijo pródigo, el hombre. El carro de Dionisios desaparece bajo las flores y las coronas, tirado por tigres y panteras. Metamorfoseemos en un cuadro el himno a la alegría de Beethoven y dando rienda suelta a la imaginación, contemplemos los millares de seres prosternados de rodillas en el polvo. Entonces el esclavo es libre, caen todas las barreras rígidas y hostiles que la miseria, la arbitrariedad o la moda insolente han levantado entre los hombres.

Ahora, por el Evangelio de la armonía universal, cada uno se siente no solamente reunido, reconciliado, fundido, sino uno, como si se hubiera desgarrado el velo de Maia y sus pedazos revoloteasen ante la misteriosa unidad primordial. Cantando y bailando el hombre se siente miembro de una comunidad superior: ya se ha olvidado de hablar y de andar y está a punto de volar por los aires, danzando. Sus gestos delatan una encantadora beatitud. Del mismo modo que ahora los animales hablan y la tierra produce leche y miel, también la voz del hombre resuena como algo sobrenatural. El hombre se siente Dios. Su actitud es tan noble y plena de éxitos como la de los dioses como ha visto en sus ensueños. El hombre no es un artista, es una obra de arte. El poder estético de la naturaleza entera por la más alta beatitud y la más noble satisfacción de la unidad primordial, se revela aquí bajo el estremecimiento de la embriaguez. La más noble arcilla, el mármol más precioso, el hombre, se ha petrificado y plasmado y a los golpes de buril del artista de los mundos dionisiacos, responde el grito de los misterios eleusinos: Os arrodilláis millones de seres... Mundo, presientes al creador...?

Ahí está en el desfile el dios joven, embriagado, símbolo de la naturaleza. Va coronado de pámpanos. La uva de ha entregado un licor elaborado por los dioses. Alrededor suyo el coro orgiástico y la música y la danza. Todo es un remolino vertiginoso. La sabia asciende a los frutos, la mente es invadida por la embriaguez. La música acompaña este delirio y lo fustiga. La danza impele, sobre el ala del viento. Música, éxtasis, danza, vino, alegría.

Alegría. Pero Dionisios es también un dios de los infiernos y conoce los parajes sombríos de la muerte. En el vértigo aparecen las bacantes envueltas en sudario. En la apoteosis de la vida, la presencia del fin.

“Danzad, danzad al son de mi canción, la muerte viene, todo será polvo bajo su imperio polvo en la urna y rota ya la urna polvo en la ceguedad del aquilón”.

La masa coral irrumpe, en alabanza al dios. En los primeros tiempos se oyeron palabras incoherentes, con atisbos poéticos, fragmentos de exaltación, visiones, interjecciones. Pero después el Coro deja de ser improvisador, para guiarse de acuerdo con la letra de los poetas. No improvisa los cantos. Los lleva aprendidos de memoria. La exaltación adquiere un valor estético:

“Andad bacantes, andad bacantes, celebrad a Dios con los tambores sonoros, gritando Evoé con claromores frigios. Mana leche la tierra, mana vino. Mana néctar de abejas y parece perfumado el aire con el incienso sirio...”

Un día en las Leneanas, un hombre, un desconocido, alguien, dice el Escoliasta, elegido misterioso de Melpómena, lanzose sobre la mesa del sacrificio, conversó con el Coro, lo habló, le respondió. Su voz se distingue del canto colectivo, sin destacarse aún por completo. El drama se dibuja y se acusa en él”.³

Ha aparecido el diálogo. Frente al Coro hay alguien que lo interroga. Una voz se ha individualizado. Cambia de máscara. Es individuo móvil, frente a la masa coral.

Pero este fenómeno aparece solamente en relación misteriosa con el ditirambo. Porque ni en los himnos de Apolo, ni en las otras diversas formas del lirismo coral, se verifica este salto del coro al diálogo. Le correspondió al ditirambo el honor de engendrar la tragedia.

Gustave Glotz en su “Historia de Grecia” da su versión:

“Aconteció así: el corifeo, en lugar de limitarse a dar las señales, permaneciendo en la fila, se colocó frente a sus compañeros. He aquí la gran novedad, cuyas consecuencias tendrán una repercusión sin fin en la historia literaria del mundo civilizado. El coro y el corifeo van a tener un papel diferente. El Coro canta los trozos líricos del Di-

³ Saint Víctor. Las dos carátulas.

tirambo. El corifeo dice los relatos épicos. Un paso aún y se inicia el diálogo. El Coro interroga, el corifeo responde. Es el drama. El drama se amplifica. Las peripecias se anudan”.

“El autor, que no confía a nadie el cuidado de organizar la escena y de redactar las respuestas, se convierte en lo que hoy llamamos “maitre de ballet y en actor. El Coro es relegado a un papel secundario: manifiesta solamente los sentimientos colectivos. Todo el interés se concentra alrededor de un personaje único, el “ser ficticio” que hace llorar los asistentes al espectáculo con su infortunio, o los exalta con su heroísmo. Esta vez el drama toma su forma más elevada, la tragedia”.

“Fue en el Peloponeso donde la tragedia salió del Dítirambo. Thespis de Icaria se apropió la tragedia y se hizo el propagador. Dio las representaciones de *demos* en *demos*, hasta el día en que Pisístrato creó las Dionisiácas urbanas y quiso realzar su brillo con la organización de los concursos dramáticos. En el primero de esos concursos, Thespis obtuvo el premio. Año 534”.

La comedia no apareció sino más tarde. Solamente una generación después de Thespis se le conoce en Atenas.

Aristóteles en su *Poética* nos habla de los orígenes de la tragedia y de la comedia.

“La una viene de los entonadores de dítirambos, la otra de los cantos fálicos, que aún se conservan en vigor y en honor en muchas ciudades. Y a partir de tal estado fueron desarrollándose poco a poco, hasta llegar al que estamos presenciando. Y la tragedia se fijó, después de haber variado de muchas maneras. Logró el estado conveniente a su naturaleza.

“En cuanto al número de actores comenzó Esquilo por aumentarlo de uno a dos, disminuyó la parte del Coro y dio al diálogo la principal. Sófocles elevó a tres el número de los actores e hizo decorar el escenario.

“Además de esto la tragedia, de pequeña trama que antes era y de vocabulario cómico, vino a adquirir grandeza y desechando de sí el tono satírico, después de largo tiempo adquirió majestad...”

Y el filósofo la define así, teniendo en cuenta los modelos de Esquilo, Sófocles y Eurípides:

“Es tragedia reproducción imitativa de acciones esforzadas, perfectas y grandiosas, en deleitoso lenguaje. Imitación de varones en acción, no simple recitado. Imitación que determine entre conmisericordia y terror en que los afectos adquieran estado de pureza”.

“Toda tragedia consta de seis partes que hacen tal:

1º) El argumento o trama.

2º) Los caracteres éticos.

3º) El recitado o dicción.

4º) Las ideas.

5º) El espectáculo

6º) El canto”.

“La trama es la reproducción imitativa de las acciones. El carácter es lo que nos hace juzgar a los actores. La dicción es lo que ellos en sus palabras descubren al hablar o de su modo de pensar sacan a luz en ellas”.

Hacia el final del siglo VI, ya está dibujado también el género cómico, que contiene determinados elementos:

La irrupción (parodos), el combate de insultos (agón), el apóstrofe al público (parabase) y la salida (éxodos).

De esta manera del primitivo e incoherente canto orgiástico, se pasa a la masa coral disciplinada que canta un poema, previamente escrito por el poeta. De la masa coral emerge el corifeo, que inicialmente es apenas el conductor del Coro y que entra después a individualizarse y a multiplicarse con la máscara. Aparece después el antagonista.

De manera parecida se realiza la evolución artística y ética. Alabanza embriagada y convulsionada al dios. El poema adquiere

posteriormente una forma previa y no se improvisa en todo su texto. La competencia estética entre los poetas perfecciona la forma. El concurso le da a la tragedia de modalidad definitiva.

Y la tragedia adquiere un valor ética, definido por Aristóteles. Se reproducen solamente acciones esforzadas, perfectas y grandiosas. Las almas vulgares no tienen cabida en ellas.

Y un valor estético: todo se halla expresado en deleitoso lenguaje.

Y un valor educativo: El público se halla en presencia de acciones sublimes, en las que se expresa la cólera de los dioses y la fuerza moral de los héroes.

Al oír los versos escritos en deleitoso lenguaje, se familiariza con la belleza.

El Coro de las Troyanas de Eurípides exclama:

*“Base del mundo y sobre el mundo entronizado, quienquiera que seas
Ignoto y difícil a toda suposición, causa conjunta de las cosas y razón
del mismo hombre, Oh Dios... te tributo adoración a ti, que por los
caminos silenciosos de la justicia, guías a todo lo que alienta y muere”.*

—

Prometeo era un Titán, hijo de Japeto, quien a su vez era hermano de Zeus. “Los titanes eran los primogénitos de la naturaleza, de la cual representaban las fuerzas ciegas”. Ascende al cielo y roba una chista brilladora, que la oculta en el tallo hueco de una caña.

Según la versión de Hesíodo, Zeus dijo a Prometeo: “Hijo de Japeto, astuto entre todos. Te regocijas por haber logrado engañarme robando el fuego. Pero esto será para ti, así como para las razas futuras, una gran desdicha. Enviaré a los hombre un Mal, que seducirá sus almas...”.

¿Cuál era esa amenaza...? Era Pandora, representación simbólica de la Eva primitiva “El cuerpo de barro de la mujer yacía en tierra, in-

animado y mudo. Zeus lo tocó y la arcilla se hizo carne. Sus ojos abrieronse a la luz, como flores que despliegan sus corolas. Los dioses y las diosas acudieron a ofrendarle sus regalos. Palas la vistió con una túnica blanca, la engalanó con una guirnalda de rosas primaverales. Afrodita derramó la voluptuosidad en sus miembros. Hermes le inspiró las zalamerías y las perfidias. Las gracias le pusieron una corona de oro.

Los dioses enviaron a Pandora, como regalo a Epimeteo, hermano de Prometeo, cuyo nombre quiere decir “el que reflexiona demasiado tarde”. Epimeteo aceptó el regalo. Pandora lleva consigo un gran vaso cerrado que Zeus le entregó. La curiosidad femenina le hace abrir el vaso. Y se escaparon todos los males que allí habían encerrado los dioses, los crímenes, las enfermedades, las guerras. Tan solo la esperanza permaneció en el fondo del vaso”.

Sobre el incipiente mito de Prometeo, que Hesíodo no entendió, Esquilo, llevado por su poderosa imaginación forjó un símbolo inmortal. Escribió una trilogía: “Prometeo portador del fuego”, “Prometeo encadenado”, “Prometeo liberado”. Tan solo subsiste la segunda tragedia. Pero está bien, para la eficacia del símbolo, que Prometeo no haya sido liberado y siga sobre la roca.

De esta manera la montaña del Cáucaso se convierte en uno de los lugares sagrados del teatro de todos los tiempos. Allí se verifica la expiación del titán que quiso salvar y redimir a los hombres y los puso en posesión de la llama.

Otros lugares sagrados: La tierra de Colona, en la que Edipo ciego es conducido por Antígona, criatura humilde, compasiva y enternecedora, trémula personificación del amor filial.

La tierra de Argos, en la que cayó como sombrío rocío la sangre de Agamenón. En ella creció Electra, obsesionante y obsesionado personaje, que comete el más terrible de los crímenes: el matricidio.

Las baldosas del templo de Pompeyo, sobre las cuales cayó César víctima de una conspiración política, promovida por los patricios.

La explanada de Elsinor, en la que Hamlet interroga al fantasma de su padre asesinado.

Edipo, víctima del Destino. Agamenón, víctima de la gloria, envidiado por los dioses y la perfidia de la mujer. Electra, impío y vengador instrumento de la venganza contra los asesinos de su padre. César, apuñaleado por la envidia de sus colegas y la libertad. Hamlet, alma dudosa e indecisa, a la que su padre le señala el compromiso de la venganza.

La escena de Prometeo es imponente. Hasta la alta montaña, por orden de Zeus, es conducido el Titán rebelde, que amó con demasía a los hombres y pensó piadosamente en su ignorancia y en su miseria y quiso redimirlos.

Conducen al culpable, hasta la roca, el poder arbitrario y Hefestos, el obrero entre los dioses. Han de dejarlo allí, atado para siempre, expuesto a las tempestades, al sol quemante y a los vientos nocturnos. Nadie habrá de condolerse de su desamparo y de su orgullo maldiciente. Tan solo Hefestos se apiada de él, entre los dioses:

“Me falta corazón para encadenar a esta roca azotada por las tormentas a un dios de mi misma sangre. Pero la necesidad me obliga. Es peligroso desobedecer la orden del Padre...”

Y cuando el Poder y Hefestos se ausentan, después de un sonoro silencio, se oye a la víctima de Zeus, inmisericordemente expuesta lanzando un gemido:

“Eter divino, viento de alas raudas, fuentes de ríos, risas de las olas, tierra de todos madre, sol que lo ves todo. Miradme, contempladme, yo os tomo por testigos. Soy dios y ved lo mucho que sufro por los dioses. Ved todos los ultrajes y ved por cuantos años he de surgir sin tegua gimiendo en el martirio.

El que hoy de los felices es Rey y Señor nuevo, forjó para mi daño esta cadena horrible. Yo me lamento de mis presentes males, al par que lloro y gimo los males venideros. Favorecí a los hombres, mi premio es el martirio. Por ellos a los cielos robé con firme mano, la chispa brilladora que es fuente de la llama. Oculto en una caña les traje el don del fuego, que es el bien máspreciado de cuantos en la vida gozar el hombre puede. Por este crimen sufro y encadenado vivo...”

¿Qué simboliza Prometeo...? El Mito está poblado de sugerencias:

La rebeldía contra la tiranía. Prometeo es el rebelde de los dioses, el Luzbel del Olimpo pagado. En diversos pasajes el Titán habla contra la tiranía de Zeus.

“Reciente tiranía ejercéis, recientes sois vosotros mismos. Os juzgáis en vuestras ciudadelas al abrigo de la desgracia. ¿Pero no he visto caer ya dos tiranos? El tercero es el que ahora manda”.

“Ni encantamientos, ni palabras de miel, ni rudas amenazas me doblegarán... Sé que Zeus es duro. Ha sometido a su voluntad toda la justicia. Pero un día tendrá espíritu humilde, cuando se sienta herido. Olvidada será su inexorable cólera... Querrá que yo acepte la concordia y la amistad”.

Y el Coro de las Océánidas proclama:

“Zeus tirano opera con leyes recientes, aboliendo las antiguas cosas augustas. Nunca cederá, como su corazón no se sacie de venganza o si otro no se adueña de su poder inaccesible”.

La salvación del hombre, la piedad por el hombre. El poder implacable así lo dice:

“Clava en estas rocas escarpadas a este salvador de hombres. Te ha robado el esplendor del fuego que todo lo crea, tu Flor, para dársela a los mortales”.

Y el propio Prometeo reconoce:

“He sentido piedad de los hombres, por eso nadie tiene piedad de mí”.

Y el compasivo Hefestos: “Este es el fruto de tu amor a los hombres”! Y el Coro de las Oceánidas, insiste en el amor que perdió al Titán:

“Amaste demasiado a los mortales. Ya ves el ingrato salario de tus beneficios. Qué socorro puedes esperar de los Efimeros...? No ves la inerte impotencia que encadena a la raza ciega de los mortales...?”

Prometeo es consciente de su amor y de su dádiva. No solamente les ha llevado el fuego. En la caverna de su cerebro encendió la luz intelectual. Les ha dado la esperanza, el número, el alfabeto. Prometeo pasa a convertirse en el atormentado símbolo de la cultura.

“En el principio los hombres miraban en vano y no veían. Escuchaban y no oían. Semejantes a las visiones de los sueños, confundíanlo todo ciegamente. Moraban bajo la tierra en el fondo de los tenebrosos reductos de los antros. Como las hormigas, largas y sutiles. Nada sabían del invierno, ni de la primera florida, ni del estío fructuoso. Vivían sin pensamiento. Encontré para ellos el número, la disposición de las letras, la memoria, madre de las musas. Enseñé el sentido del vuelo de las aves, las propicias y las contrarias. Enseñé la lisura de las entrañas. Les he revelado los presagios del fuego”.

Se arrepiente el Titán de haber servido en otro tiempo la tiranía de Zeus y haber contribuido a derrocar a Saturno:

“He servido al tirano de los dioses. Este horrible castigo es la recompensa que me da. Vicio contagioso es propio de tiranos el no dar fe a sus amigos. Si preguntáis por qué tan afrentosamente me trata, yo os lo diré. En cuanto se hubo sentado en el trono paterno, repartió los honores entre los dioses y estableció su tiranía. Y para nada se curó de los desventurados hombres, cuya raza quiso destruir para crear otra nueva. A tal designio, nadie se opuso más que yo. Yo sólo me atreví, salvé a los seres vivos. No cayeron fulminados en las tinieblas del

Hades. Por eso me oprimen tormentos tan horribles. No me han juzgado digno de la compasión que para los mortales tuve. Vedme aquí cruelmente atormentado. Vergonzoso espectáculo para Zeus...”.

Y ahí se halla el símbolo, poblado de sugerencias, sostenido en las palabras de Esquilo. “Es la tragedia de la creación espiritual, dice Jaeger. Para Hesíodo fue simplemente el malhechor castigado, por el crimen de haber robado el fuego de Zeus. En este hecho descubrió Esquilo, el germen de un símbolo humano imperecedero. Prometeo es el que trae la luz a la humanidad doliente. Es el espíritu creador de la cultura que conoce y penetra el mundo”.⁴

—

El Coro primitivo que entonaba lo cantos orgiásticos fue replegándose en la escena, porque el principal protagonista es la acción. El Coro, desde Esquilo, no toma parte directamente en la escena, la subraya, parece ser la voz de la conciencia colectiva.

“El Coro en efecto representa, —dice Hegel en su Poética— la conciencia moral. El Coro es el elemento moral de la acción heroica, su substancia misma. Por oposición con los héroes que están en escena representa el pueblo. Es el suelo fecundo sobre el cual crecen y se elevan los personajes...”

Como no toma parte realmente en la acción, no hace valer ningún derecho directo contra los personajes. Se limita a emitir sus juicios de una manera directamente contemplativa. Los advierte, se lamenta sobre su suerte, o bien invoca las leyes divinas y los poderes del alma, que la imaginación se representa objetivamente, como formando el

⁴ Jaeger, Paideia.

círculo de las divinidades superiores. Es lírico, pero el fondo de sus cantos conserva el carácter épico...”.

Para Hegel, el desenlace de la tragedia griega no es un desenlace moral, en que el crimen es castigado y la virtud recompensada. No es el infortunio, ni el sufrimiento, sino la satisfacción del espíritu, lo que constituye el objetivo final.

¿Cómo ha llegado a esta conclusión el filósofo alemán? Presenta el caso del Edipo de Sófocles. Edipo mató a su padre, se casó con su madre, engendró hijos en el lecho adúltero. Pero ha sido envuelto en esta serie de crímenes sin su consentimiento. Edipo ante nuestros ojos no es responsable. “Nuestra conciencia moderna considera esos crímenes como extranjeros a la voluntad de su autor y no los reconoce como acciones de la persona misma. Pero el griego, con su carácter plástico, se mantiene por encima de lo que ha hecho como individuo. No se desdobra así, no admite esta distinción entre el hecho en sí mismo y lo que emana de su propia voluntad.

Hay que descartar, concluye Hegel, toda falsa idea de culpabilidad o de inocencia. *“Los héroes trágicos son a la vez inocentes y culpables”*. Si se admite que el hombre no es culpable sino cuando ha hecho una elección y que ha decidido arbitrariamente ejecutar un acto, las antiguas figuras plásticas son inocentes. Ellas obran en virtud de su carácter, en virtud de su pasión misma porque no hay en ellas ninguna indecisión, ninguna elección. *La fuerza de esos grandes caracteres está en no elegir*. Son lo que son, eternamente y esa es su grandeza. La debilidad en la acción consiste en esa separación de la persona como tal y de su objeto. El carácter, la voluntad y el objetivo no parecen salir de la misma fuente. Como no tiene un objetivo fijo de su alma el personaje puede, en su indecisión, volverse hacia un lado o volverse hacia otro y decidirse según su voluntad arbitraria.

Estas incertidumbres no existen en las figuras plásticas. El vínculo que une a la persona misma y el objeto que persigue su voluntad, per-

manecen indisolubles. Son arrebatados a acciones culpables que los hacen cometer crímenes. En estas acciones *no quieren ser en manera alguna inocentes*. Lejos de eso, lo que han hecho, *constituye la gloria de haberlo hecho*. *A uno de estos héroes la mayor injuria sería decirle que ha obrado como inocente*. Está en el honor de esos grandes caracteres el de ser así culpable. Para ellos su carácter firme y fuerte, forman unidad con su infortunio y con su pasión. De este indestructible acuerdo nace en nosotros la admiración, no la emoción...”

Esquilo nos da un buen ejemplo para entender esta tesis de Hegel. Clitemnestra habla llena de audacia y de orgullo en “Agamenón”. Confiesa su crimen:

“Héme aquí en pie. Le herí. Ello es hecho. Le envolví enteramente en una red sin escape, de coger pescado, en velo riquísimo, pero mortal. Por dos veces le he herido y ha gritado por dos veces. Jadeante me ha regado con el surtidor de su herida, negro y sangriento rocío...”

Y el Coro trágico le dice, como la voz de la conciencia:

“¿Qué fruta maldita comiste, Oh mujer...? ¿Qué veneno salido del mar bebiste para concitar de tal suerte sobre ti, con tan horrendo crimen, las execraciones del pueblo...? Has abatido, has degollado...”

Y la Reina, invocando el recuerdo de Ifigenia sacrificada sobre el altar, exclama:

“¿No era él quien merecía ser arrojado de aquí en expiación de tanta impiedad...?”

Odiosamente, ha sacrificado a su hija que de él tuvo, a Ifigenia la tan llorada. Es verdad ha muerto justamente...”

Y el coro de los ancianos:

“Oh Demonio que has morado en esta mansión, tú dotaste a las mujeres de su audacia salvaje y me desgarras el corazón. Y héla en pie sobre el cadáver como cuervo fúnebre, entonando su canto de triunfo...”

Y Clitemnestra se identifica con el destino al responderle:

“Hablas más verídicamente al acusar al demonio tres veces terrible de esta raza. El es en efecto quien excita esta sed de sangre en nuestras entrañas. Antes de que la primera llaga se haya cerrado, nueva sangre brota.

Y el Coro de los Ancianos da la suprema explicación:

“Es Zeus quien todo lo quiso y llevó a cabo. Nada en efecto pasa entre los hombres sin Zeus, nada se nos envía que no venga de los dioses”.

El vínculo que une a la persona misma de Clitemnestra y el objeto que persigue su voluntad, permanece indisoluble. En esta acción, la muerte violenta de Agamenón, no quiere ser en manera alguna inocente, aunque sabe que todo viene de los dioses. Como dice Hegel, lo que ha hecho, constituye la gloria de haberlo hecho.

El destino de Agamenón estaba escrito, antes de que se anudara el drama. El Coro de los Ancianos había hecho la fatal prevención:

“No hay saciedad de ventura para los mortales. Los dioses felices concedieron a éste, que tomase la ciudad de Priamo y vuelve a su casa honrado por los dioses. Mas si ahora tiene que expiar las discordias y asesinatos de los que mataron antes que él, si ha de morir por otras muertes, qué mortal al saberlo pudiera loarse de haber nacido para un destino feliz...?

¿Es un crimen de Clitemnestra...? Sí. ¿Pero estaba decretado por los dioses...? Sí. Tenía que expiar Agamenón los asesinatos de los que mataron antes que él. La voluntad de Clitemnestra se hace una con el destino trazado por los dioses. ¿Ella es culpable...? Sí. Pero podría decirse que es inocente porque los dioses, después de haberle concedido a Agamenón la victoria, querían expiar en él crímenes antiguos. La maldición estaba escrita sobre la Casa de Atreo. ¿Se disculpa Clitemnestra, porque no fue ella sino Zeus el autor de esa muerte...? No. Asume con valor el crimen. “Héme aquí. Lo herí. Ello es hecho”. Merecía ser arrojado de aquí. Sacrificó a Ifigenia. Pero lo hizo para

apacar la voluntad de los dioses y obtener vientos propicios que lo llevaran a Troya. Era una razón de estado la que impulsó a Agamenón. Era en cumplimiento de una sentencia fatal, como obró Clitemnestra.

Los tres grandes trágicos, modelaron a carácter de Electra, de acuerdo con su temperamento y su concepción del teatro. Esquilo nos dejó su sombra fatal arrodillada frente al túmulo de Agamenón. Sófocles estableció el contraste con su alegre hermana Crisótemis. Eurípides no estuvo afortunado en la recreación de la heroína: se le ocurrió casarla. Y Electra debe ser soltera, como Hamlet, solitaria, amargada, desposada tan solo con el destino que le ordena cumplir la sentencia fatal en la casa de los Atridas.

El drama de “Las Coéforas”, se desarrolla frente al sepulcro de Agamenón.

“Este sepulcro, formado por un montón de piedra que el tiempo ha revestido de hierba —dice Saint Victor— lo ha emplazado Esquilo frente al palacio, no como un elemento decorativo sino como un personaje del drama”. El coro, Orestes, Electra conversan con él. La sombra se halla ahí permanente, exigiendo la venganza. Desde el fondo del sepulcro, se siente la presencia de Agamenón.

El lúgubre coro de las Coéforas avanza. Tiene su alma cargada de odio. Esa bandada fúnebre y enlutada acompaña el dolor de Electra.

“Y yo, derramando estas libaciones en honor de los muertos, te invoco a ti, padre mío. Ten piedad de mí y de mi amado Orestes... Yo estoy aquí como una esclava. Que vuelva Orestes en hora feliz, yo te lo ruego. Y a mí, padre, escúchame también, haz que yo sea más honesta que mi madre y más piadosa de manos. Tal te pedimos para nosotros y para tus enemigos, que te les aparezcas como tu propio vengador. Ven, haz justicia, da muerte a tus matadores...”

Y después del reconocimiento de los hermanos, frente al túmulo, se oye una oración. Es uno de los momentos culminantes del teatro

griego, en que llega a su cima la intensidad dramática. Los dos hijos postrados, hablan con su padre:

“Padre infeliz, qué te diría yo. Qué pudiera yo hacer que llegara desde este suelo a las profundas mansiones donde moras y te restituyese de las tinieblas a la luz... Mas presentes y honores se llaman aquí los lamentos”.

Y la voz femenina:

“Escucha también mis lacrimosos gemidos, oh padre. Al pie de este túmulo están tus dos hijos llorándote con tristes endechas. Aquí están los dos suplicantes; los dos igualmente desterrados y acogidos a tu sepultura. ¿Qué bien habrá para ellos...? ¿Dónde irán que el mal no los asalte...? ¿Acaso no es invencible el rigor de su desdicha...?”.

Y el coro corrobora el sentimiento de los hijos:

“Asoma a mi rostro la ira y el odio cruel y acerbo que se alberga en mi corazón”.

El túmulo, las negras piedras, la sombra presente, las esclavas enlutecidas, la hija implacable, con el alma llena de la noche, Orestes incitado por el oráculo. Todo es majestuoso. La acción es lenta. Pero se ha creado la atmósfera del terror.

Ni Sófocles, ni Eurípides eligieron mejor el escenario ni lograron esta concitación y acuerdo de todos los elementos teatrales. Ahí está presente la muerte, el destino, la idea del crimen, la venganza, estáticos e hirvientes.

Electra dibuja su carácter:

“Yo vivía en un rincón, despreciada, expuesta a todo vil trato, arrojada del hogar como un perro que muerde...”.

Orestes ha llegado, movido por la orden de un Dios, “el duelo desconsolado de un padre y la pobreza que me estrecha”. Pero no siente con la misma intensidad de Electra, el odio contra la madre. Ella lo informa y lo incita:

“Ella mutiló su cuerpo y así de maltratado, fue como le dio sepultura...”.

Y cuando ha logrado impresionar a su hermano con las dramáticas palabras, lo conmina:

“Lo que sucedió, ya lo sabes. Lo que debe suceder pregúntaselo a tu odio...”.

Y el odio respondió. Sin vacilar, Orestes asesina a Egisto. No le dice una sola palabra. Cumple la voluntad de Apolo, asociada a su voluntad.

Pero aparece Clitemnestra y se encuentra con el cadáver de su esposo y Orestes que blande la espada ensangrentada. Madre e hijo se hallan frente a frente. Se reconocen sin decirlo.

“Amas a ese hombre... pues tú yacerás con él en la misma tumba... Así no le serás infiel ni aun después de muerto”.

La hija de Tíndaro ha reconocido a Orestes, en el mismo momento en que ve en sus ojos la decisión fatídica. El hijo y el asesino.

“Detente, oh hijo. Respeta, hijo de mis entrañas, este pecho sobre el cual tantas veces te quedaste dormido, mientras mamaban tus labios la leche que te crió...”.

Esa invocación maternal paraliza el brazo de Orestes. Tiene un momento de duda. En un relámpago de la conciencia enternecida por el amor filial, queda en suspenso.

“¿Qué haré... Huiré con horror de matar a tu madre...?”

No la odia. No ha muerto en él, del todo, la fuerza de la sangre. Hubiera podido huir. Retrocede ante el matricidio.

¿Quién lo impele...? ¿Quién vuelve a mover su brazo? ¿Quién descarta de su conciencia la duda...? ¿Quién borra el horror del crimen nefando...?

Es su amigo Pílates, quien restablece su débil voluntad:

“¿Y los oráculos de Loxias...? ¿Dónde se fueron...? ¿Dónde la fe y santidad de tus juramentos...?”.

No por obra de su propia voluntad que ya ha claudicado, sino en cumplimiento del oráculo, que vuelve a darle fuerza a su brazo y ánimo al vacilante:

“Tienes razón...”.

Y dirigiéndose a Clitemnestra:

“Quiero degollarte junto a aquel hombre. En vida le preferiste a mi padre. Muere pues y duerme con él, ya que a él le amaste y aborreciste a quien debías amar...”.

En vano la madre trata de conmoverlo. En vano le recuerda que es hijo de sus entrañas. En vano le dice que el destino dispuso la muerte de Agamenón. En vano le pregunta si le parece lícito matar a su propia madre.

“No soy yo quien te mato... eres tú...”.

El oráculo creó en la mente de Orestes la idea del crimen. El oráculo determinó, en el momento supremo, al ser recordado por Pílates, la decisión final. Orestes es un instrumento de Dios, el fiel cumplidor de una consigna. De su propia sangre no ha brotado la decisión, ni es su propio odio el que lo mueve:

“Apolo fue el principal autor de mi obra. Apolo que alentó mi audacia... Ella se hizo blanco del aborrecimiento de los dioses...”.

Electra ha desaparecido, en el drama de Esquilo. Ella ha creado el ámbito para que el crimen se ejecute. Ella personifica el odio contra la madre. Pero en el instante supremo no se vuelve a oír su voz. Ni acude en auxilio de la voluntad desfalleciente de Orestes, ni se presenta frente al cadáver de su madre extendido frente al túmulo. La responsabilidad final cae sobre la cabeza de Orestes. Contra él se mueve rabiosamente las furias:

“Las perras furiosas que vienen a vengar a mi madre... de sus ojos destila horrenda sangre. Me persiguen...”.

Orestes ha quedado abandonado, solo con sus remordimientos. Su mente está poblada de fantasmas horrendos. Tiene que huir. El coro, antes frenético, desampara la matricida:

“Que tengan buen suceso tus desventuras”.

Una vez cumplido el acto terrible, Orestes abandonado, cae en poder de las furias. En vano huye. Porque las furias las lleva dentro y lo atormentan: Has matado a tu madre... Infeliz... Has matado a tu madre...

Sófocles se encontró con el personaje ya creado. Electra ya existía. Sombria, atenazado su corazón de odio, anhelosa de la venganza.

La escena la situó en el palacio de los Atridas. Desaparece el tumulto de Agamenón. No existe en la recreación de la Electra de Sófocles, la sombra airada del padre como principal protagonista.

Sócrates crea para Electra una hermana, Crisótemis. Es hija de Agamenón y Clitemnestra. Pero es un carácter distinto al de Electra. Se establece el contrapunto.

La una —siguiendo el diseño de Esquilo— personifica la fidelidad al padre y el odio a la madre, sin una sola oscilación de su carácter. Está ahí, humillada, befada, envilecida, sin esperanza, pero interiormente tensa. El transcurso del tiempo no ha desmontado su cólera. Su alma está poblada de negras nubes. Ni la dureza de Egisto, ni el tratamiento que le da Clitemnestra la ablandan. Recorre el palacio, como una sombra, que recuerda en todo instante el crimen cometido. Ella se encarga de mantener vivo el recuerdo de ese crimen. Es la Erinia de Clitemnestra. A toda hora está evocando, con su sola presencia hostil, la muerte trágica en el baño.

“Vivo en palacio con los mismos asesinos de mi padre. ¿Cómo crees que pasaré ya los días cuando veo a Egisto sentado en el mismo trono de mi padre... y veo que lleva a los mismos vestidos que aquel, y que esparce las libaciones domésticas en el mismo sitio en que lo asesinaron...? El asesino en el mismo lecho de mi padre con la mise-

rable de mi madre, si nombre de madre he de dar a la que con aquel duerme... y tan tranquila convive con el genio impuro y malhechor, sin temor a ninguna maldición. Antes al contrario, como si se burlara del crimen, todos los meses, al llegar el día en que traicioneramente mató a mi padre, celebra bailes y sacrifica ovejas a los dioses tutelares... Lloro, me consumo y me lamento. Y ni siquiera me es permitido llorar hasta que mi corazón quede satisfecho; porque ella, que para hablar es bravía mujer, me injuria con estos insultos: Oh víbora maligna. ¿Solo a ti se te ha muerto el padre...? ¿No hay otras en la misma desgracia...?”

Su hermana Crisótemis vacila entre el amor maternal y la piedad por Electra. Se da cuenta del horror del crimen. Se da cuenta de que las quejas de Electra tienen un fundamento. Pero no ha concebido contra Clitemnestra ningún rencor fatal:

“Creo que debo conformarme a navegar en la desgracia”.

Aconseja a Electra la misma conducta. Ya no hay esperanzas. Orestes está ausente.

“Yo quisiera que tú hicieras lo mismo...”.

Se ha conformado con su situación. De su corazón no brota ninguna rebeldía. Electra le dice:

“Me dices que los odias... Los aborreces solo de palabra. De obra estás muy conforme, con los asesinos del padre... Pero yo nunca jamás...”.

Nunca jamás. Es una palabra irreductible. Pueden asecharla, castigarla, envilecerla. Electra nunca perdonará a quien traicioneramente asesinaron al vencedor de Troya.

“Si no desistes de tus lamentaciones, te van a mandar a un sitio donde no verás la luz del sol y vivirás allí en tenebrosa caverna, fuera del mundo, llorando tus desdichas...”.

Crisótemis aconseja la prudencia. “El padre en estas cosas, sé que nos tiene indulgencia”.

Las dos mujeres dialogan, la una temerosa, prudente, frágil, tibia. La otra decidida, inmutable, inflexible, sombría como la noche.

Sófocles enfrente en su drama a la madre y a la hija. Las dos rivales tienen un carácter heroico. Las dos defienden su causa con energía y convicción. Las dos exponen sus razones.

“Ese tu padre a quien no cesas de llorar, fue el único entre todos los helenos que consintió en sacrificar a tu hermana a los dioses...

“Ningún derecho tenía para matar a mi hija.

“...Habiendo matado a mi hija en vez de matar a la suya Menelao...

“Yo no tengo remordimiento por mis actos...”

Y Electra le replica:

“No lo mataste con razón sino arrebatada por los consejos de ese hombre malvado con quien ahora vives... Pero aunque fuera como tú dices, si él queriendo servir a su hermano hubiera hecho tal cosa, ¿era preciso que por ello le mataras tú...?”

“¿Con qué derecho...? Mira que si implantas esa ley entre los mortales, decretas tu mismo castigo y arrepentimiento. Porque si con la muerte hemos de castigar a quien mata, tú morirás de primera si te alcanza la justicia... Díme, ¿por qué motivos observas ahora la conducta más vergonzosa que darse pueda, viviendo con el miserable asesino que te ayudó a matar a mi padre...?”

“¿Cómo es posible alabar tu proceder...?”

“Y ni siquiera tienes autoridad para amonestarme...”

Clitemnestra no se aflige. Amenaza a su hija con la llegada de Egisto. Sacrifica a Apolo y le hace sus ruegos:

“Deja que viva yo feliz, señora de este palacio y del cetro de los Atridas, en compañía de los seres con quienes ahora vivo dichosa y de los hijos que no me tienen rencor ni odiosa ira... Concédemelo como te lo pido...”

Y en su oración, en palabras veladas, le pide al Dios algo que su labio no se atreve a nombrar:

“Lo demás, aunque lo calle, sé bien que tú siendo genio, lo sabes todo...”.

¿Por qué se equivocó Eurípides?... Porque hizo entrar en el personaje Electra, elementos que le quitan fuerza a la tragedia. La casa con un bondadoso labrador, para mostrarla como una campesina miserable, que lleva el cántaro de agua y cocina en la choza. Y al final la promete a Pílates, el fiel amigo de Orestes.

Y por una segunda razón. Muestra a Clitemnestra bien dispuesta a concurrir al llamamiento que le hace su hija con el pretexto de que va a tener un hijo. Podemos inferir que en la Reina existen, todavía vivos, los instintos maternos. No se niega a la voz de la sangre. Y la hija la engaña con ese pretexto para ultimarla. Clitemnestra sigue siendo humana y sensitiva y el ardid de Electra establece un contraste con esa noble corazonada de la infiel. La Reina cae en una trampa.

Y Egisto es presentado como un Rey hospitalario, que ofrece su corazón y su amistad a los extranjeros. No hay en él nada odioso y que mueva contra él la antipatía.

La gran fuerza trágica de la Electra de Esquilo, cargada de tácita pasión contenida y de la Electra de Sófocles, conmovedora en sus sentimientos fraternales en el desesperado diálogo ante la urna que contiene las cenizas de Orestes, radica en ese sombrío desposorio suyo con su dolor y con su odio. No piensa, ni vive, ni actúa sino en función de su consigna. Su alma gravita entre dos polos: el amor por el padre y por el hermano. Y el odio por Clitemnestra. Fuera de estos dos polos el mundo no existe para ella. No germina en su corazón amor por ningún hombre, ni aspira darle a su vida otro sentido que el de rescatar con la sangre, la sangre derramada. No vive para la ternura, la compasión, mucho menos para el matrimonio. No quiere recibir

favores del amante de su madre, ni ocupa su mente en algo distinto a la imagen de Agamenón.

Es patética, pero es inhumana. La única manera como el espectador puede soportar el horror de ese crimen, que viola todas las leyes de la naturaleza y rompe los vínculos de la sangre, es mostrándola, como lo hizo Esquilo, desposeída de toda atracción carnal, con la entraña seca y estéril. No puede ser madre, porque de lo contrario no podría juzgar de esa manera a su madre. No puede ser amada por un hombre, porque tendría un motivo para reconciliarse con la existencia. No puede pensar en hijos suyos, porque le repugna la idea de ser hija de la adúltera.

Marchitada por su fuego interior, calcinada por su obsesión, ha de ser una mujer estéril. Le corresponde el más agobiador de los papeles en el teatro universal. Edipo no sabe lo que hace al contraer nupcias trágicas con Yocasta. Antígona es una sensitiva y temerosa flor de ternura y de inocencia. Clitemnestra asesinó por amor culpable. Fedra es una víctima de Venus. La ignorancia o el amor los justifica. Electra no. Sabe lo que hace. Consciente, acaricia, cultiva sus rencores. Está dispuesta a ejecutar el más terrible de los actos, ante el cual Orestes retrocede. Y el propio coro se espanta ante el horror del crimen:

“Ay... crímenes miserables. También para el que sobrevive comienza a dar frutos la desdicha. Todos han de encontrarse con el dolor. No hay mortal que pueda asegurarse una felicidad perpetua”.

—

La grandeza de Atenas, en los días de Pericles, halla su mejor síntesis en el discurso pronunciado en homenaje a los muertos, caídos en el campo de batalla y que Tucídides se encargó de transmitir a la posteridad.

Esa grandeza estaba basada:

En el respeto a los Dioses. La ciudad fue bautizada y colocada bajo la égida de Atenea.

En el culto a los héroes: “Este país que sin interrupción han habitado gentes de la misma raza, ha pasado de mano en mano hasta este día, salvaguardando su libertad gracias a su valor... Los hombres ilustres tienen toda la tierra como sepulcros.

En la naturaleza de las instituciones políticas: “Por el hecho de que el Estado entre nosotros, es administrado en interés de la masa y no de una minería, nuestro régimen ha tomado el nombre de democracia”.

En el concepto de la igualdad: “Nadie es molestado, por la oscuridad o por la pobreza, de su condición social, si puede rendir servicios a la ciudad”.

En el culto a la Ley: “obedecemos siempre a los magistrados y a las leyes, y entre éstas sobre todo a las que garantizan la defensa de los oprimidos”.

En la exaltación de la Areté: “Nuestro coraje procede más de nuestro valor personal que de las obligaciones legales”.

En la admiración de lo bello, el gusto por los estudios y la confianza en la palabra. “La palabra no es dañina a la acción. Lo que es dañino es no informarse por la palabra, antes de lanzarse a la acción.

Todo este conjunto lleva a Pericles a afirmar con argullo: “Nuestra ciudad es la escuela de la Grecia”. Y esos son los pilares de su grandeza.

II Los Sofistas

Pero la ciudad se enriqueció, por diversos motivos. Disponía en primer término de las cuotas pagadas por los confederados de Delos, lo que valió a Pericles las acres censuras de Tucídides. La expansión marítima, la fundación de cleruquias, el comercio sobre todas las rutas del Egeo, la importancia de la marina, el abastecimiento de los ejércitos, la construcción de edificios públicos, la explotación de las minas de plata, la venta de los vinos, todo eso enriqueció considerablemente a un gran número de atenienses. El puerto del Pirese convirtió en el centro comercial y militar más importante del Egeo.

Los 20.000 ciudadanos de Atenas, que gozaban de los derechos civiles, concebían la democracia, sin proscribir a la esclavitud. Se trataba de un privilegio, concedido por el hecho de nacer en Atenas, de padre, ciudadano ateniense.

Y el Imperio estaba montado a su vez sobre la convicción de que tan solo la raza griega tenía derecho a regir los destinos del mundo antiguo. Fuera de ella sólo existían los “bárbaros”, la barbarie, la masa informe de que hablaba Anaxágoras y que necesitaba de la acción impulsora de una fuerza pensativo y actuante, de una egregia minoría

que ponía en movimiento la materia inerte. Grecia era la depositaria de la energía cultural. Y en la Grecia, Atenas.

El orgullo de la “polis” y sus instituciones políticas; el orgullo racial de quienes señalaban como bárbaros a todos los que no eran griegos y el orgullo de la misión providencial de Grecia, sostenían ese breve lapso luminoso del histórico resplandor.

Atenas se convirtió en el siglo V en un foco atrayente e incitante. De todas las comarcas acudían a conocer ese luminoso faro, de tan soberano poder de irradiación en el mundo antiguo. Y hacia él se encaminaron todos los que deseaban brillar. El pensamiento de los hombres cultos solamente obtenía difusión, desde el ámbito de esa escuela de la Grecia.

La cuna de la filosofía había sido Jonia. Pero al caer bajo la conquista de los persas, se trasladó a su segunda cuna, en la Magna Grecia.

“La filosofía griega empieza por ser una creación de las gentes de las colonias, libres por su desarraigo de muchos sagrados fantasmas de la tierra natal y nacidos ya en una sociedad más libre y desarticulada, más disgregada y avanzada en los caminos del progreso y la disolución...”.

Atenas había tenido un filósofo político: Solón. Era un filósofo de la moderación. Su objetivo es “disponer la ciudad hacia lo mejor”. No quiso tomar partido entre los ricos y los pobres, lanzados a su primera lucha. Criticó acerbamente los vicios de sus coterráneos. Hizo todas las prevenciones en contra de la codicia. No quiso dejarse tentar por sus amigos y enemigos que lo invitaban a la tiranía, “un bello país del cual no se regresa”.

Ya había llegado la tragedia a su apogeo, cuando todavía no había realizado su desembarco la filosofía. “La fecha en que el hecho revolucionario se produjo, fue en el año 456 antes de Cristo, cuando el jonio Anaxágoras comprendió que el futuro de la filosofía estaba en Atenas para mil años”.

“En él se representaba el drama del apátrida y del desarraigado, típico producto de las ciudades jonias que se habían despeñado desde las alturas de la prosperidad y la hegemonía, hasta los abismos de la sumisión al extranjero y la decadencia consiguiente...”.

Durante treinta años enseñó en Atenas. La originalidad de su sistema reside en la concepción del *Nous*. Para la creación del mundo era necesaria una fuerza organizadora. Anaxágoras la llama ser pensante, inteligencia. “Tres caracteres la distinguen, la simplicidad del ser, el poder y la ciencia. Necesita el poder de comunicar el movimiento de la materia. Ese movimiento es un movimiento giratorio, concéntrico y continuo, que recorre todo el ser existente, extrayendo de toda cosa lo semejante para unirlo a lo semejante...”.

Anaxágoras hablaba a los aristócratas de la ciudad, a los jóvenes de alta condición. Se hizo amigo y colaborador de Pericles. Sus libros fueron intensamente leídos por Sócrates.

“Fue un motivo cosmológico el que alborotó al pueblo piadoso de Atenas contra Anaxágoras. Su concepción del sol, como un bloque que luce incandescente por el choque y la ruptura del éter, le concitó las iras supersticiosas del pueblo. No creía rozar el filósofo ningún dogma con esta representación, pero cometía una grave impiedad al atreverse a contemplar con espíritu observador y sin respeto ni temor, las maravillas del mundo que sobrecogen al hombre religioso”.¹

A Anaxágoras no le importó el exilio de Atenas. “En todas partes es igual la entrada al Hades”. Se observa un dramático contraste con la actitud de Sócrates. El se sentía ineluctablemente vinculado a su ciudad, no concebía la vida errabunda, descartó toda posibilidad de fuga.

“Nada de traspasar los límites de la ciudad y de la religión. Sócrates hace el heroico esfuerzo de quedarse dentro. Sabiendo bien que esto era limitarse, encerrarse, reducirse. Su muerte descubriría muy

¹ Vida de Sócrates. Antonio Tovar. Página 115.

bien la sublimidad de esta moral, pues fácil le hubiera sido salvar la vida sólo, con recurrir como Anaxágoras a la expatriación (mal empleado el término por Tovar al referirse a Aristóteles y Anaxágoras, que no eran atenienses. Exilio sería más adecuado). Con emigrar se hubiera proclamado libre y desligado, como un jonio o un sofista más. La originalidad heroica consistía en permanecer fiel a sí mismo, quedándose en el suelo en que misteriosa, casi visiblemente arraigaba su persona”.

“Prefirió la hoguera a la excomunión, la muerte dentro de la ortodoxia y de la piedad hacia su ciudad, que el alejamiento, orgulloso, frío, individualista y sin lazos con el suelo”.²

Anaxágoras abrió el camino. Después de él, llegó la legión de los sofistas, que no eran sabios y filósofos como él. La inteligencia es una fuerza creadora y también una fuerza disolvente. Veremos cómo operó en Atenas esta fuerza disolvente.

De todas las ciudades griegas acudieron a Atenas, atraídos por su prestigio político y militar y por las corrientes de comercio que allí se engendraban, hombres de todas las extracciones, algunos de ellos poseedores de una gran cultura. Habían acumulado los conocimientos de su tiempo: Física, Matemáticas, Retórica.

A los jóvenes atenienses de alta clase, capaces de pagar por una esmerada enseñanza les ofrecían estos inteligentes visitantes, la oportunidad de alcanzar todos los conocimientos de su tiempo, a cambio de un salario. Como no existían Liceos ni Academias, los jóvenes noveleros y los viejos ansiosos de saber, acudieron solícitos a oír a Protagoras, Gorgias, Trasímaco, Pródico de Céos, Hipias de Elis. Todos ellos eran ambulantes y sutiles maestros de cultura.

Había una gran curiosidad intelectual por oírlos. La juventud quería asimilar todos los conocimientos nuevos, hablar con brillo, adquirir destreza verbal, estar informada sobre las ciencias nacientes.

² Antonio Tovar, obra citada.

Platón nos describe magistralmente en el “Protágoras”, cómo era un sofista y cómo transcurría una reunión alrededor de sus enseñanzas.

¿Se trata de una escuela filosófica? No. Cada uno de los sofistas tenía su versión particular sobre la sabiduría. Nos interesa saber en qué medida su enseñanza contribuyó a socavar las bases sociales y las creencias, sobre las cuales estaba edificada la grandeza ateniense. Es decir, el efecto disolvente que tuvieron esas enseñanzas.

Algo parecido aconteció en el siglo XVIII, cuando los intelectuales y escritores decidieron someterse al ácido de la crítica todos los basamentos del orden social, enjuiciando el pasado, disolviendo la tradición, haciendo inventario del antiguo régimen.

En la sociedad ateniense se formó una clase, integrada por gente “refinada, arrogante y novelera”. Existía no solamente un deseo de saber, sino un deseo de ostentación de saber. Los sofistas estaban a la moda. La llegada de un sofista a Atenas, precedido por su fama, significaba un acontecimiento extraordinario.

Gorgias, vanidoso y suficiente, se cruza de brazos ante sus anhelosos discípulos y les dice:

Preguntad...

Presumía saberlo todo.

Esa gran inquietud intelectual en Atenas, la comprendieron y la explotaron los sofistas. Los jóvenes querían estar al día, en todos los conocimientos y deslumbrar.

Platón nos hace evidente esa novelería en el diálogo “Hippias”. El sofista conversa con Sócrates:

—¿Todavía sigues machacando lo mismo que te vió antaño?

—Sí, respondió Sócrates, y no solo lo mismo, sino que sigo tratando de las mismas cosas. Quizá tú que eres hombre de tantos saberes, nunca te repites.

—Claro, contesta Hipias, siempre me gusta decir cosas nuevas.

—¿Y de qué dices cosas nuevas...? ¿De lo que sabes bien...? Es que si alguien te pregunta ahora, por ejemplo, ¿cuántas letras tiene mi nombre, dirás una cosa nueva y distinta de lo que sobre ello dijiste antes...? Y en los números dirás cosa nueva cada vez que te pregunten, ¿cuántos son dos por cinco...?

—Sobre esto digo siempre lo mismo. Pero sobre lo justo y lo injusto puedo decir más que tú...

—Gran descubrimiento es el tuyo. De una vez los jueces dejarán de opinar con divisiones y las disensiones entre ciudadanos cesarían, exclama burlonamente Sócrates”.

En el “Protágoras o el Sofista”, Sócrates describe magistralmente la impaciencia y la inquietud que entre los jóvenes atenienses produjo la llegada de Protágoras.

Un amigo de Sócrates, Hipócrates, hijo de Apolodoro, llega a golpear intempestivamente a su puerta, a las primeras horas del alba, para comunicar la gran noticia, como si se tratara de un acontecimiento extraordinario.

“Ha llegado Protágoras”.

Estaba poseído por la más viva emoción. Sócrates burlonamente le dice que no es una noticia fresca, porque él la conoce desde anteayer. Hipócrates le da toda clase de disculpas, por no haberla traído desde el momento que la supo.

Y al observar la agitación del amigo, lo interroga burlonamente:

—¿Protágoras te ha inferido alguna injuria...?

—Sí. Me ha hecho la injuria de ser sabio, él y de no hacerme sabio a mí.

Si tú le das dinero y puedes obligarlo a tomarte por discípulo, te convertirá en sabio también...

Hipócrates le dice entonces a Sócrates que está decidido a gastar hasta el último óbolo y “agotar, si es preciso, la bolsa de sus amigos”.

Sócrates insiste en el salario del sofista, anteponiendo y destacando esta condición del pago.

Hipócrates ha venido ante él, con el objeto de que el maestro lo acompañe a la casa de Callias, donde está alojado Protágoras, y quiere hacerlo inmediatamente. Se halla quemado por la impaciencia.

Sócrates frena con dulzura su impaciencia. Es demasiado temprano. Esperemos, le dice, por lo menos a que llegue la luz del día.

Y los dos amigos, en espera de una hora apropiada, comenzaron a conversar. Sócrates quiere indagar a Hipócrates sobre el móvil angustioso de su visita:

—Bien... Hipócrates. Vas a visitar a Protágoras y a ofrecerle dinero a fin de que te enseñe alguna cosa. ¿Qué hombre piensas que sea Protágoras...? ¿Y qué hombre quieres que haga de ti...?

(Vuelve a insistir Sócrates en el pago del dinero).

—Si tú visitas a Hipócrates, el gran médico de Cos, y le ofreces dinero, ¿a qué especie de hombre pretendes entregar ese dinero...?

—Yo respondería, a un médico.

—Y si fueras a casa de Policleto de Argos o de Fidias de Atenas, y te preguntaran quienes son esos hombres, a quienes ofreces dinero, ¿qué responderías...?

—Que son escultores.

—Eso está bien. Ahora vamos tú y yo a la casa de Protágoras, dispuestos a darle todo lo que solicite por tu instrucción, si nuestros bienes pueden ser suficientes. Si no bastan esos bienes, estamos listos a emplear los bienes de nuestros amigos. Si alguien que observe este gran interés nos preguntara: Sócrates e Hipócrates, al dar todo este dinero a Protágoras, ¿a qué hombre pensáis entregarlo? ¿Qué le responderíamos a esa pregunta...? ¿Qué otro nombre distintivo conocemos de Protágoras, así como sabemos que Fidias es escultor y Homero Poeta. ¿Cómo se llama Protágoras...?

Acosado Hipócrates responde:

—Un sofista.

—Vamos a darle nuestro dinero a un sofista. Y si el mismo hombre te preguntara —añadió Sócrates— lo que quieres hacer de ti con la enseñanza de Protágoras, ¿qué le responderías...?

A estas palabras agrega maliciosamente Sócrates, mi hombre enrojeció, porque la luz crecida del día me permitía observar el cambio de su rostro.

—Yo quiero convertirme en un sofista, dijo Hipócrates.

—¿Cómo, por todos los dioses, no te da vergüenza entregarte como sofista a los ojos de los griegos...?

Y el filósofo se lanzó a fondo en contra de los sofistas:

“El sofista es un mercader de todas las cosas con las cuales el alma se alimenta... Hay que estar prevenidos. El sofista, al encomiar su mercancía puede engañarnos como las gentes que nos venden todo lo que es necesario para la alimentación del cuerpo. Esas gentes encomian sus artículos alimenticios para mejor venderlos... Cuídate, Hipócrates, de entregar al azar lo que tienes de máspreciado en el mundo. Porque el peligro que se corre en la compra de las ciencias es mucho más grande que el que se corre en la compra de las provisiones para alimentarse. Después de que se han comprado estas últimas, hay tiempo de consultar a los que saben y solicitar el consejo sobre lo que se debe comer y beber. El peligro no es grande. Pero no ocurre lo mismo con las ciencias. No se puede colocarlas en ningún barco distinto al alma. Hay que llevarlas en su propia alma y retirarse enriquecido para el resto de sus días”.

Sócrates describe magistralmente la escena en casa de Callias, cuando logró penetrar en ella con su discípulo:

“Encontramos a Protágoras que se paseaba delante del pórtico y con él estaba de un lado Callias, hijo de Hipónio y su hermano uterino Paratos, hijo de Pericles. Y Carmides, hijo de Glaucón. Y del otro lado estaban Xanthipo, el otro hijo de Pericles, Philipides, hijo

de Philomelo y Antimoeros de Mende, el más famoso discípulo de Protágoras y que aspira a ser sofista”.

Irónicamente dice Sócrates que detrás de ellos marchaba una tropa de gentes, “que parecían extranjeros la mayor parte. Protágoras los lleva con él a todas las ciudades por donde pasa. Los arrebató con la dulzura de su voz, como Orfeo. Había algunos atenienses dentro de ellos. Cuando observé este bello grupo, me di un singular placer observando con cuánta discreción y con qué respeto marchaban siempre detrás de Protágoras, cuidando de no encontrarse jamás en frente de él. Se veía a esta tropa enfilarse en círculo de derecha a izquierda hasta que él pasara, para seguirlo después...”.

Allí estaba Hipias de Elea, sentado en un asiento elevado y respondía desde lo alto a todas las preguntas. Ví también a Tántalo —dice Sócrates— quiero decir Pródico de Céos, que había llegado también a Atenas, pero se había alojado en una pequeña alcoba. Estaba todavía acostado, envuelto en pieles y mantas. Y cerca de su lecho estaba sentado Pausanias, un joven que me pareció muy bien nacido y el más bello del mundo”.

Toda la constelación de los sofistas. Sócrates destaca en su relato, el dinero que cobran, la embelesada admiración que se les tiene, la ostentosa vanidad de su sabiduría.

“El modo como hasta entonces se habían educado e instruido los griegos —dice Eduardo Zeller en la “Historia de la Filosofía griega”— consistía en que, si bien para determinadas artes y habilidades, como la escritura, el cálculo, la música y la gimnasia, se acudiera a maestros especializados, en cambio cada cual recibía su cultura general y educación gracias al trato con allegados y conocidos y mediante la práctica de la vida pública. Bien es verdad que se dio el caso de que algunos adolescentes se adhirieran a un personaje de especial prestigio para que los iniciara en los negocios, o que maestros de música o de cualquier otra arte adquirieran a veces una mayor influencia personal y política;

más en ninguno de estos casos se trata de una verdadera enseñanza, de una iniciación a la actividad práctica partiendo de ciertas reglas de arte, sino solamente de un influjo a base de las relaciones personales que se ejercitaban sobre el ánimo de quienes necesitaban formarse. Hasta entonces no era diferente lo que había ocurrido en la ciencia. Es de suponer que los pitagóricos no fueron los únicos entre los físicos presocráticos que confiaran la comunicación y cultivo de la ciencia a una comunidad semejante a las posteriores escuelas filosóficas, en forma de asociación de tipo más abierto o más cerrado; esa comunicación permaneció siempre limitada al grupo más estrecho de los miembros de la asociación, supeditándose a las relaciones de amistad personal con el fundador o director de la asociación. El hecho de que un Protágoras y sus sucesores se apartarán de esa tradición y abrieran el acceso a sus enseñanzas a todos los que las desearan, revela en dos sentidos una diferente apreciación de la ciencia y de la enseñanza científica: por una parte se declara que esa enseñanza es indispensable para todo el que quiera distinguirse en la vida activa y que la anterior capacitación para el discurso y la acción, es insuficiente, porque se requiere la teoría: el conocimiento de reglas generales”.

“Por otra parte la ciencia, hasta donde de ella se ocupaban los sofistas, se limitaba en lo esencial a esa finalidad práctica. Aquello que se busca su valor e importancia es, no el conocimiento como tal, sino sencillamente su utilidad como medio auxiliar para el obrar. Por consiguiente, la sofística se halla en la línea divisoria entre la filosofía y la política: la práctica necesita apoyarse en la teoría, ilustrarse acerca de sus fines y medios, más la teoría tampoco pretende ser más que ese medio auxiliar para la práctica. Esa ciencia, de acuerdo ya con la finalidad que persigue, es una filosofía utilitaria, para ilustrarse y nada más...”.

De acuerdo con el texto de Zeller, la cultura general la recibían los atenienses, por medio del trato con allegados y conocidos. Los hombres cultos, a través de la conversación y las reuniones familiares, informa-

ban al pequeño círculo de sus amigos. Y existía otra fuente, que era la vida pública. La asistencia a las deliberaciones del ágora y de la Eclessia. Oyendo a Temístocles o a Pericles, los jóvenes de su tiempo adquirirían nociones sobre la misión de la ciudad y los derechos del ciudadano.

Por otra parte se podían adquirir conocimientos, “aproximándose a un hombre de especial prestigio”. Y existían maestros de música, cálculo y gimnasia.

Con la llegada de Protágoras se realizó una innovación. Es indispensable para el ejercicio oratorio y la acción política, no solamente la práctica, sino la teoría. “La práctica necesita apoyarse en la teoría”.

Pero para el sofista no es indispensable el conocimiento, sino la utilidad de ese conocimiento. La teoría pasa a ser un medio auxiliar para la práctica. Se trata de una filosofía utilitaria. Y en eso disienta Sócrates de los sofistas a fondo. La misión del filósofo es la de buscar la verdad y el conocimiento, por sí mismos. El sofista considera el conocimiento como un medio auxiliar.

Esta es la primera diferencia. Y la segunda se convirtió en argumento encarnizado en contra de los sofistas.

“A juicio del Sócrates Jenofónico, la sabiduría, como el amor, sólo puede concederse por don libre, dice Zeller. Quien enseña un arte a otro, dice Platón, puede aceptar por eso una retribución, puesto que no pretende hacer justo y virtuoso a su discípulo; pero quien promete hacer mejor a otro, tiene que confiar en su gratitud y en consecuencia no debe pedir dinero. No de otro modo se manifiesta también Aristóteles. Las relaciones del maestro con el discípulo no son para él cuestión de negocio, sino una relación moral de amistad fundada en la estima. Los méritos del maestro no pueden pagarse con dinero sino sólo con una gratitud de tipo análogo a la que sentimos hacia los padres y hacia los dioses...”

Este era el argumento capital. Lo esgrimió Sócrates en su defensa. Lo reiteran Platón y Aristóteles. La enseñanza de la virtud no puede

ser remunerada. Las artes menores pueden exigir una retribución. Pero la modelación de un alma, debe ser un acto gratuito. Y su única recompensa es la gratitud.

Sócrates poseía una “grandiosa carencia de necesidades”. Platón y Aristóteles gozaban de bienestar personal. Y a eso se sumaba el prejuicio helénico “contra toda actividad lucrativa”. Esos hombres podían indignarse ante la idea de cualquier remuneración de su actividad docente. Pero concluye Zeller con imparcial sentido de la justicia:

“Los sofistas no tenían porqué dar gratuitamente sus enseñanzas, sobre todo en Repúblicas extranjeras y costearse los gastos de su manutención y de sus viajes. Tampoco las costumbres griegas consideraban en modo alguno indigno el pago de bienes espirituales; se pagaba a pintores, músicos y poetas, médicos y retóricos, gimnasiarcas y maestros de toda clase. Hasta los vencedores olímpicos recibían de sus repúblicas, lo mismo recompensas monetarias que premios de honor”.

“Ese gusto por la ostentación, no caracteriza solamente a un país, sino también una época. Se le habían dado vueltas y revueltas en todos los países a los mismos problemas. Un poco de charlatanismo no estaba de más, para garantizar el éxito de una solución nueva. Existía un gran número de filósofos que trataban de remendar el monismo lógico de los Eleatas o la física de los jónicos. Pero la tentativa estaba condenada de antemano. A un mundo nuevo eran necesarias ideas nuevas. Se comenzaba a decir en la mitad del siglo V, como se dijo en nuestro siglo XVII, que nada era más interesante en la naturaleza para el hombre, que el hombre mismo”.

“Maravillosas son las maravillas en el mundo, dice un coro de Sófocles, pero de todas las maravillas la más grande es el hombre”.

Los sofistas eran ante todo sembradores de inquietudes, iniciadores de sabiduría y si se quiere, promotores de novelorías. “Acudían a donde quiera los atrajera una invitación halagadora, la perspectiva de un auditorio inteligente, o la esperanza de buenos salarios. En Atenas

formaron una especie de Academia irregular, de universidad libre. Con la grande indignación de Sócrates, esos “metecos” ejercían una verdadera profesión. Se hacían pagar, salvo en los días en que ofrecían “su mercancía intelectual gratis, para mostrarla”. Los más reputados solicitaban honorarios muy altos para aquellos alumnos que pasaban por ser ricos”.

Enseñaban todo lo que en su tiempo formaba la cultura circulante: Física, historia natural, música, filosofía, derecho, historia. Pero todas esas ‘disciplinas no eran para ellos sino ciencias auxiliares, colocadas al servicio de una común dominadora: La Retórica.

Los griegos en todo tiempo tenían en alta estima el bello lenguaje. La democracia trajo como consecuencia el reinado de la palabra.

Gustavo Glotz y Robert Cohen, en su libro “La Grèce au V siècle”, sintetizan de esta manera su opinión sobre los sofistas:

La predominancia del régimen democrático consagró la soberanía de la palabra. Fue por medio de su elocuencia natural que Temístocles y Pericles pudieron imponer sus ideas, y sin jamás publicar sus discursos, dejaron los más bellos rasgos en la memoria de sus auditores.

¿Pero no se podían reemplazar las cualidades innatas por una educación sistemática...? Tal fue el objeto que se propuso la Retórica.

A los Sicilianos gentes de espíritu práctico, corresponde el mérito de esta creación. Empédocles había planteado los principios. Corax y su discípulo Teixes expusieron la teoría de la elocuencia judicial, un tiempo después de la institución de los tribunales populares en Siracusa y fueron los primeros en publicar tratados de retórica.

Pero fue Gorgias de Leontinoi, quien labró la reputación del arte nuevo, creando *el discurso demostrativo*. Ese género le permitió extender sus ideas políticas y filosóficas en Grecia entera.

En Atenas y en Olimpia, despertó el entusiasmo. Enseñando a los otros a hablar, les enseñó a razonar y a escribir. Para la argumentación, se situó cómodamente en un escepticismo absoluto. Resumía sus dudas en tres proposiciones:

No hay seres. Si los hubiera, serían inconoscibles. Si fueran conoscibles el conocimiento no podría ser comunicado.

En lo que hace a la forma, fijó las reglas de la composición y del estilo, mostrando que un discurso en prosa debería, tanto como un poema, ser tratado como una obra de arte.

La retórica no tardó en encontrar en Atenas su verdadera patria y sus leyes definitivas. Todos los sofistas la enseñaban, englobándola en su especialidad o dentro de todas las especialidades. Se formó así una especie de ciencia que se proponía garantizar a sus adeptos la superioridad en las discusiones. Es esta superioridad lo que constituye la virtud, la virtuosidad.

Todos los medios son buenos para llegar. Hay que saber desarrollar los lugares comunes, colocándolos bajo una luz especial.

Hay que discutir sobre el sentido de las palabras.

Hay que disolver la argumentación adversa a fuerza de distinciones.

Hay que dar la impresión de una competencia enciclopédica. Simular la improvisación y la sinceridad por artificios de Pnemotecnica.

Se trata, en cada controversia, no de encontrar la opinión más justa, sino de suministrar a todas las partes las armas mejor provistas. El método es estrictamente formalista.

El escepticismo fundamental de Gorgias, respondía al reproche de duplicidad.

Estos fondos de pensamientos, los sofistas los explotaron en común, cada uno a su manera. El primero de todos, tanto por la ancianidad como por el talento, fue Protágoras de Addera. En su tratado sobre la verdad o el discurso destructor, corroboró el subjetivismo de Heráclito y fundó su doctrina sobre la fórmula célebre:

“El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son y de las que no son”.

No hay criterio objetivo. El verdadero es el que aparece como aprovechable. Hay una verdad para cada individuo. Hay una para cada sociedad, que es simplemente la de la mayoría. De dos opiniones contrarias, la una es más fuerte, la otra más débil, según el número de sus adherentes. Pero la más débil puede convertirse en más fuerte y tal es el objeto propio de la Sofística.

El razonamiento justo puede ser vencido por el razonamiento injusto.

¿La moral y la religión no son sino viejos prejuicios? Efectivamente en un tratado sobre los dioses el sofista decía: Soy incapaz de decir si existen o no.

Protágoras fue el creador de la gramática griega y se puede ver en él a un jurista eminente.

Llevó su atención especialmente sobre los principios de la legislación penal. Fundó el derecho a castigar. No como lo quería Demócrito, sobre el derecho a la venganza, ni sobre la necesidad de la represión, sino sobre la eficacia de la intimidación y definía con un cuidado minucioso los casos susceptibles de caer bajo el golpe de las leyes.

Adquirió una singular autoridad. Pericles se encerró una noche entera con él para discutir una cuestión de responsabilidad criminal y lo encargó de reformar el Código de Thourior. Pero en tiempos de la reacción contra los sacrílegos, su audacia de pensamiento le costó caro. Fue perseguido por ateísmo y sacado de Atenas.

El ejército de sofistas contaba muchos otros que conquistaron la celebridad:

Pródico de Céos se ocupaba sobre todo de semántica y de etimología. Escribió un Tratado de Sinónimos.

Hipias de Elis, se vanagloriaba de saberlo todo y de no olvidar nada. Pretendía bastarse a sí mismo tanto en la vida material como en la vida espiritual, y cuando hablaba de sus teorías o de sus zapatos,

presentaba su obra en frases cadenciosas y grandilocuentes. Hizo hallazgos en geometría.

Tuvo la idea de suministrar una cronología a la historia universal, utilizando las listas de Olímpionicos y creó la Cronología por Olimpíadas.

Trasímaco de Calcedonia escribió el tratado de Retórica más completo, destacando la parte psicológica del arte, el “Pathos”.

En estos casos muestran la acción política que pudieron ejercer ciertos representantes de la filosofía nueva. Pero la obra de la Sofística fue más general. Realizó en los espíritus una verdadera revolución, que debía tener las más grandes consecuencias en el porvenir.

La costumbre de sostener el pro y el contra en todas las circunstancias, de impulsar el razonamiento hasta el extremo límite de la razón abstracta, de ver en el sentimiento y el interés personales el único criterio de lo verdadero y de lo justo, preparaba generaciones bien diferentes de las que habían combatido a Marathon o aceptado las direcciones de Pericles.

En su ardor en combatir los errores y los prejuicios, atacaban todas las tradiciones.

Removían, como dice Platón, todo lo que hasta entonces había sido inmóvil.

Como no solicitaban a todas las ciudades sino la libertad de pensar, no estaban vinculados a ninguna por todas las raíces de su ser.

Desquiciaban en sus fundamentos la concepción misma de la ciudad.

¿Qué es la Ley para esas gentes?: Una simple convención, un contrato ficticio, que varía según los países y los accidentes de la historia.

La Ley está siempre hecha en el interés de los Legisladores. Con frecuencia ha sido creada por un egoísmo de clase.

En las democracias tiene como fin, proteger a los débiles contra los fuertes.

Calicles, en el Gorgias de Platón, saca de este principio la conclusión lógica. Si la ley no es sino la fortaleza de los débiles, el fuerte no tiene que hacer sino abatirla, realizando lo que le agrada.

Hay dos morales, la de los leones y la de los ovejos, la de los amos y la de los esclavos. En historia Calicles tiene un nombre en Alcibíades o Critias.

En el fondo la ley, a los ojos del sofista está en oposición con la naturaleza.

Como lo observa Anaxágoras, en la naturaleza no hay ni bien ni mal.

Aforismo del cual los sofistas dedujeron que la Ley, tirano del hombre, hace violencia a la naturaleza. Este pensamiento nadie lo ha expresado con una lógica más brutal, un cinismo más tranquilo que Antiphon, cuando llega a esta conclusión: “Lo útil, tal como está fijado por las leyes, es una cadena para la naturaleza. Lo útil, según la naturaleza, es libre, por consiguiente en recta razón”.

Arruinar la idea de la ley era dismantelar la ciudad. Hacer prevalecer la naturaleza sobre la ley, era subordinar la ciudad a la humanidad. En Jonia y en Occidente los griegos al contacto con los bárbaros, habían sentido que los caracteres que diferencian a los hombres, no son nada en comparación de aquellos que le son comunes.

Heráclito declaraba que siendo la Razón universal, debía serlo la Ley igualmente. Los pitagóricos declaraban que la ley de la naturaleza liga a los hombres, los unos a los otros.

Los sofistas, comerciantes internacionales, dieron a estas maneras de pensar una precisión, un alcance nuevos. A sus ojos, la igualdad es el fundamento mismo de las leyes no escritas que dominan la naturaleza entera. No hay distinción legítima entre los hombres, según su nacimiento, su clase, su país.

La nobleza no es nada. La esclavitud no se justifica. No hay raza superior. “Por naturaleza, dice el implacable lógico Antiphon, somos

todos y en todo de nacimiento idéntico. Todos respiramos al aire por la boca y las narices”. En consecuencia, no existe razón válida, para respetar y honrar a las gentes que se dicen de buena familia, para no respetar y honrar a las gentes de humilde casa. Ninguno de nosotros ha sido distinguido, en su origen, como bárbaro o como griego.

De esta manera, desde el siglo V, algunas escuelas oponen al patriotismo tradicional, un cosmopolitismo razonado. Demócrito decía: El hombre sabio tiene toda la tierra delante de él.

Como se le reprochaba un día, el no interesarse en su patria, dijo: “Como... yo me preocupo mucho por mi patria”, designando al cielo, el cielo donde no cesaba de observar a los astros.

Otro filósofo, Hipias de Elea, se declaraba categóricamente ciudadano del mundo.

Fue así como el sentimiento de la humanidad, sin preocupación por las barreras levantadas por el pasado entre las clases y entre los pueblos, penetraba, bajo el nombre de “Filantropía”, primero en la noción de la igualdad democrática. Después en la concepción de las relaciones internacionales.

Pero los sofistas, que impregnaban la cultura, antes de que sus sucesores hicieran un aparte integrante de la civilización, la presentaron de tal manera que autorizaron todas las ambiciones personales y monárquicas. Y con eso se dio un golpe incurable a la noción de “ciudad”.

—

Los sofistas, en consecuencia tenían los siguientes rasgos comunes:

- a) La mayor parte de ellos eran extranjeros, “metecos”.
- b) Seres excepcionalmente inteligentes, conocían la ciencia de su tiempo. Constituían una especie de enciclopedias ambulantes.

c) Su enseñanza irregular abría la única posibilidad para los jóvenes de la aristocracia ateniense. La manera de instruirse era la de contratar el servicio de estos sabios.

d) Pero no obraban ellos por gratuito interés por la cultura. Esa era su profesión, su manera de vivir.

e) Además no tenían convicciones. El fondo de su pensamiento era el escepticismo. No creían en los dioses. No creían en la Ley. No creían en la virtud.

Eran unos especialistas en la palabra.

Aprendieron a conocer etimológicamente el sentido de las palabras y después de este dominio magistral, enseñaron el arte de hablar y de convencer, de embellecer los temas y presentarlos por sus aspectos más favorables.

f) Pero su falla esencial consistía, en que no eran buscadores de la verdad. No iban en búsqueda apasionada de la verdad. Les interesaba sólo el efecto sobre el auditorio. Les era indiferente defender una causa o la otra. El mismo brillo retórico vestía una tesis o la contraria. Su objetivo no era el perfeccionamiento moral de los educandos, sino el logro del éxito.

Hablar bien... ¿Para qué...? Para brillar y para vencer, para destacarse en el ágora, en la Ecclesia, en los tribunales o en las causas civiles.

Llegaron por ese camino al virtuosismo. Una palabra bien dicha, que cause impresión. Un argumento bien trabado, que desoriente al enemigo. Ese es su fin.

Son esgrimistas verbales.

d) Como eran extranjeros, no les interesaba el pasado de Atenas, ni la gloria de la ciudad, ni la defensa de sus leyes. Minaron lentamente todos los pilares del orden antiguo, el respeto a los dioses, la exaltación de la gloria adquirida en las Médicas, la sumisión a la ley.

Y la Razón la utilizaron para esta tarea demoledora, sin proponerle un fin noble. Los mitos no los sustituyeron por verdades. A la

religiosidad la reemplazaron con el escepticismo. A la palabra ordenadora de Pericles y Temístocles, le dieron como sustituto la palabra bella, resplandeciente y falsa.

En la juventud extendieron el conocimiento de las ciencias, pero sembraron en ella el cinismo.

Colocaron la Retórica, por encima de todas las artes, como medio para convencer, sin señalar ningún objetivo moral. *Refinaron el oído, pero no mejoraron el corazón.* Cuando llegó la crisis histórica de Atenas, se les atribuyó con razón una gran responsabilidad en el desastre. Habían sido los operarios activos en la tarea de demolición, los gusanos roedores de todas las convicciones tradicionales sobre las que se asentaba la sociedad ateniense. Los efectos se veían evidentes en los hombres de la generación que los oyeron: Alcibíades, que pasa de un bando al otro en la guerra que él mismo suscita en provecho de su gloria. Critias, que personifica una horrenda tiranía. De todo ello tienen la culpa los sofistas. Y para algunos, que no establecían matices ni distinguos. Sócrates era uno de los sofistas. Habiendo sido su enemigo intelectual más decidido, a los ojos del común aparecía como la personificación de esa odiada escuela. Y no lo era, en verdad, como lo veremos cuando llegue el día de su proceso.

III César

César nació el año 100, antes de Cristo, en el mes que habría de llevar su nombre. Era unos pocos años menor que Pompeyo y Cicerón, las dos grandes figuras que con Augusto ocupan y llenan el siglo anterior al advenimiento de Cristo.

Creció en el seno de una antigua familia patricia. Su padre —que era sobrino, hermano y primo de Cónsules— murió súbitamente en el año 86. Su madre, Aurelia, era la hermana de los Cónsules Cayo y Marco Cota.

Su tía paterna, Julia, se había casado con el terrible Mario. “Dueño de la ciudad, el viejo Imperator, que la edad había hecho todos los días más vengativo y más fiero, castigó a sus adversarios con una aterradora venganza. Nada de condenaciones individuales: todos los personajes importantes de la facción aristocrática debían desaparecer. La masacre comenzó. Duró sin detenerse durante una semana. El furor de Mario persiguió a sus enemigos más allá de la muerte. Prohibió que se les diera sepultura. Hizo clavar en la tribuna de los Rostros las cabezas de sus víctimas, sus cuerpos fueron arrastrados a través del Foro. Una turba desencadenada de aventureros y de esclavos, de hombres

sin patria y sin ley, robaba, quemaba, degollaba a nombre de Mario, embriagado con una locura sanguinaria. Para señalar su triunfo con más sombrío esplendor, se hizo nombrar Cónsul por la séptima vez y murió, ebrio y delirante con la felicidad de haberse vengado a todos sus enemigos”.¹

En ese momento de terrible pesadilla, César tenía 16 años. Había conocido de cerca a su admirable y sanguinario tío. Su primera experiencia política fue la de un íntimo contacto con el general egregio y enloquecido.

Por otra parte había contraído parentesco con Cinna, al casarse con Cornelia, su hija. “César se unía al partido democrático, por un vínculo solemne, que era como un gaje de su voluntad y de su fe”. Ese matrimonio adquirió como una especie de significación simbólica. El hijo de los Cónsules, mostraba precoces inclinaciones hacia el partido popular, traicionado su linaje y su clase.

Los furores de Mario tuvieron una respuesta en las proscripciones de Sila. Llegó la hora de la venganza para los aristócratas perseguidos. El Dictador ordenó que fueran repudiadas las mujeres nacidas en un hogar favorable a Mario y su partido. Pompeyo obedeció. César se negó a hacerlo. Exponía con ello su vida y posiblemente su libertad. Partió para el Asia Menor en el año 81. Sila vio claro en el fondo del alma de este jovenzuelo. “Desconfiad de este adolescente que se pone mal el cinturón. Hay en él madera para muchos Marios...”.

Al regreso a Roma —una vez muerto Sila— no hay muchas constancias de su actividad política. Acusó al Cónsul Dolabela por sus exacciones en Macedonia. Fue lento el itinerario de su ascenso:

Tribuno militar. Cuestor o investigador. En el desempeño de este cargo, pronunció su discurso en elogio de su tía Julia. Y por primera

¹ Augusto Bailly – Julio César.

vez en una manifestación pública, figuraron las efigies del execrado Mario. El partido popular volvía a aparecer.

En esa oportunidad César dijo orgullosamente:

“Por su madre, mi tía Julia descendía de reyes. Por su padre está unida a los dioses inmortales. Porque de Anco Marcio descendían los reyes Marcios, cuyo nombre llevó mi madre. De Venus procedían los Julios, cuya raza es la nuestra. Así se ven conjugadas en nuestra familia, la majestad de los reyes, que son los dueños de los hombres, y la santidad de los dioses, que son los dueños de los reyes”.

Como cuestor viajó a España ulterior y cuenta Suetonio, que suspiró profundamente frente a la estatua de Alejandro el Magno, quien a su edad ya había conquistado al mundo.

Su contrafigura fue Pompeyo. A los 26 años de edad, Pompeyo era un personaje militar de primer orden. Heredero de una inmensa fortuna, cuando Sila regresó del Oriente, el joven disponía de un ejército propio, reclutado en sus propiedades del Picenum. Y a partir de ese instante, la gloria comenzó a sonreírle.

En la escala ascendente de su carrera, tan solo se registran triunfos:

Actuó por orden de Sila en Sicilia. Pasó al África para adelantar la guerra en contra de Domicio, perteneciente al partido popular, quien había puesto en pie de guerra un ejército numeroso. Domicio pereció en la batalla.

Pompeyo se arrojó sobre la Numidia. Fue llamado por Sila a Roma con gran descontento de sus soldados. Exigió los honores del triunfo que le fueron negados, con el pretexto de que no podían ser concedidos sino a los cónsules y a los pretores: Pompeyo dijo:

“Hay más gente que adora al sol naciente que al sol poniente”.

Se consideraba, con razón, el sol naciente. Y Sila, conocedor a fondo de las debilidades humanas, fue perdiendo la estimación por

Pompeyo. Y a propósito de la elección de Lépido, como Cónsul le advirtió:

“Joven... no os durmáis, porque os habéis dado un adversario mucho más fuerte que vos...”.

Y el diagnóstico resultó evidente. Al morir Sila, le correspondió a Pompeyo hacer la guerra contra Lépido.

Desde el año 77 hasta el año 63 A. C. Roma estuvo ocupada por cuatro guerras diferentes:

1º) La que organizó en España Sertorio, del partido popular, quien concibió la idea de fundar allí un Imperio destruyendo la hegemonía de Roma. Pompeyo franqueó los Alpes para adelantar esa guerra civil y terminó por dominar a Sertorio.

2º) Durante su ausencia en España, estalló la guerra de Espartaco. El movimiento de los gladiadores y esclavos se inició en Capua. Se refugió la hueste abigarrada en las cimas del Vesubio y en las regiones vecinas. En vano el romano Glaber quiso situarlos. Fue derrotado.

Con sus legiones improvisadas y obedientes al mando de su caudillo, decidió buscar los caminos del Norte. Venció en los Abruzos a Clodiano. Y al regresar al sur se dirigió a las llanuras de Lucania.

Para hacerle frente a la horda invasora de los esclavos, fue designado Marco Licinio Craso, el más rico de los romanos. Su fortuna tenía el vicio original de haber sido amasado con las proscripciones de Sila y al amparo de su nombre.

Tenía impaciencia. Craso por abatir al gladiador, antes de que llegara Pompeyo y cobrar este nuevo laurel. La batalla final tuvo lugar en Lucania. Espartaco luchó hasta el fin. Y un afila de crucificados señaló la derrota de los esclavos.

3º) La guerra anárquica que adelantaba en los mares la piratería organizada y que ponía en peligro las comunicaciones de la República. El trigo de Egipto caía en poder de los piratas.

Para ponerle fin a esta amenaza, se eligió un promagistrado, con autorizaciones extraordinarias. Había que hacerle frente a esta infección del Mediterráneo. Designado Pompeyo, se le concedieron por tres años, el comando supremo sobre todos los mares, desde el Bóforo y Siria, hasta las columnas de Hércules, con el derecho de reclutar entre los antiguos pretores, quince legados que lo se educaran en su tarea y se convirtieran en herramientas humanas de la represión.

Los padres de la patria se daban cuenta de que esa Ley —concedida con el nombre de Ley Gabinia— arruinaba el dogma fundamental de la separación de las magistraturas. Entregaba la República a la autoridad de uno solo. Durante tres años se convertía a Pompeyo en un verdadero monarca, en cuyas manos el Senado y el pueblo, entregaban sin control sus prerrogativas, sus libertades y sus tesoros. La Ley fue votada, a pesar de las objeciones, en Enero del 67. Por medio de esa Ley el pueblo romano comenzaba a esbozar la silueta del Emperador.

Dice sabiamente Montesquieu comentando la entrega de poderes extraordinarios a Pompeyo:

“Las leyes de Roma habían dividido sabiamente el poder público en un gran número de magistraturas que se sostenían, que se moderaban y se detenían las unas a las otras. Y como cada una de ellas tenía un poder limitado, todos los ciudadanos eran aptos para desempeñarlas. Pero en este tiempo el sistema de la República cambió. Los poderosos obtuvieron del pueblo condiciones extraordinarias, lo que aniquiló la autoridad del pueblo y de los magistrados. Puso los grandes negocios en manos de uno solo o muy pocos individuos.

¿Hubo que hacer la guerra a Sertorio...? Pompeyo fue el encargado. ¿Fue preciso declarársela a Mitridates...? El pueblo entero aclamó a Pompeyo. Cuando tuvo Roma necesidad de hacer venir trigo, se creyó perdida si Pompeyo no se encargaba de la comisión. Para destruir a los Piratas, nadie como Pompeyo. Y cuando César amenazaba con la invasión, el Senado a su vez pide auxilio y solo piensa en Pompeyo”.

Pompeyo —el hombre indispensable— se puso a la obra en contra de los piratas. “Los piratas constituyen, —dice Mommsenn— toda una República de corsarios. Tienen un pensamiento común, una organización fuerte e imponente. Los filibusteros se dan el nombre de Cilicios. En realidad sus buques reúnen los aventureros, los desesperados de todos los países, los mercenarios licenciados, comprados antes en los mercados cretenses, los ciudadanos desterrados de las ciudades destruidas de Italia, de España y de Asia. Ha surgido una potencia militar. A falta de los lazos de la nacionalidad, están unidos estos hombres por la masonería de la proscripción y del crimen”.

Pompeyo dividió el mar en trece circunscripciones, colocada cada una al mando de uno de sus lugartenientes. Limpió, con mano implacable, las aguas de Sicilia, del África y de Cerdeña. Al cabo de cuarenta días de actividad, quedaba libre la navegación en todo el Mediterráneo occidental. Pompeyo procedió con alta inteligencia y con gran sentido de humanidad.

4º) De nuevo el Rey del Ponto se yergue contra los romanos. Las primeras operaciones de la guerra las adelanta Lúculo en contra de Mitrídates. Pero se quiere concluir con el grande enemigo de Roma, el segundo en importancia después de Aníbal. ¿A quién confiarle esta misión...? Vuelve a surgir el nombre de Pompeyo.

En enero del 66 fue discutida la Ley Manilia, consecuencia natural de los éxitos obtenidos por Pompeyo en la pacificación de los mares. Confirmaba esta ley por un período ilimitado a Pompeyo en su “imperium” sobre el Mediterráneo y le atribuía además la conducción de la guerra contra Mitrídates Tigranes, Rey de Armenia, “con el derecho absoluto de pactar alianzas, extender las hostilidades o concluir la paz, bajo una sola responsabilidad, sin término fijo y sin control”. Le entregaba esta ley todo un continente a Pompeyo y perpetuaba la monarquía, según Carcopino.

Los senadores de la vieja tradición republicana intentaron un esfuerzo contra esta medida, que entregaba a uno solo toda la autoridad de la República. Hortensio dijo:

“La República no puede convertirse en propiedad de uno solo, sea quien sea”.

Y agregó patéticamente:

“Si el pueblo sanciona esta ley, habrá que ir a refugiarse a las rocas para salvar la libertad”.

Pero los argumentos no tenían éxito, porque se había organizado una fuerte coalición bajo el nombre de Pompeyo, con “populares”, caballeros y algunos senadores interesados en la conquista.

El joven Julio César tomó la palabra a favor del proyecto de ley. No lo hacía porque tuviera simpatías hacia Pompeyo, “sino porque se regocijaba de esta nueva ocasión de hacer una invectiva contra la capacidad senatorial. Estaba abriendo las primeras vías para un segundo precedente a la monarquía, con la cual soñaba para sí mismo”.

Cicerón pronunció su discurso, “De Imperio Pompei”, que es el primero de sus grandes discursos políticos. Contiene un magnífico y encendido elogio de Pompeyo. No entiende Cicerón que se puede negar el carácter monárquico del Imperio otorgado a Pompeyo. Pretende solamente que un tal recursos es conforme a la tradición romana: el comando extraordinario otorgado a Mario contra Yugurtha y contra los Cimbrios, tenía un antecedente en el comando extraordinario, concedido a Escipión Emiliano contra Cartago y Numancia. La ley revolucionaria del tribuno Manilio fue votada por unanimidad.

Pompeyo no tenía la habilidad de los fuertes, ni el valor de sus ambiciones, dice Carcopino. Es un César que no se atreve a decir su nombre. Cuando recibió dos semanas más tarde en el Asia la notificación de su investidura, fingió hipócritamente una amarga sorpresa, frunció las cejas, se golpeó el muslo en signo de queja. Dijo que estaba excedido por estos perpetuos combates, que no le dejaban el tiempo

de gozar la vida en el campo. Nadie entre sus amigos se engañó con esta falsa hipocresía. Se apresuró a asumir, en plenitud, sus nuevos poderes.

Su primera iniciativa fue la de concertar una entrevista con Lúculo, quien se daba cuenta de que Pompeyo venía a arrebatarle la victoria, que él venía preparando pacientemente en el Oriente. Lúculo había empleado la táctica de desgastar el enemigo. Mitrídates no tenía a sus órdenes sino treinta mil hombres.

Comenzó Pompeyo por utilizar medidas diplomáticas: lograr la amistad con el Rey de los Partos, para realizar el propósito de aislar a Mitrídates. En la primavera del año 65 vemos al terrible Rey del Ponto, huyendo a los confines del Bósforo Cimeriano, que es el estrecho que comunica al Ponto Euxino con el Mar de Azov.

Sinoria, Talaura, Chateauneuf, son los sitios que señala la retirada del león que huye acosado. Mitrídates escondió sus archivos, que los romanos encontraron después y que pudieran llamarse “el proceso verbal de sus sueños, sus recetas, la lista de los envenenamientos que había cometido”.

Por fin logra ponerse fuera del alcance de Pompeyo, pero su aliado en la guerra, el Rey Tigranes de Armenia, pacta la paz con el romano, se declara su vasallo. Mitrídates está irremisiblemente perdido.

Pompeyo prosigue su marcha hacia el Cáucaso. Esa es la muralla infranqueable del Oriente, el dique que la naturaleza ha dispuesto contra las invasiones de los accidentales. Allí se detuvieron las armas de Ciro, las de Alejandro y las de Pompeyo. Ninguno de los conquistadores pudo pasar adelante.

Se yergue en contra de Roma un nuevo enemigo, que no tiene la audacia de Mitrídates, pero más astucia. El pueblo de los Partos.

Pompeyo logra detenerlo, pero años después causa la ominosa muerte de su colega de triunvirato, Craso.

En el otoño del año 63, se encuentra Pompeyo frente a Jerusalén. Se ve obligado a traer desde Tiro poderosas máquinas de guerra para asediar a la ciudad, le corta todos los aprovisionamientos y el día del “sabbat”, en el que no tiene nada que temer, porque sabe que la actividad de los adversarios está paralizada por la observancia del reposo obligatorio, desata los ataques parciales.

“Los legionarios romanos entran con espada en mano, exterminan en pocas horas a doce mil judíos. Pompeyo penetra en el Sancta Sanctorum, para afirmar delante de los sacerdotes refugiados allí, la soberanía de Roma. Pero no tiende su mano sacrílega sobre el tabernáculo y muestra así el respeto que su patria tiene con las religiones de los otros.

A partir de ese instante, Pompeyo se consagra a la organización administrativa del Oriente. Ha perecido el Reino de los Seleúcidas. El Asia Menor se convierte en un hervidero de ciudades libres. Ha pasado la época de los grandes déspotas.

El dominio de Roma es completo, salvo sobre los Partos. Un centenar de ciudades y de principados distribuyen su población y sus límites bajo la omnímoda orden de Pompeyo. Su obra lo señala como un administrador excepcional.

Ningún mortal, dice Mommsen, estuvo más próximo a ceñir la diadema, como Pompeyo cuando regresa a Roma. En su ausencia había crecido el prestigio político de Julio César. Unos años después las dos carreras se equilibran y por este mismo hecho, cesa la hegemonía de Pompeyo. Ya tiene un par, un émulo ambicioso.

En la ausencia de Pompeyo, se vivían en Roma horas de extraordinaria agitación. Los patricios corrompidos se habían aglutinado en codiciosa sociedad, alrededor de Carilina.

“Lucio Catilina, oriundo de noble familia era hombre de gran vigor intelectual y físico, pero de malvada y perversa inclinación. Su constitución era capaz de resistir en grado increíble el hambre, el frío y los desvelos y estaba dotado de un espíritu audaz, astuto, tornadizo, susceptible de fingir y disimular cualquier sentimiento, codicioso del bien ajeno, pródigo del propio y fogoso en sus pasiones: poseía Catilina una cierta elocuencia pero escasa sensatez. Su corazón insaciable meditaba siempre proyectos desmesurados, increíbles y en demasía elevados. Después de la dominación de Sila, habíase apoderado de él la máxima ambición de adueñarse del poder, sin reparar en medio alguno con tal de alzarse con el reino. La ferocidad de su espíritu sentíase cada día más atormentada por la falta de recursos económicos y por la conciencia de sus crímenes, males ambos que había él aumentado con la perversa conducta de que antes hice mérito. Incitábanlo además los hábitos corrompidos de sus conciudadanos, víctimas a un tiempo de los opuestos vicios de la prodigalidad y la avaricia”.²

Ahí está el personaje magistralmente descrito por Salustio. Y el programa estaba a la altura del personaje. En las reuniones con sus amigos, les pintaba cómo las dignidades y las riquezas se hallaban en pocas manos, “mientras para nosotros son los peligros, las repulsas, las condenas y la miseria. Hasta cuando sufriréis todo esto...? ¿No es preferible morir con valentía a acabar ignominiosamente, después de haber servido de objeto de burla a la soberbia ajena...? No necesitamos más que comenzar y nuestros propios actos completarán el resto. ¿Quién que posea un corazón de hombre, podrá tolerar que a ellos les sobre riquezas para gastarlas en construir hasta en el mar y allanar montes, mientras a nosotros nos faltan las cosas más necesarias para la vida? ¿Por qué ha de edificar cada uno de ellos dos o más

² Salustio —Conjuración de Catilina— Página 25.

casas, unas junto a otras y no tenemos nosotros en parte alguna un hogar doméstico...?”.

La envidia es el gran motor que incita a los patricios corrompidos. Desean apoderarse de la República, para gozar de su botín. Y como los caminos legales se le cierran a Catilina, concibe la idea de un golpe de mano, y toma las medidas para comenzar la guerra civil.

Se localizó en Fésula, plaza fuerte, situada en Etruria, “plagada de hombres arruinados y de conspiradores”. En Capua se iba a desatar una rebelión semejante a la de Espartaco. Pero el Cónsul Marco Tulio Cicerón tenía agentes secretos que seguían los movimientos de los conjurados. Los denunció valerosamente en el Senado, en presencia del principal autor de la conspiración. Catilina no lo negó. Contestó con “su habitual facilidad para el fingimiento, bajo los ojos y suplicante la voz. Comenzó a rogar a los Senadores, que no fuesen a juzgar temerariamente de su conducta, pues nacido de ilustre familia, la conducta por él observada desde joven, le daba derecho a esperar el más brillante porvenir”. Y refiriéndose a Cicerón habló del forastero advenedizo. Y como hubiera añadido otros insultos contra el Cónsul, interrumpiéronle los senadores con sus gritos, tachándole de enemigo público y asesino. Catilina entonces exclamó lleno de furor:

“Ya que rodeado por todas partes, véome impelido al abismo, apagaré con la ruina de la República el incendio suscitado en contra mía”.³

Y se marchó a Etruria, donde estaban sus partidarios Publio Léntulo, Lucio Casio, Cayo Cetego. Se proclamó Cónsul.

Cicerón convocó al Senado, habiendo detenido a todos los sospechosos, entre otros a Léntulo. El Senado entró a deliberar sobre la suerte de los cómplices de Catilina, caídos ya en las redes.

³ Salustio. La Conspiración de Catilina. Página 98.

Fue una sesión memorable. Habló César:

“Toda persona, que tiene que pronunciarse sobre casos dudosos, debe estar exenta de odio, amistad, cólera o compasión. No es fácil que un espíritu dominado por tales sentimientos discierna la verdad, ni jamás persona alguna sirvió al mismo tiempo a sus pasiones y a su verdadero interés. Por eso, cuanto más elevada es la posición de un individuo, tanto menor es su libertad para obrar y le están vedados el odio, la parcialidad y mucho más encolerizarse. Lo que en otros se llama ira, merece en los que mandan el nombre de soberbia y crueldad”. César sugirió como pena, la expatriación.

Pero en el Senado estaba Catón. Y con su autoridad moral se colocó del lado de la tesis extrema. Nada de debilidades. La manse-dumbre y la piedad conducen a la ruina. Se les debe imponer a los conspiradores, como culpables, el último suplicio.

Catón precipitó la decisión. El Cónsul en persona condujo a Léntulo, a la puerta de la prisión, “El Tulianum”, cerca al Capitolio. Todos los conspiradores, caídos en las redes del Cónsul, fueron degollados, a la luz de las antorchas.

Y contra los conjurados de Etruria se envió al Cónsul Antonio. Catilina luchó con denuedo, hasta la muerte. El vencedor, Antonio, proclamado Imperator, había hecho parte de la conspiración.

—

El ascenso de César no fue fulgurante como el de Pompeyo. Nombrado Edil, se dedicó a decorar el Capitolio y a construir pórticos. Organizó juegos y cacerías de fieras. Es la etapa en que César despliega todo su fausto.

En el año 68 lo vimos secundando a Pompeyo, en la aprobación de la Ley Manilia, que le concedía en el Oriente a su futuro adversario, un poder absoluto sin término fijo y sin control.

En el año 63 es elegido Gran Pontífice, a la muerte de Metello Pío. Esta designación realizada por un político ambiguo y fastuoso, representaba para César una inmensa satisfacción. Tenía derecho a vivir en la Domus Pública, que fue su residencia hasta la hora de su muerte. Publicó en esa época sobre Julio, el hijo de Eneas, una biografía en que tomaba las leyendas a lo serio, o aparentaba tomarlas, para rodear los orígenes de su familia con una divina aureola.

En el año 61 es nombrado pro-pretor en España, pero antes de dirigirse a la península tiene lugar el famoso escándalo de las “damia”, relatado por Plutarco.

En el año 60 culmina su carrera y al regresar Pompeyo del Oriente, encuentra a César convertido en un jefe político y en un posible rival que quiere conciliarse con él. César no se había opuesto a la elevación de Pompeyo.

“Los romanos de su tiempo no creían en los planes subversivos de este gran señor libertino, de este Dandy. No imaginaban propósitos sombríos en este “petit-maitre”, que cuidaba tanto de su toilette y no se rascaba la cabeza sino con un dedo. Sin embargo divirtiéndose, arrojando el dinero a manos llenas, componiendo una tragedia de Edipo, o versificando frívolamente después de recibir el elogio de Hércules, ocultaba bajo su apariencia de (frivolidad, los fines que se proponía y los medios incomparables que los facilitaron:

Una resistencia física a toda prueba, que sus troperos le envidiaban, que no comenzará a debilitarse sino después de los cincuenta años y cuyos desfallecimientos será atribuido al mal sagrado. Una sobriedad y una gran disciplina de sí mismo, que lo preservaron de las postraciones en que caían habitualmente los borrachos de su generación. Un talento de la palabra que hubiera sobrepasado todos los renombres de la elocuencia, si se hubiera dignado llamarse orador. Una cultura universal y refinada. Una memoria que le permitía leer y escribir sin interrumpir sus audiencias y dictar a sus secretarias hasta siete cartas

a la vez. Una inteligencia de una magnífica amplitud, penetrante y dúctil, vigorosa y sutil, de una capacidad de previsión sorprendente. Una prudencia igual a su audacia. Y por encima de todo una energía inflexible y ardiente que se traduce en acciones en el campo de batalla, en actitudes de serena intrepidez delante de los piratas que lo capturaron en el año 8, o delante de los caballeros en el año 6; cuando acechaban su salida del Senado para arreglar las cuentas, o delante de sus legionarios amotinados en Placencia en el año 49, o en presencia de los conjurados que lo abatieron en los Idus de Marzo del año 44, sin lograrle arrebatarse una sola palabra de ruego o un grito de terror.

Y para complementar su carácter, una fidelidad ejemplar a las amistades que formó. Hacia los enemigos, una indulgencia espontánea y voluntaria, en que se mezclan el desprecio hacia los individuos, los cálculos de la habilidad, las impulsiones de la generosidad natural y con intermitencia ese respeto de la vida humana que con frecuencia detiene la venganza de los fuertes. Sobre todo, cuando piensan como César, que la muerte se resuelve en una eliminación sin atenuaciones y sin esperanzas.

Tenemos que estar de acuerdo en que el hombre, por la riqueza de sus dones, sobrepasa a todos los romanos de su tiempo”.⁴

Pero su hora no ha llegado todavía. Esta es la hora de Pompeyo. Cuando Pompeyo regresó a Roma en el mes de Septiembre del año 61 antes de Cristo, después de haber cumplido magistralmente la comisión que el Senado le dio para que organizara a su arbitrio el Oriente, muchos pensaron que estaba decidido a buscar el Gobierno personal y que tendería su poderosa mano temeraria en busca de la diadema.

Hasta el propio historiador Mommsen que le es tan adverso, debido a su exaltada pasión a favor de César, reconoce la calidad de sus

⁴ Jerónimo Carcopino — César — Histoire Générale.

servicios y la prudencia con que obró en su administración del Asia. Después del Africano, ningún hijo de Roma tenía parecidos títulos ante la República.

No recordaba Roma un despliegue parecido al que se hizo con ocasión del triunfo de Pompeyo. Tuvo la oportunidad de mantener bajo su puño las legiones victoriosas. Pero quiso licenciarlas, como lo prescribía la ley, para que se eliminara la sombra de una sospecha.

“El 28 de Septiembre se iniciaron las ceremonias, con un desfile en las calles de Roma. Los estandartes enumeraban las victorias de Pompeyo sobre catorce naciones a la vez. De la Puerta Triunfal, por el Gran Circo y el Velabro, la primera parte del cortejo se encaminó hacia la Vía Sagrada.

A la cabeza marchaban los magistrados y los senadores. Después venían inmensos mapas de los países conquistados, los planos de las ciudades tomadas, los nombres y los retratos de los 22 Reyes destronados o sometidos a la soberanía romana.

En seguida venían los carros que transportaban las piezas maestras del botín. Se habían necesitado treinta días para hacer los inventarios: armas de toda especie, espolones de navíos, un mobiliario incrustado de gemas, vasos myrrhinos y vajillas de oro con variados servicios. 33 coronas de perlas. Extrañas curiosidades: el viñedo de oro ofrecido por Aristóbulo y estimado en 500 talentos. Un pequeño templo de las musas, en perlas. El lecho que pasaba por haber pertenecido a Darío, hijo de Histaspes. La estatua de bronce de Farnaces, el conquistador de Sinope. Estatuas en metal precioso, de Apolo, de Marte y de Minerva. Un busto colosal de Mitridates en oro, dos veces más grande que la estatua que había figurado en el triunfo de Lúculo. En fin... el busto de Pompeyo, elaborado en perlas finas.

Al día siguiente, 29 de Septiembre, en el que cumplía Pompeyo 45 años, correspondió a los hombres el turno de proclamar las glorias del vencedor”.

“Detrás de su carro avanzaban las delegaciones de los soldados en armas, los caballeros que caracoleaban sobre sus monturas. Adelante marchaban, sin hierros ni esposas, los cautivos y los rehenes, en número de trescientos veinticuatro. Entre ellos desfilaban, cinco hijos de Mitrídates, dos de sus hijas, el jefe de su caballería, Menandro de Laodicea, Tigranes el joven, el Rey de Cólquida, el Judío Aristóbulo, las reinas escitas, los piratas, en fin.

Cuadros gigantescos representaban a los enemigos muertos o ausentes, en las posturas más halagadoras para el orgullo romano: la derrota de sus navíos, el pánico de sus batallones, el suicidio de Mitrídates, el degüello de su harem.

Detrás de ellos, sobre un carro que arrastraban caballos blancos y que fulgía de piedras preciosas, aparecía Pompeyo, cubierto con la clámide que había encontrado en el guardarropa de Mitrídates. De esa clámide se refería, que había sido tejido con destino a Alejandro el Grande, pero que llegó al poder del Rey del Ponto, por obra de las gentes de Cos.

Habiendo ascendido lentamente las gradas del santuario capitolino, ofreció Pompeyo a Júpiter el sacrificio acostumbrado y se dispensó a sí mismo de verter la sangre de las víctimas humanas”.⁵

Ese era el momento cenital de su fortuna. Del Ebro hasta las puertas caucásicas, había paseado triunfalmente los pabellones de Roma. Con sus hazañas prolongaba la tradición de los Escipiones. Ese día, el sol de su gloria adquiría sobrenaturales irradiaciones. En sus jardines de la Domus Pública, César meditaba sobre su propio destino opacado por el refulgente vencedor. La partida no estaba, sin embargo, terminada.

“Al día siguiente el joven Tigranes era colocado bajo la vigilancia de Flavius. Los otros prisioneros fueron repatriados a costa del Estado,

⁵ Gustave Glotz. *Histoire Générale*.

con toda clase de presentes. El Imperator no dio banquete al pueblo, pero le distribuyó dinero. Desglosó del botín lo necesario para construir un templo de Minerva y un templo de Hércules cerca del Gran Circo, el conjunto monumental de su teatro, de su pórtico y el Templo de Venus Victrix. Entregó al templo un tesoro neto de 500 talentos.

El triunfo de Pompeyo sobrepasó en riqueza y en esplendor, los de los Escipiones, Paulo Emilio y Sila. Pero tenía enemigos ocultos, que en la medida en que el Imperator se pareciera cada vez más a Alejandro, más se desconfiaba de su despotismo. El 29 de Septiembre Pompeyo llegó a la cima de las grandezas humanas, pero se precipitó en seguida en las dificultades que habría podido resolver sólo, si en vez de la gloria que lo embriagaba hubiera conservado la fuerza a que renunció”.⁶

Este gesto de Pompeyo le sirvió como antecedente para oponerse años después a César.

—

Año 60. Se constituye el triunvirato, formado por Pompeyo, César y Craso.

Este acuerdo político entre los tres personajes sobresalientes de la época, se había concebido por fuera de las instituciones. No se trata de una fórmula constitucional, sino de un convenio al margen del Estado.

Los tres hombres influyentes se asocian, dentro de un pacto de honor secreto, para influir en el Gobierno. Craso era el más rico de los romanos. El origen de su fortuna se encuentra en las famosas proscipciones de Sila.

César había dado muestras de su eficacia política en el gobierno de España y Craso le había suministrado el dinero para cubrir sus cuantiosas deudas. Era el jefe de los “populares”.

⁶ Gustave Glotz. Histoire Générale.

Según Jerónimo Carcopino, rodeaban de un peligroso silencio el efecto de sus convenciones. Unían bajo la fe del juramento sus influencias y sus proyectos para dirigir a la República. Era una conspiración permanente como lo sugiere Tito Livio. Un cartel electoral, construido en la sombra, en vista de la adquisición de las Magistraturas consulares.

Dentro del convenio, César obtuvo el Consulado y posteriormente el gobierno de las Galias. Como prenda de su buena fe, se planeó un matrimonio dinástico, entre Pompeyo y la hija de César, Julia.

La conquista de las Galias

Posiblemente César no se dio cuenta en su tiempo de la importancia histórica que habría de tener su acción en el Occidente, al romanizar las Galias e incorporarlas al Gobierno y a las costumbres del Imperio. Su plan inicial tuvo objetivos políticos de menor alcance. Aspiraba a complementar su prestigio de jefe del partido popular con una base militar en la Galia Cisalpina, próxima a Roma. El triunviro no perdía en su misión el contacto con la política romana y seguía actuando, en la vecindad, a través de sus amigos.

La excursión triunfal de Pompeyo por el Oriente, no tenía las proyecciones de la de César en el Occidente. Porque las vastas regiones que había sojuzgado en el Asia Menor, ya habían recibido la influencia helénica a través de Alejandro y los Diadocos. En cambio César aparece como el primer romano que atrae a la órbita de Roma, una zona de Europa donde habría de prolongarse la civilización grecolatina a la muerte del Imperio a través del otro Imperio fundado por Carlomagno.

“Fueron los romanos —dice Grounsset— los que pusieron en evidencia las más bellas virtudes galas. Fueron ellos los que fundie-

ron ese noble metal, dentro del marco de una unidad indestructible. Podemos lamentar ahora que el genio galo haya perdido mucho de su ductibilidad y de su originalidad, que la Galia haya olvidado hasta el uso de su lengua: las lenguas célticas actualmente sobrevivientes, están llenas de sueño, de idealismo, de poesía. Pero de otra parte no es una ventaja exigua el participar en el genio lógico de las lenguas latinas. Sobre todo desde el punto de vista político preferimos para nuestro país, la suerte de la Galia romanizada a la de Irlanda. A Irlanda le faltó Roma”.

En toda Europa se discierne, que los cimientos de toda construcción, la huella de los constructores romanos. Sin el apoyo de las legiones, ¿Galia poseía una cohesión suficiente para resistir a la presión germánica...? En dos oportunidades durante un siglo, la Galia estuvo a punto de ser conquistada por los germanos y ella no debió su salud, sino a una doble invención romana, la de Mario y la de César.

Así examina un francés las consecuencias de esta aventura en la que César se comprometió en el año 58.

—

Esta vez la fuente histórica se encuentra en el propio autor de la epopeya. Conocemos en detalle la guerra de las Galias a través de los “Comentarios” de César.

En el momento en que César cruzó hacia el norte el Rubicón, existían tres regiones diferentes con el nombre de Galias:

La Cisalpina, en el norte de Italia.

La Narbonense, que se hallaba sometida a la amistad romana.

La Galia Cabelluda, cuya independencia podía estar en capacidad de desafiar a los vecinos del Sur. Hasta ella no había llegado la romanidad.

El propio César establece la diferencia. Según él, al norte del Marne y del Sena, están los más valientes de los galos, llamados balgas, “muy lejanos de la cultura y trato de nuestra provincia”.

Al sur los equitanos y la tercera región, la habitan, en el centro, “los que en su lengua se llaman celtas y en la nuestra galos”.

Al ponerse frente a su gobierno, César encuentra un primer enemigo en los Helvecios, que tenían el propósito de irrumpir sobre la Galia y que a pesar de las admoniciones de César determinaron marchar sobre Autún, talando los campos.

La batalla entre César y los helvecios tuvo lugar en las orillas del Río Saona.

Poco después los galos entraron a quejarse de las amenazas que les formulaba el Rey Germano Ariovisto, que es el primer personaje histórico de Alemania.

“Ariovisto se había apoderado de la tercera parte del campo de los galos, que era la mejor de toda la Galia céltica. Ahora los mandaba Ariovisto salir de esa tercera parte que les quedaba”.

La entrevista entre César y Ariovisto

“En medio de una llanura espaciosa y en ella un cerro considerable, casi a igual distancia de uno y otro campamento” dos caballeros avanzan. El uno tiene una figura blanca y pálida “marchita antes de la edad por los excesos de Roma. Es un hombre delicado y epiléptico”. Ha llegado a los cuarenta años, sin haber conocido los honores del triunfo. Mientras Pompeyo conquista el Oriente, se consagró con tenacidad a organizar el partido popular, inspirado por el sangriento fantasma de su tío, el terrible Mario. Enemigo de los patricios, pertenece a una de las familias aristocráticas de Roma. Su juventud ha sido aventurera y licenciosa. En el Foro, es el segundo, después de Cicerón. Dirige

un partido político tumultuoso y se le señala como sospechoso amigo de Clodio y Catilina.

¿Qué lo ha traído a esta llanura, para enfrentarse a la terrible tribu de los germanos, dirigida por Ariovisto...? Su prestigio popular quiere complementarlo con el poder decisorio de las legiones. Y ha elegido la Galia, como escenario de sus hazañas. En ella puede organizar la reserva militar que corrobore sus intenciones políticas. Está muy lejos de ser un héroe y de ser joven. Se halla comprometido en la empresa de conquistar el Occidente y de forjar las armas para su final elevación.

Tiene delante de sí a los Germanos, “de estatura desmesurada, de un valor increíble y ejercitados en las armas”. Ante la presencia de tan descomunales y feroces guerreros, que han pasado el Rhin para someter a los galos, se originó un gran pánico en el ejército. Y el romano se vio precisado a arengarlos, con todo el despliegue de su don persuasivo, para que no desertaran.

Avanza ahora, custodiado por los caballeros de la Legión Décima, en la que tiene absoluta confianza. A doscientos metros de distancia se detiene en frente de Ariovisto, rey bárbaro de ojos azules, surgido de la selva negra como una deidad vital y tenebrosa.

El germano desconfiado pidió que se hablase desde los caballos y que trajese cada uno consigo diez soldados. Desde sus cabalgaduras, el latino y el germano entablaron el diálogo, con el que se inicia la historia de la romanización de la Galia. En alta voz se interpellaron y el primero en hablar fue César.

Le recordó a Ariovisto los beneficios que había recibido así de él como del pueblo romano. Fue honrado por el Senado con el título de Rey Amigo. Le puso en evidencia la amistad existente entre los romanos y los galos. Le exigió, perentorio, que no atacara a los aliados de Roma.

Ariovisto respondió lacónicamente a las frases de César. No ha llegado a la Galia por voluntad propia, sino llamado por los propios

galos. Por derecho de guerra le pagan los galos un tributo, que suelen los vencedores exigirle a los vencidos. Todas las ciudades de Galia se juntaron para combatirlo y a todas las ha vencido en una batalla. La amistad del pueblo romano deberá servirle de honra y defensa y no de perjuicio. Pero si los romanos quieren que no perciba el tributo de los falos y aspiran a quitarle los rehenes, renunciará a la amistad del pueblo romano.

“Esta región de Galia es mía, fijo el germano, como romana es la otra. Primero llegué a la Galia que las legiones romanas, Si César no saca sus tropas de estas regiones, lo tendré por enemigo declarado”.

Y agregó maliciosamente el astuto bárbaro:

“Si le doy muerte a César haré un gran servicio a muchos nobles y principales del pueblo romano, como lo tengo muy bien averiguado por mis propios mensajeros. El favor y la amistad de muchos romanos eminentes, podría comprarlo con la cabeza de César”.

César replicó que eran antiguos los derechos de Roma sobre Galia. Fabio Máximo venció a los avernos y rutenos. “No puedo desistir de mi empresa, ni puedo desamparar a unos aliados tan beneméritos”.

Los dos jinetes comenzaron a separarse sin darse la espalda. La batalla entre César y Ariovisto tuvo lugar en la región de Belfort, en el sitio que señala Napoleón III en su interesante Historia de César.

Los soldados de Ariovisto fueron perseguidos hasta el Rhin. Por primera vez los romanos llegaban hasta el río que había de ser el límite tradicional entre el germanismo y la latinidad. “La República romana, dice Mommsen, saluda después de una brillante victoria, el gran río germano que veían por primera vez los soldados de Italia. En una sola batalla había conquistado Roma la línea del Rhin.

La Galia estuvo a punto de ser anegada por la ola germana. Sin la presencia de César, esa blanca y pálida figura, Ariovisto hubiera fundado un Reino con sus compatriotas suevos y todos los galos del norte. Esa es la importancia de la escena descrita. Ahí comienza la romanización de la Galia. Que va a ser la heredera de Roma.

Siglos después, los reyes francos bajarán la cabeza humildes para recibir las aguas del bautismo y se convertirán en la espada y la lanza de la cristiandad.

La Galia estuvo a punto de ser dominada por los germanos. Sin la presencia de César, Ariovisto hubiera fundado un reino, con sus compatriotas suevos y todos los galos del Norte. En lugar de romanizarse, la Galia se habría germanizado. Esa es la importancia de la batalla de Belfort. Se estaba decidiendo la suerte futura de Europa.

Una vez vencidos los germanos y rechazados al otro lado del Rhin, César decidió iniciar la campaña contra los belgas, para complementar su obra. Marchó hacia el norte al frente de sus legiones.

Al abrir su historia monumental de Francia, Michelet escribe:

“...Hubiera querido ver esa blanca y pálida figura, marchita antes de la edad por los excesos de Roma, ese hombre delicado y epiléptico, marchando bajo las lluvias de Galia a la cabeza de las legiones, atravesando a nado nuestros ríos. O bien a caballo entre las literas que llevaban a sus secretarios, dictando cuatro, seis cartas a la vez, removiéndolo a Roma desde el fondo de Bélgica, exterminando en su camino a dos millones de hombres, domando en diez años a la Galia, el Rhin y al océano del Norte”.

La primera tribu a que tuvo que enfrentarse fue la de los Remes. Pero César no quiso presentar la batalla, esperando a que el invierno y la competencia entre las tribus deshicieran la coalición de los pueblos galos. En efecto, los bellovacos desertaron y todos los pueblos del norte se rindieron uno a uno.

Pero quedaban los nervianos, quienes organizaron sus ejércitos a las orillas del Sambre. Cayeron repentinamente sobre las legiones desprevenidas. César se vio obligado a emplearse a fondo y dar altas muestras de su valor, para que los soldados siguieran su ejemplo. Los nervianos lucharon hasta el último soldado. De pie sobre los “amontonados cadáveres se dejaron acuchillar”.

La mayor parte de los pueblos del norte, Nervianos, Belgas, Viromanduos se someten.

Tienen después una batalla naval contra los vénetos, que hacen parte de las tribus armóricas. Aparentemente ha concluido la conquista de las Galias. Pero en el corazón de todos esos pueblos bárbaros sometidos, subsistía un violento deseo de independencia y un terrible rencor contra Toma. Esperaban la ocasión para hacer estallar estos sentimientos.

La religión de los druidas

A la llegada de César la mayor parte de los pueblos galos habían adoptado la religión de los Druídas. Inicialmente habían adorado los objetos materiales y los fenómenos de la naturaleza, pero fueron ascendiendo por el camino de la abstracción hacia otras divinidades. Tarann es el dios del cielo, el motor y el árbitro del mundo. Bel, es el sol, que hace nacer las plantas medicinales. Heus, personifica a la guerra.

Michelet observa que existe una gran analogía con el Olimpo de los griegos y romanos.

Los druidas enseñan que la materia y el espíritu son eternos, que la sustancia del universo permanece inalterable en la perpetua sucesión de los fenómenos, en los que domina la influencia del alma y del fuego. El alma humana está sometida a la metempsicosis.

“A este dogma está unida la idea moral de penas y recompensas. Consideraban los grados inferiores de transmigración, como estados de prueba y de castigo. Creían en otro mundo. El alma conservaba su identidad, sus pasiones, sus costumbres.

En los funerales se quemaban las cartas que el muerto debía leer a los otros muertos. Eran los sacerdotes médicos, físicos, magos. Predicaban el porvenir al observar el vuelo de las aves. Ningún talismán igualaba el huevo de la serpiente.

Esta religión había adoptado los sacrificios humanos. La jerarquía era la siguiente:

Abajo los Bardos, que conservaban en su memoria, la genealogía de las tribus.

Los Ovatos, que estaban encargados de la parte exterior del culto.

Arriba los Druídas, que coronaban la jerarquía y en quienes residía el poder y la ciencia”.

Tenían concilios anuales que se reunían cerca de Chartres.

Inicialmente los Galos tuvieron reyes, pero el poder pasó a la nobleza. Predominaba en ellos el sistema de la tribu. Existía al llegar César un centenar de tribus, sin ningún propósito nacional.

Unas de esas tribus habían llamado a los germanos, para defenderse contra otras.

Otras llamaron a los romanos, para impedir que predominaran sus colegas pro-germanos.

El principal vínculo era el forjado por las creencias religiosas.

No fueron grandes constructores de ciudades. No supieron crear arte ni Estado, dice Mommsen.

Eran valientes en la guerra y habían desarrollado el arte de la navegación, poseyendo barcas flexibles. Conocían la navegación a vela.

Les gustaban las bebidas fuertes.

Posiblemente la civilización que habían fundado había llegado a su cenit y no tenían nada que ofrecer.

La isla de Bretaña

De un sitio cercano a Boulogne y Calais, César saltó sobre la isla vecina, Bretaña, en el otoño del año 54. Lo recibieron con organizada hostilidad los bretones.

En un segundo viaje de César, se organizaron los insulares bajo el comando del príncipe Casivelaum. El principal propósito de César en

esta excursión fue demostrar a los bretones que no estaban a cubierto y seguros por su insularidad y que debían tener cuidado en no admitir los tráfugas enemigos de Roma que saltaban desde el Continente.

Entre tanto, a todo lo ancho de la Galia, se preparaba una nueva insurrección general. En los orígenes de esta insurrección se halla un acto precipitado de César.

En el año 56 se declaró provincia romana toda la Galia transalpina. En Roma se anunció la medida, saludada con una felicidad delirante. Según Ferrero, Roma había conocido durante siglos el terror de los galos y ninguna conquista podía parecerle más admirable.

César pasó a ser el hombre del día. Para sacarle consecuencias políticas a su proclamación, convocó a la ciudad de Luca a sus compañeros del triunvirato, Craso y Pompeyo. Se trataba de revitalizar un acuerdo político que el tiempo había deteriorado.

Ante todo era necesario reconciliar a Clodio, el terrible demagogo, con Pompeyo. En el año 55 se proclamaría la candidatura al consulado de los dos triunviros. A César le sería ampliado por cinco años el gobierno de las Galias.

Una vez concluido el Consulado, Pompeyo recibiría el gobierno de las dos Españas y Craso el gobierno de Siria.

El plan fue cumplido en todas sus partes. Pompeyo y Craso fueron nombrados cónsules. César fue ratificado en sus poderes y ampliado su mandato sobre la Illyria.

La autoridad del Senado se había evaporado. Todas las disposiciones habían sido tomadas por el Comité restringido de los tres.

Vercingetorix

Entre tanto las Galias se hallaban en ascuas. Iban a encontrar un caudillo fuerte, capaz de conducir las en la sublevación contra el romano.

Vercingétorix se pudo al frente del movimiento, sublevó a los campesinos, logró la unidad de los galos por primera vez en su historia. Todos los pueblos lo aceptaron como jefe. Los únicos que se mantenían indecisos eran los Eduos.

Vercingétorix “renunció a atacar formalmente a los romanos. Adoptó el plan de campaña con que Casivelaum había salvado a los bretones insulares”.

“La infantería de César era invencible, pero su caballería reclutada casi por completo entre la nobleza de los galos, se había fundido, por decirlo así, en la insurrección”.⁷

La superioridad de la caballería era en consecuencia de los galos. Podían talar los países por donde habría de pasar César, destruir los almacenes y amenazar los aprovisionamientos del enemigo.

El galo y el romano se encontraron frente a Gergovia. Las tropas galas se hallaban dentro de la plaza. Los únicos aliados de Roma, los Eduos, querían pasarse a los patriotas.

Las legiones se lanzaron contra el muro de la ciudad, pero se encontraron allí con densas masas de enemigos. Los romanos fueron rechazados con bastantes pérdidas. “Habíase creído sorprender a Gergovia y la esperanza se había convertido en una derrota. Comenzaba a eclipsarse la estrella de César”. En cambio Vercingétorix se convirtió en el ídolo de la nación.

César entró a parlamentar con su Estado mayor en el cuartel general de Noviodunum. Algunos de sus ayudantes opinaron a favor de la evacuación total. César se pronunció por la continuación de la lucha.

Por su parte, Vercingétorix se reunió cerca de Autum, capital de los Eduos. Fue confirmado en el mando supremo.

⁷ Teodoro Mommsen. Historia de Roma.

La llave de las nuevas posiciones era Alesia, cerca de Semur. “Habían construido los galos al pie de sus muros un gran campamento atrincherado”.

César se dirigió a Besançon. En el camino los romanos encontraron y derrotaron a la caballería de Vereingétorix, quien corrió inmediatamente a encerrarse en Alesia. Ese debía ser el comienzo de su fin.

El sitio de Alesia

(Septiembre 52 A. C.)

Con la derrota de los caballeros galos, Vercingétorix decidió encerrarse en Alesia, César lo seguía y lo encontró atrincherado con su numerosa caballería, bajo los muros de su gran ciudadela llena de tropas y de provisiones.

“La circunvalación romana encerró dentro de líneas, las cuatro millas de extensión que comprendían la fortaleza y el campamento apoyado en ella”.

Vercingétorix había creído —según Mommsen— combatir bajo sus muros pero nunca verse sitiado. En caso de ataque no podían ser suficientes para alimentar por mucho tiempo su ejército de 80.000 hombres de infantería y 15.000 caballos, además de la copiosa población de la ciudad.

Pasó un mes y la línea de ataque se iba estrechando todos los días más. El general galo envió a su caballería a reclamar el concurso de los pueblos, para que atacaran a César y convirtieran el sitiador en sitiado.

Por su parte César había organizado su defensa, protegiendo a la vez su campamento. Era a la vez sitiador y sitiado.

Los efectos del sitio comenzaron a hacerse sentir. Comenzaba a escasear el trigo. Toda la población que o estaba en armas fue sacada de la ciudadela.

Llegaron de todo el país en armas los refuerzos galos, para tratar de romper el bloqueo. Un inmenso ejército atacó a César. Pero la victoria de los romanos fue decisiva para la suerte de los falos. El ejército auxiliar que había acudido con tanto entusiasmo, se desmoralizó con la derrota.

Vercingétorix habría podido escaparse, para continuar la resistencia en otros sitios. Pero reunió el Consejo de sus guerreros y con impresionante arrogancia, manifestó que quería entregarse “él sólo, como víctima designada, e intentar atraer sobre su cabeza el rayo que amenazaba todo su pueblo. Hízolo como lo había prometido. Los oficiales galos dejaron que se dirigiese al campamento del enemigo. Montado en su caballo y adornado con su brillante armadura, apareció el Rey averno ante el tribunal del procónsul. Entregó su caballo, dejó sus armas y se sentó en silencio a los pies de César”. “Como en la tarde de los días sombríos, suele aparecer un rayo de sol a través de las nubes, así la fortuna suele dar un hombre grande a los pueblos próximos a perecer. En los últimos momentos de la historia de los Fenicios, fue cuando apareció Aníbal y Vercingétorix en la última hora de la Galia”.⁸ Años después el Rey galo era llevado a Roma, como parte del programa en el triunfo de César. Con él fue César inmisericorde, porque pensaba quizás que había puesto en muy serio peligro una obra política en la que había empleado diez años de su existencia, en momentos decisivos en que se disolvía el triunvirato y sus enemigos se coaligaban alrededor de Pompeyo. Esto no pudo perdonarlo César, tan inclinado en otros casos a la clemencia.

⁸ Mommsen. Historia de Roma.

La derrota de Craso

Craso, el más rico de los romanos, no pensaba en otra cosa que enriquecerse. Embarcó sus legiones en el año 55. Se le encuentra en el Eufrates en la primavera del año 54, acompañado de ocho legiones.

Contrariando la opinión de sus generales experimentados, se aparta de la ruta del Eufrates y se hunde en tierras desconocidas hacia el Oriente, en busca de Seleucia.

Un embajador Partho le había dicho: “Mira la palma de mi mano, ella se cubrirá de pelo antes de que tú veas a Selucia”.

Falta el agua a los soldados, el sol de Mayo clienta la aridez de las arenas. El descorazonamiento se apodera de todos los ejércitos. Pero Craso insiste. Se encuentra al fin, frente a frente del enemigo. En vano sus generales le aconsejan y le dicen que debe guarecerse en una orilla del Rio Belichos.

Un hijo de Craso, que se había distinguido por su valor en la guerra de las Galias al lado de César, conduce la caballería y en un rápido golpe sigue al enemigo, creyendo en su huida. Pero la retirada de los Parthos “no era sino una emboscada para atraerlos a ellos, para rodearlo y poderlo matar con certezas”.

Al llegar la noche, los Parthos han logrado una victoria completa sobre los romanos.

Craso se bate en retirada, dejando atrás los heridos. Pero sus guías están vendidos a los Parthos. Comienzan las deserciones en el ejército. Casio (cuestor) elige otro camino. Octavio se refugia en Sinnaca.

Al amanecer aparece al galope el caballero Surena, general de los Parthos. “Era un bárbaro refinado, con astucia profunda y una fiera energía”. Viene a hacer una propueta: “Que Craso consienta en seguirlo sobre los bordes del Eufrates y en firmar un tratado de paz que garantice a los Parthos esa frontera”.

Los soldados desmoralizados increpan a su general, no quieren obedecer, manifiestan que por ningún motivo quieren continuar la guerra con los Pathos.

En presencia de este motín, Craso determina seguir la huella de Surena. Los soldados fieles no quieren que sea entregado de esta manera cobarde su general. Se produce un encuentro entre fieles y amotinados. Craso muere atravesado por una lanza.

Le rogó a Octavio que dijera en Roma que Craso había muerto asesinado por los Parthos y no entregado por sus propios soldados.

Esta derrota de Craso, a manos de los Parthos, humilló el orgullo de Roma. Para Julio César, comprometido en esa fecha (junio del 53) en la etapa más dura de la sublevación de las Galias, la muerte de Craso constituía un gran desastre político. Craso había sido su amigo seguro y fiel y en las luchas que se anunciaban contra Pompeyo, Craso ofrecía la garantía de su odio personal contra Pompeyo. Todo el sistema del Triunvirato se deshacía. Desaparecía el equilibrio de las fuerzas. A partir de ese momento se inicia el duelo histórico entre Pompeyo y César.

La lucha entre César y Pompeyo

Los primeros síntomas de esta oposición se encuentran en el año 52 A. C., poco después de la muerte de Craso.

Insensiblemente alrededor de Pompeyo comenzaron a aglutinarse los miembros del partido senatorial. Toda su conducta parecía calculada para atraerse a los conservadores al mismo tiempo que era depresiva para César. Había muerto Julia, que era el vínculo que unía a los grandes hombres. Todo la maniobra política estaba encaminada a quitarle a César el gobierno de las Galias.

Se presentó un proyecto de Senado-consulta sobre las Galias, determinando la elección para el año siguiente.

El tribuno Curión, favorable a César, manifestó que no se podía entrar en la senda constitucional, sino aboliendo todos los poderes excepcionales. Sostuvo que Pompeyo tenía que obedecer tanto como César al Senado. “Que llamar a uno de los generales, dejando al otro en la plenitud de sus funciones, era agravar el peligro para la República”.

César manifestó al Senado, que estaba dispuesto a deponer el Imperium y sus poderes, a condición de que hiciera lo mismo Pompeyo.

Pompeyo decía: “Que César comience, yo seguiré su ejemplo”.

Por una mayoría de 370 votos contra 22, acordó el Senado invitar inmediatamente a los procónsules de las Galias y de España a abdicar sus poderes.

Gran triunfo para César, porque esa era su tesis. Gran derrota para Pompeyo, porque él y los de su partido, querían privar de poderes a César, pero dejando intactos los de Pompeyo.

Como la guerra se veía aproximar, Pompeyo procedió a reclutar sus ejércitos.

César llegó a Ravena y envió desde allí, lo que se llama su ultimátum a Roma. Ofrecía dejar el gobierno de las Galias, si se le dejaba el mando de la provincia Cisalpina y de la Illyria, con una sola legión y agregaba otra fórmula: la Transalpina con dos legiones.

En tres días recorrió Curión con este mensaje el camino de Ravena a Toma (diciembre del 50).

Pero Pompeyo ya se había definido. No quería transacciones. Apuró a la mayoría del Senado para que se definiera.

Se ordenó que César entregase el mando de la Transalpina a Lucio Domicio Ahenobardo y el de la Cisalpina, a Marco Servilio Noniano y que “licenciase cuanto antes su ejército so pena de incurrir en el delito de alta traición”.

Los tribunos trataron de vetar el Senado-consulta, pero tuvieron que huir de Roma disfrazados, hacia el campamento de César. Roma estaba en poder de los soldados pompeyanos.

César reunió a sus amigos en Ravena y en un discurso dramático les dijo:

“¿Qué recompensa prepara la nobleza romana al ejército victorioso y a su jefe por la conquista de las Galias...? Despreciados los comicios y hallándose el Senado bajo la impresión de terror, a todos se nos impone el deber sagrado de defender con las armas en la mano esa institución del tribunado, preciosa garantía arrancada a los nobles por la fuerza hace más de quinientos años por los antepasados del actual pueblo de Roma; debemos fidelidad al juramento hecho por esos mismos antepasados, en su nombre y en el de su descendientes y de sostener todos, hasta el último y hasta la muerte, la magistratura por ellos fundada”.

César levanta como enseña y razón de su batalla, la defensa de los tribunos. El partido popular de los Gracos se prolonga en el grito de César.

Se dispuso a salir al encuentro de su fortuna.

En enero del año 49, antes de franquear el Rubicón, el pequeño río que corre al Norte De Armínium (Rimini) y que separaba su provincia del tronco de Italia y a César mismo de la guerra civil, meditó un instante sobre la proyección de su gesto. Entre Pompeyo y él, entre el Senado y él, la pretendida cuestión de derecho no era en el fondo sino una cuestión de fuerza que la adhesión de sus soldados resolvería en su favor.

En el amanecer del 12 de Enero del 49, con la Legión XIII, ocupó a Rimini sin resistencia.

“Vamos —exclamó César— vamos a donde nos llama la palabra de los dioses y la injusticia de nuestros enemigos. *Alca Jacta Est*”.

Después de nueve años de ausencia pisó el suelo de la patria, quedando así echada la suerte, dice Mommsen.

IV Drama en el hogar de Servilia

Bruto pertenecía a una egregia y vieja familia. Era hijo de Bruto y de Servilia, dama romana, amiga de César y hermana de Catón.

La muerte de Catón, por su austera dignidad, lo había convertido en el símbolo mismo de la República y en el mito alrededor del cual se congregaban los enemigos de César. Cicerón escribió un elogio de Catón. Y César se sintió impulsado a escribir, en respuesta del encomio un “Anti-Catón”.

Servilia fue obsequiada por César con una residencia a las orillas del Tíber. Ya había envejecido pero mantenía con el Dictador cordiales relaciones. Ninguna mujer que hubiera amado a César dejó de amarlo, aún pasada la racha de la pasión.

No es fácil entender por qué Shakespeare, Racine o Eliot, no llevaron a la escena la vida de Servilia. En el hogar de la dama romana, tuvo lugar uno de los dramas más apasionantes de toda la historia universal.

En oposición a su rígido e implacable hermano, —duro como el acero —era voluble, volátil, amorosa, femenina. Fue una de las personas amadas por César en su primera juventud.

Se discutían —años antes— en el Senado romano las medidas en contra de los conspiradores que encabezaba Catilina. En el debate tomaron parte en ese día, Cicerón, César y Catón. César recibió un mensaje escrito, en el momento en que Catón estaba en uso de la palabra. Creyendo que se trataba de un misterioso papel político, increpó a César:

...“Papeles de Catilina. Secretos de los conjurados. Muestre ese papel...”.

César, ante la insistencia, se vio obligado a entregarle el papel a Catón. En ese papel de su hermana, le declaraba su amor a César y le daba una cita.

Catón lo devolvió diciendo:

—Toma... borracho.

Servilia no olvidó jamás a César. Y cuando llegó el Imperator al poder absoluto, le entregó una florida mansión a las orillas del Tíber. Ese es el hogar de Bruto. Allí vivía Servilia con su familia. ¿Cuál era esa familia...?

Tertulia, la mujer de Casio.

La mujer de Lépido.

Marco Junio Silano, amigo de César.

Porcia, la hija de Catón y esposa de Bruto.

Casio y... Bruto.

En el hogar las opiniones estaban divididas y se verificaban apasionantes controversias. Allí estaban representados los dos partidos: los enemigos irrevocables y los partidarios encendidos de César.

Servilia defendía a su viejo amigo. Lépido y su mujer Tertulia estaban de su lado. Del lado contrario se hallaba Casio, que era uno de los perdonados en Farsalia. Porcia, que odiaba al dictador con una violencia catoniana. Y Bruto, perplejo e indeciso.

Pasaban las veladas discutiendo la personalidad del confiscador audaz de las libertades romanas. La entrada de Porcia en la familia

constituyó un refuerzo encendido para los anticesaristas. Su hija veneraba la memoria de Catón y no se hallaba de acuerdo con Servilia.

Bruto había pasado gran parte de su infancia en Grecia estudiando filosofía. Se hizo íntimo amigo de Cicerón. Todos los partidos lo admiraban porque era el humano símbolo de todas las antiguas virtudes romanas. Contrastaba su autoridad con la juventud disoluta de entonces. Establecía un contrapunto moral con los Celios, los Curión y los Dalabela.

Sin embargo existe una mancha en él: durante un tiempo se dedicó a la usura. Las ciudades conquistadas tenían que pagar inmensos impuestos a Roma. Había caballeros romanos que arrendaban esos impuestos públicos y se encargaban de cobrarlos. Procedían de manera implacable. Las contribuciones ascendían —según Boissier— a la décima parte sobre los productos del suelo y la vigésima sobre las mercancías. Para que las ciudades pudieran pagar, los usureros romanos les prestaban al cinco por ciento mensual. En ese género de negocios, por un tiempo, estuvo mezclado Bruto. Había prestado dinero a Ariobarzanes, Rey de Armenia.

Bruto acudió a Farsalia, al lado de Pompeyo, con toda la aristocracia senatorial. Odiaba a Pompeyo, por atribuirle la muerte de su padre, pero predominaron en él las convicciones políticas. Después de Farsalia, lo perdonó y lo atrajo. Entró a hacer parte de su brillante comitiva por las tierras de Egipto.

Al regresar a Roma se le confió el gobierno de la Galia Cisalpina. No era hostil a César y reconocía la deferencia especial con que el Dictador lo trataba. Pero en esos días contrajo matrimonio con Porcia, que detestaba, con razón, y con un odio furente a César.

Los descontentos, después de la batalla de Munda eran muchos y tenían diverso origen.

En primer término Cicerón, quien había recobrado el equilibrio perdido después de Farsalia y escribía insidiosamente cartas y

epigramas en contra de César, habituado al perdón. Y con él todos los antiguos pompeyanos.

Y se había formado una corriente de antiguos cesaristas, que no estaban satisfechos con los honores recibidos y con la inmensa distancia a que se había colocado, en velación con ellos por sus hechos, su antiguo amigo, convertido en semidios. Ya no era su general, sino algo más que su Rey.

Antonio había intentado coronarlo en las Lupercales. Y por esos días, César estudiaba y rumiaba un vastísimo plan: salir en guerra en contra de los Partos. Una excursión abrumadora en contra del Oriente, para obtener de ella el cuantioso botín indispensable para realizar su plan de obras públicas. Si regresaba vencedor, cargado de laureles y del oro del botín, su gobierno personal habría de solidificarse.

Era necesario impedir ese vieja y golpear a César antes de que partiera.

¿Pero quién podría ser el jefe de esa conspiración...? Cicerón estaba viejo y era débil. Y en los diversos cálculos entró a figurar el nombre de Bruto. Por estas razones, expuestas por Gastón Boissier en su libro magistral: “Cicerón y sus amigos”.

“Se quería un jefe honrado, puesto que el poder estaba corrompido. Desinteresado, para poder protestar contra las codicias insaciables. Ilustre, a fin de que los distintos elementos de que se componía el partido, se sometieran a él. Y sin embargo joven, porque había necesidad de un golpe de manos”.

No había sino un jefe posible, que reuniera todas estas condiciones: Bruto. Pero Bruto era amigo de César.

Comenzó el insidioso trabajo para decidirlo. Quien dejó caer las primeras preguntas en su alma perpleja, fue Cicerón. Le escribió:

“Yo pienso que mi dolor se reanima, al fijar los ojos en ti y a pensar que cuando tu juventud se lanzaba con vehemencia hacia la gloria, te vista detenido de pronto por el desventurado destino de la Repúbli-

ca. Tú debías ser el primero en el Foro y reinar allí sin rival. Por eso es doble nuestra aflicción, al ver que la República está perdida para ti y tú para la República.

Y complementando estas palabras insidiosas, la evocación diaria que Porcia hace de la memoria de Catón. Casio, su cuñado, quien ya se halla decidido, no se atreve a hablarle.

Comenzaron a aparecer en las estatuas del primer Bruto, el enemigo histórico de los Tarquinos, leyendas como esta:

—Se necesita un nuevo Bruto.

Y en las sesiones del Senado, en la silla curul, han sido deslizados sugestivos papeles anónimos:

...Duermes Bruto...? Sueñas... Bruto...?”

No te interesa el destino de la República...?”

Cuando psicológicamente el terreno estuvo preparado, con estas palabras anónimas que parecían venir de los hontanares de la historia, Casio decidió hablar, Bruto vaciló. Pero ante las presiones visibles e invisibles, cedió su voluntad. La conspiración tenía un jefe.

“No nos hallamos aquí en presencia de una conspiración ordinaria, no se trata ahora de conjurados de oficio, de la gente de la violencia y de los golpes de mano. No son tampoco ambiciosos vulgares ni hombres furiosos a quienes extravían los odios políticos. Bruto obligó a ocultarlos. El puso empeño en realizar un acto con una dignidad tranquila. Sólo odia el sistema. En cuanto al hombre no siente contra él rencor alguno”.¹

Se propone restablecer la República en su prístima forma y acabar con el gobierno personal. No se trata de implantar una nueva dictadura. Bruto abraza la seguridad de que muerto César, la República brotaría espontáneamente de sus ruinas. El plan era intelectualmente

¹ Gastón Boissier. “Cicerón y sus amigos”.

limpio. Lo animaba un principio y no una ambición. Se iba a sustituir a César, no por otro César, sino por el viejo Senado y el sistema antiguo de las leyes.

Un día Bruto encontró a su mujer gravemente herida, sangrante, desvanecida sobre su lecho:

“No temas —le dijo Porcia— esta herida me la he hecho yo misma, para demostrarte que no solamente debes compartir conmigo tu mesa y tu lecho, sino también tus secretos, por terribles que sean...”.

Antonio fue elegido Cónsul. A Bruto y a Casio, César los designó pretores en nombre del partido senatorial.

En esos días el Dictador hablaba de su viaje a Persia. Era su tema favorito. Quería sacar las lagunas pontinas, se desviaría el curso del Tíber, se fundarían vastas bibliotecas, se abriría el istmo de Corinto.

El Senado decretó un templo a Júpiter Julio. Se cambió el nombre al mes llamado Quintilio, por el de Julio. Todos los honores excesivos fueron votados. Muchos de ellos con insidiosa mala fe, para que la opinión pública se diera cuenta de los excesos del gobierno personal.

Era mucho más que un Rey. Sus amigos recordaban la escena de su triunfo en el año 47, “cuando ascendió de rodillas las escaleras del Capitolio, y en la Cella, frente a las divinidades, encontró su carro de guerra y una estatua de bronce que decía. “A César, semidios”. Se prosternó delante de las imágenes de su propia gloria”.

Había llegado la hora de que rindiera cuentas a los hombres, por creerse de la raza de los dioses. Cuando el Senado fue a comunicarle a César los honores que le habían acordado, lo recibió sin levantarse.

—

Llegamos al 15 de Marzo del año 44. Los Idus de Marzo. Todo adquiere en la Urbe el aspecto de la normalidad. Bruto ha madrugado y en su condición de Pretor, asciende al Pórtico de Pompeyo y se

dispone a escuchar tranquilamente las quejas, como si se tratara de un día ordinario.

Los conjurados esperan con retenida impaciencia la apertura de la sesión, que debe tener lugar en el Teatro de Pompeyo. Pero César tarda en llegar.

Calpurnia, su esposa, ha tenido un sueño horrible:

“Jamás reparé en presagios, pero ahora me asustan. Vi en sueños llover sangre sobre el Capitolio”.

César se conmueve con las palabras de su esposa y se inclina a no concurrir al Senado. Pero llega su amigo Décimo Bruto —uno de los conjurados— y maliciosamente se consagra a convencer a César de que debe concurrir. Los dos amigos salen.

Artemidoro de Cnido, a su paso, le alcanza un papel para advertirlo del peligro. Ese papel no fue leído.

Los conjurados, en el atrio, ante la tardanza, están poseídos por el nerviosismo. Un amigo se acerca a Casca y le dice:

“Algo ocultas... pero Bruto me lo ha dicho todo”.

No se trata de la conjuración, sino de la candidatura de Casca a la edilidad.

Por fin aparece la litera de César. Se baja cerca de la Curia. Hace los sacrificios prescritos por la liturgia. Entra después en el Teatro de Pompeyo y toma asiento.

Tulio Címbere se le acerca, para solicitarle un favor: el indulto del hermano desterrado. Un minuto después, lo tira de la toga. Es la señal convenida.

Casca asestó el primer golpe. Casio lo hirió en el rostro. Los senadores se lanzaron sobre él, en una tal confusión que se hirieron los unos a los otros. César intentó defenderse. Pero cuando vio a Bruto, armado también de su puñal, le lanzó el “tu quoque”. Y se cubrió la cabeza. Rodó herido y sangrante hasta la estatua de Pompeyo. El cadáver quedó ahí tendido.

“Después de realizado el acto terrible, salieron apresuradamente de la Curia, con la toga enrollada en el brazo izquierdo a guisa de escudo, blandiendo en la diestra el puñal ensangrentado, ostentando en la punta de un palo el “pileum”, símbolo de la libertad, aclamando a Cicerón”, que había sido el animador subterráneo de la conjura.

El cadáver quedó abandonado sobre las ensangrentadas baldosas. La noticia se difundió por toda la ciudad, tomada de sorpresa. Era el mediodía justo. Las gentes comenzaron a correr despavoridas. Las calles quedaron desiertas. Las plazas vacías y los corazones agitados.

Los conjurados, puñal en mano se encontraron en el Capitolio desierto, “en ese abatimiento que sigue a las grandes conmociones”.

Los amigos de César habían huido despavoridos. Marco Antonio abrigaba la certidumbre de que él sería la segunda víctima. Y no se equivocaba. Porque Casio propuso eliminarlo. Pero Bruto se opuso, porque quería que la muerte de César constituyera un límpido acto simbólico, sin mezcla de pasión personal, para que de él surgiera la libertad. Y no quería mezclarlo con ningún acto innecesario de violencia. Pensaba Bruto que al haber caído el Dictador, estaba destruida la Dictadura y las leyes entrarían a operar solas.

Llegó Cicerón al Era su día.

Con intuición política certera aconsejaba obrar. Era preciso convocar cuanto antes al Senado. ¿Quién estaba autorizado para convocarlo...? Según la constitución le correspondía al Cónsul. Pero Cicerón dijo que no había que tener confianza alguna en Antonio y que era indispensable sacarle consecuencia a los hechos, precipitar otros, dando un golpe de Estado. “Todos aquellos hombres de Estado, tuvieron menor audacia que el escritor”.

Bruto presentaba su tesis. No había que reemplazar una dictadura por otra. Ese no era el propósito de la conjuración. “Muerto César recobraba el pueblo sus derechos. Los conjurados deberían abdicar después del golpe”.

Todos estaban inquietos, los enemigos ante el hecho brutal, los amigos acobardados. Deliberaban como asustados fantasmas en la sombra y el espectro de César los paralizaba a todos. “Sólo César, por primera vez en muchos años, dormía en paz”.²

Al día siguiente, Bruto decidió hablarle al pueblo a nombre de los conjurados. Fue oído con respeto, dentro de un lúgubre silencio. Nadie lo interrumpió, nadie lo aclamó. Nadie exaltó su crimen. Nadie lo censuró.

El cadáver de César fue trasladado a la “Domus Pública”, que había sido su residencia como Supremo Sacerdote. Y Calpurnia, convertida en realidad su pesadilla, le entregó a Antonio todos los papeles de César.

Décimo Bruto fue nombrado conciliador entre Antonio y los conjurados.

Dolabela, uno de los favoritos de César, aplaudió la muerte del Dictador.

Ya habían comenzado a llegar esa mañana a Roma, los veteranos de César, convocados inteligentemente por Lépido y su presencia comenzó a transformar el paisaje psicológico de la ciudad.

Antonio obtuvo informaciones de que los conjurados no estaban seguros de sí mismos y eran también víctimas de la perplejidad y del miedo. Y sus propios temores se disiparon, cuando le llegó el rumor de los temores del enemigo. Decidió convocar por su cuenta al Senado. Era una manera de decir que la autoridad continuaba en sus manos.

Los cesaristas, reunidos alrededor suyo deliberaron, pasada la sorpresa y contando con la presencia de los veteranos. Lépido aconsejó asesinar a los conjurados, su cuñado Bruto, su cuñado Casio. Pero Antonio se opuso. Así como Bruto se había opuesto a que se asesinara a Antonio.

² Guillermo Ferrero. Grandeza y decadencia de Roma.

El 17 de Marzo, tuvo lugar la primera reunión del Senado, después del magnicidio. Conjurados y cesaristas se iban a ver el rostro, después de veinticuatro horas de recíproco pavor. Antonio, en su condición de Cónsul llegó a inaugurar la augusta asamblea. La mayoría de los Padres Conscriptos, eran francamente favorables a los asesinos de César.

El Senador Tiberio Claudio Nerón, no tuvo temor a las palabras y expresó brutalmente su opinión favorable sobre esa muerte, “y que se debían decretar recompensas a sus autores, como se había hecho en otros tiempos con los matadores de los Gracos”.

Pero otros senadores, menos exaltados, sostenían que no había que ir tan lejos, que bastaba la impunidad. Se encontraban colocados ante este dilema:

Si César había sido un tirano abominable, todos sus actos jurídicamente eran nulos y en consecuencia su cadáver debería arrojarse, con desprecio, a las aguas de Tíber. Así lo ordenaba la ley. Y si no era un tirano, sus asesinos merecían castigo.

Antonio, con mucho sentido político, presentó de esta manera los aspectos de la cuestión. Al declararse a César tirano, “se recobrarán todas las tierras vendidas o donadas por César”.

Pero ya había pasado el tiempo de deliberar con tranquilidad. Los conjurados habían perdido veinticuatro horas decisivas. Afuera rugía la multitud de los veteranos, enardecidos con la muerte. El propio Antonio tuvo que salir para calmarla.

Y fue mucho más fácil calmar a Cicerón. Ya no veía todas las cosas de color de rosa, como cuando hablaba del “festín de los Idus de Marzo”. Entró el orador por el camino de la prudencia y la sensatez y propuso que se ratificasen todos los actos de César, que se proclamase una amnistía, y que no se formulase ninguna acusación con motivo de la muerte. Había entrado por las vías transaccionales.

A los cesarianos se les ofrecía la validez de los actos de César y el evitar que su memoria fuese oficialmente execrada. Y a los conjurados se les ofrecía la impunidad... y después de ella, el poder. La amnistía era extraña a las tradiciones romanas.

—

El 18 de marzo, el Senado volvió a reunirse. El suegro de César, Pisón, solicitó conmovido que se abriera el testamento de su yerno y que se permitieran funerales públicos. Era lo menos que podía permitirse. Si los conjurados se oponían, demostraban su inaudita pasión contra un hombre, del cual habían recibido muchos de ellos favores abrumadores.

Casio se opuso al proyecto de los funerales públicos. Y tenía razón desde su punto de vista. Se tenía fresco el recuerdo de los funerales de Clodio. Los funerales de César desatarían un incendio y la pasión popular no podrá ser contenida.

Antonio expresó que si se negaban esos funerales, el pueblo se exasperaría aún más. Triunfó la tesis del Cónsul y quedó abierta la fecha en que habrían de verificarse los temidos funerales.

Pero esa noche —18 de marzo— Antonio y Lépido, invitaron a un gran banquete a Bruto y a Casio. En una misma residencia, se hallaron frente a frente, los conjurados y los cesaristas. No hay constancia alguna de los temas tratados. ¿Qué se dijeron...? ¿Cómo definió cada uno de los grupos su posición...?

Bruto y Casio tenían en su favor la tesis de la libertad y del regreso a los viejos días de la República. Y en su contra el espectro de César, que ahora rondaba por todos los tugurios de la ciudad imperial, incendiando los corazones en contra de los asesinos.

Marco Antonio y Lépido, se sabían poseedores de una carta decisiva y peligrosa. Aparecían como los amigos fieles del gran hombre caído.

Y unos y otros, —salvo Bruto— alimentaban ambiciones de poder. Hasta qué punto era conciliable el deseo de Antonio de prolongar su influencia en el Consulado y el deseo de Casio de abrir una era nueva, rasgada en la historia de Roma a golpes de puñal. Dentro de ella era inadmisibles la presencia de Antonio. Pero antes de que la vida los opusiera a la muerte, tomaron su vino y creyeron por un instante conciliar los adversos destinos.

Delante de los parientes y los seguidores, Antonio abrió el testamento de César. Estupefacción. Dejaba toda su fortuna a sus tres sobrinos, Cayo Octavio, Lucio Pinario y Quinto Pedio. Un legado al pueblo, trescientos sestercios por persona y los ajrdines situados al otro lado del Tíber.

Como tutor, a Décimo Bruto, uno de los asesinos. En un codicilo adicional, adoptaba como hijo a Cayo Octavio.

La emoción fue inmensa. Al señalar al traidor como tutor, lo señalaba a la ignominia y a la venganza. Al dejarle al pueblo un legado, removió hasta su entraña el agradecimiento. Ningún romano ilustre, en su última voluntad había pensado en la plebe como heredera.

El día temido llegó.

“Bien pronto el foro, las graderías de los templos, los monumentos, las calles vecinas, fueron invadidas por las muchedumbres del pueblo y de los veteranos. Muchedumbre agitada, presta a la violencia, venida sin intención precisa para incinerar a César como a Clodio, en un edificio público. Unos pensaban en el templo de Júpiter Capitolino; otros en la curia de Pompeyo. Entre tanto poco a poco los amigos invadían la “Domus Pública”, y fuera hasta los Rostros, formaban fila lo mejor que les era posible en el angosto espacio, los que compondrían el cortejo. Parece ser que Antonio apostó en la vecindad, ignórase a punto fijo el sitio, algunos soldados. En fin, el lecho de marfil que los amigos transportaban apareció en el foro y el cortejo avanzó lentamente en gran confusión, acompañado de cantores que

repetían con predilección un verso de Accio: “Yo salvé a los que me han dado muerte”.

“El cadáver fue así conducido hasta los Rostros. Había llegado el momento en que Antonio debería subir a la tribuna para hablar. Pero el Cónsul salió hábilmente del compromiso, hizo leer por el pregonero el decreto dictado por el Senado al principio de año, concediendo a César tantos y tan grandes honores, y la fórmula del juramento que los senadores prestaron; añadió algunas frases más y descendió.

“Sirviéndose así de los términos mismos del Senado para hacer el elogio del difunto, contentaba a los hombres del partido popular, sin que los conservadores que habían aprobado estos decretos algunos meses antes, pudieran quejarse. Terminado el discurso, el cortejo tenía que dirigirse al campo de Marte y ya los magistrados se disponían a recoger el cuerpo. Pero algunos espectadores se pusieron a gritar en este momento: “Al templo de Júpiter Capitolino, a la Curia de Pompeyo”. Otras voces respondieron. Los gritos se compartieron y pronto de todas partes se gritaba confusamente. Habiendo logrado avanzar uno, muchos otros le imitaron y la muchedumbre entera no tardó en avanzar como una oleada hacia el lecho fúnebre. Los que estaban cerca procuraron resistir; el tumulto aumentó. Alguien concibió la idea de que se levantara la pira en el foro mismo; se desvió un poco la gente y en el espacio libre se comenzó a arrojar trozos de madera.

“En un instante comprendieron todos: la gente corría por el foro para buscar leña, echando mano de los asientos, de los bancos, de las mesas; se removió todo en busca de lo que pudiera servir para quemar un cadáver. Al poco tiempo se alzó la pira en este lugar del foro que aún está indicado por los restos del templo del Divus Julius. Gran número de los que estaban junto al cuerpo de César, se retiraron viendo aumentar la violencia del desorden; y el cuerpo acabó por caer en poder de la multitud que lo trasladó a la pira.

“El fuego se encendió, surgieron las llamas y entonces el pueblo, en un frenesí salvaje, se puso a arrojarlo todo en el fuego. Los veteranos echaban sus armas, los músicos sus instrumentos, el pueblo sus ropas. Pronto el cuerpo del conquistador de la Galia desapareció, en un inmenso torbellino de llamas y de humano, entre los gritos de la muchedumbre que se estrujaba en las galerías de los templos, trepando a las columnas y a los monumentos para ver el grande incendio”.

“Algunos grupos abandonaron el Foro dirigiéndose a la casa de los conjurados para pegarles fuego”.³

³ Guillermo Ferrero. Grandeza y decadencia de Roma.

V Un ondulante enemigo de César: Cicerón

Cicerón es una de las grandes figuras de la historia. El único de los tratadistas políticos, que estuvo mezclado a fondo en la vida pública, que fue en verdad un hombre de Estado en ejercicio.

Vivió una de las épocas más accidentadas e interesantes del mundo antiguo. Nació en el año 106 antes de Cristo. Perteneció a la generación de César. Pompeyo, Lúculo, Catón, Bruto, Casio, Salustio, Catilina. Fue amigo de Octavio. Fue irreconciliable enemigo de Marco Antonio. Detestó a Cleopatra. Escribió millares de cartas literarias a su confidente Atico.

Con su palabra anatematizó a Verres. Con su palabra hizo abortar la conspiración de Catilina. Emuló, simpatizó, cambió varias veces en relación con César. Fue forzado a tomar parte en la batalla de Farsalia. Acompañó a Pompeyo en su viaje a Grecia, en la lucha definitiva de la República agonizante.

Fue perdonado por César. Lo exaltó al comienzo en sus magistrales oraciones, como la pronunciada a propósito de Marcelo. Después se hizo enemigo taciturno y malévolo de César. Se encargó de enve-

nenar el alma de Bruto en contra del dictador. Propaló toda clase de murmuraciones inteligentes.

El día del asesinato, en los “Idus de Marzo”, los conspiradores salieron del Capitolio, con el “epileum” símbolo de libertad, gritando vivas a Cicerón. Era en consecuencia el gran personaje antagonista de César.

Fue engañado después por el heredero de César, el joven Octavio. Le hizo creer que estaba dispuesto a luchar a favor del Senado contra Marco Antonio, nuevo Catilina. Cicerón ya anciano, se decidió a pronunciar las Filípicas, las terribles páginas inflamadas y fulminantes en contra de Antonio. Pero en un cambio azaroso de la política, Octavio y Antonio se decidieron a pactar. En una célebre entrevista acordaron dividirse el Imperio con el mediocre Lépido. Había llegado la hora de proscribir a todos los enemigos. No solamente los enemigos de César y sus asesinos. También figuraban, en primer término, los enemigos de Antonio.

Antonio pidió la cabeza de Cicerón. ¿Octavio lo defendió...? Nadie lo sabe. De la siniestra entrevista, salió una lista de proscripciones; la encabezaba Cicerón. El anciano intentó huir. ¿Embarcarse...? ¿Hacia dónde? Todo sitio al que llegara hacía parte del Imperio. El brazo de la República llegaba a todos los confines. Perplejo y abatido no se decidió ni a partir ni a quedarse. Los esbirros de Antonio lo encontraron, cuando cruzaba un camino en su litera. Llegó su última hora. Lo comprendió así. Ofreció su cuello al asesino. Murió con valor. Con él se extinguió la palabra más elocuente que había escuchado el Foro Romano. Su cabeza tronchada fue exhibida en la tribuna de los Rostros. La mujer de Antonio, como una deidad vengativa, iba todos los días a atravesar en castigo póstumo, la lengua vieprina, con alfileres.

Múltiple es la personalidad de Cicerón.

Hombre político, orador, jurista de primer orden, traductor de los griegos, creador de un género nuevo, el epistolar, tratadista de

derecho público. Escribió, para seguir las huellas de Platón, un libro titulado “La República”. Contribuyó como ningún otro escritor latino a difundir los tesoros de la antigüedad clásica.

Tenía defectos: la vanidad, la avaricia y el amor apasionado por el dinero, la volubilidad política y su malevolencia. Le fascinaba decir y escribir epigramas sarcásticos. Era malévolos por inclinación. No se podía detener ante la tentación de decir algo disolvente y malicioso.

Pero es lo cierto, que a pesar de esos defectos, Cicerón ocupa un sitio muy apreciable en la historia de roma. En una generación militar, en un terrible y convulsionado mundo militar, triunfó gracias solamente a la palabra. Veía pasar en un sentido y en el otro las bélicas legiones. Cruzaban por Roma los soldados de César o los soldados de Pompeyo. En su adolescencia asistió a las venganzas téticas de Sila. Y entre esas descollantes y soberbias personalidades militares, Cicerón no sabía qué camino tomar. Unas veces estaba con César y otras contra César. Adhería a Pompeyo desconfiando de él. Su mérito consiste en haber logrado realizar una figura política, en medio de ese estruendo de las armas. En presencia de Marte, era Cicerón el verbo, inerte, nada más que eso. Pero era tan grande su potencia verbal que logró hacerse respetar y temer por los militares de genio. Su palabra era su espada.

Creó el género epistolar. Centenares de cartas escribía a su amigo Atico. Una de las grandes fuentes de la historia de Roma en tiempos de César son esas cartas:

“Posee maravillosamente la facultad de hacerse espectador de lo que cuenta. Las cosas le impresionan, las personas le atraen o le repugnan con una viveza increíble y todo el se halla en las pinturas que hace. Cuánta pasión en sus narraciones! Qué furiosos arrebatos en sus ataques. Qué embriaguez de dicha cuando describe algún fracaso de sus enemigos, cómo se conoce que está penetrado e inundado de alegría, que con tales sucesos goza, se deleita, se sustenta, como lo confirman sus enérgicas expresiones: *His ego rebus pascor, his delector, his perfruo*.”

Casi en los mismos términos se expresa Saint Simón, ebrio de odio y de felicidad, en la famosa escena del trono cuando ve al Duque de Maine humillado y a los bastardos destronados: “Yo entre tanto me moría de placer; temía caer desfallecido. Mi corazón, dilatado con exceso, no hallaba sitio para ensancharse. Yo triunfaba, me vengaba, iba nadando en mi venganza”.

“Es pues una verdad el decir que se ven las mismas cualidades en los discursos de Cicerón que en sus cartas. Sólo que en estas se manifiesta mejor porque en ellas está más en libertad y se deja llevar más francamente de su naturaleza. Cuando escribe a alguno de sus amigos, no reflexiona tanto tiempo como cuando tiene que hablar al pueblo; le da su primera impresión y se la da viva y apasionada, como nace en él”.

“No se toma el trabajo de limar su estilo; todo lo que escribe tiene por lo común un tono tan natural, algo tan fácil y sencillo, que no es posible sospechar en ello adorno o artificio”.

“Uno de los que mantienen correspondencia con él, creyendo halagarle le habló un día de los rayos de sus frases, “fulmina verborum” y él le contestó:

“¿Qué opinas pues de mis cartas? ¿No te parece que te escribo con el estilo usual y corriente...? No siempre ha de conservarse el mismo tono. Una carta no puede parecerse a un discurso forense o político. En ella se emplean las frases de uso diario.

“Aunque él hubiese querido cuidarlas más, le habría faltado tiempo. Tenía tanto que escribir para contestar a todos. Atico recibió a veces para él solo. Tres en un mismo día. Así es que las escribió donde pudo; durante las sesiones del Senado, en su jardín, cuando iba de paseo, en el camino yendo de viaje. Las fechas algunas veces en su comedor, donde las dicta a su secretario, mientras le sirven un nuevo plato. Cuando las escribe él mismo no se toma ni siquiera tiempo para reflexionar:

“Cojo —dice a su hermano —la primera pluma que encuentro, y me sirvo de ella como si fuera buena”.

Por tanto no siempre era fácil descifrarlas. Si se quejan de esto, halla buenas razones para disculparse. La culpa es de los mensajeros enviados por sus amigos, que no quieren esperar”.¹

Cicerón expone en “La República”, la teoría del Estado perfecto. No es partidario de la democracia, ni de la monarquía, ni de la aristocracia. Considera que la Constitución romana es la mejor de las posibles y que contiene elementos combinados de los tres sistemas de gobierno.

La aristocracia está representada en el Senado de la República. Allí tienen su asiento los patricios. Las grandes familias de la historia romana encuentran allí su escenario natural de acción.

El ejecutivo tiene un doble origen: el aristocrático, en cuanto los cónsules pertenecen casi siempre a las familias gobernantes. Pero es el pueblo el que vota por ellos. La votación popular no disminuye la influencia de esa aristocracia, porque cada uno de los políticos tiene su clientela.

Los cónsules son casi reyes, reyes anuales.

El pueblo exigió una mayor participación en la conducción del Estado. Se instituyó el tribunado popular, muy bien definido por Ortega y Gasset, “el contramando del mando”.

De esta manera los tres sistemas combinan sus elementos:

Monarquía: los cónsules.

Aristocracia: el Senado.

Democracia: la votación en el foro.

Para Cicerón, el tiempo dorado de la República Romana, aquel en que existió más poder y brilló mejor la virtud, fue el tiempo de Escipión. Lo levanta como símbolo de la grandeza de Roma. En toda la historia universal escrita por Polibio, pensaba Cicerón, no había un varón digno de equipararse al Africano. Por labios de Escipión expresa sus ideas sobre la República.

¹ Gastón Boissier. Cicerón y sus amigos. Página 15.

“La verdadera importancia de Cicerón para la historia del pensamiento político —dice Sabine— consiste en que dio a la doctrina estoica del derecho natural la formulación en que ha sido universalmente conocida en Europa, desde su época hasta el Siglo XIX. De él pasó a los jurisconsultos romanos y en no menor medida a los padres de la Iglesia. Los pasajes más importantes se citaron innumerables veces en la Edad Media”.

Hay un derecho universal que surge a la vez del providencial gobierno del mundo por Dios, y de la naturaleza racional y social de los seres humanos que los hace afines a Dios.

Dios gobierna el mundo. Ese mundo tiene una ley. Dios le otorgó al hombre razón. El derecho natural existe como consecuencia del Gobierno del mundo por Dios y de la semejanza del hombre con Dios. Antes de toda ley escrita existe una suprema ley, que emana de la suprema voluntad. Ninguna ley de los hombres la puede modificar. Antes de la aparición del hombre sobre la tierra ya existía. Y cuando el hombre apareció, ya era aneja con su naturaleza.

La gran revolución consiste en afirmar que todos los hombres son iguales y que esa Ley rige para todos. Aristóteles reconocía la necesidad de la esclavitud. Cicerón no la admite, porque establece la igualdad humana.

“Existe la verdadera ley: la recta razón congruente con la naturaleza, que se extiende a todos los hombres y es constante y eterna. Sus mandatos llaman al deber y sus prohibiciones apartan del mal. No ordena ni prohíbe en vano a los hombres buenos ni influye en los malos. No es lícito tratar de modificar esta ley, ni permisible abrogarla parcialmente, es imposible anularla por entero.

“Ni el Senado ni el pueblo pueden absolvernos del cumplimiento de esta ley. No es una en Roma y otra en Atenas, una ahora y otra después, sino una ley única, eterna e inmutable, que obliga a todos los hombres y para todos los tiempos.

“Existe un maestro y gobernante común de todos: Dios, que es el autor, intérprete y juez de esa ley u que impone su cumplimiento.

“Quien no la obedezca huye de sí mismo y de su naturaleza de hombre y por ello se hace acreedor a las penas máximas, aunque escape a los diversos suplicios comúnmente considerados como tales”.

Hay un legislador universal.

Una Ley eterna.

El hombre: una criatura racional.

Todos los hombres son iguales.

No es necesario que sean iguales en saber, ni en la riqueza. Son iguales en cuanto todos tienen razón.

“Nacemos para la justicia —dice el romano—. El derecho no se basa en la opinión sino en la naturaleza. Ello es evidente si considera la sociedad y unión de los hombres entre sí. Pues nada es tan igual, tan semejante a otra cosa, como cada uno de nosotros a los demás”.

Dice Sabine: La igualdad es una exigencia moral, más que un hecho. Dios no hace diferencias entre las personas.

Todo hombre merece una cierta medida de dignidad humana y de respeto.

Aunque sea esclavo no es una herramienta viva. Es apenas un trabajador contratado de por vida.

Como dijo Kant: hay que tratar al hombre como fin y no como medio.

El Estado es una comunidad moral, un grupo de personas que poseen en común el Estado y su derecho.

Por esa razón Cicerón denomina al Estado en frase feliz: Res pópuli, res-pública, la cosa del pueblo.

Y en un estilo perentorio y marmóreo el gran orador escribe para todos los tiempos:

“Así como las leyes gobiernan al magistrado, gobierna el magistrado al pueblo y puede decirse que el magistrado es la ley que habla o la ley una magistrado mudo”.

Es curioso leer “la República”, de la cual la posteridad no salvó sino unos fragmentos y darnos cuenta de que en ella Cicerón no recoge la experiencia extraordinaria de su vida y no muestra ninguna perspicacia para intuir lo que va a pasar. Estaba viviendo un momento de transición.

En primer término, las elecciones se habían corrompido con el dinero y con la violencia. Roma ofrecía en los días electorales un espectáculo deprimente. Habían aparecido demagogos ambiciosos, como Catilina y Clidio, que gozaban del más vasto prestigio popular.

El demagogo, adulator del pueblo. Como el cortesano lo fue después del Monarca.

El Imperio no podía ser manejado dentro de los marcos tradicionales. Los habitantes de Roma tenían el privilegio de elegir magistrados para todo el mundo. Una población reducida disponía de todo el universo mediterráneo. Un grupo de aristócratas, por otra parte monopolizaba la representación de la República.

Y la República se había expandido. Habían surgido nuevas razas, asimiladas a Roma, romanizadas. Ellas tenían la aspiración de participar activamente en la cosa pública. La Res-Pública no era solamente patrimonio de una aristocracia restringida a Roma y de un pueblo limitado a las siete colinas, sino algo más vasto, que se extendía desde el Mar del Norte hasta el Ponto Euxino. Había necesidad de ampliar el Senado, concederle la ciudadanía romana a las provincias asimiladas. Fundar el Imperio universal. Cicerón no pensó en nada de esto. Quien tenía la idea, era su enemigo César. Por esa razón el uno se salva en la historia, porque la hizo. El otro quedó al margen, porque no la entendió.

VI

La amiga de César: Cleopatra

El nombre de Cleopatra es antiguo como la historia de Macedonia. Cleopatra se llamaba la segunda esposa de Filipo. Cleopatra se llamaba la hermana de Alejandro.

No menos de catorce Cleopatras aparecen en la historia de Egipto. Pero en la historia universal no queda sino una, la hechicera, la embrujadora, la serpiente del Nilo, la que detuvo a César en la mitad de su destino, la que enloqueció a Marco Antonio, la “Femina Trita” de que hablaban los romanos, la “Regina Meretrix” de los poetas de tiempos de Augusto.

Los historiadores modernos, están interesados en quitarle a Cleopatra su leyenda. Se dice que esta leyenda fue forjada exclusivamente por Augusto para disimular su conducta con Antonio. Necesitaba decir que Antonio perdió la cabeza y fue enloquecido por la morena Lagida.

Para Jerónimo Carcopino el caso de Cleopatra es muy claro:

Cleopatra quería primero, en tiempos de César, obtener el trono heredado de su padre y del cual había sido excluida por su hermano el

joven Tolomeo XIV. Y una vez obtenido este fin quiso conservar su trono. Y para ello se valió de sus encantos.

Sus amores estuvieron siempre inspirados por una razón de Estado. Con el ánimo de mantener la púrpura, entregó su corazón a los jefes de quienes dependía.

Pero según Carcopino: no fue una mujer afortunada. Es más, no fue una mujer amada.

Veamos la historia comenzando por el texto de Plutarco.

Plutarco escribe:

...César ordenó secretamente a Cleopatra que volviera, lo cual hizo esta inmediatamente, no haciéndose acompañar de todos sus amigos, más que de Apolodoro de Sicilia. Se embarcó en un pequeño barco y llegó por la noche delante del Palacio de Alejandría. Y como no podía entrar en él sin ser reconocida, se envolvió en un paquete de ropas, que Apolodoro amarró con una correa y de esta manera pudo ser introducida en las habitaciones de César por la puerta misma del Palacio. Este ardid de Cleopatra fue el primer lazo en que César fue cogido.

Por él concibió una idea favorable de su talento y vencido después por su dulzura y por las gracias de su conversación, la reconcilió con su esposo y hermano a condición que partiría con ella al trono...”.

Dion Cassio dice:

“Cleopatra era muy bella y estaba en la flor de la edad. Su voz de encantadora, colocaba a todo el mundo bajo ese encanto. Su aspecto y su palabra hacían una tal impresión sobre el hombre más frío, el más indiferente y el más hostil a las mujeres, que caía bien pronto en sus redes...”.

Y afirma el mismo historiador que César, a partir de ese instante, estuvo de tal manera sometido a su bien amada, que desde la aurora del día siguiente solicitó la presencia de Tolomeo XIV, para reconciliarlo con ella. “No era ya abogado de la mujer de la cual se creía el juez. En

el hecho —dice Carcopino— la salvó, así como lo registra el papiro Ox 1.33. Fundándose sobre el testamento de Auleta, entregó el reino de Egipto a Tolomeo XIV y a Cleopatra, asociados sobre el trono. Cleopatra recobró la seguridad y la corona que había perdido. San Jerónimo dice que la restitución de su reino fue al precio de su deshonor: “César in Aegypto regnum Cleopatrae confirmat ob stupri gratiam...”.

César tenía cincuenta y tres años. Cleopatra 20.

¿Era bella...?

El historiador Carcopino lo duda y se refiere a los retratos que nos ha dejado la antigüedad:

1º) El busto del British Museum.

2º) La cabeza colosal, publicada por Maspero.

3º) La cabeza del Museo Barocqué.

4º) El busto del Museo de Chérchell.

5º) La figura que emerge de la patera de plata del tesoro de Boscoreale.

6º) El tetradracma de Ascalón, la mejor de las monedas con su efigie.

De ninguna de esas imágenes femeninas brota la vivacidad de expresión que se espera después de leer a Plutarco. “Las mejillas son de una redondez común, la frente baja y bombeada, el mentón pesado, la nariz fruncida, gruesa y no se ve bien lo que Pascal hubiera podido cortar de ella”.

Pero las investigaciones de los fríos historiadores y la meditación, veinte siglos después, sobre las monedas, se oponen a la vida misma de Cleopatra, a su poético curso vital. Esa vida demuestra que con su sola y exclusiva presencia obtuvo de César la devolución de su trono. Y que por haberla reinstalado en el sitio de los Tolomeos, todos los consejeros y aúlicos de Tolomeo XIV, entre ellos el eunuco Potheinos, le juraron guerra clandestina a César. Después se convirtió en guerra abierta, en condiciones de inferioridad para el romano. Se vio sitiado

en el Palacio Real y a punto de perder la vida. Durante varias semanas afrontó el peligro, hasta que le llegaron de Oriente los refuerzos de Mitrídates de Pérgamo.

Tiene la egipcia un poder de fascinación que no ha logrado ninguna de las mujeres famosas. Helena era bella y fue raptada. Pero era una divinidad pasiva. Cleopatra en cambio no fue raptada, sino casi raptora, seductora, embaiadora. Sedujo a Neo Pompeyo, (el hijo de Pompeyo), sedujo a César, embrujó a Marco Antonio, quiso seducir a Octavio pero no lo logró, por la sencilla razón de que Octavio estaba enamorado de Livia. La leyenda, a pesar de los historiadores, continúa.

¿A qué se debe esta aureola de mujer fatal, que logra mantenerse durante milenios...? Algunas razones deben existir para explicar el gran mito de Cleopatra.

Es un símbolo de sensualidad, pero no es solamente sensual, como Fedra. No es la mujer bíblica que pintó Rembrandt, resplandeciente de blancura, que se aferra al manto de José, “que le huye a este demente. La mujer delirante en su movimiento de arrebato arrastra, con la carne pesada, toda la masa blanda de su lecho devastado, derramando el desorden de las sábanas. Jamás el deseo desenfrenado —dice Valery— fue pintado tan brutalmente...”

Hay algo más en Cleopatra. Su sutil inteligencia, su ambición real, el haberse colocado a la altura de la historia. El no haberse mostrado inferior al papel teatral que le correspondió desempeñar. Es Cleopatra en el papel de Cleopatra.

¿César amó a Cleopatra...? Entendemos que el interés político de César era el poner bajo control a los monarcas de derecho divino. El amor con Cleopatra facilita sus planes. No lo apartaba un centímetro de los proyectos que había forjado, aún antes de conocerla. Amor y política no se excluían.

La Reina, que estaba huyendo a las persecuciones de su hermano, llegó sorpresivamente al palacio de César, —que era su propio Pala-

cio— envuelta en un saco, del cual saltó como una graciosa fierecilla. César desde el primer momento desempeñó el papel de “un egregio vejete, enamorado de un pimpollo”. Fue intensa la llama. Pero no iba a durar mucho tiempo.

Se fue al Asia Menor. Y a su regreso de las guerras la llevó a Toma. Pero no vivía pendiente de Cleopatra. Todos los problemas del mundo lo apartaban del romance.

Suetonio establece la lista de los amores de César, durante el tiempo en que la Reina de Egipto vivía en una residencia a las orillas del Tíber. Entre esos amores, el de otra Reina llamada Eunoé, de Mauritania. Tenía predilección por las africanas, siempre que fueran reinas.

No fue en consecuencia tan solo por inclinación sensual y para complacerse con su linda presencia, que César trajo a Cleopatra a Roma. Obraba también el cálculo, para corrar los vínculos que había adquirido desde hacía tres años con los monarcas Lagidas. Se proponía hacer efectivo y patente el dominio de Roma, protectora de Reinos, sobre el Reino de Egipto.

Cleopatra no era libre para obrar en un sentido o en el otro. Su amor estaba ligado a su trono. ¿Qué era más fuerte en ella...? ¿Su sentido de conservación o su vanidad de mujer...?

—

La segunda aparición. Ha muerto César. Cleopatra ha huido de Roma. Después de la guerra civil y la batalla de Filipos, el amo del Oriente es Antonio. Si quiere conservar el trono y la libertad de su patria debe fascinarlo.

Plutarco insiste en su biografía de Marco Antonio sobre los encantos de Cleopatra. El romano le envió un emisario llamado Dellius. “Después de que hubo considerado su belleza, la gracia y fuerza atrayente de su lenguaje, dudó de que Antonio pudiera hacer algún

mal a una tal dama, y que más bien ella estará en poco tiempo en gran favor y en gran crédito en relación con él”.

Y agrega:

“Ella, de otra parte, añadiendo fe a lo que le decía Dellius y conjeturando sobre el porvenir, por el acceso y el crédito que había tenido con Julio César y Neo Pompeyo, el hijo del gran Pompeyo, solamente por su belleza entró en la esperanza de que podría más fácilmente tomar y ganar a Antonio. Porque aquellos la habían conocido cuando era todavía jovencita y que ella no sabía lo que era el mundo; pero entonces, ella se dirigía a Antonio en la edad en que las mujeres están en la flor de su belleza y en el vigor de su entendimiento.

Y para entrevistarse con Antonio dispuso... “lanzarse sobre el río Cydno en un barco cuya popa era de oro, las velas de púrpura, los remos de plata, que se movían a la cadencia de una música de flautas, violas, obós y otros tales instrumentos. Y en cuanto a su persona ella estaba reclinada sobre un pabellón de oro tejido, vestida a la manera como se pinta ordinariamente a Venus. Cerca de ella, de un lado y del otro, niños vestidos, como los pintores acostumbran a retratar a los amores, con abanicos en sus manos, con los cuales la refrescaban. Sus mujeres y damas, entre las más bellas, estaban vestidas de ninfas nereidas, que son las hadas de las aguas y como las Gracias. Las unas apoyadas sobre el timón, las otras sobre los cables y cordajes del barco, del cual salían maravillosamente dulces y suaves olores de perfumes, que colmaban las orillas cubiertas de un mundo innumerable. Porque los unos acompañaban al barco a lo largo de la orilla, los otros acudían de la ciudad para ver qué pasaba y salió una tal multitud de pueblo, que finalmente Antonio, en su sitio imperial para conceder la audiencia permaneció solo. Y corrió una voz por las bocas del común popular, que era la Diosa Venus, la cual venía a unirse al dios Baco para el bien universal de toda el Asia...”.

Este es el texto de Plutarco que utilizó Heredia para su inmortal soneto:

*Bajo el azul triunfal y bajo el sol que flamea
el tirreno de plata blanquea el río sombrío
y su estela deja un perfume de incienso
a los sonos de flauta y rumores de seda.
En la proa esplendorosa donde el gavián espía,
Inclinada, fuera del dosel real para mirar mejor,
Cleopatra de pie, en el esplendor de la tarde,
Semeja un gran pájaro de oro acechando su presa.
He aquí a Tarso, donde la espera el inerme guerrero
Y la morena Lagida abbre en el aire encantado,
Sus brazos de ámbar en donde la púrpura pone reflejos rosas,
Y sus ojos no han visto, presagios de su suerte,
Cerca de ella, deshojando rosas sobre el agua sombría
Los dos niños divinos: el Deseo y la Muerte.*

Marco Antonio había salido a la conquista del Oriente. Fue conquistado y fascinado por el Oriente. En esta frase se resume todo el drama de la política romana. Había un cuantioso interés histórico envuelto en el amor de Cleopatra. El general romano se fue convirtiendo lentamente en Faraón. No importaban las admoniciones de Augusto. No importaba el nuevo acuerdo político, en prenda del cual estuvo la mano de Octavia. Cleopatra lo atraía.

Y sin divorciarse de Octavia, se casa con Cleopatra. En Alejandría es el marido de Cleopatra y en Roma el de Octavia.

La sede de la influencia de todo el Oriente, se fue desplazando a Alejandría. Contraviniendo todas las tradiciones romanas, dispuso Marco Antonio celebrar un triunfo en las avenidas de Alejandría. Y

los triunfos tan solo podían verificarse en Roma, bajo la mirada de los dioses tutelares.

En una grandiosa ceremonia, Antonio pronunció un discurso que habría de conmover al Imperio. Declaró que Cleopatra era la Reina de Egipto y de Chipre y que llevaría el título, a la manera persa, de Reina de los Reyes. Proclamó públicamente a Cesarión como hijo legítimo de César y de Cleopatra.

Y el hijo de Cleopatra y Antonio se bautizó con el nombre de Alejandro Helios y fue proclamado Rey de Armenia. En Alejandría se disponía arbitrariamente —sin consultar a Roma— sobre la suerte de las provincias del Imperio. Se dibujaba nítidamente la división —que habría de realizarse después— entre el Imperio romano del Oriente y el Imperio romano del Occidente.

Esta partición no podía ser tolerada por el Senado romano. Si triunfaba la política de Antonio, el eje central del poder se trasladaba a Alejandría.

En consecuencia Octavio decidió salir en guerra, no en contra del aturrido y enamorado Antonio, sino en contra de Cleopatra, enemiga sutil de la supremacía de Roma.

A partir de ese momento la propaganda de Augusto se dirigió ponzoñosamente en contra de Cleopatra. “La serpiente del Nilo”, “la Regina meretrix”, la abominable “Fémina trita”.

Pero gracias a esa propaganda se inició la transfiguración de Cleopatra. Pensaban y murmuraban los romanos, los egipcios y los griegos de su tiempo: Una mujer, que descende de uno de los gloriosos generales de Alejandro, Reina del misterioso Egipto, que enamoró a César y le ofreció, en medio de sus hazañas el oasis de sus ternuras. Que enloqueció a Marco Antonio y fundó un vasto imperio para sus hijos, debe ser una especie de hada, una semidivinidad fascinante. Pasó a convertirse, gracias a estos murmullos y sugerencias, en un símbolo de la sensualidad y en la poseedora de los venusinos filtros.

El mito se propagó y creció más allá de los insidiosos propósitos de Augusto. La muerte, después, cuidadosamente dispuesta, contribuyó a complementarlo.

En la batalla de Actium se decidió la suerte de Antonio. A la caída de la tarde, Cleopatra desapareció con sesenta navíos. Antonio la siguió, a pesar de que la batalla era aún indecisa. Dejó a su ejército abandonado. Y en la confusión producida por la desertión del romano, la mayor parte de los soldados se pasaron a Octavio. Desde esa tarde se hizo dueño del mundo.

A su regreso a Egipto, Antonio indeciso y vencido, se fue a vivir a una casa solitaria, llamada Timoneum, en recuerdo del célebre misántropo de Atenas. Recibió la visita de Herodes, que le aconsejó matar a Cleopatra para reconciliarse con Octavio. Y aconsejó insidiosamente a Cleopatra asesinar a Antonio, como prenda de amistad con Octavio. Los amantes, al aproximarse el desenlace, no obran solidarios. En vano Antonio adquiere una última victoria. Pero la flota egipcia se rindió y pasó al control de Octavio. Todo está perdido. Perdido el amor y perdido el imperio.

Antonio abraza la convicción de que fue Cleopatra la que dio la orden de rendirse. Enloquecido busca a su amante para matarla. Se le informa de que ella ha puesto fin a sus días y de que se halla muerta en el Mausoleo de los Lagidas. En la realidad, está en acecho, escondida, jugando su última carta desesperada: seducir a Octavio. Al conocer la falsa noticia, Antonio se suicida. No fue una muerte por amor.

Octavio tiene el propósito de conducir a Cleopatra, viva, para pasearla en una jaula, en su desfile triunfal. Cuando Cleopatra llega al convencimiento de que no puede atraer con sus encantos al nuevo Señor del mundo, se encierra en el mausoleo con Iras y Charmión,

sus fieles sirvientes. Dispone magistralmente la escena de su muerte, para entrar en la posteridad. Pero fue el orgullo y no el amor, el que provocó la mordedura del áspid.

“Cuando los soldados de Octavio —dice Anatole France— entraron en su alcoba, encontraron a la Reina vestida con sus ropas de ceremonia, acostada sin vida sobre un lecho de oro. Iras, una de sus mujeres, estaba muerta a sus pies. La otra, Charmión, se sostenía apenas, arreglándole con una mano desfalleciente la diadema alrededor de la cabeza. Uno de los soldados de Octavio gritó con furor:

—Esto es bello, Charmión...

—Muy bello en efecto y digno de la hija de tantos reyes.

Pascal meditó en su nariz. Esa nariz de la “cetrina Cleopatra”, figura en el museo imaginario, con el puñal de Bruto y la cicuta de Sócrates.

Nos representamos la pareja de los terribles amantes en el infierno, en el círculo de los lujuriosos, arrebatada para siempre por un viento impetuoso, como Paulo y Francesca, Pero estos no supieron sino amar y desconocieron la gloria de ser reyes y la negra amargura que para los ambiciosos crea la conciencia de ser efímeros.

Segunda parte

I El eje de la historia

El nacimiento de Jesús, en el establo de Belén, es el acontecimiento capital de la historia. El hijo del hombre, que había de ser devorado por los hombres, tuvo por primera cuna el pesebre, “donde las bestias rumían las flores milagrosas de la primavera”.

Nada más humilde y nada más simbólico que ese nacimiento. El Imperio romano se ha extendido sobre las comarcas conocidas de la tierra. El Mediterráneo es un sumiso lago latino. Al frente de los destinos del mundo se halla un hombre sinuoso y poderoso, que gobernó durante sesenta años, con cabeza fría y recia mano de César. Es el sobrino de César.

La antítesis se establece entre el esplendor y la humildad, entre el poder de las legiones y el poder del verbo humanado, entre el soberbio Imperator y el niño inocente. Augusto se halla en su cenit. Con orgullosa complacencia ordena el Señor del mundo, una inscripción latina en el templo de Ancira, en la cual relata los hechos por los cuales sometió el orbe a la dominación del pueblo romano.

En el mármol lapidario escribió: “Dirigí guerras civiles y guerras extranjeras por mar y por tierra, en todo el mundo, y como vencedor

hice merced a todos los ciudadanos que me pidieron. Veintiuna veces he sido honrado con el saludo imperial como general victorioso. He depositado muchas veces el laurel de la victoria en el santuario capitolino. En mis triunfos has desfilado ante mi carro nueve reyes. He sido cónsul trece veces. El Senado me nombró Padre de la Patria y se mandó grabar este título en el vestíbulo de mi palacio en el edificio del Senado y en el Foro de Augusto... Desde entonces he sobresalido en autoridad por encima de todos...”

Tenía razones para estar orgulloso. No tuvo información alguna sobre el nacimiento de un niño, en una aldea remota de las provincias de Oriente sometidas por Pompeyo. Y no debió ocurrírsele jamás el pensamiento de que en las horas de su gloria, había nacido el hijo de Dios, encargado de destruir a los dioses. Y que la doctrina por él predicaba había de prevalecer sobre Júpiter y sobre Marte, destituidos en su soberbia, por el sermón de la Montaña.

Habrían de pasar las dinastías. Habría de hundirse en polvo el poder de los Césares. Roma caería bajo el embate de los bárbaros. Y los bárbaros también habrían de pasar. En cambio, la divina palabra de caridad, habrían de ser repetida a lo largo de los siglos. Y todas las figuras de los conquistadores, esfumadas ante esta dulce figura del Nazareno.

“En cada una de las frases del sermón de la Montaña, —dice Weber— encontramos la terminante declaración de guerra contra los principios de la educación en el mundo pagano, contra las representaciones del ideal heroico del guerrero, propio de las culturas talladas según el patrón del inquebrantable orgullo masculino, vinculado a sus empresas terrenales. Frente al mundo antiguo surge Jesús con su ética batalladora, que vuelve al revés todos los signos, todas las normas y actúa sobre la base de la exclusividad de la fé errada por él. En el mundo tan sólo puede adquirir eficacia universal, aquello que encarne en una imagen simbólica...”

Dos mil años después está su mensaje y todos los años se renueva el milagro de la natividad. Las catedrales se pueblan con la imagen del niño y con la imagen del crucificado, la cuna y el Gólgota, Belén y la agonía. La historia encontró su eje. Tiene desde hace dos mil años una brújula que señala la aproximación o el alejamiento de Cristo. Cuando sigue su doctrina, la humanidad encuentra el equilibrio moral, cuando se aparta de ella, la humanidad se extravía.

El hombre de estos días, no niega abiertamente a Cristo, pero está excesivamente orgulloso de sí mismo. Es el empresario de quiméricas conquistas. La tierra no es suficiente escenario de sus audacias. La ciencia se considera capaz de sustituir al milagro. La eficacia se considera superior a la caridad. Pero él está ahí, escuchando la plegaria de los humildes y de los ofendidos, la oración que en su búsqueda apasionada de Dios, brotó de la pluma de Fedor Dostoyewski:

“Tú le has dado a los hombres la libertad de escoger entre el bien y el mal, estableciendo la responsabilidad del hombre”

Tú le has ofrecido a los hombres una felicidad eterna y goces espirituales profundos. Pero el hombre lo que desea es el pan terrestre y las felicidades mediocres. Tú quisiste hacerte amar libremente, espontáneamente, sin presión sobre los hombres. No acudiste al milagro para que te reconocieran y te dejaste crucificar entre ladrones. Tenías demasiada buena idea de los hombres, porque aspirabas a su libre amor...

Tu palabra seguirá escuchándose: bienaventurados los mansos de corazón, porque ellos verán a Dios.

No podrá admitirse la armonía y el progreso universal, al precio de las lágrimas de un solo niño martirizado.

El hombre no puede cometer un pecado capaz de agotar, el amor infinito de Dios”

Todo será polvo estupefacto. Pero mientras la humanidad se congregue alrededor de tu cuna, símbolo victorioso de la humanidad

sobre los poderes efímeros, habrá para ella posibilidades de rescate. Todo ha pasado. Pasaron los Imperios y las hordas, Trajano y Atila, Gengiskan y Alarico, Carlos V y Bonaparte, y tu firme imagen de niño en el pesebre y de Dios agonizante sobre la Cruz, sigue ejerciendo, a pesar de todo, una fascinación sobre los creyentes y los descreídos. Nada es superior al símbolo de tu vida y a las palabras divinas que dejaste escritas en la memoria de los pescadores.

II Los poetas que descendieron a los infiernos

El tema para esta charla tiene mucho interés literario: los antecedentes poéticos de la Divina Comedia.

“Durante largo tiempo, dice Federico Ozanam, la Divina comedia fue considerada como un monumento solitario, en medio de los desiertos tenebrosos de la Edad Media. No se conocía ningún término de comparación con el poema del Dante, entre las producciones ligeras de los trovadores, las únicas que se mencionan de esa poca despreciada”.

Pero hoy día están poblándose las soledades de la Edad Media. La Divina Comedia no cesa de dominar las construcciones poéticas que la sostienen y rodean. Pero se aperciben alrededor de ella, un número infinito de ficciones parecidas.

Se observa una serie de relatos del mismo género que se prolongan en los siglos precedentes, se encuentran en la literatura de todas las edades, dando testimonio de que existe sobre el tema una gran preocupación del espíritu humano”.

“El poema del Dante es como una de esas basílicas romanas, a la cual se quiere visitar no solamente por fuera y por dentro sino también en el fondo. Se descende a la luz de las antorchas, en los subterráneos sagrados”.

El tema... el destino del alma. Ha preocupado a los griegos, a los romanos, a los egipcios. Y todos los escritores de genio han querido visitar el sitio misterioso donde se refugian los muertos.

Homero consagra todo su canto de la Odisea, a la región del Hades y conserva en el tenebroso sitio, con las sombras de Yocasta, de Agamenón y de Aquiles.

Cicerón asciende a los cielos y es el propio Escipión, el más brillante y heroico de todos los hijos de la República quien le señala las órbitas celestiales. Una de las páginas memorables del orador en su tratado de “La República” está consagrada a este luminoso paseo.

Y el poeta Virgilio, cruzando el Leteo, en visión casi divina, exclama:

“Mira este pueblo. Mira a tus romanos. César aquí y la descendencia toda de Julio, que ha de venir bajo la gran bóveda del cielo. Este es el varón, éste es el que te fue tantas veces prometido. Augusto César de divino origen”.

Gregorio el grande en sus diálogos, intuyó las delicias eternas.

Y la Edad Media está poblada de relatos y de poemas, de los cuales quiero destacar estos antecedentes inmediatos de la Divina Comedia, enumerados por Ozanam.

El Anglo Normando —Adam de Ross bajó a los Infiernos.

Un poeta de Islandia, escribió “El Canto del Sol”.

Rodolfo de Montfort, penetró en los misteriosos umbrales.

El Monje Wettin de la Abadía de Reichenao, soñó con la visita a los círculos sulfurosos y se encontró con el alma de Carlomagno.

Leyendas, vidas de Santos, poemas innumerables, fueron escritas entre el siglo VIII y el XIII, preanunciando el divino poema.

“El Dante emplea en su construcción —dice Francesco de Sanctis— todos los materiales de la ciencia sagrada y profana y todas las tradiciones y las leyendas del mundo pagano y pone junto a Eneas y a San Pablo, a Caronte y a Lucifer”.

“El mundo pagano y la ciencia profana son aquí materiales de construcción utilizados para edificar un templo cristiano, del mismo modo como las columnas egipcias y griegas, se transforman en las construcciones modernas en símbolo y figura de los nuevos tipos y las nuevas ideas”.

La urdimbre es muy simple: es la historia o misterio del alma.

Los griegos y los romanos tenían la noción del infierno. A través de una gruta misteriosa se llegaba a los abominables lugares. Y en el descenso lo primero que se encontraba era El Erebo, residencia del *Cerbero*, de las *Furias* y de la *Muerte*.

Después el Infierno de los malvados, lugar horrible donde solo se oían lamentaciones y aullidos, con estanques helados, pantanos apestados.

Después el tártaro “que es el infierno de los dioses, donde se levanta el palacio de Plutón. Allí están los antiguos dioses lanzadores del Olimpo. Allí están los gigantes y los Titanes”.

Y por fin los Campos Elíseos que se pone la residencia feliz de las almas virtuosas.

Minos es el supremo juez.

Virgilio añade una tercera región, una especie de Limbo: allí se encuentran los niños muertos a temprana edad, los suicidas, las mujeres víctimas del amor y los héroes muertos en la guerra.

La existencia de los que allí habitan es inerte y triste. “Se pasean melancólicamente —dice Boissier— en esas praderas húmedas, bajo un cielo sin sol y cuando pasan a lo largo de esos senderos solitarios donde se esconden, parecen a la luna nueva cuando se levanta entre las nubes”.

Cinco corrientes de agua recorren el reino de Plutón y Proserpina, la Perséfone inhumana de los griegos.

El Stix, el Aquerón, el Cocito, el Phlegethon y el Leteo.

El Leteo es el río del olvido, “cuyas aguas no dejan oír ningún murmullo y que derrama en las almas que las han debido el olvido de toda su vida terrestre”.

En sus aventuras al regreso de la guerra de troya, nos cuenta Ulises que llegó a la ciudad de los Kimerios, envueltos en niebla y nubes. “Jamás el brillante Helios les miró con sus rayos, ni cuando remontaba el Urano estrellado, ni cuando desde él descendía a la tierra, pues una horrible noche pesada siempre sobre los míseros mortales”.

“Saqué mi aguda espada de su vaina, que caía a lo largo de mi muslo, —dice Ulises— cavé una fosa de un codo de radio y dediqué libaciones a todos los difuntos, de leche melada primero, luego de vino dulce, después en fin de agua y desde arriba espolvoreé sobre la fosa blanca harina.

Y supliqué a las vanas cabezas de los muertos, prometiéndoles para cuando llegara a Itaca, sacrificar en mis palacios la mejor vaca estéril que tuviera, encender una pira a la que arrojaría cosas excelentes e inmolar, sólo en honor de Tiresias un carnero, completamente negro, el más hermoso de mis rebaños.

Después de invocar las legiones de los muertos, degollé las víctimas sobre la fosa y corrió la sangre negra.

Y las almas de los que ya no viven subieron en tropel del Erebo. Recién casadas, hombres jóvenes, ancianos que han sufrido muchos males, doncellas llenas de penas su alma, guerreros de armas ensangrentadas, heridos por las broncíneas picas, todos se agolpaban, llegando por doquier al borde de la fosa y levantando un inmenso clamoreo. Y me sobrecogió un terror pálido”.

Y Ulises se encontró con la sombra de su compañero Elpenor.

—Cómo viniste a estas espesas tinieblas...?

—Ingenioso Odiseo, la mala voluntad de un Daimón y la abundancia de vino me perdieron... No te marches sin enterrarme ni llorarme, para que no concite sobre ti la cólera de los dioses...

Y se encontró con el alma de su difunta madre, Anticlea. Y la sombra le dijo:

—Por qué oh desdichado, dejando la luz de Helios, has venido a ver los muertos en la región tristísima...? Y se encontró con el tebano Tiresias, que tan ansiosamente buscaba y le predijo el porvenir.

Encontrarás a tu esposa en tu palacio y a unos hombres orgullosos que consumirán tus riquezas y pretenderán a tu esposa ofreciéndole presentes. Pero tú te vengarás de sus ultrajes a tu llegada...

... La dulce muerte en fin te llegará del mar y te encontrará consumiéndote en una placentera vejez, rodeado del pueblo dichoso.

—

Y la madre de Ulises, cuando Tiresias regresó a la morada del Hades le dijo:

“¿Cómo has bajado en vida a esta tenebrosa niebla...? Es difícil a los vivos presenciar estas cosas. Hay entre ellos y nosotros grandes ríos de violentas corrientes y antes que nada el océano que no puede atravesarse a menos que se posea una bien construida nave. ¿Vienes acaso tras errar mucho tiempo, de la ciudad de Troya...?”

Al oírla hablar, Ulises intenta abrazar el alma de su madre. “Tres veces lo intenté pues mi corazón me incitaba a hacerlo. Otras tantas se disipó como una sombra, semejante a un sueño y un vivo dolor se acrecía en mi corazón...”

Ella le dijo:

“Perséfone, hija de Zeus no se burla de ti, sino que es ley de los mortales que ya no viven.

Los nervios no sostienen ya las carnes ni los huesos y la fuerza del ardiente fuego los consume, tan pronto como la vida desampara la blanca armazón y el alma vuela como un sueño...

Y mientras hablábamos de este modo, las mujeres y las hijas de los héroes acudieron, enviadas por la ilustre Perséfone y se agruparon en gran número alrededor de la sangre negra”.

Y cuenta Ulises que vio a Yocasta, la madre de Edipo, que cometió inconscientemente el horrible crimen casándose con su hijo.

Vio luego a Leda, la mujer de Tíndaro, la madre de Helena y Clytemnestra.

Y a la hermosa Ariadna, la hija de Minos.

Y la funesta Erifila, que traicionó por oro a su marido.

Y después de que Perséfone dispersó las bandadas de mujeres, “surgió el alma adolorida del Atreida Agamenón”.

“Apenas bebió la negra sangre me reconoció y al punto comenzó a llorar, derramando amargas lágrimas y extendiendo los brazos para estrecharme; más la fuerza de otros días le había abandonado, como también el vigor que animaba sus miembros flexibles.

Y yo también lloraba henchido de piedad mi corazón.

—“Atreida Agamenón, príncipe de hombres, cómo la Ker de la muerte funesta ha conseguido domarte...? Te ha vencido Poseidón conjurando contra tus naves olas inmensas y terribles vientos o te han herido hombres enemigos en tierra firme...? ¿Les arrebataste sus bueyes y sus grandes rebaños de ovejas o combatías por apoderarte de su ciudad y de sus mujeres...?”

Y tristemente contestó el Atreida:

“no me ha vencido Poseidón a bordo de mis naves, irritando los inmensos soplos de sus terribles vientos. Ni hombres enemigos me han herido sobre la tierra firme. Pero Egisto me ha infligido la Ker y la muerte con la ayuda de mi pérfida esposa.

Convidándome a una comida en su morada me mató como a un buey en el establo. Y en torno a mí mis compañeros fueron degollados como cerdos de blancos dientes.

Y oí la voz afligida de Casandra, a quien la pérdida Clitemnestra degollada a mi lado. Nada hay más cruel ni más impío que una mujer que haya podido meditar tales crímenes...

No seas benévolo jamás con tu esposa y no le confíes todos tus pensamientos, sino que le dirás algunos y le ocultarás otros..."

Y vino después el alma del Peleida Aquileo:

—“¿Cómo has logrado llegar hasta el Hades donde habitan las sombras vanas de los hombres muertos...?”

—He venido por el oráculo de Tiresias, para que él me enseñe como puedo volver a Itaca.

—Pero tú Aquileo eres más dichoso que todos los hombres que han sido y ninguno de los venideros será más dichoso que tú. Cuando vivías, nosotros los acaienos te honrábamos como a un Dios y ahora riges a todos los muertos. No te lamentes pues Aquileo, ya que así estás, a pesar de estar muerto..."

Y el héroe contestó:

“No me hables de la muerte, ilustre Odiseo; preferiría ser labrador y servir por un salario a un hombre pobre que apenas pudiera mantenerse, a reinar sobre los que ya no son. Y no soy nadie para defender a mi padre bajo el esplendor de Helios, como lo era algún día ante la gran Troya”.

Pregunta por su hijo. Ulises le da noticias. Le informa sobre la conducta guerrera de Neoptolemo.

“El alma de Eakida de los pies ligeros se alejó, marchando apresuradamente por la pradera de Asfodelos y alegre porque yo le había dicho que su hijo era ilustre por su bravura...”

Y vio el alma de Ajax el más valiente de los Acaienos y vio a Mí-nos, el hijo de Zeus.

Y vio a Tántalo, que sufría crueles tormentos.

“Cuantas veces el anciano se inclinaba en su deseo de beber, el agua decrecía, absorbida, y la tierra negra aparecía alrededor de sus pies, pues un Daimón la deseaba. Los altos árboles dejaban pender sus frutos sobre su cabeza —peras, granadas, naranjas, higos dulces y aceitunas verdes— y cuantas veces el anciano quería airas con sus manos, el viento las levantaba hasta las nubes sombrías”.

Meditemos unos minutos sobre el Infierno homérico. Es una concepción primitiva, embellecida por la poesía. Todo lo que toca Homero con su vara de luz, se transforma. Su verso tiene el resplandor de las primeras mañanas del mundo.

¿Cómo invoca a las almas...? ¿Cómo acuden ellas a su llamamiento...? “Degollé las víctimas sobre la fosa y corrió la sangre negra... Y las almas de los que ya no viven subieron en tropel al Erebo”.

Se trata de un sacrificio primitivo y cruento. La humedad de la sangre atrae las almas doloridas de los héroes. Y acuden en tropel. Como en la *Iliada*, los “guerreros de armas ensangrentadas, heridos por las bronceas picas”.

No aparece la noción del pecado, ni la del remordimiento, ni los jueces de ultratumba, colocan en su balanza los pecados capitales, la ira, la envidia, la soberbia, la gula, la lujuria.

En ese infierno sigue dominando la ley de la guerra. Al Atreida Agamenón le pregunta conmovido Ulises, por qué está allí. Supone dos cosas: o ha sido vencido por Poseidón, o fue herido por los hombres, por haberse apoderado de sus ovejas o de sus mujeres. Lo segundo es lícito, dentro de la ley de la guerra bárbara, implantada entre las tribus. ¿Se oye alguna voz de arrepentimiento...?

Y la sombra de Aquiles evoca los días en que bajo el resplandor del sol egeo, luchaba contra Troya. Lo que le interesa de su hijo, es la conducta en el combate. ¿Es valiente, varonil, heroico...? Eso basta. “Se alegró porque yo le había dicho que su hijo era ilustre por su bravura”.

Entre el Infierno de Homero y el Infierno del Dante existen dos milenios de perversidad y refinamiento espiritual. El pecado ha ido tomando formas y complejos, se ha diversificado. Ya no hay una sola casilla para los réprobos. En los nueve círculos, los pecadores se distribuyen con todos los matices de la falta.

La ausencia del pecado, pasa a ser un pecado. Los primeros que encuentra Dante en el Infierno, son los tibios, los neutrales, los indecisos, “los que vivieron sin merecer alabanzas ni vituperios”.

La sombra de Agamenón no condena en Clytemnestra la lujuria sino la traición. Dante se complace en relatar el caso de Pablo y de Francesca, “dos almas que van juntas, impelidas por el viento, dos palomas excitadas por su deseo”. Su pecado... haberse besado, al leer juntos un relato de amor.

¡Qué distancia entre la brutalidad de Clytemnestra, “me mató como a un buey en el establo” y la finura de los sentimientos que expresa Francesca y que conmueven al Dante:

“Cuántos dulces pensamientos, cuántos dulces deseos les han conducido a este sitio doloroso”.

Hay una lírica absolución del poeta a su pecado:

“Francesca, tus desgracias me hacen derramar, tristes y compasivas lágrimas”.

La amorosa figura de Francesca llena de sí misma toda la escena. “Pablo es la versión muda de Francesca. Uno habla, otro llora. Son dos palomas llevadas por un mismo querer. Eternidad de amor, eternidad de martirio. El pecado es un infinito. No se puede decir “yo amo”, sin que una voz le conteste: “es pecado”. Es alegría y es dolor. Es tierra y es

infierno, es la amargura del amor que tiene como dote el infierno, es la voluptuosidad del infierno que tiene como dote el amor”.¹

No sólo el pecado sino el matiz del pecado. Cometer violencia es condenable. El poeta establece los distinguos: la violencia contra Dios, la violencia contra sí mismo, la violencia contra el prójimo.

Odioso pecado el de los fraudulentos. Es un pecado de la inteligencia. Las bestias no engañan. La fuerza desnuda y brutal posee su belleza. El fraude es la máscara ideada por el hombre malicioso para ocultar su perfidia. Lo que no logra de la fuerza lo obtiene con el engaño y el disimulo. En las Fosas Malditas están los seductores, los aduadores y cortesanos, los adivinos, los hipócritas, los malos consejeros, los charlatanes y falsarios, los simoníacos. Que diversidad en el fraude, qué diversidad en el pecado. El alma humana, desde los tiempos en que Homero la colocó bajo su poético resplandor, ha venido asumiendo las más diversas y engañosas formas. La lengua aprendió la seducción y la lisonja, la mentira se mezcló con las mieles de la hipocresía.

Allí volvemos a encontrar a Ulises, no como visitante efímero sino como huésped eterno de la maldita fosa. “En esa llama se llora también el engaño del caballo de madera, que fue la puerta por donde salió la estirpe de los romanos”.

El hombre se ha convertido en una fiera compleja y engañosa, que sabe agazaparse, disimula, miente, falsifica, trafica, adula, engaña con la alquimia, calumnia.

Los que toman el nombre o el aspecto de otras personas van persiguiéndose a mordiscos. “Es el alma antigua de la perversa Mirra, que fue amante de su padre contra las leyes del amor honesto, para cometer tal pecado se disfrazó bajo la forma de otra”.

Los monederos falsos. La sombra de Maese Adam, monedero de Brescia, se lamenta de su suerte:

¹ Francesco de Sautis. Figuras poéticas de “La Divina Comedia”.

“Yo tuve en abundancia, mientras viví, todo cuanto deseé. Y ahora, ay de mí, sólo deseo una gota de agua. Allí está Romena, donde falsifiqué la moneda acuñada con el busto de Bautista”.

Y enfiebreidos, los calumniadores. “Son espíritus infelices que despiden vaho, como en el invierno una mano mojada”.

Que variedad la de este infierno. En el último foso, vencido está el Emperador del doloroso reino, llorando con sus seis ojos. El Dante se complació en colocar a los traidores. A Judas, con la cabeza en una de las bocas de Lucifer. “La que pende de la negra boca es Bruto. Mira cómo se retuerce sin decir una palabra. El otro que tan membrudo parece es Casio”.

¿Y por qué Bruto se halla en los Infiernos...? El Infierno cambia de habitantes según la hora de la historia. En otra época, Bruto no hubiera merecido el honor insigne de convertirse en el bocado de Lucifer.

Dante tenía una idea política; la monarquía universal. A pesar de las disensiones de Italia soñaba con la grandeza de Roma. Y de esa Roma antigua, sepultada bajo la lava del tiempo, emergía ante sus ojos, como el arquetipo, César. Su Monarquía necesitaba de un César. Soñó con que podría reencarnarlo Enrique de Luxemburgo.

El asesino de César debería en consecuencia ser castigado, porque simbólicamente cortó la carrera egregia. Pero ¿cómo condenar a Bruto y perdonar a Catón, colocándolo como guardián del Purgatorio...?

Catón había sido un enemigo franco, tenaz, persistente de César. Desde el debate transcrito por Salustio sobre la conspiración de Catilina, Catón desconfiaba de César, intuía en él al gran adversario del partido senatorial. Y después de Farsalia, no quiso el perdón. Bruto sí. No sólo el perdón, sino el honor y la confianza. Y el viaje a Egipto en la comitiva de César y la pretura. En Utica, Catón culminó la parábola de su vida, destrozándose el vientre con su propia espada, después de haber leído, tranquilo, “El Banquete” de Platón.

En el Tratado de la República, Cicerón nos relata un sueño de Escipión Emiliano, el destructor de Cartago. Se le presenta el espectro de Escipión Africano, el vencedor de Zama y la más alta figura de la República aristocrática. Acompañado de Paulo Emilio, quien le dice:

“Mientras Dios, de quien es templo todo esto que ves, no te haya libertado de la prisión corporal, no puedes penetrar en estas moradas. Los hombres han nacido para guardar ese globo que ves colocado en medio de ese templo y que se llama tierra. Han recibido su espíritu sacado de esas llamas eternas que llamáis estrellas y astros y que formando globos y esferas, animadas por inteligencias divinas, realizan con velocidad admirable su circular carrera. Por esta razón, tú Publio y todos los varones religiosos, debéis mantener el alma en los lazos del cuerpo. Nadie, sin el mandato del que le dio, debe abandonar su vida mortal y al huir de ella parece que abandonáis el puesto que Dios os señaló”.

Y el Africano dijo:

“¿Hasta cuándo estará tu mente fija en la tierra...? ¿No consideras a que templo has venido...? ¿No ves el universo entero encerrado en nueve círculos...? Las nueve esferas que se tocan. La primera y más elevada que abraza todas las demás es el cielo mismo, es el Dios supremo que todo lo dirige y contiene. En el cielo están fijos todos los astros que arrastra eternamente en su movimiento. Más abajo se agitan siete globos en movimiento contrario al del cielo. A uno de estos se une la estrella que en la tierra se llama Saturno. Más arriba el astro propicio al género humano: Júpiter... Después está Marte de ensangrentada luz, temible para la tierra. Hacia la región media el sol, moderador de los astros, alma del mundo, regulador de los tiempos y cuyo globo, prodigiosamente grande todo lo llena y abrillanta con su luz...

—¿Qué sonido es ese, pregunté, que tan poderoso y suave llega hasta mí...?

—Esa armonía, formada por intervalos desiguales, pero proporcionados con extraordinaria perfección, resulta del impulso y movi-

miento de las esferas, que confundiendo los sonidos graves y agudos en acorde común, hace de esos tonos variados melodiosos conciertos...

La armonía del mundo entero producida por el movimiento es tal, que el oído del hombre no puede soportarla, de la misma manera que los ojos no pueden resistir los rayos de sol, cuyos resplandores deslumbran y ciegan.

“Admirando todas estas maravillas miraba yo con frecuencia a la tierra”.

El Africano me dijo entonces:

“Veo que contemplas la patria y morada de los hombres. Pero si la tierra te parece pequeña, como lo es en efecto, levanta los ojos hacia las regiones celestes; desprecia las cosas humanas. ¿Qué fama, qué gloria digna de tus deseos puedes adquirir entre los hombres...? Ya ves cuán pocas y estrechas comarcas ocupan en el globo terrestre y que vastas soledades separan esas raras manchas que ocupan los puntos habitados. Dispersos los hombres sobre la tierra, están de tal manera aislados unos de otros, que no es posible comunicación entre los diferentes pueblos. Vesles diseminados por todos los puntos de esa esfera, a distancias inmensas, en latitudes tan diferentes que no es posible esperar de ellos la menor gloria...

Y concluyó: Recuerda que si tu cuerpo ha de perecer tú no eres mortal. Tú no eres lo que representa esa forma corpórea. Lo que hace al hombre es el alma y no esa figura que puede señalarse con el dedo. Ten presente que eres dios, porque dios es el que siente, recuerda, prevé, gobierna y rige el cuerpo a que estamos unidos, como el Dios supremo gobierna el mundo. Así como el Dios eterno mueve el mundo en parte corruptible, el alma inmortal mueve el cuerpo perecedero. Lo que se mueve es siempre eterno...”

—

El anglo normando Adam de Ros, escribió un poema, titulado: “Descenso de San Pablo a los infiernos”.

El Arcángel San Miguel conduce al apóstol de las naciones a ese lugar, en el cual debe predicar los terrores. Delante del umbral existe un árbol inflamado, en el que están suspendidas las almas de los avaros. Más lejos arde un horno coronado de sombríos torbellinos. Un amplio río, que lleva demonios sobre sus olas, se hunde bajo los arcos del puente fatal. Pasan los reconciliados. Pero el puente fatal huye el paso de los pecadores.

Hundidos en profundidades desiguales, según la gravedad de sus crímenes, aparecen los envidiosos, los adúlteros, los disipadores, los sectarios armados para la ruina de la Iglesia.

Otros tormentos esperan a los usureros, a todos los que no tuvieron cuidado de Dios, ni piedad de los pobres. Las vírgenes infieles vestidas con negros vestidos, entregados a los abrazos odiosos de los dragones y de las culebras.

Los jueces inicuos transitan entre fuegos siempre alumbrados y una muralla glacial. Cadenas dolorosas llevan las manos de los malos sacerdotes. En un foro sellado con siete sellos, encierra en una infecta sepultura a los que negaron los misterios de la fe.

A estos tristes espectáculos viene a mezclarse la aparición de un alma elegida, que los ángeles llevan a la gloria. La Corte celestial resuena con los gozosos cánticos. Los condenados responden con sus gemidos.

San Pablo y su guía se conmueven y comienzan una oración que repiten todos los santos”.²

“La justicia eterna le da a los condenados una interrupción regular de sus sufrimientos, cada semana, en el día del Señor. La tregua de Dios se extiende sobre sus enemigos”. Un poeta de Islandia decidió

² Federico Ozanam – Les poètes Franciscains.

publicar en la Edad media todas las tradiciones de los Eddas. Y después de las fábulas paganas, publicó un canto cristiano, *El Canto del Sol*.

“Un padre ha roto las leyes de la muerte para venir a instruir a su hijo, lo visita en sueño y le descubre los secretos de la eternidad.

Ha recorrido las siete zonas del mundo inferior. Los pájaros ennegrecidos por el humo, que son las almas, se arremolinan como una nube de moscas a la entrada del abismo. Las mujeres impúdicas impulsan llorando rocas ensangrentadas. Por un camino de arena quemante marchan los hombres cubiertos de heridas. Estrellas amenazantes están suspendidas sobre la frente de los condenados.

Los que persiguieron la vana felicidad de la vida, corren sin reposo en una carrera sin objeto. Los ladrones cargados con fardos de plomo van en tropel al castillo de Satanás. Reptiles venenosos atraviesan el corazón de los asesinos. Cuervos del infierno devoran los ojos de los mentirosos.

Pero el anciano conoce también las más altas regiones del cielo. Allí los ángeles radiantes dieron la limosna. Los que ayudaron están rodeados de espíritus celestes prosternados a sus pies. Los hijos piadosos sueñan nacidos sobre los rayos de los astros. Los oprimidos, las víctimas de los fuertes son llevados en carros de triunfo, pasan como reyes en medio de la multitud de los santos.

Esta dulce imagen del paraíso sustituye a los banquetes y a los combates del Walhalla. Es una apoteosis de la caridad, de la abstinencia, de la resignación”.

Los versos de Rodolfo de Montfort:

Josaphat, hijo de un Rey de la India, fue iniciado por un anciano en la fe cristiana. Falsos sacerdotes y magos se conmueven. Lo rodea un enjambre de jóvenes tentadoras. Va a sucumbir, hasta que recurre a la oración:

“Un ángel lo conduce al cielo y le muestra la gloria del cielo y los coros angélicos, con el cortejo de los patriarcas, los profetas y los apóstoles...”

Y después de haberle mostrado el paraíso el Ángel le hace ver el infierno y los demonios, las penas de los pecadores y el fuego. Josaphat comenzó a llorar y a temblar con un gran terror. Y el ángel le dijo: tú has visto el castigo de los pecadores. Te voy a reconducir al mundo con tu cuerpo. Y si olvidas tu virginidad serás enviado al fuego del infierno”.

Dos días antes de su muerte, el monje Wettin, de la Abadía de Reichenau, fue arrebatado en espíritu y guiado por su ángel guardián, visitó al triple refugio de las almas:

“Vio a los condenados entregados a horribles torturas, rodando en torrentes de fuego, sepultados bajo el plomo, cautivos entre muros infranqueables, en medio de un humo espeso: reconoció muchos prelados, sacerdotes y religiosos.

“Ascendió la montaña del Purgatorio, donde los obispos negligentes espían su molice y los Cobdes su rapacidad.

“En medio de ellos Carlomagno estaba castigado por la incontinencia de su carne”.

“En seguida las puertas del país celeste le fueron abiertas. Atravesó las filas de mártires y de vírgenes y llegó hasta el trono del Eterno”.

Existe toda la tristeza del siglo noveno en el sueño del monje de Reichenau.³

³ Federico Ozanam – Les poètes Franciscains.

III

El Dante, hombre de partido

La primera vez que oí ese dulce nombre femenino, Florencia, fue a propósito de una vieja reproducción, colgada desde los años sobre la pobre pared y que mi niñez no comprendía. La escena tenía lugar cerca a un puente. Un caballero medioeval de larga estampa, anheloso, tímido y enamorado, se detiene de improviso, como herido por un dardo, al paso de dos damas que cruzan su camino. La una entorna suavemente la cabeza como para saludarlo de manera imperceptible. Y el transeúnte se siente desfallecer ante la angélica visión, detiene el paso, lleva su mano angustiada al corazón y se queda perplejo, en éxtasis, fuera de sí, contemplando a la inconsútil madona de su pensamiento.

¿Quién es ese afilado poeta —tiene que ser un poeta que en vano intenta apaciguar su corazón sobresaltado— me pregunto yo mismo ante la envejecida y familiar litografía. Un trozo del Medioevo, incrustado en una casona de la Sabana. Me dijeron que era Dante. Así secamente, el Dante. Después me explicaron que hacía siglos ese enamorado transeúnte, había bajado a los infiernos, recorrido los círculos de fuego, dialogado con las ánimas benditas y finalmente había ascendido a los cielos, el único mortal que se atrevió a mirar la luz perpetua.

En la Iglesia del pueblo existe todavía un gigantesco cuadro de las ánimas, purgando sus penas en la llama, retorcidas en el dolor como humanos cirios agonizantes, pero con una luz de esperanza en los ojos. Y las dos imágenes se asociaron en mi recuerdo y veía siempre al enamorado acercándose a las llamas, que convertían la carne pecadora en espíritu tocado por la gracia.

Las cuatro sombras

Años después pasé unas semanas en Florencia, en un pequeño hotel llamado el Berchielli, a la orilla del Arno. Anhelaba conocer en detalle esa milagrosa ciudad, edificada sobre la vieja laguna etrusca y rodeada dulcemente por los olivos toscanos. Mi primer pensamiento fue informarme sobre el Dante, ese adusto y enamorado amigo de mi infancia y visitar piadosamente los sitios donde vivió, el Puente Vecchio en el que examine recibió, como la gracia, la sonrisa de Beatriz. Su casa, su estatua, sus recuerdos.

Frente a Santa Croce permanecí minutos contemplando su estatua. Es una figura distinta a la que yo había conocido en la amarilla estampa. Tiene algo de la soberbia de un Imperator. El Emperador de los poetas. Sobre el sócalo se yergue en ademán vencedor. Una inmensa capa lo cubre con desordenados pliegues. El pie izquierdo avanza. El brazo se esconde hacia atrás, arrebujaado. Ojos fulminantes. La nariz afilada. En verdad ese hombre ha estado en el infierno. La cabeza está ceñida por una corona de laurel. Y al lado suyo un águila. Es el poeta, el altísimo poeta. Solamente así, orgulloso y vencedor, quiso regresar a la ciudad que lo había exiliado para siempre. No había vuelto a ver la patria sino en los sueños. Y tan solo sus ojos de mármol han presenciado su triunfal regreso. Nadie ha tenido como él los rasgos ideales, la estampa del poeta.

Al entrar en la catedral encuentro unas lápidas que por sí solas me sobrecogen. No tienen escritos sino unos nombres: Dante, Maquiavelo, Galileo, Miguel Ángel. Cuanto nos dicen esos nombres desnudos. Ellos solos simbolizan lo mejor de la Italia del Renacimiento. Han cruzado los siglos incólumes, con su mensaje inacabado. El uno escribió el más temerario de los poemas, convirtiéndose en arbitrario juez de emperadores y papas. El otro colocó, impávido, al hombre político sobre la mesa de disección, el otro anunció las leyes de la física moderna y el otro pobló la Sixtina con las terribles imágenes del Antiguo Testamento.

La aflicción por la historia me viene de esos días de Florencia. Recorrí paso a paso cada una de sus calles. Fui varias veces al Convento de San Marcos, creyendo encontrar en el camino a Cosme de Médicis. Estuve con frecuencia en la celda de Savonarola. Allí vi su breviario, con las anotaciones escritas por el monje de su puño y letra y los cilicios son que el fragoroso asceta maceraba sus carnes. Y al salir, los frescos de Fray Angélico, me traían desde el Medioevo, la luz de las mañanas florentinas. En la “piazza” de la Señoría, al frente de las piedras negras del Palacio Vecchio se pasan las horas en meditación. El David de Miguel Ángel, con su blanca y varonil belleza, el cincel logra emular con los modelos de Fidias. Las Sabinas, para siempre raptadas, forman un sensual racimo humano, trenzadas en armonioso grupo. El grácil Mercurio de Juan de Bolonia. La piedra clavada en el sitio donde quemaron a Savonarola. Y los balcones del Palacio en donde la imaginación ve todavía patéticamente colgados, balanceándose, los cuerpos de los enemigos de los Médicis, que pintó Sandro Botticelli.

Y en el atardecer, en el paseo que lleva el nombre de Maquiavelo y que en arrobador abrazo domina a Florencia, el caminante es invitado por el paisaje a reposar la mirada sobre ese armónico conjunto que

forman ciudad y paisaje. Se hallan estéticamente confundidos. Parece que la ciudad haya estado ahí desde siglos, emergida de la naturaleza como un árbol, como un bosque, con sus campaniles y sus cúpulas, sus zonas de verdura y el viejo río lamiendo sus cimientos y el viejo puente reviviendo los suspiros del Dante.

Y ya en la noche “cuando todo se calla, de las bóvedas sombrías de Santa Croce, salen las sombras de las tumbas”, Miguel Ángel se ve solitario a través de las negras calles, armado de un cincel, para encontrar los esclavos inconclusos que lo esperan y que se retuercen de desesperación condenados a no salir jamás de su infortunio, o las estatuas del crepúsculo y del alba, guardianes de Lorenzo el Penseroso, en la cripta de los Médicis, imágenes trágicas que quisiera el artista siempre recompensar y siempre destruir. Maquiavelo se dirige hacia el Palacio de la Señoría y franquea el umbral con un rollo de pergaminos bajo el brazo. Desaparece durante horas, y cuando sale de consultar informes e infolios, se encuentra en el alba a Galileo que mira a las estrellas pasar lentamente el meridiano de la torre. Maquiavelo le solicita si por este medio se pueden prever las revoluciones y los imperios. Lo hace el relato de las desgracias políticas de Florencia, le muestra las ventanas de donde pendían sangrantes los miembros destrozados de los Pazzi. Galileo le cuenta su propio proceso. Vuelven así a su panteón, estos dos eternos razonadores, argumentando y discutiendo como saben discutir las sombras. Pero antes de reintegrarse a su frío albergue de piedra, dicen siempre las mismas palabras melancólicas: “Y sin embargo ella gira... Y sin embargo los hombres engañan y matan”.

“Durante este tiempo la estatua del Dante desciende suavemente de su pedestal y se desliza, fantasma impalpable, hacia los bordes del Arno, para esperar una forma blanca a la entrada del Ponte Vecchio. La aparición pasa todas las tardes. Cada vez entornando la cabeza, persigue su camino hasta desvanecerse. Entonces, sobre Florencia dormida; se oyen los acordes de una lira, que elevándose a través del

círculo de los astros, van a despertar la resonancia de la esfera de cristal. Es la armonía de lo absoluto, del amor y de la eternidad. Atraviesa en secreto el sueño de los hombres y cuando aparece el día no es sino una nostalgia dolorosa...

Todos hemos amado a Italia. Ese sentimiento ha sido expresado poéticamente por Byron:

“Me gusta ver ponerse el sol, seguro de que saldrá mañana, no débil y turbio en medio de la niebla, como el ojo mortecino de un borracho compungido, sino con todo el cielo para sí solo, sin que se vea obligado a pedir su luz a esas miserables candelitas que temblequean, cuando hierve el caldero humeante del fumoso Londres. Amo su lengua, ese dulce latín bastardo, que se derrite como besos de boca de mujer, que se desliza suavemente como si hubiese que escribirlo sobre raso, con sílabas que respiran la dulzura del mediodía, con sílabas fundidas tan blandamente que no hay un solo acento que perezca rudo...”.

Quien le dio forma a este idioma, cuajó sus palabras y sus ritmos y expresó en él la fealdad de las almas, la contorsión de los pecados y la belleza de la naturaleza, fue el Dante.

Amaba fragorosamente a Florencia y el odio en contra de los ciudadanos que lo expulsaron para siempre, produjo en él una pasión tan exaltada —si es que el odio puede llegar a ser sublime— como su amor por Beatriz.

Era un partidario, un hombre de partido, enemigo de los indecisos y de los imparciales, de los tibios y de los timoratos. Los coloca en el primer círculo del Infierno. Allí están “las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanzas ni vituperio. Están confundidas entre el perverso coro de los ángeles, que no fueron rebeldes ni fieles a Dios sino que sólo vivieron para sí”.

Queremos hablar del Dante hombre de partido, de su insondable capacidad de odio. Por este aspecto parece un hombre de nuestros tiempos. Me atrevería a decir: uno de los nuestros.

El nombre de Florencia aparece con los primeros emperadores. Algunos sostienen que en sus comienzos no se llamó Florencia sino Fluencia. Otros, para darle un noble origen heráldico dicen que Julio César es el verdadero fundador. El Rey de los Ostrogodos, Totila, la destruyó. Y Carlomagno ordenó que se levantaran de nuevo sus muros. Maquiavelo nos cuenta que la primera división política, que desgarró en dos la sociedad florentina data de 1215.

Cuatro familias influyentes, vivían en ese otoño de la Edad Media. Los Buondelmonti; los Uberti, los Amidei y los Donati. Alrededor de ellas se agitaba toda la vida social. Un apuesto galán de la familia de los Buondelmonti se comprometió con una de las Amidei. Pero como se trataba de uno de los partidos más codiciados de la ciudad, los Donati querían que ese matrimonio se realizara con alguna de las doncellas de su familia. No se resignaban a ver casado a Buondelmonti con la Amidei.

La viuda Donati se ingenió una estratagema. Buscó la oportunidad para salirle al encuentro, en la calle, al joven novio disputado. Y la acompañaba una linda doncella, como las pintó después Sandro Botticelli.

—Mucho celebro que hayas elegido esposa, le dijo la viuda a Buondelmonti... aunque guardaba para vos esta hija mía...

El caballero quedó deslumbrado. La joven Donati, aventajaba en belleza a la prometida.

—Puesto que para mí la guardáis, sería un ingrato en no aceptarla...

Se deshizo el compromiso con los Amidei. Los Donati estaban jubilosos. Comenzaron a circular los rumores y el odio a acendrase en el corazón de los clanes ofendidos. Bajo el puñal de los Amidei y los Uberti, cayó el bello Buondelmonti.

La ciudad se escindió en dos terribles partidos. Todos los florentinos tomaron parte en la reyerta. Unos se pusieron del lado de la víctima y los otros respaldaron a los Amidei. La lucha familiar entro a convertirse en pugna política. Y fue adquiriendo el color y la animosidad que habían de perdurar tres siglos. Cuando la división entró a bautizarse con los nombres de “guelfos” y “gibelinos” ya encontraron el terreno propicio gracias a la muerte de Buondelmonti.

“Esta pugna venía a absorber ahora todas las anteriores pasiones y discordias de la nación, —escribe Symonds—. El partido güelfo agrupa a los burgueses de las colonias consulares, a los hombres de la industria y del comercio, a los adalides de la libertad civil, a los amigos de la expansión democrática. El partido gibelino por su parte, aglutina a los nobles naturalizados, a las gentes de armas y a los hombres ociosos, a los abogados del feudalismo, a los políticos que ven con malos ojos el progreso constitucional. La ciudad no se pronuncia por los guelfos o por los gibelinos, hasta que no ha mandado al destierro a la mitad de sus vecinos. El partido victorioso organiza el gobierno en su propio interés, se instala en un palacio aparte del de la Comuna, donde monta su maquinaria interior y exterior y fortalece sus finanzas mediante contribuciones forzosas y confiscaciones. Los desterrados hacen causa común con los partidarios de su propia facción, en una o varias ciudades enemigas. De este modo la diplomacia de guelfos y gibelinos, va entretejiendo en la red de un dualismo común a los centros más alejados... La sociedad está escindida hasta en sus fundamentos. Banderas, insignias y colores heráldicos, patentizaban por doquiera la división. Los gibelinos poníanse las plumas del gorro a uno de los lados, los guelfos al otro. Los guelfos en la mesa cortaban la fruta en sentido horizontal. Los Gibelinos en sentido vertical. Los guelfos bebían en vasos cincelados, los gibelinos en vasos lisos. Los gibelino: prendían rosas blancas, los guelfos rosas rojas. El modo de bostezar, de cruzar la calle, de arrojar los dados, los gestos hechos al hablar o

al jurar, eran otros tantos emblemas o símbolos para distinguir a una ciudad de Italia de la otra. Todavía a mediados del siglo XV los gibelinos milaneses, destrozaron y quemaron al Cristo del altar mayor de la catedral de Crema, porque tenía la cara vuelta sobre el hombre guelfo...”

En este ambiente político y de pugnacidad y violencia, nació el Dante hace siete siglos. Desde su primera juventud se vio arrastrado por los torbellinos pasionales de su tiempo. Su familia tradicionalmente era guelfa. A los veinticuatro años de su edad lo vemos luchando, con mayor valor que Horacio, sobre la llanura de Campaldino. “Combatí vigorosamente a caballo, en los primeros rangos, y corrí gran peligro”, dice Leonardo Bruni. Y el mismo nos cuenta sus experiencias militares en el Canto XXII del Infierno: “Vi combates de escuadrones y combates singulares, al son de las trompetas, de los tambores y de las campanas”. Fue un poeta soldado. Se portó con valor y denuedo.

Florenia se gobernaba por una compleja multitud de Consejos. Había uno llamado de “los Priors de las Artes y de la libertad”. Eran seis funcionarios y permanecían en el cargo dos meses. Las funciones políticas eran necesariamente efímeras y nadie podía destacarse. El poeta tenía vocación y ambiciones políticas. Se interesaba por la suerte de la ciudad. Su partido había vencido a los gibelinos. Ocupó varios cargos, rápidamente esfumados como las hojas del almanaque.

En 1301 se le confió una misión de confianza. El Papa Bonifacio VIII, dentro de sus planes políticos y para contrarrestar la influencia de los gibelinos, había decidido convocar en su apoyo a los reyes de Francia, e insinuó el nombre de Carlos de Valois como pacificador de la Toscana. Si los gibelinos se escudaban con el prestigio y el poder de los Emperadores germánicos, su influencia quedaba neutralizada

con la designación del Valois. Un nuevo elemento de perturbación en Florencia: la intriga francesa.

Todos los guelfos no se pusieron de acuerdo con el Papa. El llamamiento al Príncipe francés lo consideraban como una limitación a su libertad. ¿No había luchado, acaso, el partido guelfo por ella, en contraste con los gibelinos entreguistas, sumisos ante los vicarios imperiales...?

Los guelfos se dividieron, en partidarios del Valois y en enemigos de esa intromisión. Pero el Papa Inocencio insistía. Era indispensable enviarle una Embajada para disuadirlo de sus propósitos y hacerle ver que los florentinos de su partido, no estaban dispuestos a recibir al Pacificador de la Toscana. Partieron hacia Roma, a nombre del gobierno florentino, Dante Alighieri, Masso Minerbetti y Coraza da Signa.

El Papa recibió a los embajadores guelfos con arrogante presunción. No quería discutir, sino que simplemente se le sometieran. ¿Objeciones...? ¿Reclamos...? “Porqué sois tan obstinados. Humillaos ante mí... Obedeced”. Fue total el fracaso de la Embajada del Dante y fatal resultado de esa entrevista.

Carlos de Valois entró triunfalmente a Florencia como lo exigía la voluntad obstinada del Papa. Los partidarios de la intromisión francesa triunfaron. Los guelfos negros se apoderaron del gobierno. Se declaró el destierro, la confiscación de la casa y la pérdida de todos los bienes del Dante. A los treinta y siete años de su edad, el poeta se encuentra exilado de Florencia, la ciudad tan intensamente amada por él, fuera de cuyos muros no le es posible vivir en cuyo dulce seno fue concebido:

“Nel dolcissimo seno di Fiorenza fui natos”. Se conserva el acta por medio de la cual se declara contra él la pena de muerte. Dice:

“Nos Cante de Gabrielli, de Gubbio, predicho podestá, damos y proferimos la infrascrita sentencia y condena en el modo siguiente: Señor Andrea de Gherardini, Señor Lappo Sartarelli, Señor Donatto Alberti, Señor Dante Alighieri, contra los cuales ha sido abierto proceso por inquisición de nuestro oficio y curia nuestra. Por causa de que

a nuestros oídos y a los de nuestra curia ha llegado, precediéndolo la fama pública, que como esos y cada uno de ellos fueron condenados, por motivo de los crímenes de venta de cargos, ilegítimas extorsiones y lucros ilícitos, y ello está claro en sus sentencias. Ninguna de ellas ha cumplido las condenas en el término asignado. En el destierro han incurrido y se han complicado por su ausencia contumaz, como todo ello consta en las actas de nuestra curia. Como ellos todos y cada uno pueden considerarse como confesos, en vista de su rebeldía, condenémoslos según derecho, leyes y ordenamiento de la Comuna y del pueblo de Florencia y por virtud de nuestro poder, a que si uno de los nombrados, en algún momento cae en poder de la dicha comuna, sea quemando con fuego hasta que muera...”

Acusado de extorsiones, de crímenes, de lucros ilícitos, arruinado en sus bienes, perseguido en su familia, amenazado por la hoguera. Comienza el drama interior del Dante. “Ir aquí y allá, —dice Miguel Barbi— donde residían señores que tenían fama de ser liberales con los hombres de genio o los sabios, o bien de carácter afable como para que una Corte se honrara con ellos”. Se le ve al poeta en Pisa, en Génova, en Milán, en Ravena, con el corazón ulcerado en contra de los guelfos, la bolsa vacía, sufriendo en veces humillaciones. “Tengo piedad de los desgraciados, que no vea la patria sino en sus sueños”.

Ha cambiado de partido político. Con la intensidad de su temperamento, que no admite las mediastintas se pasa ahora a los gibelinos.

En su personalidad exaltada se destilan y concilian los más encontrados sentimientos: el amor, el odio, la fe.

Era un hombre sensual y enamorado. A la remota doncella de sus recuerdos, la convierte en el símbolo de todas las perfecciones. Sublima sus instintos.

Era un hombre de partido, con el alma atenazada por el odio. Detestaba con todas las fuerzas de su ser a quienes lo habían proscrito de Florencia.

Era un cristiano convencido, con toda la intensidad religiosa de la Edad Media. Con sus ojos videntes quiere romper el misterio y saber cómo es una ultravida. La *Ilíada* es el poema de la vida, la Divina Comedia es el poema del otro mundo.

Amor sublimado, Odio y Fe, son los elementos de su obra y de su vida.

“Hay que saber que el Ante, cuando comenzó ese tratado, la Divina Comedia — escribe el hijo del poeta llamado Giacopo — estaba en la mitad del curso ordinario de la vida y era pecador y vicioso y como en una selva de vicios y de ignorancia”.

Y cuando inicia la realización, no se desnuda de sus pasiones humanas, las sigue alimentando en su horno interior, ama con intensidad la blanca figura de sus días juveniles, odia con intensidad a los guelfos negros que lo proscribieron, cree con intensidad en el destino superior del alma y en el castigo del pecado. Y con estas tres llamas ardientes, ilumina su vigilia y comienza a dibujar las bóvedas de su inmensa catedral.

“Dante penetró en el Reino de las sombras, llevando consigo todas las pasiones del hombre y del ciudadano, haciendo resonar con estremecimientos terrenales hasta las tranquilas bóvedas del cielo” dice Sanctis.

Y se inicia el descenso a través de los sulfurosos círculos. En cada uno de ellos va a dejar para siempre a un enemigo suyo. Ha llegado la hora de su venganza.

Aquel Papa Bonifacio, que propició la entrada del Valois a su amada Florencia y que concedió toda la razón a sus enemigos, en donde colocarlo...?

“Vi en los lados y en el fondo, la piedra lívida llena de pozuelos, todos redondos y de igual tamaño. Fuera de la boca de cada uno de aquellos pozuelos, salían los pies y las piernas de un pecador hasta el muslo, quedando dentro el resto del cuerpo. Ambos pies estaban en-

cendidos, por cuya razón se agitaban tan fuertemente sus coyunturas que hubieran roto sogas y cuerdas... Junto al hoyo de aquel que daba tantas señales de dolor con los movimientos de sus piernas.

—Quienquiera que seas, tú que tienes encerrada la parte superior de tu cuerpo, alma triste, plantada como una estaca, empecé a decir. Párate si puedes.

Yo estaba como el fraile que confiesa al pérfido asesino, que medido en la tierra le llama para que cese su muerte. Y la sombra gritó:

—Estás ya aquí, derecho, ¿Bonifacio...? Me ha engañado en algunos años lo que está escrito. Tan pronto te has saciado de aquellos bienes por los cuales no temiste apoderarte con embustes...?”

En el círculo de los Simóníacos, las “almas rapaces, que prostituís a cambio de oro y plata las cosas de Dios, que deben ser las esposas de la virtud”, ha colocado el poeta al odiado Papa Bonifacio. Allí lo espera el Papa Nicolás III, hundido en el hoyo infernal, agitando desesperadamente las piernas.

La entrevista con el Dante, embajador de la señoría florentina, le costó al Pontífice esta inmersión en las fosas de los simoníacos.

Y el florentino Felipe Argenti lo encuentra en el círculo de los irascibles.

“Al recorrer un canal de agua estancada, se me presentó delante una sombra llena de lodo.

—¿Quién ere tú que vienes antes de tiempo?, me dijo.

Le contesté:

—Si he venido no es para permanecer aquí, pero tú que estás tan sucio, ¿quién eres...?”

Ya ves que soy uno de los que lloran respondiome.

—Permanece pues entre el llanto y la desolación, espíritu maldito. Te conozco aunque estés tan enlodado”.

Y antes de abandonar el tenebroso círculo, el Dante le ruega a Virgilio:

“Maestro, antes de salir de este lago, desearía en gran manera ver a ese pecador sumergido en el fango”.

“Poco después le vi acometido de tal modo por las demás sombras cenagosas, que aún alabo a Dios y le doy gracias por ello. Todos gritaban: A Felipe Argenti... Este florentino, espíritu orgulloso, se resolvía contra sí mismo...”.

En el fondo del Infierno, ante el espectáculo de una miserable criatura, sumergida en el barro, el Dante no se conmueve cristianamente. Insulta al florentino, lo ve complacido en el pantano cenagoso. Quiere darse el inaudito, el cruel placer de cerciorarse que quedará allí, para siempre. “Desearía en gran manera ver a ese pecador sumergido en el fango”. Hay una delicia morbosa en esa palabra de complacencia. Le da gracias a Dios porque ha visto la sombra de Argenti, acometida por las otras sombras cenagosas. Que insistencia en el rencor. Qué sentimientos contrarios a la doctrina de Cristo, predicador de mansedumbre.

El hombre de partido

Y de la misma manera procedía en la vida. No desarmó jamás su intransigencia. No conoció jamás la benevolencia. Con parecido furor al que lo asistió en sus años juveniles en defensa de los guelfos, se ha pasado ahora al lado de los gibelinos. Odiados guelfos execrables, que no le permiten ascender a la colina de Fiésole, ni contemplar su ciudad desde la cumbre de San Maniato.

“De lo que mayormente me avergüenzo en relación con su memoria, —escribe Boccaccio— es que ese hecho es público y notorio en la Romaña. A él toda mujerzuela, cualquier niño que razonara en contra de los gibelinos, lo habría enojado de tal manera, que les habría arrojado piedras si no se callaran”.

Y en el propio texto del *Convivio* nos confiesa: “Y si el adversario quisiese decir que en las otras cosas y criaturas la nobleza debe entenderse como bondad de la cosa, pero en los hombres se entiende mejor porque no hay memoria de su baja condición, debería contestarse no con palabras sino con cuchillo a tales hostilidades”.

Su fanatismo no se mustia a lo largo de la vida. Mientras más ama a Florencia y más lejano se ve el día de su regreso, más se encona y ulcera su corazón. Participa en todas las conspiraciones, que desde el exterior se urden en contra de los guelfos. Fracasa en todos los propósitos políticos y el desengaño con los suyos son desarma sus sentimientos.

Súbitamente se abre —después de tantos intentos— una posibilidad y una esperanza. La Dieta de Francfort le concedió el título Imperial al Príncipe Enrique de Luxemburgo. Tenía la doble aureola de la juventud y del Imperio. Dante pensó: este es nuestro salvador. Cuanto antes debe acudir a salvar a Italia y a romper las cadenas guelfas de Florencia.

El Dante se ilumina ante esta perspectiva. Toma su pluma, adiestrada ya en los inmortales tercetos, para escribir con prisa el himno de la esperanza:

“Ha llegado el tiempo en que surgen los signos del consuelo y de la paz. Porque el León terrible de la Tribu de Judá, ha levantado sus orejas misericordiosas. Se ha suscitado el nuevo Moisés, que arrebatara su pueblo a la opresión de los egipcios. Regójate, pobre Italia, porque tu esposo, el consuelo del mundo y la gloria de tu pueblo, el muy clemente Enrique, divino César y Augusto, acude a tus nupcias. Seca tus lágrimas, borra las huellas de tu dolor, porque se aproxima, oh bella, quien ha de librarte de los impíos.

Ya se imagina a sí mismo el poeta, cabalgando heroicamente como en los tiempos de Campaldino, hacia su valle toscano, formando parte de la comitiva imperial. Ya se ve en el desfile de la triunfal entrada, señalando con el dedo, una a una, las casas de los guelfos, que han de

morder el polvo. Hay que golpear en el corazón, “la hidra perniciosa, la bestia inmunda, la Myrrah impía...”.

Cuanto antes... Cuanto antes, ¿Por qué se demora el Emperador en su marcha...? ¿Por qué se detiene en Roma...? ¿Por qué no apresura su paso hacia Florencia...? ¿No siente él la impaciencia de su heraldo...?

Una misteriosa noche pasada en Buencontento, pone fin a la vida del Emperador, del nuevo Moisés. El Dante siente este drama en el fondo de su corazón. No podrá volver a Florencia. La última esperanza se ha disipado. Hay que regresar a los círculos, hundir en el fuego eterno a los que en vida se escaparon en su venganza, seguir soñando con Florencia y con Beatriz. A ninguna de ellas las volverá a ver con ojos de la carne.

—

Pero ha pasado el tiempo. Y el exiliado se ha convertido en un poeta glorioso. ¿Cómo puede Florencia cerrarle las puertas...? ¿Por qué no ofrecerle la posibilidad del regreso, con una sencilla condición, el pago de una multa? Serán olvidados sus pecados. Se suspenderán los efectos de la sentencia que lo condenó al fuego. El poeta, ya envejecido contesta con altivez:

“Mientras no podamos entrar en Florencia con honor, jamás pondré el pie dentro de sus murallas. ¿Y qué...? ¿Acaso no es posible mirar el sol y las estrellas desde cualquier otro rincón de la tierra...? ¿Acaso no puedo, bajo cualquier otra región del cielo, meditar acerca de las más dulces verdades de la vida, sin deshonrarme y cubrirme de ignominia ante los ojos de Florencia y de su pueblo...? Ni me faltará tan poco, os lo aseguro, un pedazo de pan que llevar a la boca”.

Y se fue a Ravena, refugio del Imperio, ciudad de pinares y de recuerdos. Y allí se encontró con el fantasma y con la leyenda de Francesca de Rímini, hija de Guido da Polenta, una de las cinco figu-

ras poéticas de la Divina Comedia. Y es ella, Francesca, cuya alcoba posiblemente visitó el Dante, la que le dice la amarga palabra:

“No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria”.

Purgatorio e infierno

Después de haber bajado a los Infiernos de la mano del Dante, ascendemos hacia la Montaña del Purgatorio, y allí encontramos, con sorpresa, en primer término a Catón de Utica, el enemigo de César. Convertido por el Dante en el símbolo de la libertad, perdonado a pesar de su suicidio, por no haber querido vivir en la esclavitud. Y hallamos entre el Infierno dantesco y el Purgatorio, estas diferencias:

1ª) En el Infierno el castigo unánime es la Tiniebla. Las densas sombras, los árboles tétricos, la ausencia de la luz, bienhechora universal. Parece que Dios está diciendo que el primero de los castigos es en contra de los ojos. La luz que se ve en el infierno es sombría, luz espectral, fuego sórdido, luz sulfurosa.

Desde que cruzan los poetas la llanura en viaje hacia el Purgatorio, “el cielo parecía gozar con su resplandor”. En cada jornada el sol aparece. El poeta registra minuciosamente en los cantos, el amanecer, el luminoso mediodía, el crepúsculo.

2ª) En el Infierno no hay coros, “porque no existe la unidad del amor. El odio es solitario, el amor es simpatía y armonía... (De Sanctis)”.

En el Purgatorio se oyen himnos, el Hossana in excelsis Deo. Casella canta una canción profana cuando se encuentra con el Dante.

Entre el denso humo que rodea las almas de los iracundos se escucha el Agnus Dei.

3ª) En el Infierno no hay oración, no se confía en el rescate. El Pecador se siente irremisiblemente perdido. Está envuelto de espaldas

a Dios. Se oye solamente una frase conmovedora de fe religiosa. La dice Francesca. “Si fuéramos amados por el Rey del Universo le rogaríamos por tu tranquilidad”.

En todos los círculos del Purgatorio se oyen oraciones. Las almas arrepentidas se dirigen a su creador. Estas expresiones conmovidas del alma contribuyen a la Purificación.

El canto XI se inicia con la oración de los soberbios: Oh Padre nuestro que estás en los cielos, aunque no circunscrito a ellos, sino por el mayor amor que arriba sientes hacia los primeros efectos”.

4ª) En el Infierno está borrada toda esperanza. En el Purgatorio existe la resignación en el castigo y la esperanza del rescate. Todas esas almas están melancólicamente resignadas y aceptan la justicia divina. Saben que su padecer es temporal.

5ª) En el Infierno el pecado es presente. En el Purgatorio es pasado. En el Infierno las almas viven dentro del pecado, no se han desprendido de él, no han podido lavarse de él. El pecado tiene su fealdad porque es irremisible.

En el Purgatorio el pecador comienza a estar tocado por el perdón. La luz de la gracia llega hasta esos círculos. El alma cree en la eficacia del arrepentimiento.

6ª) En los primeros círculos del Infierno aparecen figuras poéticas recientemente trazadas. Farinata tiene el además de desafiar a los infiernos. El Conde Ugolino roe eternamente el cráneo del Arzobispo Rugieri.

En el Purgatorio parece desdibujarse la personalidad. Las almas están en proceso de purificación. Las pasiones han perdido su fuerza. La ira ha sido desmontada, el odio ya no palpita, la lujuria es una planta seca.

En el Infierno las pasiones son vivas, actuantes. Se siente el desafío de Farinata, el odio de Hugolino no tiene fin, la pasión de Francesca no se ha evaporado.

En el Purgatorio son pasiones que se están consumiendo como la cera de un cirio. Han perdido lentamente en esa llama su esencia carnal, para convertirse en puros espíritus. Son bandadas de almas llorosas y pálidas, furtivos enjambres de espíritus arrepentidos...

7ª) En el Infierno la carne se consume y se renueva sin fin. El pecado es su combustible inagotable.

En el Purgatorio la carne se consume y se despoja de sí misma. La llama la espiritualiza.

El pecador, es todos los días menos pecador, por el arrepentimiento que viene de él y por la gracia que viene de Dios.

8ª) En el Infierno el pecador se acuerda de los suyos y de sus enemigos en función de sus pasiones. Si mira hacia la tierra, origen de su pecado, lo hace con odio, envidia y rencor. Pero no hay mensajes del Infierno a la tierra.

Un inmenso puente levadizo separa a los condenados y a los mortales.

En cambio en el Purgatorio las almas recuerdan amablemente a los suyos, les envían cordiales mensajes, para que intercedan por ellas, para que oren por ellas, para que aceleren el rescate.

Manfredo le recomienda al Dante:

“Calcula lo dichoso que puedes hacerme, revelando a mi buena Constanza cómo me has visto. La prohibición que pesa sobre mí puede alzarse por los ruegos de los que existen allá arriba...”.

IV

El descubrimiento

(Cronistas de la cultura precolombina)

El descubrimiento de América no fue obra de un día, no se verificó de una manera súbita, como una sábana que se corre de un cuerpo desnudo. El continente fue apareciendo lentamente, de las aguas del océano, a lo largo de un medio siglo. Y como carecía de homogeneidad cultural y de uniformidad geográfica, el descubrimiento de cada una de sus partes, reproducía la maravilla del 12 de Octubre. Los montes, las islas, las penínsulas, los picachos, los grandes ríos interiores, los golfos, las bahías, fueron emergiendo en una parsimoniosa y coqueta entrega, ante los ojos de los europeos.

El historiador catalán, Luis Nicolau D-Olwer, en los finales de su estudiosa existencia, publicó una antología de los cronistas de las culturas precolombinas, que se inicia con el testimonio del Descubridor.

“Los testimonios de las culturas precolombinas que aquí se reúnen —dice Nicolau D-Olwer— son de cronistas. Al decir cronistas pensamos en informadores directos, testigos presenciales. Excluimos por tanto a todos cuantos escribieron del Nuevo Mundo sin haber puesto sus pies en él. Aunque sean antiguos, bien documentados y

veraces como Pedro Mártir de Anglería, López de Gomarra, Antonio de Herrera o Gutiérrez Sotomayor. No nos interesan ellos sino sus fuentes. Pero los historiadores que vivieron en este lado del océano, al mismo tiempo que historiadores en parte de su obra son cronistas. Así por ejemplo Bartolomé de las Casas o Pedro Cieza de León. En este caso, cuando hablan como testigos presenciales, podemos acudir a ellos. El testimonio directo lo buscamos no sólo entre los cronistas propiamente dichos. Las relaciones de ciertos administradores, los derroteros de algunos navegantes, las cartas de muchos misioneros, son también inapreciables testimonios sobre la cultura material y espiritual de los nativos americanos”.

Muchos de los textos citados por Luis Nicolau D-Olwer son conocidos y difundidos. Este es el caso de los relatos de Colón, Américo Vesputio, Fray Bartolomé de las Casas, Hernán Cortés, Gonzalo Jiménez de Quesada, Bernal Díaz del Castillo y Gonzalo Fernández de Oviedo.

Pero hay otros testimonios que el lector común ignora y que complementan el cuadro histórico. Es el caso del francés René de Laudonnière, quien se incorporó a una expedición francesa a la Florida y escribió un libro de notas sobre esos parajes y sus primitivos habitantes. Es el caso del alemán Ulrich Schmidl, quien fue contratado por los banqueros Welser para que se enrolara en la expedición que iba a conquistar el Río de la Plata y nos habla, el primero, de la fundación de Buenos Aires y de los indios guaraníes. Y es el caso del portugués Pedro Vaz de Caminha, quien tenía el propósito de viajar a las Indias Orientales y se encontró de sorpresa con las tierras del Brasil.

Un primer acierto en el libro de Nicolau D-Olwer. Al hablar del descubrimiento y de la conquista, no fracciona el Continente en el Norte Sajón y el Sur Latino. Le concede la misma importancia a la misión de Hernán Cortés, que a la presencia de un alemán en el Río de la Plata. El Continente es uno y su lento proceso de aparición ante los ojos occidentales, también debe ser uno.

En un sitio fue un letrado español el que puso el ávido ojo en una isla incógnita. Es otro sitio, un navegante portugués fue el primer relator de la impresión matinal ante la tierra sorprendida. En otro, un soldado germano asiste a la edificación de la primera casa de teja frente al Plata. Un evangelizador convencido entrega su testimonio sobre las tierras que considera de su deber anexar a la fe de Cristo. Un agente de los banqueros de Ausburgo tiene también sus cosas por decir. Y un hoganote nos relata sus impresiones al internarse hacia el Valle del Missisipí. Todos estos relatos fraccionarios, estas instantáneas visuales forman el conjunto de datos de los que se llama el Descubrimiento.

Ese es el extraordinario interés con el que hemos leído la antología de Nicolau D-Olwer.

“Medio centenar de autores contribuye a esta Antología, —escribe en el prólogo—. Medio centenar de hombres, todos ellos diferentes. Diferentes en nivel de cultura, en carácter, en modalidad, en inteligencia, en categoría social. Navegantes y teólogos, juristas y militares, gobernantes y aventureros, santos varones y todo lo contrario. Cada uno con sus ideas, con sus gustos, con sus interrogantes. Unos obsesionados por el oro, otros por la comida, otros por las mujeres; quiénes por salvar las almas, quiénes por gozar los cuerpos. Estos persiguen su provecho inmediato, aquellos trabajan por la gloria de Dios, los de más allá se esfuerzan en cimentar su propia gloria. Vasta galería espiritual donde se reflejará diversamente, contradictoriamente, la cultura de los pueblos americanos, como figura que se refleja simultáneamente en espejos cóncavos, convexos, esféricos, parabólicos. Imagen deformada. No menos importante por ello, pues a través de tales deformaciones fue conocido y tratado el hombre de América, por el que llegaba de occidente a través de los mares”.

Eran diferentes los hombres que llegaban y eran diferentes los hombres que encontraron. Era distinto el grado de cultura de cada uno de los navegantes y conquistadores y distinto el grado de cultura

de cada una de las tribus que fueron encontrando. No puede hablarse de una cultura americana, porque los estadios de su evolución no eran los mismos y no existían corrientes que la homogeneizaran de norte a sur. “El Descubrimiento” es una palabra que hay necesidad de descomponer. Todas esas visiones fragmentarias, coloreadas, luminosas, sórdidas, la integran lentamente.

La primera palabra, el Acta de Nacimiento del Continente, la primera aparición de una tierra insospechada a la luz de la historia se encuentra en el Diario del Almirante:

“Después del sol puesto, navegó a su primer camino al oeste; andarían doce millas cada hora y hasta dos horas después de media noche andarían noventa millas, que son veintidós leguas y media. Y porque la carabela *Pinta* era más velera e iba delante del Almirante halló tierra e hizo las señas que el almirante había mandado.

“Esta tierra vio primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana. Puesto que el Almirante a las diez de la noche estando en el castillo de popa, vido lumbre, aunque fuese cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuera tierra. Pero llamó a Pedro Gutiérrez, reportero de estrados del Rey e díjole que parecía lumbre, que mirase él y así lo hizo y vídola; díjole también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que el Rey y la Reina enviaban en el Aramada por veedor, el cual no vido nada porque no estaba en lugar do lo pudiese ver. Después que el Almirante lo dijo, se vido una vez o dos y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra...”

Es muy curioso que en el relato de Colón, el único que no ve nada, que no se da cuenta de nada, es el burócrata el *Veedor* oficial. Lo que después habría de llamarse América, en esa primera aparición crepuscular, “semeja una candelilla de cera que se alzaba y levantaba.

Y al día siguiente:

...A las dos horas, después de media noche pareció la tierra de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas y quedaron con el treco que es la vela grande. Y pusieron a la corda, temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los Lucayos que se llamaba en lengua de indios *Guanahani*. Luego vieron gente desnuda y el Almirante salió a tierra en la barca armada y Marín Alonso Pinzón y Vicente Anés, su hermano, que era Capitán de la Niña. Sacó el Almirante la bandera real y los capitanes con dos banderas de la cruz verde que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña con una F. y una Y. Encima de cada letra su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro. Puesta en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras.

Jamás un Acta histórica ha sido redactada con mayor ingenuidad y candidez. La candelilla de cera se ha convertido en tierra verde. Esa islilla es el primer trozo del inmenso lote de la creación, oculta a los ojos de los griegos, los judíos, los romanos y los germanos.

Otro fragmento. Américo Vespucio toma la pluma el año 1500 para escribir una carta a su compatriota Lorenzo de Médicis:

“Una cosa maravillosa vimos en este mar y fue que antes de llegar a tierra unas quince millas, encontramos el agua dulce como de río y tomamos de ella tomando todos los toneles vacíos que teníamos...

“... Lo que vi que era admirable cosa fue una multitud de pájaros de diversas formas y colores y tantos papagayos y de tan diversas clases que era maravilla. Algunos color de grana, otros verdes y colorados y color de limón, otros todos verdes, otros negros y encarnados y el canto de los otros pájaros que estaban en los árboles era cosa tan suave y de tanta melodía que nos sucedió muchas veces quedarnos parados por su dulzura. Los árboles son de tanta belleza y tanta blancura que nos sentíamos estar en el paraíso terrenal y ninguno de aquellos árboles, ni sus frutos tenían semejanza con los de estas partes, y por el río vimos muchas clases de peces de variadas formas”.

El florentino toma la paleta, riega todos los colores, se halla atónito ante un espectáculo de la naturaleza desbordante de savia. Los adormilados ríos de Italia, tan familiares al hombre, tan sumisos dentro del paisaje de Toscana o de la llanura del Po, contrastan en las retinas del Vespucio con este carnal primigenio de color.

Y los hombres...?

“Teniendo miedo de nosotros, todos se metieron en el bosque, cuando conocieron que éramos gente diferente de su naturaleza. No tienen barbas ni vestido ninguno, tanto los hombres como las mujeres, que como salieron del vientre de su madre así andan, que no se cubren ninguna vergüenza. Y también por la diferencia de color, que ellos son de color pardo y leonado y nosotros blancos. Por medio de señales les dimos confianza y tratamos con ellos. Supimos que son de una gente que se llaman *Canibales* y que la mayor parte y todos ellos viven de carne humana. Y esto téngalo por cierto Vuestra Magnificencia”.

“No se comen entre ellos pero navegan en ciertas naves que tiene que se llaman canoas y se van a tomar presa en las Islas o tierras vecinas de una gente enemiga o de otra generación diferente de la suya. No comen a ninguna mujer salvo en caso extremo. Son gente de gentil disposición y de bella estatura; van enteramente desnudos, sus armas son saetas que disparan y rodela y son gente de buen esfuerzo y de gran ánimo. Son muy buenos ballesteros. En conclusión, tuvimos tratar con ellos y nos llevaron a un poblado que estaba tierra adentro cosa de dos leguas y nos dieron de comer. Y cualquier cosa que les pedíamos enseguida nos la daban, creo que más por miedo que por amor. Después de haber estado con ellos todo el día nos volvimos a las naves, quedando amigos...”

Alvar Núñez Cabeza de Vaca nos cuenta sus naufragios. Nos habla de los flecheros del Apalache, de una entraña Isla llamada el Mal-Hado, nos describe por primera vez a los bisontes y a un hombre barbudo llamado *Mala-Cosa*, que sembraba el pavor y aparecía en

el umbral de las viviendas con un tizón ardiente. En veces aparecía disfrazado de mujer.

Acuarelas, aguas-fuertes, vitrales, frescos. No quiso sin embargo Nicolau D-Olwer, citar en su Antología a los poetas. “Por definición el poeta es imaginativo y no podríamos distinguir entre lo que hay en él de información y lo que nace de su fantasía”.

El Capitán René Goulaine de Laudonnière, pertenecía a la secta de los hugonotes. Los protestantes franceses tenían como ambición apoderarse del poder, bajo el mando de su experto y penetrante jefe político Gaspar de Coligny. Y en el campo internacional observaban con desconfianza el crecimiento insólito de la influencia española bajo el gobierno del Emperador. Era indispensable crearle a España problemas políticos y religiosos, en el continente recién descubierto. Y crear en América focos heterodoxos y militares que sirvieran de puntas de lanza en la gran guerra de las dos naciones.

Al efecto se dispuso una expedición, hacia el año 1562, que tenía como objetivo apoderarse de una vasta región en la Florida, colocar allí la bandera de la fe protestante y circunscribir los avances de España hacia el Norte. Entre los oficiales que partieron, bajo el mando de Jean Ribault, se hallaba el Capitán de Laudonnière.

La expedición tuvo éxito parcial. Levantó fuertes, adelantó campañas, se hizo a la amistad de los caciques, se estudió minuciosamente su lengua. Para los españoles, estos malditos franceses conquistadores eran nada menos que abominables herejes, que pretendían deformar la religión y sembrar semillas malditas.

De esa expedición ha quedado constancia en un libro titulado: “La historia notable de la Florida, situada en las Indias Occidentales, que contiene los tres viajes hechos en barco por algunos capitanes y pilotos franceses”. Es el único testimonio vivido de un francés sobre la cultura precolombina en las tierras bautizadas en el día de la Pascua Florida.

Oigamos lo que dice el hugonote sobre los indios Timucúa:

“Los hombres tienen un color aceitunado, son de gran corpulencia, ellos y bien proporcionados, sin ninguna deformidad. Cubren sus cuerpos con una piel de ciervo bien curtida; la mayoría llevan pintado el torso, los brazos y los muslos formando franjas de bella apariencia. Esta pintura no puede quitarse nunca, puesto que con anterioridad se han hecho punciones hasta la propia carne. Tienen los cabellos muy negros y los llevan largos hasta la altura de la cadera, trenzándolos en tal forma que les sienta bien. Las mujeres son de condición similar, corpulentas y del mismo color que los hombres, van pintadas como ellos, aun cuando al nacer no tienen una piel tan olivácea sino mucho más blanca, ya que la razón principal de tal pigmentación, proviene de las unturas aceitosas que se ponen en una ceremonia que no conozco, así como a causa del sol a que están expuestos sus cuerpos.

La constitución física de las mujeres es tal que pueden atravesar a nado grandes ríos, mientras sostienen a sus hijos sobre un brazo; además, si gran dificultad, son capaces de subirse a los árboles más altos de la región.

Son simuladores y traicioneros, cuidan de su persona y combaten con bravura, a pesar de no poseer más armas que el arco y la flecha. Hacen las cuerdas de sus arcos de tripas o piel de ciervo, que preparan tan bien como se puede hacer en Francia, dándoles diferentes colores. Las flechas las hacen de piedras o dientes de pescado y las adornan con gran propiedad.

Hacen que los jóvenes se ejerciten en las carreras a pie, para lo que realizan un concurso que gana el que sea más resistente. Practican también con asiduidad el tipo de arco. Juegan a la pelota en la siguiente forma: en un árbol que han plantado en medio de la plaza, que tiene una altura de ocho a nueve brazas, colocan un cuadro de madera y gana el que lo toca con la pelota en el transcurso del juego. Tienen además gran afición por la caza y la pesca.

Cuando van a la guerra el rey va adelante, con un bastón en una mano y el arco en la otra, así como un carcaj bien provisto de flechas. Todos los hombres le siguen armados igualmente de arcos y flechas. Al combatir profieren grandes gritos y exclamaciones.

Los reyes de la región se hacen con frecuencia la guerra, la que sólo se produce mediante la sorpresa. Matan a todos los hombres que pueden capturar, arrancándoles la cabeza a fin de apoderarse de su cabellera y llevársela de regreso, con el fin de convertirlas en trofeos una vez llegados a sus casas. Salvan a las mujeres y los niños, a los que alimentan y conservan siempre con ellos.

Al volver de la guerra convocan a todas las personas y celebran el regreso con gran alegría durante tres días y tres noches de abundantes comidas, bailes y cantos. Hacen bailar incluso a las mujeres más ancianas, llevando en las manos las cabelleras de los enemigos y al tiempo que bailan, cantan loas al sol, atribuyéndole el honor de la victoria.

No tienen noción de Dios ni de ninguna religión, excepto aquella que les proporciona el sol y la luna. Tienen sacerdotes en los que creen plenamente, ya que son grandes magos, adivinos e invocadores de diablos. Estos sacerdotes, que les sirven de médicos y cirujanos, llevan siempre consigo un saco lleno de hierbas y medicinas para medicar a los enfermos, en su mayor parte de viruelas. A pesar de que gustan de las mujeres y jovencitas, hay algunos que son sodomitas.

Una de sus costumbres consiste en que cuando se sienten mal, los médicos les succionan hasta hacer brotar la sangre en el lugar donde se produce el dolor, o sea, algo así como nuestras sangrías.

Se casan cada uno con una sola mujer, permitiéndose que los reyes tengan dos o tres, aunque a pesar de ello sólo la primera es reconocida y honrada como Reina y solo los hijos de la primera mujer heredan los bienes y la autoridad del padre...”.

Existe también en la Antología del extraño testimonio de un alemán, llamado Ulrich Schmidl. Estuvo presente en la colonización de las vastas regiones bañadas por el Río de la Plata.

En el ejército de Don Pedro de Mendoza, se alistaron al lado de los españoles que integraban la mayoría de la expedición, varias docenas de soldados aventureros y mercenarios, que habían sido reclutados por los banqueros. Welser Y dentro de esta heterogénea tropilla, iba un germano de pocas luces, ya adiestrado en la conquista de Venezuela, que participó en todos los episodios. Estuvo presente en la fundación de Buenos Aires:

“Ahora mandó el Don Pedro de Mendoza a sus capitanes que se reembarcara la gente en los barcos y se la pusiera o condujere al otro lado del río Paraná, pues en este lugar la anchura del Paraná no e más ancha que ocho legus de camino. Allí hemos levantado un asiento, este se ha llamado Buenos Aires. Esto, dicho en alemán es: buen viento. Hemos traído desde España sobre los sobredichos catorce barcos setenta y dos caballos y yeguas y han llegado al susodicho asiento de Buenos Aires. Ahí hemos encontrado en esta tierra un lugar de indios, los cuales se han llamado “querandís; ellos han sido alrededor de tres mil hombres formados con sus mujeres e hijos y nos han traído pescado y carne para comer. También estas mujeres tienen un paño de algodón delante de sus partes. En cuanto a estos susodichos querandís no tienen un paradero propio en el país, vagan por la tierra al igual que aquí en los países alemanes los gitanos. Cuando estos indios querandís se van tierra adentro para el verano, sucede que en muchas ocasiones hallan seco a todo el país por treinta leguas de camino y no se encuentra agua alguna para beber. Y cuando acaso agarran o asaetean a un venado u otra salvajina, juntan la sangre de éstas y la beben. En casos hallan una raíz que se llama cardo y entonces la comen por la sed...”.

“Después de todo esto permanecemos reunidos durante un mes en la ciudad de Buenos Aire, en gran penuria y escasez hasta que se

hubieren aprestado los barcos. En este tiempo en que estuvimos reunidos, vinieron los indios contra nuestro asiento de Buenos Aires con gran poder e ímpetu hasta veintitrés mil hombres y eran en conjunto cuatro naciones: una se llamaba los *Querandis*, la otra los *Guaranis*, la tercera los *Charruas*, la cuarta los *Chana-Timbus*.

Era su idea que querían darnos muerte a todos nosotros pero Dios el Todopoderoso no les concedió tanta gracia, aunque estos susodichos indios quemaron nuestro lugar. Pues nuestras casas estaban techadas con paja pero la casa del Capitán General estaba cubierta con tejas. Pero de cómo han quemado nuestro lugar y casas, quiero comunicar con brevedad y dar a comprender.

Algunos de los indios llevaban el asalto y los otros tiraban sobre las casas con flechas encendidas para que nosotros no pudiéramos tener tanto tiempo que hubiéramos podido salvar nuestras casas. Las flechas que ellos tiraban son hechas de caña y las encienden adelante en la punta. También tienen otro palo del cual hacen también flechas; este palo si se le enciende, arde también y no se apaga. Donde se le tira sobre las casas comienza a arder. En la escaramuza perecieron de entre nosotros los cristianos cerca de treinta hombres entre capitanes y alféreces y otros buenos compañeros. Dios les sea clemente y misericordioso —dice ingenuamente el alemán— y a nosotros todos también”.

El relato de Ulrich Schmidl, fue publicado en Francfort en 1567. Después fue traducido al latín y finalmente al castellano, con el título de “*Viajes al Río de la Plata y Paraguay*”. El General Bartolomé Mitre, escribió para la edición argentina, notas biográficas y bibliográficas.

Y ahora viene el vivo testimonio de un portugués, Pero Vaz de Caminha. Había nacido en Oporto y era de familia distinguida. Su padre funcionario del Rey. Había podido continuar su carrera burocrática, apacible y tranquila. Pero su imaginación se dejó tentar por los fabulosos relatos que corrían a propósito de las Indias orientales.

No podía permanecer en Oporto, escribiendo la historia de la ciudad, mientras sus contemporáneos se embarcaban hacia lo desconocido.

Hay que pensar lo que fue la fiebre de valor y de aventura que se apoderó de los españoles, los italianos y los portugueses durante el siglo XVI. Nadie con imaginación podía resignarse al paso ecuánime de los años, al escuchar el relato de los que regresaban, la descripción de los archipiélagos, las aventuras vividas, el colorido de las tierras descubiertas, el misterio de lo incógnito, la posibilidad de enriquecerse hacerse famoso. Todos los límites del Mediterráneo que aparecía como un lago doméstico, sin originalidad y sin misterio, nadie se consideraba marino, sin haber conocido el gran océano y nadie se consideraba hombre de su tiempo sin haber confiado su destino a la frágil carabela.

Pero Vaz de Caminha decidió embarcase. El propósito era costear el África y pasando el Cabo de la Buena Esperanza, dirigirse hacia las Indias del Oriente. Pero la nave capitana, bajo la dirección de Vasco de Ataíde se perdió en el océano. Sus compañeros de viaje la buscaron e insensiblemente inclinaron la ruta hacia el Occidente. De repente se encontraron con una isla que no figuraba en sus mapas.

“La abordaron el siguiente día y permanecieron ella hasta el 1º de Mayo. En reunión de capitanes convocada por Cabral, el Domingo 26 se acordó dar parte al Rey Don Manuel, de aquel descubrimiento. Lo que ellos tomaron como una isla, que bautizaron de Vera Cruz, era una avanzada del inmenso territorio que habría de llamarse el Brasil. Una de las naves regresaría a Portugal con la buena nueva y algunos pacíficos trofeos”.

Vaz de Caminha insistió en su propósito de continuar su viaje hacia la India. Los nativos de Calcutta asaltaron las fundaciones de los portugueses y el sueño aventurero de Vas de Caminha encontró su punto final en ese asedio sangriento.

Nos ha dejado el diario del descubrimiento del Brasil:

... “El martes, octavo de pascua, que sería el 21 de Abril de 1500, dimos con algunas señales de tierra, siendo de la dicha isla (San Nicolás de Cabo Verde) según decían los pilotos, obra de seiscientos sesenta o setenta leguas, las que eran en forma de botella y así otras a las que también llaman rabo de asno. Y el miércoles siguiente por la mañana vimos aves, a las que atraen gran cantidad y hierba larga, llamada por los navegantes “perforabuches”. En ese día al atardecer vimos tierra a saber: primeramente de un gran monte, muy alto y redondo, y de otras sierras más bajas al sur de éste y de tierra llana con grandes arboledas. Al cual monte el Capitán puso por nombre Monte Pascual y a la tierra el de Veracruz. Mandó lanzar la plomada, hallaron veinticinco brazas; y a la puesta del sol, cerca de seis leguas de la tierra, echamos anclas a diecinueve brazas, anclaje limpio. Allí quedamos toda aquella noche.

La noche siguiente sopló tan fuerte el viento sureste, con chubascos que destartaló las naves, especialmente la capitana. Y el viernes, por la mañana como a las ocho poco más o menos, por consejo de los pilotos mandó el capitán levantar anclas y hacerse a la vela. Y recorrimos el largo de la Costa con las bateas y esquifes amarrados por la popa en previsión del viento norte, para ver si hallábamos alguna ensenada o un lugar apropiado donde quedarnos para tomar agua y leña. Y cuando hicimos vela estarían ya en la playa situados, junto a un río, unos sesenta o setenta hombres, juntados allí poco a poco...

Y hallándose Alonso López nuestro piloto, en uno de aquellos navíos pequeños, por mandato del capitán —por ser un hombre vivo y diestro para eso— metiose luego en el esquife para reconocer puerto adentro y recogió en una canoa dos de aquellos hombres de la tierra, mancebos y de buen cuerpo. Uno de ellos traía un arco y seis o siete flechas. Y en la playa andaban muchos con arcos y flechas y no las utilizaron. Llevóles ya de noche con el capitán donde fueron recibidos con mucho placer y fiesta...”

De esta manera, de la bruma que rodea desde milenios el cuerpo del Continente, van emergiendo los trozos dispersos. Ignorados por los europeos traía desde milenios su propia vida autónoma. Tenía sus templos, sus dioses, sus costumbres, sus atambores, sus reyes y sus caciques.

Lentamente se elabora el mapa, que va desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. Van tomando forma las Islas milagrosas, que se bañaban en el mar sin conciencia del pecado original. Se precisa la curva de los golfos. Se yerguen las cadenas macizas de las montañas. Cada lote fragmentario recibe su bautizo, cada peñasco su nombre, cada río su símbolo verbal.

Las Amazonas, inútilmente buscadas por los conquistadores, que de ellas había oído hablar en las leyendas antiguas, le dieron su nombre a la gran corriente majestuosa. Y la cinta argentina que la lengua criolla denominaba el Paraná, fue designada a partir de la confluencia, poética el Río de la Plata. Y el día de la Pascua le dio su nombre a la Florida. Y el mapa fue complementándose, hasta coincidir las neblinosas líneas imaginarias con las precisiones de los cartógrafos.

Llegó a su forma definitiva, gracias a cien descubrimientos parciales, de los cuales el verificado en la madrugada del 12 de Octubre fue el primero. En esa fecha no se descubrió precisamente a América. Se inició, para ser exactos, el largo proceso del descubrimiento de América. Se recorrió apenas la punta de la sábana.

El Acta de nacimiento del continente americano, la primera aparición de una tierra insospechada a la luz de la historia, se encuentra en el Diario del Almirante de la mar oceana, Don Cristóbal Colón. Con estas sencillas palabras se describe, el más grande acontecimiento de la historia moderna:

“Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana. Puesto que el Almirante a las diez de la noche, estando en el

castillo de popa, vido lumbré, aunque fuese cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra.

Pero llamó a Pero Gutiérrez, repostero de estrados del Rey e díjole que parecía lumbré, que mirase él. Y así lo hizo y vídola. Díjole también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que el Rey y la Reina enviaban en el Armada por veedor, el cual no vido nada, porque no estaba en lugar do lo pudiese ver. Después, que el Almirante lo dijo, se vido una vez o dos... y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra...”

Es muy curioso que en el relato de Colón, el único que no ve nada, que no se da cuenta de nada, es el burócrata, el *Veedor* oficial. Lo que después habría de llamarse América, en esa primera aparición nocturnal, semejan una candelilla de cera que se alzaba y se levantaba.

Y al día siguiente: “A las dos horas, después de la media noche, pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas y quedaron con el treco que es la vela grande. Y pusieron a la corda, temporizando hasta el día viernes. Y llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahaní. Luego vieron gente desnuda. Sacó el Almirante la bandera real... Puestos en tierra, vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras”.

Jamás un Acta histórica ha sido redactada con mayor ingenuidad y candidez. La candelilla de cera se ha convertido en tierra verde. Esa islilla es el primer trozo del inmenso lote de la creación, presentado por Séneca, oculto a los ojos de los griegos, los romanos y los fenicios.

Lentamente se elabora el mapa que va desde Alaska, hasta la tierra del fuego. Van tomando forma las islas milagrosas, que se bañaban en el mar, sin conciencia del pecado original. Se precisa la curva de los golfos. Se yerguen las cadenas macizas de las montañas. Cada lote

fragmentario recibe su bautizo, cada peñasco su nombre, cada río su símbolo verbal.

Las Amazonas, inútilmente buscadas por los conquistadores, que de ellas había oído hablar en las leyendas antiguas, le dieron su nombre a la gran corriente majestuosa. Y la cinta argentina que la lengua criolla denominaba el Paraná, fue designada, a partir de la confluencia, poéticamente el río de la Plata. Y el día de la Pascua, le dio su nombre a la florida. Y la sabana donde fue levantada la tolda de los reyes católicos, en el asedio a Granada, le dio su nombre a Santa Fe. Y el mapa fue complementándose, hasta coincidir las neblinosas líneas imaginarias, con las precisiones de los cartógrafos.

El 12 de octubre, se inició para ser exactos, el largo proceso del descubrimiento de América. Se recorrió apenas la punta de la sabana...

V El mundo eslavo

Muchos factores han influido en la formación del alma rusa y en la formación del Estado ruso:

1) *El Factor Geográfico*. El carácter extensivo de la civilización que allí se fundó lentamente. La sociedad tribal en formación no tuvo límites, podía expandirse indefinidamente. Los centros poblados se abandonaban en busca de otros horizontes. Y si se exigía un repliegue, la estepa ofrecía perspectivas infinitas. No había fronteras naturales. Entre los pantanos de Pripet y los Urales, el espacio es inmenso y monótono. No hay que ascender peligrosamente las montañas, ni surcar mares amenazantes, ni penetrar en selvas bravías. Y después de los Urales se extiende hacia el Oriente una vastísima llanura inviolada que no concluye sino en las comarcas de Mongolia. Otras civilizaciones se han caracterizado por la concentración. La rusa está determinada por la dispersión. El espacio no cuenta para el hombre. Pero el hombre termina por ser devorado por el espacio.

2) *La Ausencia del Mar*. Los esclavos fijaron inicialmente su residencia a la orilla del Dnieper y muchas leguas los separaban del Mar Negro, poblado en sus orillas por tribus enemigas. Y si miraban

hacia el Norte, la distancia era mayor con relación al Báltico donde las tribus germanas, los lituanos y los finlandeses habían acampado desde siglos. La civilización helénica fue típicamente marina. En las islas innumerables floreció una cultura de ciudades, íntimamente relacionadas las unas con las otras, vecinas o enemigas. El mar las separaba y las ponía en contacto.

La claridad luminosa del pensamiento jónico, los versos de Homero, la estatutaria, la gimnasia, están impregnadas de mar. El mar es el principal protagonista de la historia de esos pueblos. “El Mediterráneo que los Egeos de todos los tiempos pudieron llamar nuestro mar, es de todos los mares el más bello, el más atrayente y el más útil. Ciertamente la imaginación de los cretenses lo pobló de monstruos y los griegos que en el curso de las largas migraciones a través del continente, habían perdido hasta el recuerdo de la palabra que designaba el mar en las lenguas argivas, se detuvieron un instante delante del peligroso abismo. Se lanzaron sin embargo, se hicieron marinos impulsados por imperiosas necesidades, por la estrechez y la pobreza de su país, arrebatados por las ventajas excepcionales que el Mediterráneo oriental ofrecía a sus riberanos. Aguas claras y límpidas descubren los obstáculos. La llanura líquida no es infinita, como no lo son las llanuras terrestres que la bordean. Está sembrada de Islas y las Islas de montañas. El navegante dispone así de rutas admirablemente jalonadas. Sabe que las ondas obedecen a leyes precisas. Pequeñas bahías sin mareas sensibles lo invitan donde quiera a lanzar la barca al agua, o a sacarla a lo seco. Cada escotadura de la playa se presta a la instalación de un puerto, por poco que esté abrigada de los vientos contrarios”. (Gustave Clotz – Des Origines aux Guerres Mediques).

La civilización romana, en el proceso de la expansión, convirtió al Mediterráneo azul, en un lago latino. La civilización inglesa está montada sobre el dominio de los mares y sobre la sistemática apropiación de los estrechos, los islotes, los peñascos estratégicos.

Los eslavos no conocieron el mar. Solamente después de siglos, en tiempos de Pedro el Grande y Catalina II, lograron su vieja ambición de asomarse al Mar Negro y al Báltico. Su vida transcurrió envuelta en la bruma. Y así aparece su figura en la historia, como un inmenso fantasma que emerge de la estepa frígida y neblinosa.

3) *El principal foco de su civilización fue la ciudad de Kiev, a la orilla del Dnieper.* La ciudad sagrada se halla en el centro de un territorio inmenso. La noción de lo infinito la adquieren los eslavos ante la estepa monótona, como los griegos la obtuvieron ante el mar, de sonrisa innumerable. Kiev se halla equidistante del mar. El contacto que establecen los proto-rusos con los otros pueblos, es siempre violento y bárbaro. Por allí pasaron durante diez siglos, todas las hordas. Venían del fondo del Asia. Arrasaban, devoraban y pasaban. Iban en busca de otros horizontes. La tierra de los eslavos no era sino sitio de pasaje y no el final de las gigantescas movilizaciones.

4) *El mar ausente.* En cambio el río es el amigo. Lentos, majestuosos, solemnes y sombríos, atraviesan los ríos por todo el cuerpo de Rusia. El Volga enlaza el norte con el sur. El Dnieper es la vía de los guerreros vikingos, que acampan en Kiev. El Oder y los Cárpatos separan al eslavo del germano.

“La vida rusa —escribe el historiador alemán Stahlin— transcurre sobre los ríos y cerca de los ríos y está entremezclada de imágenes tan bellas que el río, el camino, el curso de las aguas, han sido envueltos con palabras zalameras en las canciones poéticas, como no lo son ni la selva ni la estepa. Y aquél de entre nosotros —europeos occidentales—, que ha navegado sobre el Volga, descendiendo este río desde Nijni-Novgorod hasta la región de las estepas, durante días y noches rodeado de las vastas profundidades del cielo y de la tierra, no olvidará jamás esas impresiones y se sentirá de corazón solidario con ese amor del pueblo ruso. El río es inseparable del desarrollo histórico de ese pueblo. Los antiguos itinerarios designaban las tribus de la llanura, siguiendo

sus posiciones con relación a los ríos. El curso de los ríos ha dado su dirección a las primeras migraciones; ha determinado las líneas de la colonización guerra. El río ayudaba a mantener el orden, la comunidad, a hacer nacer el sentimiento de la unidad del país y de la población. Y del centro de esta llanura de la Europa Oriental, que era el mismo tiempo el centro de la gran red fluvial, se extendió este gran Estado ruso, constantemente, siguiendo las direcciones naturales dadas por los ríos, hacia sus ansiadas desembocaduras”. Apoderarse de las tierras donde sus ríos desembocaban ese fue el primitivo ideal de los príncipes rusos.

5) *La base racial*. Los eslavos fueron los últimos en llegar. Oleadas de pueblos bárbaros acamparon entre el Danubio y el Dnieper. Búlgaros, Sármatas, Godos, Alanos, Khasares, Getos, Bastarnos, Roxolanos, Dacios, merodearon en esa cuenca. Muchos de ellos estuvieron de paso hacia el occidente. Pero ese no era el fin de su peregrinación.

Ondas sucesivas mantuvieron bajo su masa aplastante a los eslavos, que cuando aparecen a la luz de la historia, tienen el nombre primitivo de Wendos.

6) *El primer grupo dirigente, que gobierna la masa de los protoeslavos, fue el de los vikingos*. Venían de Escandinavia, en busca de un camino hacia el Oriente, atraídos no por la Eslavia bárbara sino por Bizancio, que era en ese entonces la capital deslumbrante. Abrieron un camino que comunicaba el Báltico con el Mar Negro y que llevó el nombre de Austverg.

Los varegos establecieron el comercio con el Oriente. Eran guerreros expertos y marinos temerarios. Habían llegado en el Siglo X a un nivel de civilización mucho más alta que los eslavos. Se convirtieron en el núcleo conductor de la inmensa masa pasiva. La educaron en las artes de la guerra, les enseñaron el comercio, les dieron el sentido de la aventura, los asomaron a las puertas deslumbrantes de Bizancio, constituyeron la nobleza y le crearon una dinastía que se agotó en Iván IV y que llevó el nombre legendario de “rurikidas”, descendientes de Rurik.

“Las crónicas rusas nos hablan de un cierto vikingo Rurik —dice Brian Chaninov en su *Historia de Rusia*, (Rodrigo o Rudrik de España, desde el tiempo de la invasión gótica) que fue el primer ciudadano de Novgorod. Tenemos muy pocas informaciones precisas sobre este príncipe. ¿Fue verdaderamente el jefe de la dinastía que llevó su nombre durante siglos, como lo afirma la leyenda? Nada lo certifica. Lo que sabemos de preciso es que sus herederos inmediatos tuvieron muchas dificultades en mantenerse en Novgorod, cuando esta ciudad se convirtió en un verdadero Estado. Pero si no poseemos sino muy pocos datos sobre Rurik, poseemos por el contrario una multitud de detalles, sobre la vida y la obra del otro Vikingo. Oleg. Es incontestablemente la figura central de esa época de transición. Desgraciadamente la mayor parte de los relatos que celebran sus hazañas no son sino fábulas”.

La historia encuentra a los Varegos primero en Novgorod, que es un centro comercial. Después se extiende su conquista a Kiev, el núcleo esencial de la primitiva nación rusa, la cuna del principado. En tiempos de Oleg, que ya es un personaje histórico, cuya silueta está ennoblecida por la leyenda, los varegos se instalan a la orilla del Dnieper.

Oleg no era un príncipe sino un jefe militar, que disponía de un Estado Mayor vikingo y bajo cuyas órdenes combatían los eslavos. De tal manera que la clase dominante, es la etapa de la primitiva formación de la nacionalidad, fue extranjera y los nombres se “rusifican” tan sólo tres generaciones después. El sucesor en el comando militar lleva el nombre de Igor, bajo cuya autoridad los vikingos audaces se dirigen en contra de Bizancio, intentan tomar a la fuerza la capital del Imperio y fracasan.

A la muerte de Igor los varegos obedecen a una amazona, con el nombre de Olga, cuya visita a la Corte de Bizancio, en tiempos del Emperador Constantino Porfirogeneta, está relatada por los historiadores bizantinos. La luz comienza a hacerse sobre la neblina.

A un historiador árabe, Ibn Fadlan, debemos el primer relato y la primera impresión sobre los rusos: “Yo vi lo rusos, dice el árabe estupefacto, tal como llegaba con sus mercancías sobre el Río Itil y cómo hacían ostentación de sus mercancías. No he visto jamás gentes más grandes que ellos en sus miembros: son grandes como palmeras. Son rojizos de color, no llevan ni chaquetas ni ropas ajustadas. Los hombres llevan solamente una gran manta echada sobre ellos, que anudan en un extremo y hacen salir del otro lado una de sus manos. Cada uno de ellos carga indiferentemente una espada, un cuchillo o un hacha, sus espadas son largas, de dibujo ondulado, las hojas son de trabajo francomano. Las mujeres de estos mercaderes, con sus ornamentos de cadenas de oro y de plata, sus perlas de tierra cocida, nos fueron presentadas, y antes que todo y en las posiciones más impúdicas, las jóvenes sirvientas que venden como esclavas”. Relata el árabe los sacrificios y las oraciones para la buena venta de sus mercancías, sacrificios que hacían estos viajeros delante de un ídolo la figura humana, alrededor del cual estaban colocadas pequeñas imágenes de divinidades secundarias. Habla igualmente del aislamiento de los enfermos en las tiendas especialmente instaladas a este efecto, de la justicia sumaria en relación con los ladrones y pillos, que eran colgados de los árboles hasta que el viento y la lluvia los deshacían en jirones.

Describe el árabe con los más amplios detalles la ceremonia fúnebre de uno de los Gandes, al cual una de sus sirvientas acompaña hasta el más allá. Hay escenas llenas de salvajismo fúnebre, vestidos primitivos que se destacan en un mundo judeo-mahometano altamente civilizado. Asocian fraternalmente en las ceremonias del culto los dos grandes misterios de la humanidad, el amor y la muerte, hasta el fin tráfico en el que la bruja, que ellos llaman el Ángel de la muerte, hunde su puñal en el corazón de la víctima bajo la carpa del barco. La llama se apodera de los leños y todo, barco, jefe, esclavo y bestias sacrificadas, se consume en el fuego, bajo el soplo del viento”.

Queremos ver a un vikingo del Siglo X, conductor de tropas, jefe implacable, dominador de su horda...? ¿A un rurikida, cuyos vástagos fueron Iván Kalita o Iván el Terrible...? El historiador bizantino Leo Diaconos nos ha dejado su impresionante retrato. Es el primer varego-eslavo, en la galería de los príncipes de Kiev, que lleva un nombre rusificado, Sviatoslav:

... “Figura de talla mediana, con vestidos blancos, cejas espesas, nariz larga, bigote largo y profuso, la cabeza completamente calva con la excepción del bucle de cabellos, insignia de la nobleza, el cuello fuerte, las espaldas amplias, la actitud recta. En una oreja lleva el anillo de oro, guarnecido de perlas y rubíes. Toda su apariencia es de un salvajismo extraño. Y ahora en los banquetes de los petchenegas, el cráneo de este poderoso guerrero, bordeado de oro da la vuelta como copa para beber”.

7) *La influencia de Bizancio*. Un hecho de capital interés en la historia rusa fue la cristianización a través de Bizancio. Habría sido muy distinta la evolución política y religiosa, si Roma hubiera logrado conquistar para la fe esa inmensa masa eslava.”

Esta conversión —dice Stahlin— es una circunstancia de una importancia histórica mundial que sobrepasa la conquista de los varegos y las influencias normandas del Norte. Si Rusia ha seguido en general y desde el comienzo, otras vías distintas a las del Occidente, se debe a que ella no recibió el cristianismo de la Roma occidental, sino que ella lo recibió del Bizancio oriental, con sus ideales ascéticos siempre fuertemente acentuados, con la transformación todos los días más decidida de la vida intelectual en el estudio exclusivo de cuestiones e intereses de Iglesia, con su entorpecimiento más y más acentuado en la palabra y en la forma, con su intolerancia, su gobierno y su administración de intrigas y de despotismo, sus rasgos de crueldad sombría, su servilismo cortesano y su falta de espíritu caballeresco. Rusia permaneció entonces fuera del movimiento de la Cruzada, así como

del desarrollo capitalista de las ciudades que lo siguió, porque entre Bizancio y ella, Asia y la estepa vinieron de nuevo a interponerse. Se encerró y recluyó del lado de la tierra. El Renacimiento y la Reforma y la gran claraboya abierta hacia la época moderna, le fueron por estas razones completamente ajenos”.

La cristianización a través de Roma habría vinculado a los esclavos al mundo occidental. Durante cinco siglos habrían marchado bajo la inspiración tutelar de Roma. La Iglesia católica les habría abierto horizontes de libertad intelectual. El gobierno despótico de los Zares habría tenido un contrapeso en la figura del Papa y no se habría producido el fenómeno de concentración de poderes conocido con el nombre de césar-papismo”. Las doctrinas de los padres de la Iglesia, la filosofía de Santo Tomás, las profundas inquietudes de Pascal, la propia polémica entre Lutero y Roma, habrían modificado la psicología de ese pueblo. Bizancio los cristianizó a la fuerza, como vamos a ver, después los abandonó a su suerte. Y al caer la sede del Imperio oriental, los rusos se encontraron sin capital espiritual, sin Meca hacia dónde mirar. No había logrado una evolución intelectual de suficiente madurez, para administrar la autonomía religiosa y desarrollar dentro de ella su teología, creando una escuela de filósofos cristianos. La luz de Bizancio se apagó cuando estaban en la etapa religiosa primitiva y así se quedaron. No surgieron expositores del pensamiento religioso, ni pensadores profundos. Era una Iglesia que no podía vivir de las pocas substancias logradas en la siembra precaria de Bizancio.

Se convirtieron en creyentes fanáticos. Heredaron de Bizancio la adoración de los iconos. En el plano político la sujeción del poder espiritual al Basileus. No asistieron a la dramática pugna entre Emperadores y Papas que ocupó casi toda la Edad Media de Occidente y a lo largo de la cual el Papa Llevó hasta Canossa a muchos soberbios de la tierra y por su lado, en las viceversas de la lucha, se vio obligado a claudicar y a transigir. Ni el Papa pudo suplantarse al Emperador, en el

Occidente, ni el Emperador logró colocar bajo su voluntad despótica al Pontífice. No se fusionaron y mezclaron los poderes.

El Emperador sobre la tierra respetaba, aun siendo díscolo, a quien lo ungía y colocaba sobre sus sienes la corona de hierro Y el Papa no logró, si alguna vez tuvo esa aspiración, confiscar la autoridad del elegido por los príncipes. El rebaño volvía los ojos al Pontífice cuando el Emperador intentaba violar las normas humanas y divinas. Y volvía los ojos al Emperador, cuando el Papa aspiraba a convertirse en jefe de Estados temporales.

El príncipe varego Wladimiro, fue el primero que se hizo bautizar por los griegos “Según la versión rusa, Wladimiro fue un campeón vencido del cristianismo”, —escribe Brian Chaninov—, quien nos cuenta cuáles fueron los motivos que llevaron al príncipe de Kiev a recibir el agua sagrada y cómo se realizó la pintoresca escena de la cristianización de sus súbditos. En realidad las convicciones del príncipe fueron dictadas únicamente por preocupaciones de orden político y económico. Lo movía, al hacerse bautizar, la posibilidad de acercarse a Bizancio, lo cual era un medio poderoso para procurar nuevas salidas comerciales a los productos y a las mercancías del país de Kiev. Esta política le permitía, además, introducir en la Corte principesca, los principios que la Iglesia de Oriente apoyaba con toda su autoridad. Los mismos motivos o muy parecidos, jugaban también del lado bizantino. Reducido a la expectativa por la revuelta interior de Bardás Skleros y Bardás Phocas, Basilio (Emperador de Bizancio), envió embajadores a Wladimiro para rogarle que viniera en su ayuda. En la primavera del año 968, un tratado fue concluido entre el Emperador y el príncipe, de acuerdo con el cual Wladimiro se comprometía a poner a la disposición del Emperador 6.000 hombres de tropa durante muchos años. Los Embajadores a su turno le prometieron la mano de la hermana del Emperador. Después de la derrota de Phocas, en la sangrienta batalla de Chrysosfia, la actual Scutari, en frente a Constantinopla, gracias a

la intervención de los guerreros de Wladimiro, el Emperador trató de sustraerse a sus compromisos relativos al matrimonio de su hermana. La princesa no estaba dispuesta a inmolarse a la política convirtiéndose en la esposa de un príncipe bárbaro Pero Wladimiro asedió a Khor-sun, lo que obligó a Basilio a mantener su promesa. La Princesa Ana, acompañada de un séquito brillante, fue enviada a Kiev en el año 989 y el clero griego convirtió a los rusos al cristianismo.

“El bautismo de los kievianos ha sido relatado por muchos autores pero siempre de una manera sumaria. Parece que fue conducido de manera militar. Wladimiro había dado la orden de destruir los ídolos que custodiaban las alturas del Dnieper y lanzarlos al agua. Después todas las gentes de la ciudad, hombres y mujeres, niños y ancianos entraron en las aguas del río hasta la cintura. Los sacerdotes griegos que Wladimiro había traído con él del Kersoneso, donde se había hecho bautizar personalmente, leyeron las oraciones apropiadas para la circunstancia. Sin embargo, uno de los ídolos caídos, el famoso Peroune, en lugar de hundirse, regresó a la playa. Inmediatamente un cierto número de kievianos, olvidando que se habían vuelto cristianos, se precipitaron hacia la vieja divinidad y comenzaron a adorarla. Habiendo tenido conocimiento de este incidente, Wladimiro hizo dispersar a la multitud de los fieles por la fuerza armada y ordenó quemar al dios recalcitrante”.

El príncipe bárbaro, por orden y gracia del agua bautismal, entraba a hacer parte de la comunidad cristiana ortodoxa. Por el matrimonio con la Princesa Ana, entraba a hacer parte de la familia imperial. Su hijo Iaroslav hizo levantar en Kiev una catedral consagrada a Santa Sofía. La ciudad varega-eslava entró a competir en magnificencia con Bizancio. Se casó con una princesa sueca y sus hijas, las nietas del bárbaro, se casaron con el Rey Enrique I de Francia y con el Rey Harold de Noruega.

La cristianización se había logrado, no mediante un lento proceso de evangelización, sino por orden militar. Los eslavos se hicieron cristianos en fila, por decreto, de la noche a la mañana, gracias a la imposición del Estado. Los obispos griegos, acostumbrados a la alta civilización de Bizancio, consideraban como un aburrido exilio partir hacia esas comarcas semisalvajes. Y los que llegaron a ellas, llevaban su noción personal y su experiencia bizantina en lo que hace a las relaciones de la Iglesia con el César. Habían vivido bajo la sombra del Emperador, como fieles observantes de sus órdenes y concebían la sociedad terreno como una pirámide en cuya cúspide el dueño de vidas y haciendas era también el inspirador de las conciencias.

En el momento en que el último de los Emperadores bizantinos cayó heroicamente en los muros de su ciudad sitiada por los mahometanos, la Iglesia ortodoxa queda decapitada y los rusos proclaman que Moscú es la cabeza de esa Iglesia. El Papa intenta una última gestión diplomática para colocar a los ortodoxos bajo la inspiración de Roma y de repente las circunstancias le abren una posibilidad, que bien podría reproducir los efectos del matrimonio de la Princesa Ana de Bizancio, con Wladimiro de Kiev.

En la corte papal vive Zoé Paleologue, la sobrina del último Emperador de Bizancio. Se había educado bajo la dirección espiritual del Papa y a pesar de sus gracias, ya desprovista de una dote política, no encontraba con quien casarse. Sorpresivamente llegó a la Corte Papal una propuesta. Llegaba desde el lejano principado de Moscovia. Iván III había enviudado y consideraba la posibilidad de casarse con la princesa bizantina, a pesar de que era católica. El matrimonio ofrecía halagüeñas perspectivas para Roma y para el príncipe de Moscovia. En la Corte romana se hacía el cálculo, bien razonado, de que la presencia de una católica ferviente, educada bajo los auspicios del Papa, era un primer paso favorable a la unión de las Iglesias, bajo el cetro de Roma. Y por su parte Iván consideraba que al contraer un vínculo

matrimonial con la heredera del Imperio difunto, daba también un primer paso hacia el reconocimiento de Moscú, como heredera de Bizancio. Era necesario vencer las resistencias de la jerarquía ortodoxa, que consideraba a Zoe como una herética.

Predominaron las razones políticas. “Aun después de sus desastres Bizancio tenía su aureola de gloria. Tsargrad, Constantinopla, evocaba recuerdos y refleja esperanzas. Una descendiente directa de los Emperadores, aliándose con un gran príncipe de Moscou, eso quería decir: Bizancio continúa existiendo en otras latitudes y bajo el nombre de Moscou”.

Se puso en movimiento el cortejo. Zoé recibió la bendición del Papa y las instrucciones inteligentes para que su matrimonio con Iván fuera pródigo en resultados para el acercamiento de los ortodoxos. Al lado de la princesa viajaba el Cardenal Antonio Bonumpré. Todo el brillo de Roma habría de reflejarse en la comitiva, que a través de ríos y de estepas, llevaba a Iván su prometida de raza imperial y a la Iglesia católica una gentil misionera de la fe. Al frente de la comitiva, el legado de Roma la precedía con la cruz de Cristo, en alto-relieve, erguida como un pacífico estandarte de triunfo.

¿Pero qué aconteció en el corazón de la princesa...? “Pareció haber cambiado de convicciones al cambiar de vestido”. Se hallaba frente a su terrible esposo. Para él fue acuñado el calificativo de “groznyi”, terrible, con el cual la posteridad reconoce a su nieto. “Su mirada perturbada a las mujeres hasta hacerlas desvanecer”, dice el Embajador austriaco en Moscovia.

Zoé no se intimidó. Entró a participar en el gobierno, secundando y ampliando los planes del Zar, (todavía no llevaba este nombre). A ella se debe el impulso en las artes, la colaboración de artistas italianos en la construcción de templos y el rompimiento definitivo con los tártaros. Pero desde el punto de vista religioso olvidó su compromiso con Roma y en la práctica renegó de su fe. Se hizo ortodoxa, como su

marido. El Pontífice que había educado y protegido a la huérfana, se quedó esperando sus noticias.

En las relaciones de la Iglesia con el Estado, hubo una circunstancia que precipitó la fundación en Moscou del césar-papismo. Cuando fue elegido Zar, en la Asamblea de los boyardos, un joven inexperto, llamado Miguel Romanoff, se tuvo principalmente en cuenta que su padre, el boyardo Romanoff, había sido adverso al gobierno de Boris Godounof y enviado a un monasterio. Allí no se le conocía con el nombre de Fedor Nikitich Romanoff sino con el religioso de monje Filareto.

Hasta el convento llegó la noticia de que su hijo había sido proclamado Zr de todas las Rusias. No abandonó el Boyardo el hábito religioso, ante la sorpresiva exaltación de su hijo al trono, pero sí abandonó la reclusión y pasó a ser designado Patriarca supremo de la Iglesia ortodoxa. De esta manera se fusionaban en una sola familia el poder temporal y el poder espiritual. Los Romanoff entraban a dirigir espiritual y civilmente a los rusos y en esta aproximación y fusión de poderes, el poder temporal terminó por absorber al poder espiritual.

El pueblo, profundamente místico, vio en la persona del Zar un símbolo religioso y lo respetó y veneró “como el elegido de Dios, como el guardián de la ortodoxia, como el verdadero jefe de la Iglesia”.

Pedro el Grande, en su vasto plan de reformas, tuvo en cuenta estos antecedentes y estas realidades históricas. En la realidad no hizo sino dar un paso adelante y protocolizar el hecho de que la Iglesia rusa se hallaba bajo la tutela del Estado. El paso revolucionario consistió en convertirla en función del Estado.

Eliminó al Patriarca, como cabeza de la ortodoxia, para que en el Imperio nadie volviera los ojos respetuosamente a nadie distinto a la persona del Zar y para que en la imaginación del pueblo quedara sólo un símbolo. El Patriarca fue sustituido por el Santo Sínodo. Una persona sagrada fue reemplazada por un colegio. Los rusos no pu-

dieron invocar sino a una sola autoridad. El Sínodo, como cualquier junta directiva, constaba de un Presidente, dos vicepresidentes, cuatro consejeros, cuatro asesores designados todos ellos por el Emperador dentro de los obispos, los sacerdotes y los monjes. El Emperador estaba representado ante el Sínodo, por un Procurador General, que era su verdadero Presidente. Podía ser un laico, no era necesario que vistiera hábito religioso. Con frecuencia fue un militar, es decir un hombre de espada, botas y agallas, al cual se le escapaban todos los temas teológicos y religiosos y que simplemente expresaba, en palabras netas, la voluntad del Zar.

Para explicar esta reforma, que consagró la dependencia absoluta de la ortodoxia a la voluntad del déspota, Pedro el Grande no oculta su pensamiento. No quiere que nadie le haga sombra y que nadie en la estepa invoque un nombre distinto al del Zar, en sus oraciones, para las cosas eternas y en sus solicitudes, para los asuntos terrenales. En el reglamento eclesiástico expedido por Pedro, con la redacción de Teófano Prokopovich, se lee:

“La patria no tiene que temer de una asamblea corporativa los disturbios y revueltas que provoca la gestión de un jefe espiritual único, ya que el pueblo no sabe distinguir el poder espiritual del poder autocrático. Admirado por el respeto y la nombradía de que goza el pastor supremo, se dice que semejante jefe es un jefe soberano, igual en poder al autócrata y quizás más grande que él, y que su dominio espiritual es un segundo estado, superior al primero. Cuando surge una discordia entre los dos poderes, todos simpatizan con el jefe espiritual, más bien que con el jefe temporal y osan sublevarse a favor del primero, preciándose de luchar en nombre de Dios mismo. No es extraño que opinión tan belicosa incite a la acción al propio pastor”.

En adelante, en escena parecida a la de la cristianización militar en las aguas del Dnieper, los miembros del Sínodo juran:

“Constato y juro que el supremo juez de este Colegio, es el Monarca de la Rusia entera en persona, nuestra persona muy elemento”.

Con altas botas, el látigo en una mano, el Khan tártaro convertido en Zar, penetra en el santuario y #dicta la ley a un clero sometido”.

Cuenta Gonzague de Reynolds, en su admirable libro “El Mundo Ruso”, que lanza muchas luces sobre los orígenes y el carácter de ese mundo, que en el reglamento de Pedro el Grande se llegó a abolir el secreto de la confesión:

“Todo confesor está obligado a denunciar al penitente que se acusa, no sólo de haber tramado sino simplemente meditado un complot contra el Estado o un atentado contra el Zar”.

Esta servidumbre total de la Iglesia encadenada al Estado, podía parecerle a Pedro una conquista más para su poder omnímodo y revolucionario. Pero tuvo desastrosos efectos cuando entró a decidirse la suerte del último de sus descendientes.

La Iglesia, carente de autonomía, entró a carecer de vida, pasó a ser una simple oficina del Estado. No disponía de una jerarquía fuerte, acostumbrada a la acción militante o a la meditación. Se habían secado en ella todos los jugos de la vida. Era una planta subalterna que vivía de la sobra ajena. Perdió el hábito de pensar, decidirse, actuar. Todo lo esperaba del Monarca. Cuando el Monarca se derrumbó, la Iglesia no permaneció erguida. No tenía torres propias, ni raíces propias, ni pensamiento autónomo. Del cristianismo había tomado tan sólo la adoración de las imágenes, la observancia estricta de los ritos, el fanatismo contra todo pensamiento herético. Si la Iglesia en 1917 hubiera tenido influencia y personalidad, habría hecho acto de presencia en defensa del régimen. Pero en su condición de parásita, cayó desplomada en el momento en que Nicolás —que también carecía de personalidad— firmó su abdicación con la sencillez aterradora con que se toma un vaso de agua!

La invasión mongola

“Las conquistas de los mongoles y de los tártaros, dice Gibbon, se pueden comparar a las primeras convulsiones de la naturaleza, que agitaron y cambiaron la superficie del globo”. Los bárbaros estaban acampados en la inmensa región situada entre la China, la Siberia y el Mar Caspio. Surgió dentro de ellos un caudillo, que había de llevarlos dentro de un pánico estruendo a la victoria, llamado Temugin. Era de raza noble y su padre reinaba sobre trece hordas.

Temugin terminó por dominar todas las tribus mongolas. “En una sociedad primitiva el gobierno no puede estar fundado sino sobre el principio elemental del castigo a los enemigos y la recompensa a los partidarios”.

Los castigos de Temugin eran terribles. Sesenta rebeldes perecieron el fuego ardiente, en hornos contruidos especialmente para que en ellos hirvieran las carnes convulsionadas. Entre ellos estaba el Sultán de los Karaítas.

Temugin conocía intuitivamente a su pueblo. “Dijo que un profeta le había traído del cielo,, en un caballo blanco, el título de Zongis, “el más grande” y el derecho divino a la conquista y al imperio del universo”. Sabía que todo poder exige factores religiosos para consolidarse y que solamente proclamándose predilecto de los dioses, se obtiene el respeto de los hombres. Fue proclamado Khan de todos los mongoles y entró a llamarse Gengiskhan. Dictó leyes, organizando las familias y estimulando la guerra contra el extranjero. Organizó su dinastía. Se mostró tolerante en materia religiosa, a diferencia de los mahometanos. Cada tribu adoraba sus ídolos particulares. Y buena parte de sus seguidores adoptó los estandartes del Profeta.

El Gran Khan era un analfabeto poderoso. Pero el no saber leer ni escribir no le impidió convertirse paulatinamente en el soberbio emperador de un mundo pastoral.

Los chinos se sintieron amenazados con su poder y muchas de sus ciudades terminaron por someterse. El Khan obligó al Emperador a que se retirara al otro lado del Río Amarillo.

Cuando hubo consolidado su hegemonía sobre las tribus y el error sobre sus vecinos, se dirigió al Occidente. La montaña iba a rodar hasta los límites del Danubio. El Sultán de Carizma, Mohammed, atacó temerariamente a una caravana, que llevaba los Embajadores del Khan. Una masa oceánica de 700.000 soldados se movilizó hacia el Medio oriente. A su paso, todo quedó convertido en un desierto. Mahommed pereció en la guerra que había suscitado su temeridad. Ignoraba la especie de enemigo a quien había intentado provocar. El Khan regresó a sus tiendas, cargado de todos los despojos del Asia.

El Califa de Bagdad, incurriendo en el mismo error, al tener la noticia de la proximidad de los Mongoles, escribió:

“Es por la orden de Dios que los hijos de Abas, mandan sobre la tierra. Sostienen su trono y sus enemigos serán castigados en este mundo y el otro ¿Quién es ese Hulago que osa atacarlos...? Si quiere la paz, que se retire al instante del territorio sagrado y obtendrá posiblemente su perdón de nuestra clemencia”.

Bagdad fue arrasada por los Mongoles. Se expandieron más allá del Tigris y del Eufrates, pillaron Alepo y Damasco. Tan solo los mamelucos de Egipto, años después, lograron enfrentarse a ellos, porque igualaban a los mongoles en ferocidad y en valor.

Otro ejército colosal de la Horda se dirigió a Europa, bajo las órdenes del sobrino del Khan, Batou. En seis años recorrieron la cuarta parte de la circunferencia del globo. “Atravesaron lentamente los grandes ríos del Asia y de Europa, a nado sobre sus caballos, o sobre el hielo durante el invierno, o en los barcos de cuero que seguían al ejército Dominaron el Turkestán”. Llegaron a Kasán y Astrakan, penetraron en el corazón de la Georgia.

Se siente escalofrío al leer la página de Gibbon. Ya están en Rusia. Se extienden hacia el Mar Báltico, como una tinta voraz sobre el mapa. Inundan a Kiev, que cae envuelta en llamas. Llegan al Principado de Moscovia. Todas las capitales son reducidas a cenizas. Irrumpen en Polonia y se acercan a las fronteras de Alemania. Luchan contra los caballeros de la orden teutónica. Le cortan la oreja derecha a todos los muertos. Pasan los Montes Cárpatos.

Ahí está indefenso, inerme e incitante el cuerpo de Europa. Inicia el asedio de Hungría. No quedan sino tres fortalezas resistiendo la poderosa oleada y el Rey Bela IV, se esconde aterrado en las Islas del Adriático.

Toda esta historia nos la ilustra la música:

“Cuando se oye la música rusa, dice Faure, triste y con furores de alegría, tierna y cruel en sus ritmos saltantes nos parece asistir a la gran marca asiática rodando por la llanura. Todas las voces y los murmullos de la estepa palpitan en ella sordamente. Estalla con los címbalos de Asia, el humor de los campamentos nómades y las ferias exóticas. Se oye el ruido de los pies envueltos en cuero, galopes lejanos, el huracán de las hordas que se acercan con su resonar de espuelas y de armas. Las tiendas tachonadas de esmalte rojo, verde, azul y oro. Todo el soplo patético por donde pasan las fugitivas imágenes de Mussorski, Borodin, Rimski, Stravinski, han orquestado en sinfonía de llantos, la violación de las ciudades, el pisoteo de los rebaños, los gritos de asesinato y de saqueo, la resonancia de los tambores, la puerta sagrada de Kiev y las inauditas orgías de Kasan...”.

El Pontífice romano le envía emisarios al Khan, pero contesta imperialmente exigiendo su presencia personal, para poder conversar. El Emperador Federico II mueve a los príncipes y tan solo en presencia de los ejércitos germanos, decide Batón replegarse. Se retira lentamente, como la bajamar, encontrando en su Palacio de Serai el tiempo para sa-

borear deleitosamente el inverosímil botín. Otra fracción del ejército descomunal se dirige a los mares glaciares y allí permanece tres siglos.

Los príncipes de Europa y Asia son obligados a enviarles Embajadores a los Khanes. El supremo jefe se establece en Kharakaroum. Hasta ahora los mogoles han vivido en carretas y en tiendas y comienzan a hacerse sedentarios.

Van cambiando lentamente de costumbres. Ya no salen en cacería, sino en el recinto de sus parques. La pintura y la escultura —dice Gibbon— embellecieron sus habitaciones. Los artistas de la China y de París trabajan para el Khan.

Uno de los mongoles Kublai, domina a la China, asimila sus costumbres, respeta sus leyes y termina por construir una dinastía que se confunde con la historia del Imperio. Florecen las artes y el comercio.

—

La invasión tártara constituyó la más formidable y aplastante de todas las avalanchas. Asia había lanzado sobre Europa en ondas sucesivas, salidas de los confines y de la inagotable entraña amarilla, inmensas y desordenadas legiones de barbarie. Los alanos, los hunos, los turcos, los vándalos.

Pero nunca había franqueado los Montes Urales una horda tan temible como ésta que se desplomó sobre Europa con todo el peso de su masa oceánica, a comienzos del siglo XIII.

Ya no es la barbarie en montonera caótica, sino ordenada, tecnicificada por decirlo así, como un concepto de la administración y de la milicia, capaz de organizar correos y comunicaciones y de adelantar las guerras con sombría eficiencia.

Ese bárbaro genial, Gengis Khan, ha construido el más grande de los Imperios hasta entonces conocido y dispone a su voluntad de agentes fieles y de guerreros animosos.

Un historiador chino describe a los mongoles:

“Su rostro es amplio, chato y rectangular, con pómulos salientes, poco pelo en el mentón y sobre los labios. Su aspecto exterior es extremadamente repugnante. Tienen la costumbre de contar los años por el crecimiento de la hierba. Si se solicita a alguno, cuántos años tiene, responde: tantas hierbas...

“Los tártaros han nacido sobre el caballo y sobre la silla. Aprender la guerra espontáneamente, porque pasan el año entero en la cacería. No tienen ninguna infantería, sino solamente caballería y pueden poner en movimiento algunos centenares de millares de hombres”.

“Cada vez que quieren tomar alguna ciudad, comienzan por tomar las pequeñas aldeas circundantes, convierten a sus habitantes en prisioneros y los llevan a los trabajos del asedio. A lo largo del sitio no les importa perder diez mil hombres o más. En consecuencia terminan por tomar a la ciudad.

“Su manera de vivir hace que no ahorren a nadie. Matan sin distinción, ancianos y niños, ricos y pobres, hermosos y feos, los que se defienden y los que no oponen ninguna resistencia. Cuando alguna ciudad es tomada reparten su botín según su rango. La tierra de los tártaros es abundante en agua y es particularmente propicia a la cría de caballos y de carneros, que les suministran su alimentación. Sea que adelanten una expedición o regresen a su país. Beben siempre la leche de las yeguas o comen carne de carnero. Los bárbaros desprecian la vejez y aprecian el valor. Las disputas y querellas son muy raras dentro de ellos. El primero de cada mes, todos veneran el cielo. Aman los festines, no tienen la costumbre de lavarse las manos y toman con ellas la carne y el pescado. Sus vestidos no los lavan jamás, y no se les quitan, antes de que se les caigan de sus cuerpos. Cada vez que un huésped extranjero se emborracha y hace ruido, o vomita, se regocijan y dicen: Nuestro huésped se ha emborrachado. El forma con nosotros un solo corazón y una sola alma”.

Pero sumado a la terribilidad de su aspecto, a su destreza en el manejo de los caballos, a su estrategia en el asedio de las ciudades, los Mongoles son políticos pérfidos y sutiles, capaces de convivir con el enemigo y de adaptarse a las conveniencias. Tienen un fin: la dominación mundial.

Esta vez la “Horda de Oro” va a establecerse definitivamente. No han pasado de tránsito sobre el estremecido cuerpo de Rusia. Quieren quedarse en ella y para lograrlo, con el asentimiento de los nativos, entran a estudiar ingeniosamente las fórmulas de la convivencia pacífica. Exigen como única condición la obediencia.

Bien pueden los príncipes vikingos quedarse al frente del destino de sus pueblos. El interés de los mongoles no es el destituir y desarraigar las dinastías. Al contrario, las consideran como elemento de estabilidad política, siempre que sus titulares, sumisos, muestren respeto y obediencia hacia el gran Khan.

La mayor parte de los orgullosos príncipes, doblaron la cabeza ante la terrible experiencia sufrida por Kiev. De esta manera humillante conservaron sus títulos y entraron a la órbita de influencia del misterioso monarca de Karakorum. Hasta esta lejana ciudad, sede del trono, tenían forzosamente que acudir, obsequiosos y serviles, para presentarle al gran Kahn sus homenajes.

La ceremonia del vasallaje era impresionante y sencilla. El príncipe viajero, llegado desde Suzdalia y Wladimir, debía tener humildemente el estribo del Khan, en ceremonia pública, cuando se dispusiera a montar en su caballo.

El propio Alejandro Newsky, héroe legendario, viajó hasta los confines y humilló la cabeza, mientras el Señor se disponía a cabalgar.

“Mantuvieron el principio dinástico, dice Gonzague de Reynolds. Todo príncipe ruso estaba obligado a presentarse en la Horda y con frecuencia en la residencia del Khan supremo, para ventilar sus diferendos. Pagaban un impuesto que se saldaba en dinero y en pieles.

Los Mongoles fueron los educadores de los rusos, haciéndolos pasar por una escuela de guerra, de educación y de política. Aprendieron de ellos lo que debe ser un ejército, como formar una política capaz de asegurar el orden, cómo organizar las rutas y los relevos”.

Desde 1240 hasta 1380, duró la dominación de los mongoles, en su primera etapa. En esos largos lustros de obediencia los rusos conformaron su carácter de acuerdo con la sumisa adversidad. Aprendieron nuevos aspectos del arte de la guerra y el “arte de humillarse, degradar, quebrar moralmente al vencido”.

Esos bárbaros, férreamente organizados, soñaban con la dominación universal y en sus cabezas se agitaba su inmenso sueño. Aspiraban a extender la zarpa asiática, sobre la mezquina península europea.

Aparece nebulosamente, a la orilla del Moscowa, un principado particular que lleva el nombre de Moscou. Y esa célula incipiente creció, en detrimento de los vecinos, bajo la sonrisa benevolente de los Khanes.

Es una verdad histórica la de que los príncipes de Moscovia colaboraron taimadamente con los mongoles, se sometieron y terminaron por convertirse en sus administradores generales. Esa fue la línea general de su política hasta Dimitri.

La siguió obsecuentemente Daniel, hijo de Alejandro Nesky. La siguió Jorge Danilovitch, hijo de Daniel. Y con esa conducta de sumisión solapada, pudieron combatir, con la ayuda del tártaro, contra sus más cercanos enemigos, los príncipes de Tver. Estos eran mucho menos sagaces que los moscovitas. Cometieron el error de asesinar a un embajador del Khan. Apresuradamente, con celo indigno, Iván de Moscovia se ofreció para aplastar a los ingratos. “A la cabeza de un ejército tártaro de cincuenta mil hombres, se lanzó sobre el territorio de Tver y lo sometió a sangre y fuego”.

La política de Iván Kalila fue seguida por sus sucesores. La oscura dominación de los tártaros les había enseñado a los descendientes de

los varegos, a convivir astutamente con el opresor y a progresar taimados, bajo su ojo vigilante.

Tan sólo en 1380, ante el debilitamiento del grande Imperio y las hondas grietas que se abrían en el poder de la Horda, comenzó la rebelión de los rusos organizada por Dimitri. Creía llegado el momento de sacudir el yogo y de enfrentar sus fuerzas, organizadas en la opresión silenciosa, contra el amo despótico.

La batalla tuvo lugar en la llanura de Kulikovo y aunque fue favorable a los rusos, históricamente aparece como prematura. El gigante era capaz todavía de reaccionar. Con renovada vitalidad un jefe tártaro llamado *Toktamych*, se dirigió de nuevo a Moscú, para demostrar que la Horda no había sido liquidada. La ciudad fue sometida a sangre y fuego.

El Príncipe de Moscovia bajó una vez más la cabeza, en la espera de otra oportunidad y en la convicción de que no había llegado el tiempo maduro para emanciparse. Mantuvo su poder con el título conferido en el Yarlick, otorgado por el Khan.

Pero la Horda comenzó a mostrar visibles síntomas de debilidad. El poderoso organismo fundado por Gengis, entraba en agonía. Como todos los Imperios, comenzó a fraccionarse. Los Khanes se proclamaron independientes. Un nuevo jefe había surgido, en las montañas del Cáucaso, en contra de la Horda, flagelo del famoso Timour.

Tan solo en el Gobierno de Iván IV, con la toma de Kasán, se logró la independencia nacional. Pero el Estado Moscovita se había configurado, creciendo, y robustecido, durante la dominación mongólica. La cuna, el ascenso, el proceso inicial de expansión, se realizaron bajo el signo oriental.

Los rusos, en consecuencia, recibieron en los cinco siglos de su formación nacional, tres influencias:

Guerreros organizados por los vikingos, quienes les dieron la nobleza dirigente y la dinastía que se prolongó hasta Iván el Terrible.

Cristianos bautizados por los bizantinos. La sangre varega, difundida en el plasma eslavo, la influencia bizantina, —religiosa y no política— y la dominación tártara —política y no religiosa— producen el carácter de la nación. No han entrado todavía los rusos en el escenario de Europa. Se necesitó a Pedro el Grande, para que a empellones, lo incorporara al Occidente.

A espaldas de Occidente

El proceso de formación política e intelectual de Rusia no fue paralelo al de Occidente. No vivió una época feudal, ni creó una nobleza destilada en esta experiencia, ni participó en las Cruzadas, ni recibió la influencia de Roma, al perder la de Bizancio, ni se estremeció con las inquietudes religiosas y las convulsiones políticas de la Reforma, ni tomó parte en la guerra de religiones, ni recibieron sus clases intelectuales influjo alguno de la Revolución francesa. Se habla con frecuencia de la amistad que unía a Catalina II con los enciclopedistas y de la admiración que le profesaban. La Emperatriz leyó las cartas de sus admiradores y posiblemente algunos de sus libros, pero a título de ilustración personal y de pasatiempo del espíritu, sin que se le hubiese ocurrido jamás trasladar a la realidad de su imperio, ninguna de las innovaciones por ellos propuestas. En el fondo siguió siendo una autócrata irreductible, capaz de saborear los frutos de la inteligencia liberal en el silencio de su biblioteca, pero capaz de llevar a la horca a cualquiera de sus súbditos que se atreviera a difundir esas inquietudes. Y como alcanzó a conocer parte de la parábola de la Revolución, retrocedió intelectualmente horrorizada ante la toma de la Bastilla, el martirio del Rey, los excesos jacobinos, la Implantación del Terror. Se

hizo en sus postrimerías antifrancesa y antiliberal y debió arrepentirse de haber canjeado correspondencia con los filósofos que sirvieron de precursores a la Revolución. Los había leído como se leen las novelas, sin intención de traducir en actos sus principios.

Los tres contactos decisivos de Rusia con el Occidente se realizaron en condiciones muy disímiles:

Con la civilización y la técnica, a través de Pedro el Grande y el equipo de ingenieros que llevó hasta Sampetersburgo, para que construyeran barcos y edificios públicos.

Con los ideales de libertad y de progreso intelectual de los pueblos, a través de la oficialidad joven que acompañó a Alejandro I a lo largo de las guerras napoleónicas y que con él conocieron a las grandes capitales, se asomaron a ese mundo maravilloso y establecieron el contraste entre el pueblo ruso subdesarrollado y sumiso y los pueblos que venían forjándose con esplendor, desde los tiempos del Renacimiento. Muchos de ellos estuvieron presentes en Austerlitz, convivieron con los ejércitos austriacos, recorrieron a Alemania, se replegaron ante el Gran Ejército occidental que avanzaba sobre Moscú y tomaron parte en las coaliciones de pueblos que habrían de culminar en la batalla de Leipzig. Por primera vez desfilaron, victoriosos en París, penetraron en sus museos, conversaron con sus mujeres, leyeron algunos libros, se dieron cuenta de las costumbres, las modas, las maneras de pensar. Y en el momento en que Alejandro I murió en Taganrog misteriosamente, a la orilla del mar pútrido y en un castillo tenebroso, organizaron la primera conspiración que tenía un programa político y social.

Hasta ese momento de la historia rusa, las conspiraciones eran frecuentes, pero todas tramadas en el silencio del Kremlin o de los lívidos muros del Palacio Michel, por los propios parientes del Zar o por nobles de toda su confianza. Pedro II había sucumbido a manos de un Orloff. Pablo I a manos de Platón Zouvof, el amante de Catalina II. Esta vez los conspiradores emergían del seno del ejército,

adiestrado con la experiencia vital de sus viajes y de las guerras contra Bonaparte.

De esas experiencias surgió el grupo de “Los Decembristas”. El Coronel Paul Pestel tenía el derecho de decir: “Somos los hijos de 1812. Sacrificar nuestra existencia por Rusia es la única impulsión de nuestro corazón. Ninguna ambición eprsonal los inspira...”.

¿Qué querían estos conspiradores...? Nos lo dice Maurice Paleologue, en su excelente libro: “Los Precursores de Lenir”: “Abolición de la servidumbre. Igualdad de los ciudadanos delante de la ley; reforma de la justicia; instauración del régimen representativo, control de las finanzas públicas. Sobre esto todos los conspiradores estaban de acuerdo. Pero había otros artículos, sobre los cuales no hablaban sino entre ellos los verdaderos instigadores del complot: supresión del Zarismo, supresión de la familia imperial, supresión de la monarquía hereditaria, transformación total del Estado ruso, proclamación de una República fundada sobre los principios del socialismo”.

Esos oficiales encabezados por Pestel habían luchado en contra del hijo de la Revolución. Pero en las guerras y en los viajes habían aprendido a conocer las ideas progresistas y regresaron a su patria, con la cabeza llena de idealismo y poblada de ideas libertarias. La revolución los había conquistado. Decidieron obrar en Diciembre de 1825 y oponerse por la fuerza a la transmisión del mando imperial a Nicolás I. El nuevo Zar tomó la decisión de defender la herencia Romanoff, a costa de su vida. Oró conmovido frente a la imagen de Nuestra Señora de Kasán, seguro de la muerte y en seguida se puso al frente de los ejércitos que ametrallaron implacablemente a los rebeldes frente a las esplanadas del palacio de Invierno.

“La Revolución está a las puertas de Rusia, pero yo juro que no penetrará mientras yo tenga un soplo de vida” dijo el Romanoff. Y habiendo ascendido al trono sobre una inmensa charca de sangre, se propuso restaurar el autocratismo y representó hasta el medio siglo

el tipo de soberano que no consulta a nadie sus determinaciones y que no discute con nadie —salvo con la Providencia— los destinos de su pueblo.

El tercer contacto fue puramente intelectual. Un grupo de intelectuales rusos, a finales del siglo, leyó, estudió, captó el pensamiento de Carlos Marx y de Federico Engels, quienes habían pensado, al formular su diagnóstico, en los pueblos de Occidente y no sospecharon que fuera el ruso el encargado de hacer el primer experimento y recoger la semilla. La filosofía de Hegel, interpretada y desviada por Marx, adaptada para la peculiar situación rusa por los discípulos de Plekhanov, constituye el tercer contacto de occidente con la Rusia subdesarrollada. La técnica de los ingenieros franceses y alemanes en el siglo XVII utilizada para construir ciudades y armar barcos de guerra; las ideas liberales de representación y soberanía popular, captadas en las guerras napoleónicas y el pensamiento marxista, adaptado y captado por los intelectuales de la clase media rusa.

Esos son los tres grandes hitos de la penetración de Occidente en la estepa. Del primero salió Petrogrado y la marina rusa. Del segundo no hubo efectos sensibles, pero se rompió el mito de la inviolabilidad del monarca. Se le enseñó al pueblo que podía atentar contra el Zar y derrocar su despotismo. El tercero, le dio un programa político coherente al grupo de intelectuales socialistas que tenía como herramienta de acción, los 40.000 obreros de Moscú y Petrogrado.

La historia rusa ha dado tres saltos. A grandes zancadas, detrás de Pedro el Grande, se incorporó al Occidente. A grandes zancadas pasó de la servidumbre a la dictadura del proletariado. A grandes zancadas logró el primer puesto entre las potencias. Todos estos saltos no han sido efecto de un laborioso proceso, lento, sistemático como el de los ingleses. Se trata de irrupciones súbitas, sacudidas espasmódicas. Hemos asistido en estos tiempos al aparatoso montaje de una

sociedad improvisada sobre la levadura oncesal. Eso es lo que nos enseña la historia.

Pero nos enseña también que en el pueblo ruso existían, desde siglos, algunos caracteres típicos, que no han sido efecto del comunismo. Preexistían mucho antes de que Lenín apareciera. Esos rasgos no han sido improvisados. Son ellos:

La aspiración tenaz a la hegemonía mundial; el sostenido proceso expansionista, desde el tiempo de los Ivanos; la sumisión del pueblo en aras de una ambición colectiva de poder; la capacidad de convertir una finalidad política en motivo religioso; la propiedad colectiva de la tierra o la propiedad en cabeza del Estado; la paciencia metódica en la consecución de los fines nacionales; la represión implacable contra toda herejía, disidencia o desviación. La creencia en fin, en el destino providencial de Rusia. “Dos Romas han existido —dijo el profeta eslavo—. La segunda es Bizancio. La tercera es Moscú y no habrá cuarta”.

VI El libro del Marqués de Custine

En 1839 gobierna Nicolás I. En él brillan todos los esplendores de la autocracia. Está rodeado del prestigio de su hermosura y de su valor. A su corte llega un visitante francés, con las maneras del antiguo régimen, un nombre que se ha hecho trágicamente célebre en la Revolución, pero en quien los compatriotas no advierten la buída inteligencia y la capacidad para los grandes diagnósticos históricos. Va de paseo y es recibido con mucha gentileza en la Corte de los Zares.

El Marqués de Custine es nieto de un noble militar que sirvió a la Revolución y fue premiado por ella con la guillotina. Venía del antiguo régimen, pero había mirado con simpatía la aparición del orden nuevo. Los Comisarios de la Convención le habían oído decir:

“Yo serví a mi país, para defenderlo de la invasión extranjera. ¿Pero quién puede combatir por los hombres que nos gobiernan hoy...?”. Estas palabras le costaron la vida.

El hijo del General Custine, así sacrificado, trató de hacer una defensa de su padre y publicó un folleto que atrajo las iras de Robespierre. No pudo escaparse tampoco al cadalso. Dejó una viuda bella, sensitiva y arruinada, con un niño de pocos años. La viuda pasó a la historia

por el valor que mostró durante los días del Terror en defensa de su suegro y de su marido. Y después... por haber enlazado su nombre al de Chateaubriand, en cuyo amor vivió el resto de su vida. Es una de las sombras amadas que rondan alrededor de René, con Paulina de Beaumont, Natalia de Noailles, Julieta Recamier. Escapadas al Terror, se hicieron melancólicas, apasionadas, ultrasensibles. La experiencia de la revolución había borrado en ellas la frivolidad del antiguo régimen, pero traían del antiguo régimen todo el encanto de un pasado perdido, fastuoso y doloroso.

El hijo de Madame de Custine, hombres de mundo y de letras, bien recibido en los salones, aspiraba a la diplomacia, pero un grande escándalo privado lo apartó de su vocación. Y se fue a Rusia. Durante todo su viaje tomó notas y apuntes, llevó un diario de sus impresiones y comenzó a redactar para un supuesto amigo anónimo (para sí mismo seguramente) sus famosas Cartas de Rusia. Nada se escapa al ojo de este endiablado marqués. Observa el detalle y la perspectiva. Visita la Corte, es presentado a Nicolás I, concurre a los bailes imperiales, describe a Petrogrado, penetra a los Castillos, quisiera husmear todos sus secretos. Y de todo lo que ha visto, observado y oído escribe el más impresionante diagnóstico de un pueblo, sobre lo que es y lo que puede ser. Y cuando nadie cree en el destino futuro de Rusia, se atreve a pensar que allí, en esa corte, se está incubando una terrible amenaza. La profundidad del juicio fluye en su pluma con los tonos del paisaje y la belleza plástica del estilo literario. Nos ha dejado el retrato de un Zar, el retrato de una Corte, el examen a fondo de ojo de un pueblo, que aspira a la dominación mundial, el secreto de una diplomacia inescrutable.

“Al contemplar a San Petersburgo y al reflexionar en la vida terrible de los habitantes de este campo de granito —escribe el Marqués—, se puede dudar de la misericordia de Dios, se puede gemir o blasfemar pero no podríamos aburrirnos. Hay allí un misterio incomprensible,

pero al mismo tiempo una prodigiosa grandeza. El despotismo organizado como lo es aquí, se convierte en un inagotable tema de observaciones y meditaciones. Este Imperio colosal que yo veo levantarse de repente, delante de mí, al Oriente de Europa, de esta Europa en que las sociedades sufren del empobrecimiento de toda autoridad reconocida, me hace el efecto de una resurrección. Yo me considero dentro de una nación del Antiguo Testamento y me detengo con horror, mezclado con curiosidad a los pies del gigante antediluviano”.

Y pinta el retrato del Zar:

“Quien puede todo, quien hace todo, es acusado de todo. Sometiendo al mundo a sus órdenes supremas, ve hasta en los azares una sombra de subversión. Persuadido de que sus derechos son sagrados no reconoce otros límites a su poderío que los de su inteligencia y los de su fuerza y se indigna. Se le invoca como a Dios, poco falta para que se le adore y las oraciones que se le dirigen no hacen sino revelar su enfermedad. Una mosca que vuela inoportunamente en el Palacio Imperial, durante la ceremonia, humilla al Emperador. La independencia de la naturaleza le parece un mal ejemplo.

“Todo ser que no puede someterse a sus leyes arbitrarias, pasa a ser como el soldado que se rebela contra su sargento en medio de la batalla. La vergüenza cae sobre el ejército y hasta sobre el general. De vez en cuando relámpagos de dulzura atemperan la mirada imperiosa o imperial del amo, mientras la expresión de la afabilidad destaca la belleza nativa de esta cabeza antigua. Tiene el perfil griego, la frente alta, pero deprimida hacia atrás, la nariz recta y perfectamente formada, la boca bella, el rostro noble, oval, pero en poco largo, el aire militar, pero más bien alemán que eslavo. Su marcha y sus actitudes son voluntariamente imponentes.

“Espera siempre ser mirado, no olvida un solo instante que se le observa, quiere ser el punto de mira de todos los ojos. Se le ha repetido demasiado que es hermoso a la vista y muy apropiado para mostrar a los

amigos y enemigos de Rusia. Al examinar atentamente la bella figura de este hombre cuya voluntad decide de la vida de tantos hombres, he observado con una piedad involuntaria, que no puede sonreír a la vez con los ojos y la boca Descuerdo que denota una perpetua contención y esto me hace recordar con pena todos los matices de gracia natural que se admiraban en el rostro menor regular posiblemente, pero mucho más agradable de su hermano, el Emperador Alejandro. Siempre encantador tenía Alejandro algunas veces el aire falso. El Emperador Nicolás es más sincero, más habitualmente tiene la expresión de la severidad, algunas veces llega hasta imprimirle un aire duro e insensible. Si es menos seductor tiene más fuerza, pero también está obligado con más frecuencia a hacer uso; la gracia garantiza la autoridad previniendo las resistencias. Esta economía en el empleo del poder es un secreto ignorado del Emperador Nicolás I. Es el hombre que quiere ser obedecido, hay otros que han querido ser amados”.

“No se puede olvidar un solo instante a este hombre único por quien Rusia piensa, juzga y vive; este hombre que es la ciencia y la conciencia de su pueblo, que prevee, mide, ordena, distribuye todo lo que es necesario y permitido a todos los otros hombres. Porque no es permitido a ninguna criatura el respirar, el sufrir, el amar, el moverse fuera de los cuadros trazados por la sabiduría suprema, que provee tanto a las necesidades de individuo como a las del Estado. Aquí no se trata de libertad política, sino de la independencia personal, de la libertad de movimiento y aún de la expresión espontánea de un sentimiento natural. He aquí lo que no está al alcance de nadie en Rusia, excepción hecha del amo. En lo físico el clima, en lo moral el gobierno de ese país, devoran en su germen todo lo que es débil”.

El Marqués ha salido a una ventana para respirar el aire. Observa que el inmenso patio está lleno de gente del pueblo, en actitud silenciosa. “Me parece que nada los ha forzado a venir bajo las ventanas del Emperador para simular que se divierten. Sin embargo los peina-

dos de las mujeres del pueblo, los bellos vestidos y los deslumbrantes cinturones de lana o de sea de los hombres vestidos a la rusa, es decir a la persa, la diversidad de los colores, la inmovilidad de las personas *me hacen la ilusión de un inmenso tapis de Turquía, extendido de un extremo al otro del patio, por orden de un mago que preside aquí todos los milagros*. Una terraza de cabeza, ese era el más bello ornamento del Palacio del Emperador durante la primera noche de nupcias de su hija; ese príncipe pensaba como yo, porque señaló complacientemente a los extranjeros esta multitud sin aclamaciones, que da testimonio con su muda presencia de la participación que recibe del placer de sus amos. Era la sombra de un pueblo, de rodillas, delante de dioses invisibles”.

Y las primeras conclusiones: “Todo lo que puedo decirles a Ustedes, dice en una de sus cartas, es que desde el momento que llegué a Rusia veo muy negro el porvenir del mundo. Sin embargo mi conciencia me obliga a confesarles que esta opinión ha sido combatida por hombres muy sabios y muy experimentados. Yo veo el coloso de cerca y me mortifica la persuasión que tengo de que esta obra de la Providencia no tiene por objeto, el disminuir la barbarie de Asia. Me parece que está principalmente destinada a castigar la mala civilización de Europa por una nueva invasión. La eterna tiranía oriental nos amenaza incesantemente y la sufriremos de manera cierta si nuestras extravagancias y nuestras iniquidades nos hacen dignos de un tal castigo”.

Y su alarma se aviva: “Rusia es una caldera de agua hirviendo, bien cerrada, pero colocada sobre un fuego que se vuelve cada vez más ardiente. Todo es oscuro en el porvenir del mundo, pero lo cierto es que extrañas escenas serán representadas ante las naciones por esta nación predestinada”.

En el pueblo sumiso ha advertido el Marqués una ambición desordenada, inmensa, “Una de esas ambiciones que sólo pueden germinar en el alma de los oprimidos y alimentarse de la desgracia de una nación entera, fermenta en el corazón del pueblo ruso. Era nación

esencialmente conquistadora, ávida a fuerza de privaciones, expía por anticipado en ella una ambición que la envilece. La esperanza de ejercer la tiranía sobre los otros, la gloria, la riqueza que espera, la distraen de la vergüenza que sufre, y para lavarse del sacrificio impío de toda libertad pública o personal, el esclavo, de rodillas, sueña con la dominación del mundo”.

Y cuál habrá de ser el instrumento y el método para esta penetración...? “Marchemos a plena luz, ellos avanzan encubiertos. La partida no es equitativa. La ignorancia en que ellos nos dejan nos enceguece; nuestra sinceridad nos pone sobre la pista. Nosotros teneos la debilidad de la charlatanería, ellos tienen la fuerza del secreto. He aquí sobre todo lo que constituye su habilidad”.

Yo no he estado en Moscou, pero repetidas veces he viajado con el Marqués de Custine para admirar este panorama de la ciudad.

“La llanura desigual, apenas habitada, semicultivada, estéril, semeja las dunas donde crecen pobres “bouquets” de pinos. En medio de esta soledad veo surgir de repente millares de torres pintadas y campaniles estrellados de los cuales no veo la base. Esta primera vista de la capital del Imperio de los eslavos, que se eleva brillante en las frías soledades del oriente cristiano produce una impresión que no se puede olvidar. Se tiene delante de sí un paisaje triste, pero grande como el océano y para animar este vacío una ciudad poética, cuya arquitectura no tiene nombre ni modelo”.

“Para comprender la singularidad del cuadro, hay que recordar el dibujo ortodoxo de toda Iglesia griega. La techumbre de estos piadosos monumentos está siempre compuesta de muchas torres que varían en su forma y en su altura, pero cuyo número es de cinco al menos. El Campanario de la mitad es el más elevado. Los otros cuatro, sostenidos en rangos inferiores, rodeada con respeto la torre principal. Su forma varía. La cima de esas torres simbólicas se parece con frecuencia a bonetes puntiagudos colocados sobre una cabeza. Se puede

comparar también el gran campanario de ciertas iglesias, pintado y dorado exteriormente, a una mitra de obispo, a una tiara adornada de pedrerías, a un pabellón chino, a un minarete, a una toga de bonzo. Con frecuencia es simplemente una pequeña cúpula en forma de bola y terminada por una punta. Todas estas figuras más o menos bizarras llevan grandes cruces de cobre, doradas y cuyo dibujo complicado, recuerda las obras en filigrana. El número y la disposición de estos campaniles tiene siempre un sentido religioso: significan los grados de la jerarquía eclesiástica. Es el patriarca rodeado de sus sacerdotes, de sus diáconos y subdiáconos, elevando entre la tierra y el cielo su cabeza radiante. Brillantes cadenas de metal doradas o plateadas, unen las cruces de las fechas inferiores a la cruz de la torre principal. Y esta red metálica tendida sobre una ciudad entera produce un efecto imposible de describir. Las palabras permanecen tan lejos de los colores como de los sonidos. Imaginad, si podéis, el efecto de esta santa cohorte de campanarios, que sin representar con precisión la forma humana, semejan grotescamente una asamblea de personajes reunidos sobre el pináculo de cada iglesia y sobre los techos de las capillas menores: es una falange de fantasmas que planean sobre una ciudad”.

“Hay algo más singular en el aspecto de las ciudades rusas. Sus duomos misteriosos, están por decirlo así, acorazados, tanto es el trabajo de su cubierta y envoltura. Se diría una armadura damasquinada y queda uno atónito viendo brillar el sol esta multitud de techos labrados, escamados, esmaltados, cubiertos de lentejuelas, rayados por bandas y pintados de colores diversos, pero siempre vivos y brillantes. El desierto está por decirlo así iluminado por esta mágica red de carbunclos rubíes, que se destaca sobre un fondo de arena metálica”.

El juego de la luz esponjeando sobre esta ciudad aérea produce una especie de fantasmagoría a pleno día, que recuerda el brillo de las lámparas reflejadas en la tienda de un anticuario.

“La llanura entera está cubierta de una gasa de plata. Tres o cuatrocientas iglesias así espaciadas forman ante el ojo un semicírculo inmenso. Cuando nos aproximamos por primera vez a la ciudad a la hora de la puesta del sol, cuando el cielo está tormentoso, se cree estar en presencia de un Arco-Iris de fuego que palea sobre las iglesias de Moscú: es la aureola de la ciudad santa”.

“Pero apenas se aproxima al visitante a la ciudad el prestigio se desvanece a la vista se detiene delante del muy real castillo de ladrillos en bruto, levantado por Catalina II en un gusto bizarro. El edificio es cuadrado como un dado. Ahí se detiene el soberano cuando entra solemnemente a Moscú.

“Moscú vista de lejos, en conjunto, es una criatura de silfos, es el mundo de las quimeras. De cerca y en detalle es una vasta ciudad desigual, mal pavimentada, polvorienta. Dos puntos fijan incesantemente las miradas. La Iglesia de San Basilio y el Kremlin. Este prodigioso monumento con sus muros blancos, desiguales, desgarrados, almenados, es grande como una ciudad. Tiene una legua de contorno. No olvidaré el sacudimiento de terror que acabo de experimentar a la primera aparición del Imperio ruso moderno: el Kremlin vale el viaje a Moscú”.

“A la puerta de esta fortaleza se levanta la Iglesia de San Basilio, Vasili Blagennoi, es conocida bajo el nombre de Catedral de la protección de la Santa Virgen. Figuráos una aglomeración de pequeñas torrecillas desiguales que componen un bosque, un “bouquet” de flores. Figuráos una cristalización de mil colores. Figuráos una cristalización de mil colores con reflejos que brillan a los reyes del sol, como la porcelana más coloreada, como el esmalte de la China. Son escamas de pescados dorados, pieles de serpientes extendidas sobre piedras informes, cabezas de dragones, armaduras de lagartos con tintes cambiantes, ornamentos de altar, hábitos de sacerdotes. El país donde un monumento parecido se llama lugar de oración, no es Eu-

ropa, es India, Persia, China, y los hombres que van a adorar a Dios delante de esta caja de confites, no son cristianos”.

El Kremlin no es un palacio, es la frontera entre el Oriente y el Occidente; el mundo antiguo y el mundo moderno están en presencia. Bajo los sucesores de Gengis-Khan, el Asia se lanzó una vez más sobre Europa. Al retirarse golpeó con su pie la tierra, de ahí salió el Kremlin”.

“Los príncipes que poseen hoy este asilo sagrado del despotismo, dicen que son europeos, porque arrojaron de Moscovia a los Kalmouuchs, sus hermanos, sus tiranos y sus institutores. Nada se parece más a los Khans de Sarai, como sus antagonistas y sus sucesores los Zares de Moscú, que les han arrebatado hasta el título. Los rusos llaman Zares a los Khanes de los tártaros. Karamsin dice sobre esto: “Esta palabra no es la abreviación del latino César, como mucho sabios lo creen sin fundamento. Es un antiguo nombre oriental que conocimos por la versión eslava de la Biblia. Dado a nuestros emperadores de Oriente y en seguida a los Khanes de los Tártaros, significa en Persa, Trono, autoridad suprema y se destaca en la terminación de los nombres de los Reyes de Asiria y Babilonia, como Phalaras, Nabonassar. En nuestra traducción de la escritura santa se escribe Kessar en lugar de César, pero Tzar o Czar es otra palabra”.

¿No es verdad que lo anticipado sobre el Marqués es cierto, su juicio es profundo, su videncia profética y deslumbrante, su capacidad descriptiva? Lo tenemos que dejar con pena. Quisiéramos seguirlo leyendo indefinidamente.

Pero no fue solamente Custine quien previó con tanta claridad la significación futura de Rusia. Ya hablaremos de Tocqueville. Pero hubo otro escritor, menos resonante, que tomó la pluma a propósito de la guerra de Crimea:

“Todos los pueblos que han aspirado a la dominación universal han sacado a plena luz sus propósitos y han proclamado en alta voz sus tendencias. El alemán, brutal y sincero, marcha hacia su fin declarado

con el rostro descubierto; el francés valiente, susceptible y siempre satisfecho de sí mismo, se ha reído en las narices de los pueblos cuya conquista meditaba y ha declarado que no se trata sino de un sencillo bocado. El primer pueblo que no ha confesado su objetivo es el pueblo ruso”.

“Es el más difícil también de abatir y domar. Poco importa a los rusos tener razón o estar equivocados, con tal de que salgan adelante; retrocederán si es necesario, a pesar del puntillo de honor militar; se dejarán tratar de cosacos con tal de avanzar un palmo de terreno. Ninguna falsa vergüenza, ningún respeto humano, ningún brillante amor de la gloria. He aquí su fuerza. Llegar a su fin, triunfar sin el vano aparato de los triunfadores”.

Esto escribía Emilio Montegut en la “Revue de deus Mondes” en 1854. De repente levanta el tono, toma también aire profético y exclama:

“¿Cuál es el Atila secreto, cuál es el Tamerlán desconocido que ha soñado parecida concepción...? Estos nombres están aquí en su sitio, porque no se trata de nada menos que de la conquista misma del mundo civilizado. Es la guerra, la guerra, la guerra declarada abiertamente, no por una u otra causa aislada, por uno u otro país, sino por todas las causas y todos los países a la vez. Observad aquí el paso gigantesco que la Revolución francesa acaba de hacer en esta vía fatal de universalidad en que ella se comprometió. Aquí no solamente las pretensiones son universales, sino la estrategia y la táctica son universales también. En otro tiempo, en las luchas que libraba la democracia no había sino un punto del espacio que interesara al final de la batalla. Esta vez la tranquilidad de toda Europa está envuelta en las posibilidades de cada uno de estos combates. Esta doctrina nos declara netamente que hay democracias nacionales, que no hay sino una sola y única democracia regida por un solo y único deseo, una sola voluntad de poder, un mismo interés. Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica, no son sino los

nombres de las localidades donde ella se propone librar sus futuras batallas. No es nada distinto a la mitad de la humanidad civilizada que tiene el propósito de lanzarse sobre la otra. Si esto no es grande, es al menos tan gigantesco como se pueda imaginar, sobrepasa los sueños de las ambiciones más altivas y de las imaginaciones más desenfrenadas. He aquí a la democracia que asume el papel de los grandes conquistadores, contra los cuales sus doctores se elevaron tantas veces con violencia y que aspira abiertamente al Imperio universal. Ella no se contenta con rechazar todo lo que no es ella misma. Ella anuncia que no aceptará nada distinto a sí misma, y que no nos dejará ni aún la libertad de los “giaours” en los países musulmanes. *Un Islamismo materialista*, he aquí la forma nueva que reviste la democracia. Ella no nos propone libertar a la humanidad de toda tiranía, sino nos ofrece la suya. Ella no nos propone la tolerancia de todas las creencias, sino que nos impone la intolerancia de su ley; ella no reclama de nosotros el reconocimiento de su libertad y nos solicita, por el contrario, la obediencia a su dominación. Ella ha entrado en las vías que recorrieron todas las potencias embriagadas de ellas mismas y al fin de las cuales encontraron siempre la derrota y la tumba”.

Encontramos en el carácter ruso, mucho antes de la fundación de la escuela socialista de Piekhanov, del liderato de Lenín y la férrea dictadura de Stalin, una serie de rasgos, que generalmente suelen ser atribuidos a la influencia comunista y que son más bien distintivos del pueblo ruso como tal. El comunismo no ha modificado en su radical revolución, los componentes de esa sociedad determinada, en la medida en que pudiera pensarse a primera vista.

Ya hemos visto cómo la idea de la dominación mundial existía desde el siglo XIII en el eslavo.

La misión providencial del pueblo ruso fue predicada por Dostoyewsky: “Sólo el pueblo ruso es capaz de restaurar el cristianismo desvencijado y de realizar la paz mundial. El pueblo ruso está predestinado a hacer oír la palabra nueva, porque es el portador de la divinidad”.

En medio de su servidumbre, su ignorancia y su fanatismo, el pueblo ruso se considera con una misión mesiánica. Encontró en el “Manifiesto” marxista el objetivo a esa misión y acopló admirablemente dos objetivos universales: la revolución del proletariado y el expansionismo de Rusia como potencia.

Comprendió que el viejo sueño de los tártaros, de los mujiks y de los Zares, encuentra en la revolución proletaria su mejor instrumento. Al convertirse Moscú en la capital de la nueva religión, se armoniza el pasado como el futuro y se continúa la política de los Zares, con una bandera universalmente eficaz y atractiva. Lo que se destaca en este plan maestro, no es el dominio del eslavo, que sigue siendo la meta profunda y ansiada, sino la dictadura del proletariado, que en cada país, en cada sociedad, adquiere fanáticos y fieles. La perspectiva de la Revolución mundial y del aniquilamiento de la burguesía, es un plan tentador, lo mismo en Rusia que en Cuba, es Checoslovaquia que en Guatemala. La bandera racial está camuflada detrás de la bandera social. Los proletarios no ven sino el símbolo rojo. Los soviéticos ven el mismo símbolo, que esconde para ellos el propósito de los Ivanés y de Pedro el Grande.

La idea beligerante al propagarse en el mundo va demoliendo sistemáticamente las barreras nacionales y eliminando el sentimiento de patriotismo en provecho de una religión universal. Se sustituye el odio entre naciones, por el odio de clases. Una gran corriente subterránea se extiende por todos los pueblos, mirando los reflejos tradicionales, el amor a la patria, el nacionalismo exaltado, las costumbres que vinculan al suelo, las pasiones que vienen desde la historia, la oposición secular entre los pueblos, para reemplazar toda esta infraestructura

de las sociedades, por el odio de las clases. El odio del pobre contra el rico, del proletario contra el burgués, el obrero contra el patrono, viene a remplazar de esta manera, el odio del alemán contra el francés, el italiano contra el austriaco, el polaco contra el ruso. Se forma en la estructura de todas las sociedades una espesa capa geológica, que insensiblemente hermana a los pueblos, como si de repente se descubriera un río subterráneo que arrancando desde París, fuera hasta la Península de Corea.

Todos los nacionalismos —de acuerdo con el plan maestro— desaparecen, salvo uno. Los imperialismos se derrumban, salvo uno. Las capitales se esfuman, salvo una. Los proletarios de todos los países se convierten en los obreros del pan expansionista de Pedro el Grande.

Para apreciar la inteligencia con que los eslavos captaron la doctrina de Marx, al convertirla en herramienta de su sueño secular, hasta hacer un breve paralelo con la revolución nazista y sus recortados horizontes. Hitler y su partido predicaban sin embozo alguno la primacía de su raza y de su pueblo. Aparecían en consecuencia como conquistadores a la manera antigua. Los pueblos bajo su órbita no tenían alternativa distinta: someterse o morir. Las comarcas dominadas por Hitler eran gobernadas por un “gauleiter”, emisario directo de la voluntad central. Los otros pueblos de Europa, tan antiguos como los de Germania, y muchos de ellos consientes de su superioridad cultural, como el francés, por ejemplo veían en el nazismo el partido de la brutal dominación germana, realizada en provecho único de Alemania. Germanizar a Europa, ese era el programa. Y ese programa era a todas luces contrario a la naturaleza. Como había sido contrario a la naturaleza el intento de Bonaparte de homogeneizar, bajo el yugo de Francia, a todo el Continente. La sola enunciación del programa —predominio del germano— constituye un insulto para los viejos pueblos. Su carácter esencial es excluyente. ¿Qué interés tenía el francés, el austriaco, el italiano, el polaco, en el triunfo de una

nación elegida, que se proclama a sí misma superior a las otras...? Por esta razón esencial el hitlerismo no fue contagioso. Los alemanes se quedaron solos en la conquista mundial, porque le habían hecho al mundo la más absurda propuesta: gobernar solos. Las tesis de Hitler carecieron de resonancia universal y simpatía, porque de antemano excluían a todas las comunidades antiguas, de un posible condominio.

Pero la Revolución rusa no se orientó de la misma manera que la revolución hitleriana, que aspiraba a ser universal, comenzando por negarse a sí misma este carácter universal, al declararse específicamente alemana, en provecho exclusivo de los alemanes. Los rusos siguieron las huellas de la Revolución francesa, en el ciclo anterior al Imperio. Si se desata la guerra de los Reyes contra Francia, nosotros haremos la guerra de los pueblos contra los reyes, había dicho el girondino. Y la Revolución operó, en esos primeros dos lustros a nombre de la libertad, no a nombre de Francia. Llegó a Italia para secundarla en contra del austriaco. A Alemania para desatar en su seno las corrientes subterráneas del liberalismo. A Holanda, no con el pretexto de someterla, sino de liberarla. Al convertirse Bonaparte en Emperador, cambió los planes y las insignias. Era “un Carlomagno ilustrado por Dantón”. Quiso reconstituir el primer Imperio franco y ese programa dejaba de ser atrayente para los pueblos que habían saludado con tanto alborozo la toma de la Bastilla. No era la libertad la que aparecía triunfante en las batallas napoleónicas, sino el imperialismo francés resurrecto y personificación en un soldado fe fortuna. Y los mismos sentimientos que habían germinado en el alma de los pueblos, gracias a las siembras de la revolución francesa, se volvieron en contra del hijo de la Revolución.

En 1792, con un poderoso alán, se levantó el pueblo francés en contra de los Imperios y logró la victoria de Valmy. Pero en 1813 combaten al Emperador, no ya las monarquías vetustas, sino los propios pueblos que la Revolución francesa ha despertado de su letargo.

“Lo que ignoraba el Emperador, es que en esta ola ofensiva contra la Revolución y contra su general coronado, los reyes estaban ahora impulsados por sus pueblos. Las viejas monarquías reciben el ímpetu belicoso, que veinte años antes animaba a la República”. La libertad había cambiado de campo, anota sagazmente Bainville.

La insignia de la nueva epopeya no es la libertad, sino la igualdad y su consecuencia, la promesa del gobierno del proletariado. Se ha creado la gran confederación socialista que tiene su sede en Moscú. El comunista en cada uno de los países cree en dos fines: el cambio radical en la estructura de la sociedad en que actúa y la universalidad de la nueva revolución. Con el primer fin mantiene su condición nacional: está obrando en pro del mejoramiento de sus compatriotas. Y con el segundo fin se incorpora en el gigantesco plan ecuménico, que hace de toda la revolución un solo fenómeno mundial y de Moscú la capital y el epicentro del sismo.

Hay un hecho capital que se observa en la historia de los últimos cuarenta años: Rusia no ha perdido el carácter de su nacionalismo expansivo en este experimento. Los pueblos que han caído dentro de su órbita, en cambio, pierden fisonomía y autonomía. Los dirigentes de estos pueblos, insensiblemente pasan de su condición de creyentes, a la de agentes del nuevo imperialismo.

Los comunistas rusos han constituido la clase dirigente de un vasto imperio y han elevado su nación al primer rango entre las potencias. Los comunistas polacos, los alemanes, los checos, los rumanos, operan como emisarios subalternos de una superpotencia. Carecen de libertad de movimientos y realizan dentro de sus límites los planes quinquenales que han de consultar al Kremlin. Polonia azotada y descuartizada bajo Catalina II y Federico II, resurrecta en Versalles, aniquilada en 1939, vuelta a la vida en 1945, conoce ahora un nuevo género de dependencia. La gobiernan sus nacionales, pero bajo el vigilante ojo celoso de sus vecinos, que ya no obran bajo el fuste de los

Grandes Duques, sino dentro de los credos, sistemas y procedimientos del Poitburo anónimo y de la dictadura humanizada de Kruschev y sus sucesores. Los polacos comunistas, gracias a la magia de las palabras, no se sienten sometidos a la odiosa Rusia tradicional, sino como consocios de la empresa universal de la Revolución.

Hay dos tendencias que operan en el mismo sentido: la idea beligerante y conquistadora del comunismo como partido universal y la ambición beligerante y conquistadora de los eslavos. Estas dos corrientes, la una que viene desde los primitivos días de Moscovia y la otra que les fue enseñada por Marx, se fusionan en una sola. Y de esta manera el siglo XX ha logrado el prodigio de armonizar los planes conquistadores del zarismo con la meta de establecer en el mundo la dictadura del proletariado. La nueva clase ha sustituido al Zar y ha puesto en obra sus proyectos.

VII La Constitución inglesa

Dice Keiserling de los ingleses: “Son poco interesantes en cuanto al espíritu se refiere; me producen la impresión de animales que provistos de ciertos instintos infalibles, dominan perfectamente un sector de la realidad, siendo en lo demás ciegos e incapaces. Les falta originalidad por espontáneos que sean en otros sentidos. Cada uno piensa, siente, obra como los demás y no hay almas que produzcan sorpresa. Representan la realización perfecta de su posibilidad. Son íntegramente lo que pueden ser Este es el fundamento de su fuerza persuasiva, de su superioridad sobre los demás pueblos europeos...”.

Han edificado un imperio que no se desplomó súbitamente. Y se han entrado en decadencia, ésta a sido metódica, a la inglesa, como la ascensión. Han sido durante tres siglos los árbitros de la vida europea. Custodian celosamente la balanza del poder. Hijos de su sangre crearon la única nación, de importancia mundial, en otras latitudes. Desde el Renacimiento, como centro de civilización y de cultura, no ha surgido en el mundo nada distinto a la fundación americana de los anglosajones. Ortega minimiza a América. Pro con ello comete un error y una injusticia.

La Constitución inglesa es quizá el ejemplo más esplendoroso de madurez política. Se ha elaborado en lentos siglos de experiencia. Ha ido evolucionando de acuerdo con las circunstancias. No ha sido —como en otras latitudes— derogada por decretos, ni creada por decretos. Es obra de la costumbre, del sabio proceso de adaptación a la vida. No obedece a principios abstractos, sino a realidades concretas.

“En las revoluciones —dice Ortega— intenta la abstracción sublevarse contra lo concreto; por eso es consustancial a las revoluciones el fracaso. (Tampoco es cierta esta verdad enunciada de manera absoluta). Los problemas humanos no son como los astronómicos o los químicos, abstractos. Son problemas de máxima concreción, porque son históricos. Y el único método de pensamiento que proporciona alguna probabilidad de acierto en su manipulación es la razón histórica.

La Constitución Inglesa está basada sobre tres elementos: el monárquico, el aristocrático y el democrático. El monárquico lo representa el Rey. No tiene sino una función —como dice Ortega—, simbolizar. El aristocrático ha estado representado por los lores, que se suponen herederos de los varones de los tiempos de Juan sin Tierra. Y el democrático, los Comunes, elegidos por el pueblo directamente.

En 1214 los barones feudales del Reino reunidos en Runnymede consideraron necesario oponerle un dique a las ambiciones absolutistas del Rey. No fue una conspiración popular la que se levantó contra Juan sin Tierra, sino una solidaria cohesión de señores feudales. En su pliego de peticiones le presentaron problemas concretos y exigieron del Rey el que respetara privilegios concretos de la Baronía. No hicieron definiciones ni programas. Su aspiración se reducía no ser explotados por el Rey, a capricho.

En vano se busca en la Carta Magna la enunciación de un solo principio abstracto. Todo en ella es preciso, de acuerdo con la vida y las instituciones de la época. Se fija el impuesto que ha de pagarse a la muerte de cada uno de los Barones, en caso de muerte, para que el

Rey no lo pueda hacer arbitrariamente. No ha de ser suma caprichosa sino fija.

El Rey no podrá aprovecharse del derecho que tiene de administrar en algunos casos los bienes de los barones, para dilapidarlos. No puede ser un albacea derrochador. Está obligado a rendir cuentas.

La heredera no se casará sino con un hombre de su rango y con el asentimiento de sus parientes. El Rey no podrá obligarla a contraer un matrimonio desventajoso.

La viuda tendrá su parte correspondiente en los bienes del difunto y no podrá ser obligada a casarse.

Los herederos estarán protegidos contra los usureros judíos que en Inglaterra son amigos del Rey.

Las tierras de los deudores de la corona no serán tomadas, si la deuda puede ser pagada de otra manera.

El Rey no podrá apoderarse de las Abadías vacantes, cuando esas Abadías hayan sido fundadas por los barones.

Los Barones no pueden ser juzgados sino por sus pares.

Y un principio que podríamos considerar como el primer esbozo de la igualdad civil: Las libertades que el Rey concede a los barones, serán observadas por éstos en relación con los demás hombres.

Y para que estos límites a la autoridad real tengan una garantía y un cuerpo de vigilancia y de control, se establece que los Barones elegirán libremente veinticinco de ellos, encargados de hacer observar la paz y de que cumplan las libertades concedidas por el Rey. En esa convocatoria de los delegados de la baronía, nace el parlamento. Esa fue la primera reunión de la Cámara de los Comunes. El Rey dejó de ser absoluto. Tiene que darle cuenta a los veinticinco. Son ellos los vigilantes de las libertades inglesas. Los barones controlan al Rey y se comprometen a ser tan respetuosos de la libertad de sus vasallas, como aspiran a que el Rey lo sea con los suyos en la primera escala social. Quieren que el Rey los gobierne, como ellos gobiernan a los suyos.

Y custodiando estos privilegios de la baronía se yergue el privilegio de todos los hombres libres, extensivo al burgués, al artesano y al labrador: “Ningún hombre libre podrá ser detenido, preso, privado de sus bienes, desterrado ni muerto, ni iremos sobre él, ni enviaremos sobre él, excepto por el juicio legal de sus iguales”. Esta es la piedra angular de las libertades inglesas. Sobre ella se fue edificando el edificio del Parlamento, que desde hace siete siglos legisla frente al Támesis.

En el gobierno de Enrique III se habla ya de “parlamento”. Se había repetido la lucha por la Magna Carta. Pero ahora los barones no estaban solos y erguidos frente al Rey sino acompañados por el pueblo. De todos los castillos acudieron para reunirse en la Asamblea feudal y allí conversaban y hacían tertulia. A través de esta reunión informal de los caballeros del Rey podría saber lo que estaban pensando.

El historiador Macaulay Trevelyan dice: “El Parlamento inglés nadie lo hizo. Fue el resultado natural a través de largos siglos del sentido común y del buen carácter del pueblo inglés”.

La Cámara de los Comunes tampoco surgió de un decreto sino de una costumbre y se fue originando lentamente en las reuniones no oficiales de caballeros y burgueses, que discutían ansiosamente a puertas cerradas, qué respuesta colectiva darían a alguna pregunta que se les hiciera por los más altos poderes. Los caballeros se mezclaban con los burgueses. De manera insensible se formó la comunicación entre las clases. Desde esos días las clases no aparecían como compartimentos estancos, ni se observaba el corte vertical que se produjo en la nación francesa. El caballero dialoga cordialmente con el burgués. El “Tercer Estado” no se cargó de rencor con la nobleza. Hubo entre ellos colaboración.

Los barones mayores entraron a ocupar, por derecho propio su asiento en la Cámara alta. Eran los herederos de los veinticinco señores feudales, que con escudo y lanza y yelmo, presentaron su pliego a Juan sin Tierra.

Los barones menores pasaron a la Cámara baja. Compartían su responsabilidad con los caballeros, la clase media y los hombres libres (franklins). De esta manera se abolían insensiblemente las distinciones del feudalismo. Se abría a la opinión pública un camino de acceso al poder. El Rey establecía su contacto con el pueblo a través de las Cámaras y los barones se vinculaban a los estamentos menores, sin orgullo y con prudencia.

Los barones no abandonaron sus feudos. Siguieron en ellos, habitando sus castillos, cultivando la tierra, conociendo las necesidades menores del campesino, tratando de remediar sus necesidades. El campesino se sentía vinculado a su señor. No lo odiaba ni lo traicionaba. No pudo decirse en Inglaterra lo que habría de escribirse de Francia: “Asciende de las aldeas el odio. Desciende de los castillos el desprecio”.

En el siglo XVIII era notable el contraste entre las monarquías inglesa y francesa y la estructura de las dos sociedades.

En Inglaterra el principio monárquico, estaba conciliado con la baronía y los estamentos inferiores enviaban sus delegados a los comunes. El gobierno se adelantaba de acuerdo entre el Rey, los nobles lores, la City de Londres, (administrada autónomamente) y los Comunes. Se había hecho la fusión de los esfuerzos de todas las clases sociales, para respetar las franquicias y libertades en el interior y para creer sobre los cinco continentes el Imperio. La nobleza no había pasado del campo a la corte, de la guerra al ocio, del castillo al salón.

Estas estructuras sociales y la libertad que corría libremente bajo los puentes en que se asentaban con solidez, produjo en el joven Voltaire —que había sido embastillado y golpeado a bastonazos por orden del caballero de Rohan— la más ilustrativa impresión. En sus Cartas Filosóficas, escritas en Inglaterra presentan un cuadro halagador de las costumbres y las leyes inglesas. Les cuenta a los franceses, como al otro lado de la Mancha existe un parlamento legislativo y se respira un

oxígeno de libertad. Y les presenta el comercio, como fundamento de la grandeza, de la riqueza y de la felicidad de los ciudadanos.

Los ingleses eran libres, se reunían a deliberar, comerciaban con intensa eficacia, se extendían por el globo. No había en Londres una Corte esplendorosa y los nobles no habían abandonado sus castillos. Bacon había fundado el método experimental. Locke escribió su ensayo sobre el poder civil. Newton revolucionó las ciencias. Todo eso encendió al joven Voltaire.

En contraste, Versalles convirtió la nobleza, de guerrera en cortesana. La monarquía había aplastado la fronda. El gobierno era absoluto. No existía representación del Tercer Estado. La distancia entre las clases sociales era inmensa. El burgués se había enriquecido. El noble se había arruinado. No todos los nobles eran ricos. No todos los ricos eran nobles. La riqueza territorial fue desplazada por la riqueza comerciante, del industrial, del banquero, del accionista. Los castillos fueron abandonados, en gran parte y los señores acudieron a Versalles. En las provincias quedó una nobleza empobrecida y amargada. Y un fenómeno de gravísimas consecuencias: el señor feudal había sido reemplazado por el Intendente, que era un agente directo del Rey, un funcionario, con plenos poderes, que administraba ciudades y provincias. El heredero del feudo, dejó de ser el principal personaje. Cuando la sociedad se convulsionó y vino la amenaza revolucionaria y se oyó el grito sobre el torreón de la Bastilla, en los Castillos y no había señores que salieran a la defensa de su Rey. Y en París la clase rica no tenía interés ninguno en defender un orden social, que no les había otorgado la igualdad. Y en Versalles mismo no había solidaridad entre quienes se consideraban excluidos por no pertenecer al círculo del Petit Trianon.

La aspiración de los burgueses a ser algo, la aspiración de los nobles a impedir todo recorte a sus privilegios, en abandono de los Castillos que pasaron a ser símbolos odiosos pero vacíos, la innoble

tarea de la rama de Orleanes de zarpar el prestigio del Rey, la amargura de los cortesanos por no pertenecer todos al círculo restringido de la Reina, la influencia de los enciclopedistas que sometían a su crítica todas las bases en que reposaba la sociedad de Luis XIV, la extensión de la incredulidad, las burlas a la nobleza, celebradas por los propios nobles. Esos son los factores del estallido revolucionario. En el umbral de la Revolución aparecen quienes lógicamente deberían ser guardianes del orden: El Duque de Orleans, suministra el dinero para hacer fermentar por la propaganda el odio público. Mirbeau pertenece a la nobleza de Provenza. Sieyès, al clero. Talleyrand era Obispo. Lafayette, portaba su aureola de héroe en la guerra de América y no quería convertirse simplemente en cortesano. El turno en la conducción de la Revolución le correspondió a los románticos jóvenes venidos de la Gironda, que tenían poblada la cabeza de repúblicas ideales. Y después de ellos a los fanáticos. La izquierda de la primera asamblea pasó a ser la derecha de la segunda. La izquierda de la segunda, pasó a ser la derecha de la tercera. El soberano absoluto depositó su corona ante la Asamblea tumultuosa. Y la Asamblea fue a su vez destituida de su soberanía. Pasó ella al pueblo. Y ante el Terror se dibujó, —como dice Rivarol— la silueta de un soldado de fortuna.

Eso explica la protesta de Burke en contra de la Revolución formulada a nombre de los principios tradicionales ingleses: la libertad, la tradición, el respeto a la monarquía, el derecho de la continuidad, las lecciones de la naturaleza. Enunció los principios en sus célebres consideraciones sobre la Revolución francesa, de lo que pudiéramos llamar el conservatismo-liberal, que se entiende como conservador de la libertad. No hay contradicción en las palabras. “Nuestra libertad es una libertad noble, le dice Burke a los franceses. Tiene un aspecto importante y mayestático. Tiene un árbol genealógico, lleno de antecesores ilustres, tiene un protocolo, sus emblemas y sus heráldicas”.

“Una nación es una asociación no solamente entre los vivos, sino entre los vivos, los muertos y los que han de nacer. Todo contrato de todo estado particular no es sino una cláusula del gran contrato primario de la sociedad eterna, que lida las naturalezas inferiores con las superiores, conectando el mundo visible con el invisible, según un pacto fijo. Las corporaciones locales de ese reino universal no están moralmente en libertad de hacer su capricho, ni de prescindir de los lazos de su comunidad subordinada y disolverla en un caos antisocial, incivil, e inconexo de principios elementales”.

Y define, en frase feliz, lo que es el conservatismo liberal inglés: No innovamos nunca totalmente en aquello que mejoramos, ni estamos por completo anticuados en aquellos que conservamos”.

Ya lo había dicho Mirabeau: Tenemos leyes y costumbres preexistentes. No somos una tribu salida a las orillas del Orinoco”.

Los revolucionarios franceses, nacidos todos de un siglo filosófico, han erigido a la razón en una diosa infalible y consideran en consecuencia que la sociedad humana puede reconstruirse desde sus cimientos, en un plan abstracto.

El inglés piensa en cambio, “que la fuente de la ley no es solamente la Razón, sino el dictado del pasado”. Hay algo más poderoso que la Razón y es la experiencia, la duración. Una sociedad no puede construirse por decreto, olvidando todo lo que la vida en un largo transcurso ha elaborado. Las creencias, las costumbres, los hábitos de trabajo, las elaciones entre las clases, la guerra y el trabajo, todo ello va conformando un tipo de sociedad que no se puede derogar de la noche a la mañana. Sobre el papel no se modifica a un pueblo. La ley no puede ser una norma compresora, sino una segregación de la vida. La ley va siguiendo su curso y tiene que acomodarse a las condiciones específicas de la sociedad en que ha brotado. “Nuestra constitución es prescriptiva, —dice Burke— se deriva tan solo del hecho de que ha existido desde tiempos inmemoriales. La prescripción es el más

sólido de todos los títulos. Es una presunción a favor de cualquier esquema de gobierno establecido, el que una nación haya existido y florecido desde mucho tiempo atrás bajo él. Una nación es una idea de continuidad que se prolonga en el tiempo. Y es... no una elección tumultuosa y voluble sino una elección deliberada de las edades y las generaciones. El individuo es necio, la multitud momentáneamente es ciega, pero la especie es sabia y cuando se le da tiempo, la especie como tal obra bien”.

Y siguiendo el contrapunto: Para el francés la libertad es una sorpresiva flor de fuego brotada el 14 de Julio. Para el inglés la libertad es un privilegio heredado como cualquier otro. “Desde la Carta Magna —dice Burke— ha sido política constante de nuestra constitución reclamar nuestras libertades como una herencia vinculada, que nos ha sido legada por nuestros antecesores y que debe ser transmitida a nuestra posteridad. Tenemos una corona hereditaria, una Cámara de los comunes y un pueblo, que heredan privilegios, franquicias y libertades de una larga serie de antepasados. Mantenemos y transmitimos nuestros gobiernos y nuestros privilegios de la misma manera que gozamos y transmitimos nuestra propiedad y nuestras vidas”.

En frente de la razón, la prescripción. En frente del individuo con su complejo antiguo de hábitos y relaciones de continuidad. En frente de la Revolución, la experiencia. En frente de los esquemas intelectuales, el curso de la naturaleza. “Seguimos a la naturaleza que es sabiduría sin reflexión y por encima de ella. Quienes no miren a sus antepasados, no mirarán por su posteridad. Nuestro sistema político está colocado en justa correspondencia y simetría con el orden del universo y con el modo de existencia decretado para un cuerpo permanentemente compuesto de partes transitorias”.

Y erguido frente al espíritu revolucionario, que quiere hacer tabla rasa de la costumbre, de la experiencia, de la herencia y de las lecciones de la naturaleza, Burke define en una breve frase toda la

filosofía política de los ingleses: “No innovamos nunca totalmente en aquello que mejoramos, ni estamos por completo anticuados en lo que conservamos”.

“La ciencia de construir una sociedad, de renovarla o de reformarla, no puede, como ninguna otra ciencia experimental, enseñarse a priori. No es tampoco una breve experiencia, la que nos puede enseñar esa ciencia práctica, porque los efectos reales de las causas morales no son siempre inmediatos. Aquello que en primera instancia es perjudicial, puede ser excelente en sus efectos que produjo al principio. También ocurre lo contrario. Planes muy plausibles que tienen comienzos agradables, acaban a menudo por tener consecuencias vergonzosas y lamentables”. Con estos principios funda Burke la escuela crítica a la Revolución. Sus reflexiones sobre el histórico movimiento, escritas en presencia del volcán, sirvieron de arsenal a los reaccionarios. De ahí se extrajeron los principales argumentos contra el mismo racionalista.

Poco antes de la reunión de los Estados generales, un abate desconocido y enigmático, Emmanuel Joseph Sieyès, que había de ser la Eminencia gris y el ideólogo de la Revolución, escribió un pequeño libro, que sirve de prólogo al súbito desplome del antiguo régimen. Con el cuadernillo de Sieyès bajo el brazo, los miembros del Tercer Estamento, —abogados de provincias, burgueses de París y nobles descalificados— se hacen esta pregunta:

—¿Qué es el Estado llano...? Todo.

—¿Qué representa actualmente en el orden político? Nada.

—¿Qué pide...? Llegar a ser algo.

Sieyès hablaba a nombre de los abogados, los médicos, los comerciantes, los banqueros, los accionistas, los agricultores, los periodistas, los comediógrafos, “los intelectuales”, los científicos, los profesores.

Ellos estaban —de acuerdo con su esquema— encargados de laborar el campo, transformar los productos hasta su consumo, distribuirlos y venderlos. Además todas las profesiones científicas y liberales pertenecían a la clase innominada, que quiere ser algo, que aspira a brillar y tiene motivos de resentimiento. Todo este Tercer Estado constituye las diecinueve vigésimas partes de la sociedad. “Está encargada de todo lo penoso, de todas las tareas que los privilegiados se niegan a cumplir. Cualesquiera que sean tus servicios, cualesquiera que sean tus talentos —dice el Abate dirigiéndose al elemento de esa nueva clase social en ascenso— llegarás hasta ahí no pasarás más adelante. No conviene que los honores sean para ti”.

Ha llegado el momento en que el burgués tenga su sitio en la sociedad. El Tercer Estado puede constituir la sociedad sin necesidad de la nobleza. La nobleza no podrá vivir sin el Tercer Estado. ¿Quién trabajaría la tierra...? ¿Quién curaría a los enfermos...? ¿Quién adelantaría las investigaciones científicas...? ¿Quién colonizaría los continentes...? ¿Quién escribiría los periódicos...? Conclusión: ese Tercer Estado lo es todo.

“Es una verdad innegable que no se es nada en Francia, cuando sólo se cuenta con la protección de la ley común. Cuando no se dispone de algún privilegio, es preciso decidirse a soportar el desprecio, la injuria y las vejaciones de todo género. Para evitar verse por completo aplastado, no le queda al infeliz no privilegiado, más que el recurso de acercarse, mediante toda clase de bajezas a un grande. A este precio se compra la facultad, de poder en ocasiones, llegar a ser algo”.

Y surge la idea de la representación. Esa clase social ambiciosa no ha tenido hasta hora representantes en los Estados generales, que por lo demás no se reunían desde hace un siglo. En consecuencia son nulos sus derechos políticos. En consecuencia aspira a que en la reunión convocada para mayo de 1789, se halle en capacidad de elegir personeros suyos, brotados de su entraña, “que sean aptos para ser los

intérpretes de sus deseos y los defensores de sus intereses”. Pide un número de representantes al menos igual al de las otras clases juntas. Esta igualdad numérica en la representación pasaría a ser ilusoria si cada cámara tuviese un voto separado. Sieyès exige que los votos — en la reunión de los Estados Generales— sean por cabeza y no por clase. Que el voto del noble Polignac valga tanto como el del Abate Sieyès. 100.000 nobles y 80.000 sacerdotes, es el cómputo que hace Sieyès, en una población de 26 millones de almas.

¿Qué desea esa nueva clase...? Ya no está satisfecha con el control de los bancos y las sociedades anónimas, con el influjo social sobre la opinión pública a través de sus escritos. Desea tener una participación en el gobierno. Quiere abrir las puertas de acceso a los Ministerios. Aspiraría a que sus miembros pudieran ser ennoblecidos, Y en caso de no obtener este privilegio, abolirlo, en un movimiento nivelador. Las hijas de la burguesía, forman una sociedad derrochadora y brillante, pero les falta el blasón. Los banqueros disponen de cuantiosas rentas, pero no tienen un palco reservado en los teatros. Los dueños de la industria de la seda de Lyon o del azúcar de Santo Domingo, pueden organizar bailes deslumbrantes, pero no han sido presentados al Rey, ni salen acompañándolos en sus cacerías. La madre de Bernave fue bruscamente retirada de un palco, reservado a un noble que llegó con retraso.

La monarquía no organizó un sistema para ennoblecer a los ricos y como estas ambiciones son tuvieron una evasión normal, se buscó en revancha la abolición de todo privilegio. Si no podemos ser nobles, que nadie lo sea. Si no somos invitados a Versalles, que se destruya Versalles. Y dentro del grupo de consejeros del Rey no hubo un solo político de genio capaz de interpretar este movimiento invasor. En Versalles estaba la Corte. En París la opinión. El único que quiso en un plan coherente, reconciliar a la monarquía con el pueblo fue Mirabeau, pero su mala vida pasada le impedía desempeñar ese papel. Y

Lafayette —que sí tenía aureola— no quería emplearse a fondo, carecía de inteligencia lúcida, tenía el caballo blanco y el penacho, pero no la cabeza genial. Mirabeau disponía de la cabeza, pero emergió de un pantano cenagoso.

Su voz estruendosa pobló el ámbito de la Asamblea. Durante dos años no se oyó sino la suya. Era la voz de un trueno. Mientras estuvo vivo, la de Robespierre apenas se oía. Sólo cuando murió y su cadáver enorme fue llevado al templo de Santa Genoveva, los demás pudieron hablar. “La opinión se separa del Rey, —decía Mirabeau— porque se cree que él se abandona a sí mismo y que sus Ministros no piensan sino en ellos y en escapar como puedan a la agonía general por muerte violenta. La autoridad real es demasiado débil para luchar contra la anarquía y parece utilizarse para volver a obtener una plenitud de pretensiones y de prerrogativas que ella no podrá recobrar jamás. Que el Rey se anuncie de buena fe para adherir a la Revolución con la única condición de ser el jefe y el moderador. Que se oponga al egoísmo de sus Ministros”.

“Se verá la confianza o al menos la esperanza de renacer y a los partidos que quieran de buena fe que el Imperio francés no se descomponga, unirse alrededor de un Borbón...”

Que el Rey adhiera a la Revolución y se convierta en su jefe y en su moderador. Está dicho todo el pensamiento político de Mirabeau. Existen dos hechos: la monarquía secular. La nueva clase que solicita eliminación de privilegios y reestructura del Estado. El Rey no puede salvarse sin las reformas. Forzosamente ha de convertirse en un monarca constitucional. La Revolución se extravía si pierde al Rey y se creará la anarquía.

Así lo pensaba Mirabeau, proclamándolo en alta voz mientras lo permitía la ola en cuya cresta estaba su cabeza leonina. Pero sobre todo, así lo pensaba genialmente en las confidencias que le hacía clandestinamente al Monarca, en sus célebres cartas privadas, escri-

tas a través del Conde La Marck. “Que sepan en Versalles, que estoy más dispuesto por ellos que contra ellos”, le dice al oído del Conde. Y desesperado profetiza:

“¿En qué piensan esas gentes...? ¿No ven los abismos que se abren bajo sus pies...? Todo está perdido. El Rey y la Reina perecerán. Usted lo verá y el pueblo pisoteará sus cadáveres”.

Y meses después, con elocuencia apocalíptica le decía al Conde, desilusionado porque el Rey desconfiaba de sus consejos y no los ponía en práctica.

“El Rey no tiene sino un hombre, que es su mujer. No hay seguridad para ella sino en el restablecimiento de la autoridad real. Yo pienso que ella no querrá la vida sin su corona, pero de lo que estoy seguro es de que ella no conservará la vida sin la corona”.

Y olvidando que estaba en un salón, frente a un noble señor Belga, fino y controlado le decía: “Cuatro enemigos llegan a paso redoblado: El impuesto, la bancarrota, el ejército y el invierno. Hay que tener la concepción de un gran plan y un plan determinado. No hay uan voluntad y sin eso no hay posibilidad de salud”.

Se dirigió a la Reina y el 3 de julio de 1790, en la penumbra de Saint Cloud, la rubia cabeza que simboliza el antiguo régimen y la enorme cabeza del portavoz de la Revolución, se encontraron a hurtadillas. Fue la última cita furtiva entre la monarquía crepuscular y la aurora sangrienta. Mirabeau habló: Que se consolide la destrucción de los abusos. Que se admita al pueblo a la confección de la ley. Que se asegure con estos actos la benevolencia popular. Que se permita al pueblo escoger sus administradores.

La monarquía estaba perpleja. No se atrevía a romper amarras con la nobleza intransigente y solar la vela en mares que para ella eran desconocidos. La Revolución —simbolizada en Mirabeau— estaba también perpleja. No se atrevía a romper los vínculos que la unían con

una monarquía vieja de siglos y que aún befada, humillada y cautiva, prolongaba sobre el francés, la sombra de Carlomagno.

“Soy francés, joven y desgraciado”, había escrito dramáticamente Mirabeau desde el Castillo de Vincennes, en carta al Rey. “Sois Reina, joven y desgraciada” debió pensar Mirabeau en la selva de Saint Claud. El primer pensamiento lo llevó a la Revolución. El segundo pensamiento lo enterneció y gracias a él quiso salvar a la monarquía. Ya era tarde.

Pero si no es él, por obra de su pasado tempestuoso, quien puede conducir este movimiento de reconciliación del trono y el pueblo, que sea otro. ¿Quién...? Lafayette es el único. Tiene el prestigio. Es un héroe de la libertad, con lo cual se ennoblece ante los plebeyos. Es un vástago de antiguas familias, con lo cual tranquiliza a los nobles. Detesta a Mirabeau. Le horroriza su pasado, sus prisiones, sus escándalos, sus amores, sus deudas. Mirabeau lo sabe. Sin embargo le escribe una breve carta, en la que da la medida, no sólo de su genio, sino de su corazón:

“Oh Señor de Lafayette: Richelieu fue Richelieu contra la nación a favor de la Corte. Richelieu tenía su Eminencia Gris, el capuchino José. Vos también deberías tener vuestra eminencia gris. Sed Richelieu contra la Corte a favor de la nación y así reconstruiréis la Monarquía consolidando la libertad pública.

Monarquía y Libertad, ese era el binomio de Mirabeau. El gran político se iba a morir. La Monarquía, a su muerte, se desplomó. Vino la ola de la sangre. Apareció el Terror. ¿Y la Libertad...? Ella también iba a morir. Vino la ola de la anarquía. Apareció una espada.

La Revolución francesa tiene caracteres que la distinguen y la diferencian de todos los fenómenos anteriores de este tipo. Su irradiación fue universal. Es un capítulo —uno de los más trascendentes capítulos de la historia del hombre—. Es más, la Revolución rusa es hija suya. No tiene la originalidad de la primera. Es apenas su consecuencia.

Los ingleses realizaron su revolución. Llevaron a su Rey al cadalso. Pero esa lucha entre el Parlamento y el Estuardo, no pasó de ser un capítulo de la historia inglesa. No tenía el movimiento acaudillado por Cronwill, una ideología sistemática. Había sido como toda acción política inglesa un golpe concreto. No aspiró a extenderse. No le juró guerra a los tronos. No estableció un Decálogo de principios políticos. No iba referida a la humanidad en abstracto, sino a los burgueses de la City y a los puritanos. La muerte de Carlos I no fue simbólica. Su cabeza tronchada no señala el final de una época ni el comienzo de una distinta. La restauración se produjo después, sin conmociones.

La primera característica de la Revolución francesa: la universalidad. En el artículo que sirve de solemne pórtico a la Declaración de los derechos del hombre, —la Asamblea convertida en Moisés democrático— dice:

“Todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos”. No se refieren específicamente a los franceses. Es un mensaje dirigido a toda la humanidad. Son las nuevas tablas de la ley, niveladoras.

1º) Confiados en la Razón, educados en las enseñanzas de un siglo filosófico aspiran a organizar la sociedad dentro de un esquema puramente intelectual, dentro del cual se prescinde de la idea de Providencia y de toda lección de la experiencia. Se proscribe a Dios como legislador y a la experiencia como maestra y consejera.

Para los egipcios el Rey no era un emisario de Dios, sino Dios mismo, el hijo del Sol.

Para los bizantinos, el Rey pasó a ser la cabeza de la Iglesia.

Entre los romanos el Emperador confundía su “Imperium” militar con el Sumo Sacerdocio.

Para Bossuet la Monarquía tiene “su fundamento y modelo en el Imperio paternal, esto es, en la misma naturaleza humana”. Y observamos la distancia intelectual entre el predicador de la Corte de Luis XIV y los juristas de la Asamblea: “Los hombres nacen todos súbditos

y el Imperio Paternal, que los acostumbra a obedecer, los habitúa al mismo tiempo a no tener más que una cabeza. Hay cuatro caracteres o cualidades esenciales que siguen a la autoridad real. Lo primero, la autoridad real es sagrada. Lo segundo, es paternal. Lo tercero, es absoluta. Lo cuarto, está sujeta a la Razón”. Los que legislaban en el “Jeu de Paume”, no eran los vástagos de Bossuet, sino los hijos de Rousseau.

Los revolucionarios franceses ya no hablan en nombre de Dios, sino en nombre de la Razón.

2º) “El principio de toda soberanía —esta frase es la cuna de todas las Repúblicas representativas— reside esencialmente en la nación”. Con ella han sido destituidos los soberanos del antiguo régimen. La corona ha cambiado de cabeza.

En la democracia griega, la soberanía está en la Ecclesia que es la congregación de los fieles demócratas.

En la Edad Media, el soberano es el Pontífice, que unge y consagra. Sin este símbolo el Emperador no tiene poder. Necesita llegar a Roma y arrodillarse ante el Pontífice, para obtener la esencia religiosa de su mandato.

En el mundo feudal, parcelado, la soberanía la tiene el Señor, que es jefe de guerreros, juez de paz, dueño de la tierra, árbitro de las querellas.

En Venecia el Consejo de los Diez.

En la Rusia Moscovita el Zar, convertido en cabeza de la Iglesia. El Santo Sínodo —desde Pedro el Grande— no pasa de ser una oficina del Estado. El Zar tiene las llaves del Leonostasio. La voz autocrática se oyó hasta los finales del Siglo XIX y en el mensaje de Alejandro II a sus súbditos dice una frase, la más expresiva que se encuentra en la historia como definición del absolutismo: “La voz de Dios nos ordena ponernos a la cabeza del poder absoluto. Confiando en la Divina Providencia y en su Suprema sabiduría, lleno de esperanza en la justicia y en la fuerza del autocratismo, presidiremos serenamente los destinos

de nuestro imperio, que no serán discutidos sino entre Dios y nosotros...”. Había que discutirlos también con Lenin...

3º) La Ley es la expresión de la voluntad general, dice la célebre acta. Todos los ciudadanos tienen derecho a concurrir personalmente a su formación o por medio de sus representantes. Y en noble idioma estampan: La Ley debe ser la misma para todos, sea que proteja, sea que castigue. Todos los ciudadanos iguales a sus ojos, son igualmente admisibles a todas las dignidades.

4º) Pero la Revolución no se limitó a los linderos de Francia. Su propia dinámica la llevó a expandirse y saltar las fronteras. No era solamente una idea invasora, estaba servida de una milicia. Era una idea armada. No basta que los franceses sean libres e iguales. En todas las comarcas de Europa debe brotar la libertad. No ha diferencia entre los pueblos. Ha llegado el momento de sacudir todos los yugos y derrumbar todas las Bastillas.

Hay que secundar al italiano para que niegue obediencia al austriaco, al polaco para que se independice del ruso, a los sajones para que combatan a los prusianos, a los napolitanos para que se emancipen de los Borbones, a los portugueses para que se libren de Inglaterra.

Llega un solemne momento en que la Revolución se hace conquistadora. Y ese momento encuentra una frase, —los revolucionarios fueron maestros en facturar frases— que define toda la nueva dinámica de los republicanos recién venidos, en trance de conquistar a Europa: “Si se suscita una guerra de los Reyes contra Francia —dijo el Diputado Isnard”, nosotros promoveremos una guerra de los pueblos contra los Reyes”. A partir de ese instante la Revolución se convierte en un fenómeno universal.

La soberanía arrebatada al Rey pacífico, pasó a la tormentosa Asamblea. Pero no había e permanecer en ella. *En busca de la corona, llegó el pueblo a las barras de la Convención a solicitarla para sí.* Se habían organizado los Clubs. Ellos querían también su parcela de

soberanía. En los viejos templos de Jacobinos y Franciscanos se inflamaban —como en un horno— las pasiones populares. Los Clubes pasaron a ser los soberanos. Pero tenían que compartir su privilegio con la Comuna. Comuna y Convención se enfrentaron.

Todos los nuevos y efímeros soberanos, perdieron en el vértice autoridad y prestigio. Se había creado un nuevo señor poderoso, que todo lo destruía: la anarquía. Los revolucionarios, cuando ya no tenían enemigos interiores ni fantasmas de enemigos, se devoraron los unos a los otros. En el Termidor, mes de los colores intensos, la historia que es burlona dispuso, que la temperatura comenzara a bajar. Había pasado la fiebre.

La nación, después de la crisis nerviosa y del terror seco del Director, sintió una triple necesidad. Buscó ansiosamente un gobierno que le garantizara de una parte las conquistas civiles de la Revolución: La igualdad sobre todo, aún a cambio de la libertad. Los privilegios y posiciones que la revolución había otorgado a los revolucionarios sobrevivientes y “afianzadores”, anhelosos de disfrutarlos en paz. Los que habían escapado a la guillotina, querían conservar las senaturías. Y en tercer término, el nuevo gobierno al que se aspiraba con ansiedad, quería consolidar las conquistas exteriores.

Las armas republicanas habían llegado a Italia, a Holanda y a Bélgica, custodiaban el Rhin. El sueño de Luis XIV, lo realizaban los jueces de su biznieto. Esas conquistas no podían cederse. La paz era deseable, pero no a cambio de la reversión. Se necesitaba un soldado que afianzara a la República, frente a la Europa conservadora. Ese hombre llegó de Egipto, tostado por el sol de las Pirámides.

Reunía todas las condiciones. Había surgido de la ola invasora de la igualdad. Había sido amigo de Agustín Robespierre. Era un hijo de la Revolución. Había luchado contra los ingleses en Toulón, contra los italianos en Arcola, contra los Turcos en Abukir. Tenía una leyenda.

Era capaz de guardar el orden. Los revolucionarios sobrevivientes ya no tenían impulso. A la diosa del gorro frigio preferían algo más concreto: la seguridad. El gobierno que la garantizara —dentro de sus privilegios— estaban dispuestos a venderle el alma.

No importaba que Bonaparte ascendiera: ascendía del pantano. No importaba que se coronara: con él se coronaba la igualdad. Su vertiginosa carrera y la consagración por el Papa Pío VII, constituía un desafío de los iguales a los Reyes de derecho divino, a toda la vieja Europa, al Hannover loco, al Romanoff parricida, a los Hohenzollern de títulos recientes, a los Habsburgos humillados en Marengo.

La mayor parte de los colaboradores del Imperio eran antiguos jacobinos, algunos de ellos regicidas. Su árbol genealógico se remontaba al 21 de Enero de 1792 y estaba empapado con la sangre del Rey. Conocieron a todos los apóstoles guillotinado por la libertad y la igualdad, fueron colegas suyos. ¿Qué pensarían estos antiguos convencionales, cuando al entrar en los salones de Fontainebleau, ya no tenían los oscuros nombres ciudadanos, abolidos por títulos pomposos y recientes...? Ya no oyen, ni entienden cuando se les llama José Fouché, Talleyrand, Bernardotte, Murat, Beauharnais, Cambacerés, sino el Señor Duque de Otranto, el Príncipe de Benevento, Su Majestad el Rey de Nápoles, Su Majestad el Rey de Suecia, Su Majestad el Virrey de Italia, Su Excelencia el Señor Vice-Canciller del Imperio.

A pesar de eso la igualdad ha triunfado, porque la ola niveladora humilló las cabezas erguidas por la sangre y la tradición. Los inferiores ascendidos, por obra de la igualdad, se han convertido en desiguales. El Emperador no es tal a nombre del derecho divino, sino de la nación vencedora. Tan eficaz como la guillotina jacobina, que echó abajo las cabezas, ha sido la espada napoleónica que echó abajo los tronos. Lo segundo es un efecto de lo primero. La soberanía ha pasado al Ejército.

Los privilegios habían sido abolidos. La nobleza feudal sufrió la guillotina o se fue a la emigración. En el Imperio se restablecieron los

títulos, pero eran recientes, frescos sin la aureola de la perennidad. Esa clase social sabía que su hegemonía era transitoria y precaria. Cuando Chateabriand, años después de la epopeya napoleónica, visitó en Arenenberg, a la Duquesa de Saint Leu —la antigua Reina de Holanda y madre de Napoleón III— obtuvo una impresión que nos ha transmitido en “Las Memorias de Ultratumba”:

“Ua familia Bonaparte no se puede persuadir que ella no es nada. A los Bonapartes les falta una raza, a los Borbones un hombre. Habría más posibilidades de restauración para los últimos, porque un gran hombre puede surgir de repente, pero no se puede crear una raza. Todo está muerto para la familia de Napoleón, con Napoleón. No tiene un heredero distinto a su renombre. La dinastía de San Luis es tan poderosa, por su vasto pasado, que al caer, ella ha arrancado con todas sus raíces, una parte del suelo de la sociedad. No sabría decir hasta qué punto, ese mundo imperial me parece caduco de maneras, de fisonomía, de tono, de costumbres”.

“Ha tenido una vejez diferente a la del mundo legitimista. El legitimista sufre de una decrepitud que ha llegado con el tiempo: es ciego y sordo, es débil, feo y gruñón, pero tiene su aire natural y las muletas van bien con su edad. Los Imperialistas, al contrario, tienen una falsa apariencia de juventud. Quieren ser vivos, ágiles y están en los Inválidos. No son antiguos como los legitimistas. Son viejos, cosa distinta, como una moda pasada. Tienen el aire de las Divinidades de la ópera, descendidos de su carro de cartón dorado, de abastecedores en bancarrota a base de una mala especulación o de una batalla perdida, de jugadores arruinados que conservan un resto de magnificencia a crédito, cadenas, dijes, joyas, terciopelos chafados y sedas desteñidas...”.

Admirable el cuadro. Pero la predicción no fue cierta. Los Bonapartes volvieron, precisamente el hijo de la Duquesa de Saint Len. Los Borbones no. La Restauración con Carlos X había sido un fenómeno demasiado hondo como para creer en el retorno. La igualdad civil se

había abierto camino. La burguesía se había dado cuenta de su fuerza. El campo de batalla era otro. El antiguo régimen había concluido el 21 de Enero de 1792.

¿Qué carácter adquirirían las nuevas luchas...? ¿Hacia dónde habría de dirigirse el proceso nivelador...? ¿Podría establecer la burguesía sus privilegios, después de haber arruinado los de la nobleza...? ¿Se detendría la Revolución en sus consecuencias...?

Aquí viene el punto de empate entre la revolución francesa y la rusa. En el mismo momento en que la burguesía se apodera del gobierno y levanta en el trono de los Luises a un monarca burgués (por su nombre Luis, vinculado a la historia de los Capetos y por su segundo nombre Felipe, ligado al regicidio y a la igualdad), surge un nuevo partido político, dirigido ya no contra la sangre o la jerarquía, sino en contra de la nueva clase. Quien lo vio con más claridad, en su tiempo, en su cuna, en su íntima conexión fue Tocqueville (el más grande filósofo político del siglo pasado y cuyo libro “La Democracia en América” es el de mayor trascendencia en la historia de las ideas políticas, a la altura de “El Capital”). Tocqueville previó con profética exactitud el escenario de las luchas del Siglo XX. En el atardecer de la Monarquía burguesa anunciaba:

“Llegará el día en que el país, se encontrará dividido entre dos grandes partidos. La Revolución francesa que ha abolido todos los privilegios y destruye todos los derechos exclusivos, ha dejado dondequiera subsistir uno, el de la propiedad. Que no se hagan ilusiones los propietarios sobre la solidez de su situación, ni que imaginen que el derecho de propiedad no era sino el origen y el fundamento de muchos otros derechos, se defendía sin dificultad, o más bien, no era atacado. Formaba como el muro de seguridad de la sociedad, del cual todos los otros derechos eran las defensas avanzadas. Los golpes no iban hasta él. No se buscaba seriamente atacarlo. Pero hoy, que el derecho de propiedad no aparece, sino como el último resto de un mundo

aristocrático destruido, cuando ha quedado sólo, de pie, privilegio aislado en medio de una sociedad nivelada, que no está a cubierto ya, detrás de otros derechos, mucho más discutible y más odiado, y ano es lo mismo. A él sólo le corresponderá mantener cada día, el choque incesante y directo de las sociedades democráticas. La lucha política se establecerá muy pronto, entre quienes poseen y quienes no poseen. El gran campo de batalla será la propiedad y las principales cuestiones de la política, serán sobre las modificaciones más o menos profundas que se harán al derecho de los propietarios. Veremos entonces las grandes agitaciones y los grandes partidos. Cómo —exclama alarmado Tocqueville— no impresionan las miradas, todos estos signos precursores del porvenir...?”

Y esta palabra profética si se cumplió. El derecho de propiedad, durante los ciento veinte años que corren entre la meditación de Tocqueville y el mundo que vivimos, ha sufrido toda especie de asaltos.

En los países liberales el impuesto progresivo, despoja, a una rata todos los días creciente, a los propietarios el fruto de su trabajo o de su renta.

Se ha llegado al caso en que la renta apenas alcanza a cubrir el impuesto. Se respeta el título, pero se requiere el usufructo.

En los mismos países, las guerras obligan a una cotización extraordinaria. Y los planes de reconstrucción en tiempo de paz, han convertido esa situación extraordinaria en normalidad tributaria.

Se había dicho que el principio básico, establecido por los ingleses era: No hay imposición sin representación. Dentro de este principio no se concebía un impuesto que no fuera votado por los representantes del pueblo. Pero al principio no se le abrieron dos boquetes destructores: Las autorizaciones extraordinarias, por medio de las cuales el Parlamento delega en el ejecutivo la facultad de imponer. Y el segundo boquete: la fijación arbitraria de impuestos, que no tienen norma fija y que dependen del arbitrio menor de un funcionario de

segunda categoría. De una plumada puede llegarse a la confiscación. El principio contrario entra a ser cierto: puede haber imposición sin representación.

Y existe otro medio para amortiguar, desvanecer, recortar el derecho a la propiedad: la intervención del Estado en la economía y su consecuencia: la planeación. El derecho de propiedad entra a regularse dentro de los planes generales de la economía. Todas las formas de la producción pueden entrar a ser intervenidas. El propietario posee la escritura en las notarías, pero el Estado dispone las inversiones y establece las reglas de la explotación.

El carácter del gobierno —dentro de este tipo liberal— se señala en el mayor o menor grado de intervención, en el monto del impuesto, ordinario o extraordinario.

Y dentro de los gobiernos totalitarios, el gran campo de batalla ya ha sido ocupado. El Estado se ha apropiado en ellos de todos los medios de producción y la propiedad de la tierra le ha sido cedida. Una sola gran industria domina inmensos territorios. Los privilegiados y ano son los de la propiedad individual, sino dimanen de la propiedad colectiva del Estado. Una minoría se ha apoderado de la administración y usufructo de esa propiedad colectiva. Y de ahí surgió, en ese tipo de sociedades la nueva clase.

En el occidente, los gerentes administran la propiedad particular de los accionistas, con las limitaciones que el Estado impone y la vigilancia que ejerce. Pero el Estado se apropia los rendimientos en una proporción que en cada década aumenta. Gozan de una libertad restringida —dentro de la planeación— y de un rendimiento restringido por el impuesto.

En las democracias populares el Estado se ha apoderado de las tierras y las industrias. El privilegio nace allí, al pertenecer a la burocracia. El administrador goza de un nivel de vida superior a los subalternos. La categoría social la establece la burocracia. Dentro de esa burocracia,

los que están arriba, se hallan en las condiciones económicas similares a las de los gerentes. La nomenclatura ha cambiado. En el seno de la sociedad rusa, el funcionario técnico encargado de dirigir una fábrica de automotores, guarda posiblemente la misma distancia con el obrero de planta, que aquella que existe entre el gerente americano y los proletarios bajos sus órdenes. No tenemos una información para decir que en el primer caso la distancia es mayor.

Derecho de propiedad restringido, en uno u otro grado. Derecho de propiedad confiscado. Derecho de propiedad incorporado a la planificación general. Eso es lo que diferencia a las democracias liberales, de los países comunistas y de las sociedades de término medio, las socialistas.

—

En la obra maestra escrita sobre la constitución inglesa, Bagehot dice: En ella hay partes imponentes y partes eficientes. Las imponentes están destinadas a impresionar la imagen de los hombres y a darle al gobierno el prestigio y la aureola de respeto indispensable para que obren —con el acatamiento ciudadano— las partes eficientes. Un gobierno que no es simbólico, que no está rodeado de un ámbito de majestad, que no viene de atrás, que no acumula la tradición en su ejercicio, no es respetable, para el inglés.

El Rey es un símbolo, está por encima de las luchas, no ejerce presión para hacer respetar una autoridad que no es controvertida. En toda nación —por reciente que sea su trayectoria en la historia— existen fuerzas tradicionales. La nación no ha salido de la nada. Como decía Mirabeau, “tenemos leyes, costumbres, códigos, religión preexistente”.

La naturaleza ofrece la mejor de las lecciones de sabiduría política y su observación demuestra que no da saltos. No es revolucionaria sino evolucionista. La presencia del hombre en la tierra ha sido sometida

a una lenta evolución y se han presentado oscuras épocas de retroceso. Hace dos mil quinientos años los pueblos del Egeo llegaron a la perfección en todas las manifestaciones de la cultura: los poemas de Homero, los dramas de Esquilo, las estatuas de Fidias, la constitución de Clístenes, los discursos de Pericles, la concepción política de Temístocles, los diálogos de Platón, la muerte divina de Sócrates, la heroicidad de las Termópilas, la Ética de Aristóteles, la entrada de Alejandro a Babilonia. Siglos después una extensa tiniebla se extendió sobre el mundo y la humanidad volvió sus ojos, en ese nuevo despertar, a los monumentos sepultados. Ese pueblo había tenido también, para que nada faltara a su perfección, un historiador inimitable, el profundo analista de sus conflictos interiores y de la anarquía como lo destruyó: Tucídides.

El hombre de la primera hora abrió los ojos, descubrió la planta y la piedra, se proyectó bajo los árboles y con sus ramas levantó la primitiva cabaña. Debió maravillarse cuando sus ojos descubrieron, atónitos, el proceso de la primera semilla. La aparición de la agricultura, la utilización para su sustento, de este milagro germinativo de la naturaleza y la capacidad en que se halló de reproducirla a voluntad, constituye uno de los grandes capítulos en la evolución humana.

Construyó las primeras viviendas, inventó el fuego, se asomó al mar, “el de sonrisa innumerable”, se dio cuenta que era un camino líquido para ir de isla en isla y conocer las tribus gemelas. Inventó la rueda —que en la historia de la técnica es un capítulo esencial como el de la desintegración del átomo— Puso nombre a las cosas. Descubrió el número. Se lanzó al mar. Temerariamente puso el pie en la primera barca. Se agrupó en tribus. De ahí surgió la primitiva forma de gobierno y los primeros gobernantes, que eran seleccionados entre los más valientes —si eran tribus nómades o amenazadas— o los más viejos, si eran sedentarios. Se preguntó ansiosamente: ¿Quién ha hecho todo esto...? El casi-chimpancé que volvió los ojos maravillados

hacia el cielo, interrogando las constelaciones. En ese instante —dice André Malraux— nació la conciencia humana.

El inglés, en su lento camino hacia el gobierno civilizado no admite el prescindir de lo adquirido. Está viviendo siempre de pasado. Al zarpar sabe hacia donde va, pero no excluye el viaje de regreso. No se puede hacer tabla rasa de lo existente. Las fuerzas tradicionales, por la primera vez convocadas en Runnymede, están representadas en una Cámara que se denomina Cámara de revisión. A ella llegan las leyes que han sido discutidas y expedidas en los Comunes.

Pero el inglés se ha dado cuenta de que fuera del trono y la baronía existe la opinión de los burgueses, los hombres de negocios, los trabajadores del campo y los inquilinos de la City. Y con la imprenta, los periódicos, el libro, la formación de los partidos, ha surgido un nuevo factor llamado la opinión. Ese nuevo personaje incorpóreo y ubicuo debe ser consultado. Para que ella tenga sus voceros, se crea la cámara de los Comunes, que inicialmente no fue otra cosa distinta a una antesala tímida en los palacios del gobierno.

La costumbre crea la institución y no la institución la costumbre. De la Cámara de los Comunes surge un nuevo personaje, que es singular en la historia constitucional de Europa: el Primer Ministro. El Primer Ministro es tradicionalmente el líder de la Cámara popular de los Comunes, el jefe del partido que ha ganado en las elecciones. El gabinete designado por él, podría llamarse: “un comité del cuerpo legislativo, elegido para ser el cuerpo ejecutivo”.

El Primer Ministro es nombrado por el Rey, pero señalado previamente por la elección y escogido previamente por la Cámara, al hacerlo su “leader”. El Rey queda a la cabeza de las partes imponentes de la Constitución. El Primer Ministro está a la cabeza de las eficientes. El primero reina. El segundo gobierna. Tiene una doble función: es el vocero de la Cámara de los Comunes ante el Rey. Y es el vocero del Rey ante la Cámara de los Comunes.

Es un Ministro del Rey, pero también el jefe de un partido popular. Es un leal servidor del trono, pero también un intérprete de la opinión y del Parlamento. Trono, Ministro, Parlamento, opinión, Cámara de revisión. Esos son los elementos de la más vieja constitución del mundo, la más durable, porque aún la tradición y la libertad, el orden y la autoridad. Todos los pueblos, en su transcurso, han puesto el acento en uno de estos elementos no más y se han convertido en reaccionarios, anárquicos, autoritarios o liberticidas.

La monarquía parece mandar —dice Bagehot— pero jamás parece luchar. No se le ve mezclada en los conflictos. Si la nación se divide en las luchas electorales, la Corona, por eminente, permanece ajena al fragor. Su aislamiento aparente de los negocios la pone a cubierto “de las hostilidades y de las profanaciones”. Un gobierno profanado es un gobierno débil.

El primer Ministro está en la obligación de informar en todo tiempo, sobre sus gestiones, a la Cámara de los Comunes, con una asiduidad que no conocen los gobiernos presidenciales. No puede ser, por regla general, un personaje mediocre. Porque en los debates parlamentarios, ante oponentes de primera categoría, está en el deber de defenderse y dar la plena medida de sus capacidades y talentos. No delega su defensa a los otros Ministros, como lo hace el presidente en las constituciones americanas. Un Ministro brillante —en ellas— puede salvar un jefe de Estados anodino.

La Cámara dispone de un arma contra el Primer Ministro, si se equivoca de ruta o falla en sus expectativas: el voto de confianza. La mayoría adversa determina la caída.

Pero el Primer Ministro dispone de otra arma, si considera que el asunto cuya apreciación lo distancia de la mayoría es de interés vital para la nación: puede dictar el decreto disolviéndola. El Primer Ministro tiene ante sí, si falla, la amenaza de una negativa al voto de

confianza. La Cámara tiene ante sí, si falla y no interpreta la voluntad nacional, la posibilidad de ser liquidada.

“Ningún partido consentiría —dice Bagehot— invertir a un hombre que fuese una medianía, con las graves funciones que un gobierno de gabinete pone en manos del primer ministro. Este personaje, aunque designado por el Parlamento, puede disolver el Parlamento. Los representantes cuidarán de un modo natural de que ese derecho de poner fin a su mandato, tan codiciado, no caiga en manos que no sean hábiles. No irán a confiar a manos inhábiles el ejercicio de un derecho que, perjudicando a la nación, pueda arruinarles a ellos mismos. Un gobierno ministerial obra a la luz del día, toma su fuerza en la discusión. Un presidente puede ser un hombre mediocre y sin embargo, si tiene buenos ministros hasta el fin de su administración, puede no revelar que es un mediocre sin dejar en duda la cuestión de saber si es un hombre inteligente e incapaz. En cambio un primer ministro debe mostrarse tal cual es, es preciso que se mezcle en los debates de la Cámara de los Comunes, es preciso que guíe a esta asamblea en el manejo de los negocios, es preciso que la dirija en los momentos agitados. Su entera personalidad está sometida a la prueba de las investigaciones, y si no sabe resistir a ellas, deberá abandonar el poder”.

Los ingleses consagraron en sus instituciones, mucho antes que ningún otro pueblo, el principio liberal por esencia: el derecho a la oposición. No es tan solo un derecho concedido a las minorías y el libre ejercicio por parte de ellas de la crítica a los actos del gobierno. Algo más: La oposición es una función vital del gobierno, tan importante como el gobierno mismo. Y por ello se designa, “la oposición de Su Majestad”. Se basa en una síntesis: “Letus agree to differ”.

¿Cómo puede producirse ese milagro...? En primer lugar gracias a la institución monárquica, imponente en la apariencia, limitada en las funciones. Los partidos vencedores tienen la inclinación a arrasar a los vencidos. Los vencedores creen que lo han ganado todo y los

vencidos creen que lo han perdido todo. Los vencedores se embriagan, los vencidos se amargan. No les permiten, en la mayoría de los casos a los vencidos ese margen esencial de garantía para que vivan y respiren y adelanten su crítica. Los acosan hasta la desesperación —en estos climas— o los arrasan en los regímenes totalitarios.

Los ingleses tienen un símbolo moderador. Su muda presencia impide que el vencedor abuse. Y el vencido le da garantía de que si obtiene el triunfo sobre la opinión se convierte en gobierno. La oposición al Monarca, en los gobiernos absolutos, podría constituir un delito de lesa majestad. En las Repúblicas incipientes, la oposición es arrasada. No hay derecho a disentir.

“La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia —dice Don José Ortega— es la democracia liberal. Ella lleva al extremo la resolución de contar con el prójimo y es prototipo de la “acción indirecta”. El liberalismo es el principio de derecho político según el cual el poder público, no obstante ser omnipotente, se limita a sí mismo y procura, aún a su costa, dejar hueco en el Estado que él impera para que puedan vivir, lo que ni piensan ni sienten como él, es decir, como los más fuertes, como la mayoría. El liberalismo es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías y es por tanto el más noble grito que ha sonado en el planeta. Proclama la decisión de convivir con el enemigo; más aún, con el enemigo débil. Era inverosímil que la especie humana hubiera llegado a una cosa tan bonita, tan paradójica, tan elegante, tan acrobática, tan antinatural. Por eso no debe sorprender que prontamente parezca esa misma especie resuelta a abandonarla. Es un ejercicio demasiado difícil y complicado para que se consolide en la tierra. Convivir con el enemigo...! Gobernar con la oposición. ¿No empieza a ser ya incomprensible semejante ternura...? Nada acusa con mayor claridad la fisonomía del presente como el hecho de que vayan siendo tan pocos los países donde

existe la oposición. En casi todos una masa homogénea pesa sobre el poder público y aplasta, aniquila todo grupo opositor”.

Dentro de los gobiernos totalitarios no hay sino un partido, es decir, la negación de la contradicción. No existe una tesis y una antítesis. Todo se resume en una dogmática síntesis.

El conservador reaccionario cree que todo lo pasado es bueno por ser pasado. El revolucionario piensa que nada de lo pasado es bueno, que se puede sacar de raíz y extirpar y en su reemplazo construir un sistema abstracto. El mundo para él es reciente, ha nacido con él. El inglés de otra manera: Lo que la experiencia demuestra como malo, debe ser corregido. Lo que la vida propone como aceptable debe ser asimilado. En el mundo de los problemas sociales el inglés produjo el laborismo, que es un partido de esencia socialista, acoplado a las tradiciones inglesas. Su jefe, Mr. Atle, se sienta en la Cámara de los Lores.

La sociedad es producto de dos fuerzas: la centrífuga y la centrípeta y de ahí nace el equilibrio, como en el cosmos. No pueden existir sociedades centrífugas, que saltarían hechas pedazos, ni sociedades centrípetas, que quedarían clavadas en la inmovilidad, en el centro ígneo del mundo. Los centrífugos y los centrípetos. La historia —dice Ortega— es una lucha perenne, entre los paralíticos y los epilépticos.

La Constitución inglesa ha creado un tipo de gobernante original: El Primer Ministro. Ha evitado todas las formas de la tiranía y del caudillaje, ha hecho imposible la aparición del Führer, del Dictador, del Caudillo. La tradición, el trono y el Parlamento impiden el que un jefe político trate de alzarse con el poder. Basta un guiño de ojos para que una ambición extra-constitucional se desplome. El Primer Ministro, por prestigioso que sea, es apenas un servidor humilde del Rey. Y todas las herramientas del gobierno le pertenecen, no pueden ser confiscadas por el partido vencedor. El Rey las coloca en las manos del Leader, pero la retira sin apelación.

Un varón excepcional y de larga travesía, glorioso y valetudinario, como Churchill, dobla la rodilla delante de una Reina joven. Dentro de un régimen de otro tipo, posiblemente Churchill hubiera aspirado a la dictadura. “El ideal de un hombre de Estado, de mirada penetrante y de voluntad de hierro, que puede trazar planes para generaciones que aún están por nacer, ese ideal es una quimera engendrada por el orgullo del espíritu humano y que no tiene su apoyo en los hechos. Los planes de Carlomagno —dice Bagehot— han perecido con ese Emperador, los de Richelieu han abortado, los de Napoleón eran gigantescos hasta la demencia. Pero un monarca constitucional verdaderamente grande en su prudencia y cordura, no se inclinará hacia esas vanidades grandiosas. No edifica sus castillos en el aire. Su carrera es la del mundo positivo”.

La familia política que mayor asombro me produce en la historia es la de los primeros ministros ingleses. Durante tres siglos ofrecen una gloriosa continuidad. Dentro de caracteres diversos y rasgos fisonómicos originales y variados, tienen un aire de parentesco. Las otras sociedades europeas han producido las figuras descollantes a las que se refiere Bagehot. Pero después de la alta cima individual, viene la burocracia.

Alemania dio dos políticos de genio: Federico II y Bismarck, pero no creó una escuela de políticos, una oligarquía prudente y sabia, encargada de administrar la herencia de estos genios. Y la ausencia de esa clase dirigente, permitió los errores de Guillermo II y en el vacío de la post-guerra, la aparición de un delirante.

Francia cae de Bonaparte a Polignac, de Talleyrand a Delbos. No hay entre sus dirigentes de siglo y medio, un standard de altas cualidades. Altas cimas y descensos verticales.

Inglaterra es el único pueblo de la historia contemporánea, que desde los tiempos de Jorge I, ofrece una veintena de estadistas de primera categoría, educados en Oxford, versados en humanidades,

experimentados en la administración y en la vida, familiarizados con el Parlamento. No son faústicos ni han querido en el breve período de una vida dominar al mundo. Su tarea personal hace parte de la misión de su nación. No promovieron guerras distintas a la que determinó el interés británico, no a nombre de ellos, sino a nombre de la nación. No aspiraron a bautizar un siglo con su nombre.

Pero dentro de esta continuidad, muy raras veces se produce el vacío, Walpole, Catham, Pitt, Fox, Castlereagh, Melbourne, Disraeli, Gladstone, Lloyd George, Jose Chamberlain, Winston Churchill. El último está a la altura del primero. Bismarck, en cambio no tuvo herederos. Churchill hubiera desempeñado frente a Napoleón, el mismo papel de Pitt. Pitt habría adelantado la guerra contra Hitler con la tenacidad de Churchill. De cien Ministros de la Tercera República francesa, ¿quién recuerda a alguien distinto a Clemenceau...?

Se trata de una noble raza, con un promedio insigne de calidades: la honestidad, el sentimiento caballeresco de fidelidad al trono, la oratoria brillante y seca, el instintivo donde las realidades, ingleses en su raíz, continuadores de la obra emprendida por otros, acoplados al plan imperial de su nación. Tories, shigs, laboristas, tienen el mismo corte. Le hicieron frente a Luis XIV, se apoderaron de todos los puntos clave de las comunicaciones marítimas, ocuparon como en un tablero de ajedrez los estrechos, extendieron su pabellón por todos los mares del mundo, vigilaron atentamente con ojo avizor el equilibrio europeo y estuvieron siempre del lado de los débiles para impedir la hegemonía. Le hicieron frente a Luis XIV, despojaron a España, arruinaron la potencia naval de Holanda, en veinte años se opusieron a la Revolución conquistadora, terminaron por vencer a Napoleón, derrotaron a Prusia, se enfrentaron al hitlerismo. En todas estas proezas han tenido siempre a su cabeza al Primer Ministro. Ningún almirante glorioso ha pretendido suplantarlos. Su cualidad más eminente: el realismo. Su carrera es la del mundo positivo. No han incurrido jamás en

la historia. No han sido cavernarios ni revolucionarios. En el ámbito de los Comunes no se han oído aullidos.

Y dentro de la continuidad, han producido el estadista para la circunstancia. Primer Ministro para la paz, Primer Ministro para la guerra. No adquiere ninguno de ellos una abrumadora figura colosal, pro ninguno de ellos está debajo de un alto nivel. El propio Cronwell, que echó abajo un trono, no fue poseído por el delirio: era rígido, abscondito, puritano.

Así como Inglaterra es la nación de la continuidad, Alemania es el ejemplo de la discontinuidad. Derrochó en dos guerras una herencia preciosa, se embriagó, quiso forzar el destino, creyó sólo en la fuerza. No tenía esa escuela de políticos, casi geniales, que admiramos en Inglaterra y que por no ser geniales del todo no fueron derrochadores.

El sueño de la dominación universal lo han tenido todos los pueblos de Europa. Pero tan sólo los romanos, los ingleses y los rusos lo han adelantado metódicamente. Los ingleses palmo a palmo, isla por isla, estrecho por estrecho, en un plan de acción y negociación, de codicia y transacción, de guerra y disimulo, de perfidia y generosidad. Han sometido a muchos pueblos a dura ley y han logrado fama universal de liberales. Han sido conquistadores metódicos y sin embargo no han dado un solo conquistador. Han estado presentes en todas las guerras y nadie afirma que sean un pueblo belicoso. Los únicos conservadores consientes en tres siglos, son también los únicos defensores sistemáticos de sus instituciones liberales. Al participar en los conflictos, lo hacen siempre con un pretexto noble, la defensa de la libertad contra Napoleón, la neutralidad belga contra Guillermo II. La integridad de Polonia, contra Hitler.

Y además su Imperio ofrece un singular ejemplo en la historia al envejecer con dignidad. Su última proeza, la liquidación paciente de las colonias, convirtiéndolas en socias del Commonwealth, no es la menos hábil y honrosa. La vejez es casi siempre envilecedora. Ingla-

terra es una nación vieja pero no caduca, soberbia pero no loca, libre pero no desordenada, antipática, si se quiere, pero no odiosa.

Y en el viejo castillo feudal, poblado por los fantasmas de vikingos, cruzados,, piratas y nobles lores gotosos, se abrieron los patios a la democracia y en una solemne galería de retratos, variada y uniforme, que inicia el Tomás Moro pintado por Holbein, admiramos uno a uno los rostros de la más extraordinaria familia política de la historia: los primeros Ministros ingleses.

¿Cómo se produjo ese milagro...?

1º) La insularidad. Los cuarenta kilómetros del Canal de la Mancha los han defendido de los vecinos. La naturaleza les dio los límites naturales. Francia lleva veinte siglos buscando esos límites naturales sin lograrlo. Inglaterra no ha sido invadida desde los tiempos de Guillermo el Conquistador. El propio Hitler, con los Stukas y las panserdivisiones, no pudo dar el salto.

2º) Su marina. Su auge comienza en el mismo momento en que se inicia la decadencia española. La derrota de la Invencible Armada señala la fecha exacta de la hegemonía inglesa sobre los mares. Organizaron un instrumento bélico capaz de herir en cualquier sitio del mundo, con toda la fuerza del Imperio y de replegarse a voluntad. El repliegue de un ejército de tierra, nunca es tan móvil como la retirada de una flota. Y el ataque de una flota puede ser tan inesperado y contundente como no lo puede ser (sobre todo antes del radio y del radar) la movilización de un ejército, que siempre está preanunciada y produce la alerta.

3º) La diplomacia. Ella ha sabido conjugar contradictorios elementos: oprimir y aflojar, dar el golpe mortal y negociar, actuar con decisión y conversar con paciencia, conquistar y pactar, ocupar y convivir.

4º) El comercio. Con la utilización del vapor como energía, Inglaterra modernizó su flota, aceleró el transporte y se convirtió en un vasto

taller, en el gran centro manufacturero mundial. Las colonias envían las materias primas. Inglaterra las devuelve al comercio de todas las comarcas convertidas en artículos manufacturados. La libra esterlina paso a ser hasta 1930 una moneda universal.

5º) La solidez de las instituciones políticas. Dentro de ellas no se ha presentado jamás el fenómeno del predominio de un jefe militar o de una casta militar sobre los poderes civiles. Nelson nunca aspiró a ser Primer Ministro. Es un raro ejemplo en el que la carrera militar no desemboca en el poder.

Si las circunstancias son extraordinarias, no se acude a un hombre extraordinario por caminos imprevisibles. La constitución perite a ese hombre extraordinario asumir normalmente el poder. En ninguna crisis nacional, por grave que sea, —la amenaza napoleónica, la hegemonía prusiana, el ataque en masa de los aviones nazis— se piensa en romper el orden establecido, que tiene la ductilidad singular de convocar al servicio normalmente al hombre extraordinario. No ha sido en ninguna época el militar vencedor. La marina es un instrumento, pero ni su gloria ni sus servicios se hallan en capacidad de confiscar la libertad o suprimir al Primer Ministro.

Francia ha sido la nación del hombre extraordinario, llegado por caminos irregulares: el golpe de Brumario, en 1799. El golpe bonapartista en 1854. Los poderes extraconstitucionales conferidos a Petain en 1940. La ascensión del General De Gaulle en 1957.

6º) La apropiación de todas las llaves maestras de las comunicaciones marítimas y de las grandes reservas de petróleo y materias primas. En cuatro siglos los ingleses han sentado su planta:

1854 Sir Walter Raleigh funda Virginia.

1612 Las Islas Bermudas.

1624 Virginia colonia de la Corona Inglesa.

1625 Establecimiento de la primera oficina colonial en Londres.

1661 Bombay cae en poder de Carlos II de Inglaterra.

- 1662 Tanger.
- 1704 Gibraltar.
- 1729 Carolina del Norte y del Sur.
- 1758 Senegal.
- 1760 Canadá abandonado por los franceses.
- 1764 Victoria de los ingleses sobre los príncipes de Bengala.
- 1765 Lord Clive, gobernador de la India.
- 1772 Calcuta, sede de la administración inglesa. El Parlamento de Boston acuerda la separación de Inglaterra.
- 1783 Declaración de Independencia de los Trece Estados americanos, Virginia, Maryland, Pennsylvania, las dos Carolinas, Georgia, Nueva Hampshire, Massachusetts, Connecticut, Nueva York, Delaware, Rhode y Nueva Jersey.
- 1800 Malta
- 1806 Ataque a Montevideo y Buenos Aires.
- 1810 La Isla Mauricio.
- 1819 Malaca.
- 1829 Australia.
- 1837 Nueva Zelandia.
- 1843 Natal.
- 1852 Birmania.
- 1853 Tasmania.
- 1855 Nueva Guinea.
- 1874 Stanley descubre el Congo.
- 1882 Egipto.
- 1885 El Kedive Ismael vende al Gobierno inglés sus acciones en el Canal del Suez.
- 1882 Egipto convertido en protectorado inglés.
- 1891 Cécil Rhodes, conquista Rodesia.
- 1893 Uganda.
- 1907 Reparto de Persia con los rusos.

Tercera parte

I César, Mirabeau, Bonaparte

En veinte siglos Europa ha tenido cuatro cambios fundamentales:

1º) El tránsito del Imperio Romano al feudalismo.

2º) El tránsito del feudalismo a la formación de nacionalidades.

Se integran las grandes monarquías.

3º) El tránsito de la monarquía absoluta, a la monarquía constitucional.

4º) La sustitución de la nobleza por la burguesía y de la monarquía por la República.

¿Cómo se originó este fenómeno, que es uno de los más interesantes de la historia...?

¿De qué manera una clase social poderosa, que tenía en sus manos la riqueza, el respeto público, las armas, el brillo, la tradición, fue perdiendo su importancia, hasta desaparecer como una fauna del tercer glaciar...?

Esa clase social, la nobleza, había surgido como una necesidad histórica. Al hundirse el Imperio romano desapareció la seguridad.

Se hundieron con él las instituciones, todas las formas del Estado. Desapareció la Ley, el Pretor, las legiones, el derecho romano.

El mundo quedó a la merced de la barbarie. Es un gran sálvese quien pueda. Se fueron constituyendo pequeños núcleos de defensa, para reemplazar provisionalmente al Estado. La seguridad no la ofrecía el Imperio... ¿Quién podía ofrecerla...? ¿El Rey...? El Rey estaba distante y también está en apuros. La vida social se concentró en diversos núcleos dispares, originados por la necesidad. Para hacerle frente a los enemigos.

Los enemigos eran de toda índole. Los vecinos. Los árabes, los húngaros, los normandos. Los débiles se fueron compactando alrededor de los fuertes. Los fuertes poco a poco se hicieron señores. Y en un proceso secular fueron personificando en ellos la única autoridad:

- a) Que administraba justicia.
- b) Que protegía la religión.
- c) Que era capaz de defender contra las acometidas extrañas.
- d) Que poseía la tierra.

El Señor Feudal era Juez, guerrero, legislador, propietario, amparador de los pobres, señor de los campesinos. Era una sociedad armada para la legítima defensa, o para la contra-ofensa.

Armada contra el árabe, contra el vikingo, que llegaba con sus veloces canoas, contra el húngaro agresivo y temible. Contra el vecino merodeador, contra los caballeros bandidos. Toda la sociedad se trasladó al Castillo. El fuerte se hizo señor. El hijo de ese señor se hizo noble. Y además de noble, rico. Y además de rico glorioso.

El poder político, el saber y la riqueza. Tres elementos de esa sociedad. Los tres existían en el señorío feudal. El poder lo administraba el señor feudal. A su lado, el clérigo, representaba el saber. Era quien conocía el alfabeto y el latín. La riqueza era riqueza inmobiliaria. No había otro género de riqueza.

Además la sangre era la única fuente de la nobleza. “Se nacía noble. Nadie podía hacerse noble, dice Tocqueville”. Entre los señores feudales surgió uno más fuerte, más hábil, más inteligente, mejor coordinador de voluntades, más valiente guerrero, mejor político. Del panorama feudal destacó su cabeza y se ciñó una corona. Corona disputada por los barones. Se necesitó la habilidad de siglos, ejercitada no por un hombre sólo sino por una dinastía, para ir redondeando el feudo y dándole el carácter de la realeza. Pero hasta el fin de la Edad Media, el Señor Feudal conserva su rango, frente a su Rey. Vasallos de su Rey. Señor de otros vasallos. Los vínculos de vasallaje se extendieron como una red. La preeminencia del Capeto, o del Staufen, o del Duque de Normandía, fue obtenida en lentos siglos, o acelerada por una victoria.

El Rey levantó su autoridad, después de largas dificultades opuestas por la recia singularidad de los señores. La pólvora vino a decidir el conflicto. Ante los cañones caían abatidas las almenas y los torreones. El feudalismo perdió importancia militar. El Rey comenzó a organizar ejércitos nacionales. La feudalidad fue vencida, en condiciones muy diversas en Francia y siglos después en Alemania.

A medida que los señores feudales se iban haciendo débiles, los Reyes se iban haciendo fuertes. En Francia no se resignaron tan fácilmente. Organizaron “La Fronda”, que había dejado de ser la expresión heroica de caballeros audaces, para convertirse en una curiosa guerra de cortesanos descontentos. Eran más intrigantes que militares. Pero la Fronda fue vencida, en tiempos de Mazarino.

Los grandes feudales perdieron sus arrestos. El Rey pasó a ser el único Señor, la única fuente del poder, el símbolo de la soberanía. Reinó Luis XIV.

Bajo su gobierno se operó un curioso fenómeno, determinante de la Revolución: *la centralización del Estado*. Todo el mecanismo oficial entró a depender del Rey. La nobleza rica abandonó a las provincias y

se hizo cortesana. Perdió su contacto directo con el pueblo. Conservó algunos privilegios. Pero el Rey era quien mandaba a sus agentes directos en la gran burocracia eran los Intendentes.

Vamos a analizar uno a uno los fenómenos que produjeron el debilitamiento de la nobleza y el acceso de una nueva clase: el llamado Tercer Estado o burguesía.

Son de distinto origen: El primero de ellos, ya lo hemos anotado: el desplazamiento de la nobleza hacia Versalles.

El segundo: tiene un carácter económico, la aparición del dinero. La riqueza dejó de estar vinculada estrechamente a la propiedad inmobiliaria. La tierra ya no era su único patrón. Surgió la banca, la industria, la producción, las acciones en sociedades anónimas.

El tercero de los fenómenos: la elevación paulatina del nivel intelectual de los hijos de la burguesía y la resistencia de la nobleza a desempeñar cargos distintos a los de la Corte, el Ejército y la alta jerarquía eclesiástica.

Cuarto: el lento movimiento subterráneo en todas las sociedades europeas en busca de la igualdad.

Vamos en este estudio de la mano de Tocqueville:

Para Tocqueville, el mayor filósofo político del siglo XIX, una aristocracia está formada por los poseedores de bienes reales o convencionales, que necesariamente no pueden ser sino la propiedad de unos pocos.

Esos bienes son: el nacimiento, la riqueza y el saber.

No se concibe una sociedad en la cual todos sean nobles, ricos y sabios. Los nobles, los ricos y los sabios, son necesariamente una minoría.

Solamente se puede hablar de aristocracia perfecta, cuando todos los que están provistos de riquezas, saber y nacimiento, obran de común acuerdo. Sólo entonces se puede decir que hay aristocracia fuerte y durable.

La sola riqueza no funda una aristocracia, porque entonces la sociedad estaría basada en el dinero como suprema medida de todas las cosas. La sola sabiduría puede crear una Academia, pero no una sociedad. La sola sangre, sin poder y sin conocimiento, originaría una pálida casta innecesaria.

Según Tocqueville, en el siglo XVIII la nobleza no poseía en su seno sino algunos de los elementos naturales de la aristocracia. Tenía el nacimiento. Pero las luces intelectuales brotaban ya en otra clase social. No poseía ya la riqueza de manera exclusiva.

La riqueza de los nobles era riqueza inmobiliaria. La tierra era su signo. Pero la tierra había dejado de ser, con la aparición de la industria, la banca, el comercio, las explotaciones coloniales, la única fuente de riqueza. Era mucho más grande la renta de un accionista de las sedes de Lyon, que la del propietario de un feudo en Normandía, para dar el ejemplo.

“Los nobles se habían aislado de los plebeyos, ricos o ilustrados por un prejuicio ancestral. En la Edad Media el nacimiento era la fuente principal de todas las ventajas sociales. Pero en la Edad Media el noble era el rico y había llamado al sacerdote que era el ilustrado. La sociedad toda estaba entregada a estos dos hombres”.

En cambio en el siglo XVIII muchos de los ricos no eran nobles y muchos nobles no eran ilustrados. Y muchos nobles ya no eran ricos...

El Tercer Estado o burguesía, poseía en consecuencia muchos de los elementos de la aristocracia, a saber; disponía de las principales y más fecundas fuentes de riqueza, como eran los Bancos, el comercio, las empresas coloniales, las fábricas. Era la clase trabajadora, la clase inventora, la clase propulsora, la clase progresista.

La nobleza no poseía sino el nacimiento, parte de la tierra y los privilegios. 20 mil familias formaban esta clase. De esta clase el Estado obtenía, la Alta jerarquía militar, la alta jerarquía eclesiástica y los privilegios de los “presentados” al Rey, los cortesanos.

Comenzaba a dejar de ser una aristocracia, porque se escapaba parte de la riqueza y se le había escapado la ilustración y la cultura.

Para que una aristocracia lo sea de verdad, necesita ser rica, culta y noble.

La burguesía era parte de la aristocracia, que era combatida por otra parte de la aristocracia, la nobleza. La una poseía la riqueza, la otra el nacimiento. La nobleza no permitía que se ampliara su círculo. Obtuvo todas las posibles entradas de los elementos del Tercer Estado a sus filas. Los dos mundos se declararon una guerra a muerte.

Los burgueses hacían ostentación de su dinero, algunos de ellos vivían esplendorosamente, educaban a sus hijos, habían organizado una sociedad brillante. Pero tenían una limitación: no podían aspirar a ser nobles, ni a frecuentar a Versalles, ni a ser presentados a la Reina, ni a tener ninguna participación en los asuntos públicos. En vista de estas limitaciones, se volvieron partidarios decididos de la igualdad, ya que sus hijas no podían ser condesas y que en los teatros no tenían palcos reservados, ni sus hijos podían aspirar a ser algún día Almirantes y Obispos. Con la igualdad pretendía combatir el Tercer Estado a los nobles. Los nobles combatían con el desprecio. Los unos tenían los privilegios originados en el nacimiento. Los otros tenían los privilegios originados en la propiedad de las nuevas fuentes de riqueza. Su bandera era la igualdad.

“En el seno mismo de la nobleza, la desigualdad era atacada cada día, en algunas de sus aplicaciones diversas. El noble de la Corte, criticaba los pequeños derechos señoriales del noble de provincia. El noble de provincia se irritaba con los favores que recibía el cortesano. El gentil-hombre de antigua nobleza despreciaba al recientemente ennoblecido. Todas estas recriminaciones entre las diferentes especies de privilegiados hacían daño a la causa general de los privilegios. De esta manera se extendía poco a poco en la nación la idea de que la igualdad era conforme al orden natural de las cosas”.

Los nobles ocupaban los altos cargos de la Iglesia y del Estado y recibían los favores del Rey, eran dueños de parte de la tierra e invitaban algunas veces a los “intelectuales” a sus comidas. Pero esa situación era trunca. No influían directamente sobre las determinaciones del Rey, no gobernaban directamente a las provincias. Ante el pueblo aparecían como una inmensa casta de parásitos. Ante el Rey figuraban como cortesanos ávidos de prebendas, costosos, engañosos y desleales. Es decir: no tenían ninguna posición ante el pueblo. No tenían ninguna posición ante el Rey. No eran ni gobernadores eficaces, ni súbditos útiles. Eso se halla magistralmente descrito por Tocqueville:

“La nobleza francesa, nacida de la conquista, así como las otras noblezas de la Edad Media, había gozado como ella, —y más posiblemente que ninguna— de inmensos privilegios. Había reunido en su seno casi todas las luces y casi todas las riquezas de la sociedad. Había poseído tierra y gobernado a los habitantes.

“Pero al fin del siglo XVIII la nobleza francesa no presentaba más que una sombra de sí misma. Había perdido a la vez, su acción sobre el príncipe y sobre el pueblo. El Rey tomaba aún de ella los principales agentes del poder, pero en esto seguía indistintamente una costumbre antigua, una vez de reconocer un derecho adquirido. Desde hacía mucho tiempo no existía un noble que pudiera hacerse temer del monarca y reclamar de él una parte del gobierno.

“La influencia de la nobleza sobre el pueblo era menor aún. No existen para una aristocracia sino dos medios para conservar su influencia sobre el pueblo. *Gobernar al pueblo o unirse a él para moderar a los que lo gobiernan.* En otros términos, es necesario que los nobles sean sus amos o que se conviertan en sus jefes.

“La nobleza francesa estuvo muy lejos de ponerse a la cabeza de las otras clases, para resistir aliada con ellas, en frente a los abusos del poder real. Por el contrario, fue el poder real el que se unió al pueblo

para luchar contra la tiranía de los nobles y en seguida se unió a los nobles para mantener al pueblo en la obediencia.

“De otro lado la nobleza había cesado de tomar parte en el detalle del gobierno. Con frecuencia eran los nobles los que conducían los asuntos generales del Estado. Comandaban los ejércitos, ocupaban los ministerios, llenaban la Corte. *Pero no tomaban ninguna parte en la administración propiamente dicha, es decir, en los asuntos que ponen en contacto inmediato con el pueblo.* Encerrado en su castillo, desconocido del príncipe, extraño a la población circundante, *el noble de Francia permanecía inmóvil,* en medio del movimiento diario de la sociedad. Alrededor de él eran los oficiales del Rey los que administraban justicia, establecían el impuesto, mantenían el orden, trabajaban en el bienestar de los habitantes y los dirigían. Fatigados con sus oscuros ocios, los gentiles hombres que habían conservado grandes bienes, se iban a París y vivían en la Corte, los únicos lugares que podían servir de teatro a su grandeza. La pequeña nobleza, fijada por necesidad en las provincias, llevaba allí una existencia odiosa, inútil... De esta manera entre los nobles, aquellos que por la riqueza, a falta de poder, hubieran podido adquirir alguna influencia sobre el pueblo, se alejaban voluntariamente de él. Los que estaban forzados a vivir en su vecindad no desplegaban ante los ojos del pueblo sino la inutilidad de una institución de la cual parecían los únicos representantes. “Al abandonar así a los otros los detalles de la administración pública, para no apuntarse sino a los grandes cargos del Estado, la nobleza francesa demostró que ella *tenía más interés en las apariencias del poder, que en el poder mismo.* La acción del gobierno central, no se hace sentir sino de vez en cuando y con mucha dificultad a los particulares. La política exterior, las leyes particulares no ejercen sino una influencia invisible, sobre la condición y el bienestar de cada ciudadano. La administración local los encuentra todos los días, los toca sin cesar en los puntos más sensibles; influye sobre todos los pequeños intereses, con los que se

forma el gran interés que se le da a la vida; es el objeto principal de sus temores, atrae a ella sus principales esperanzas, las vincula con mil lazos invisibles, que los van llevando sin que se den cuenta. Es gobernando las poblaciones de provincia como una aristocracia establece, el fundamento del poder que le sirve en seguida para dirigir todo el Estado. *Es fácil descubrir que entre los privilegios de sus padres, la nobleza francesa no había conservado sino aquellos que hacen odiar las aristocracias, no aquellos que las hacen amar o temer*”.

¿Y los hombres de letras? Tradicionalmente los nobles habían honrado y protegían a los escritores. “Así pasaba bajo Luis XIV. Pero para decir verdad, no se mezclaban con ellos”.

En el siglo XVIII se había presentado una floración extraordinaria de hombres de letras surgidos de la clase media. Los periódicos eran inspirados por ellos. Las obras de teatro de mayor éxito llevaban su rúbrica. Se mofaban en ellas de los nobles. En todos los salones se respiraba un ambiente filosófico. Damas de la burguesía se convirtieron en Egerías literarias. Se discutía a Voltaire, a Rousseau, a D-Alambert, a Diderot, a Buffon, a Beaumarchais... Entre los burgueses había muchas gentes de fino espíritu. Intelectuales y nobles se veían con frecuencia. ¿Cuáles eran los efectos de esta aproximación...?

Nos lo dice Tocqueville: “La literatura se había convertido en un terreno neutral en el cual se había refugiado la igualdad. El hombre de letras y el gran señor se encontraban allí sin buscarse ni temerse. Se veía reinar fuera del mundo real una especie de democracia imaginaria, en que cada uno estaba reducido a sus ventajas naturales.

“Ese estado de cosas tan favorable al desarrollo rápido de las letras, estaba muy lejos de satisfacer a aquellos que las cultivaban. Ellos ocupaban en verdad una posición brillante, pero mal definida y siempre discutida. Participaban ajenos a sus derechos. El noble se aproximaba de ellos lo suficientemente cerca, como para hacerles ver en detalle todas las ventajas reservadas al nacimiento. Pero se mantenía

prudentemente lo suficientemente lejos, como para que no pudieran participar de esas ventajas ni gustarlas. Se colocaba de esta manera bajo sus ojos como un fantasma de igualdad que huía a medida de que ellos se aproximaban para atraparlo. De esta manera los escritores tan favorecidos por la nobleza, formaban la porción más inquieta del Tercer Estado y se les oía maldecir de los privilegios, hasta en el palacio de los privilegiados...”¹

¿Cuáles eran las nuevas fuentes de riqueza? Nos lo dice Alberto Mathiez, el historiador socialista de la Revolución: En el comercio internacional, Francia ocupaba el lugar inmediatamente inferior a Inglaterra.

La posesión de Santo Domingo le proporciona la mitad del Azúcar que se consume en el mundo. La Industria de la Sedería, que ocupa en Lyon cerca de 60.000 obreros, no tiene rival. Los aguardientes, vinos y confecciones francesas se venden en el mundo entero. La misma metalurgia, cuyo desarrollo ha sido tardío, progresa, Greusot, es ya una factoría industrial modelo, provista de los últimos perfeccionamientos. Dietrich, el Rey del hierro de la época, empleaba en sus altos hornos y en sus forjas de la baja Alsacia, centenares de obreros. Un armador de Burdeos, Bonaffé, poseía en 1791, una flota de 30 navíos y una fortuna de 16 millones. Este millonario no constituye la excepción, ni mucho menos. En Lyon, en Marsella, en Nantes, en el Havre, en Ruán, existen grandes fortunas. El florecimiento económico es tan intenso que los Bancos se multiplican en el reinado de Luis XVI. La Caja de Descuentos de París, emite billetes análogos a los del actual Banco de Francia. Los capitales comienzan a agruparse en sociedades por acciones: Compañía de Indias, Compañía de Seguros contra incendios, de seguros de vida, compañía de las aguas de París.

¹ Pág. 48. Tocqueville “L’Ancien Regime et la Revolution”.

La fábrica metalúrgica de Montcenis se constituyó con capital emitido en acciones. Los títulos cotizados en Bolsa, al lado de los valores del Estado, daban lugar a activas especulaciones. Ya por aquel entonces se practicaban operaciones a plazo...”

Esas eran las fuentes de la nueva riqueza. Se habían constituido dos ciudades. La ciudad de los ricos y la ciudad de los nobles. La nobleza se divertía alrededor de Versalles. La burguesía también. Pero no se mezclaban. Con ojos de recelo envidioso los burgueses hablaban de un extraordinario palacio, construido por Luis XIV, en donde vivían cuatro mil elementos de la nobleza, en una vida ociosa consagrada a la Corte, a la conversación, al amable chisme insidioso, a la Caza y al baile. Con ojos de recelo envidioso, los nobles se acercaban a la ciudad burguesa, en la que ricas plebeyas ostentaban su riqueza, organizaban sus festines, abrían salones literarios, escuchaban a Voltaire y se reían con las comedias de Beaumarchais. Los nobles podían descender a estos salones, bienvenidos. Los burgueses no podían hablar de Versalles ni aspirar a conocerlo.

Con alguna frecuencia los nobles arruinados decidían casarse con una hija de burgueses, para mejorar su situación. Pero esa era una violación de la regla. “Las costumbres les prohibían apoderarse por medio de las alianzas matrimoniales de una riqueza así adquirida. Un gentilhombre consideraba que descendía de rango, al casarse con la hija de un rico plebeyo... No era raro el ver contraer uniones de esta naturaleza. Porque su fortuna descendía más rápido que sus deseos. Esas alianzas vulgares que enriquecían a algunos miembros de la nobleza, terminaban por restarle al cuerpo mismo, el poder de opinión, que era el único que le quedaba. Magistralmente dice Tocqueville: “Los nobles cometieron un error al considerar que se envilecían al casarse con las hijas de los plebeyos. El error más grande aún que cometieron, fue el de casarse, alimentando esta creencia...”

En consecuencia la nobleza, comenzó a aparecer ante los ojos del francés como una casta, que aprovechaba los privilegios del nacimiento, pero que no cumplía con sus deberes para con el país. La nobleza ocupaba a Versalles, la alta jerarquía militar, las Embajadas. Pero estaba ausente de la Bolsa, del comercio, de algunos de los salones literarios, de las redacciones de los periódicos, de las oficinas de los impresores, de las sesiones del Instituto, de la nómina de los sabios. Se había dejado colocar al margen del río de la vida. Era una clase obsoleta. La demostración está en que no dio un estadista capaz de comprender a fondo el fenómeno.

Qué había que hacer...? Ahora aparece muy claro darle al gobierno una carta constitucional y fundar un Parlamento en el que estuvieran representadas las clases tradicionales: el Senado de los señores. Y una cámara que el pueblo, la ambiciosa burguesía, tuviera participación activa en la conducción de la nación.

1º) Eliminar algunos de los privilegios de la nobleza, exceptuada de impuestos. Dice Tocqueville: *“Los privilegios más peligrosos para quienes gozan de ellos, son los privilegios del dinero. Cualquiera aprecia la extensión del privilegio al primer golpe de vista y al verlo claramente se siente ofendido.* Las sumas que produce son como medidas exactas para apreciar el odio que hacen nacer. No hay sino un cierto número de hombres que aspiran a los honores que quieren convertirse en directores del Estado. Pero hay muy pocos que no quieran ser ricos. Muchos hombres se preocupan poco de saber quién los gobierna. Pero no hay ninguno que permanezca indiferente a lo que pasa en su fortuna privada.

Los privilegios que dan dinero, son a la vez menos importantes y más peligrosos que los que dan el poder. Los nobles franceses conservaron de preferencia lo que dan el dinero. Conservaron de la desigualdad lo que hiere y mortifica y no lo que sirve. Mortificaban y empobrecían el pueblo. Y no lo gobernaban. Parecían en medio de él como extranjeros

favorecidos por el príncipe, más bien que como guías y como jefes. No tenían los nobles nada que dar. No vinculaban a ellos los corazones por medio de la esperanza. Hacían nacer el odio y no excitaban el temor...". Cuando se ha abandonado la realidad del poder —concluye sabiamente Tocqueville— constituye un juego peligroso al querer retener las apariencias. Se da la sensación de que es suficientemente fuerte como para suscitar el odio. Pero no es suficientemente fuerte para defenderse de las embestidas del odio...".

Muchos factores intervienen en la milagrosa aparición de un grande hombre.

1º) La circunstancia histórica, que no depende de su voluntad. Nadie puede determinar la época en que pueda nacer. Hay épocas tranquilas socialmente en que naufragan y se agostan los temperamentos tumultuosos. Y hay épocas de larga y ominosa anarquía que todo lo devoran.

Las grandes figuras en general emergen —esa es una curiosa constante de la historia— en el majestuoso hundimiento de las sociedades establecidas. César, Mirabeau, Bonaparte, Lenin.

Cuando se pasa de un tipo de sociedad a otro y se hunde toda una organización social y un modo de existencia, hace su aparición el grande hombre, fuera de la medida. Esta extraña flor humana no parece ser producto de sociedades consolidadas, sino de sociedades que lo fueron, pero se hallan en combustión.

Da la impresión de que antes de morir la sociedad en agonía, concentra angustiosamente todas sus antiguas potencias y produce el portentoso demiurgo.

César surge en el momento en que se anuncia el eclipse de la antigua república romana y se resquebraja la aristocracia. Mirabeau irrumpe con el último aristócrata frondista. Da la impresión de que la clase agonizante, quisiera dar la muestra final de su vitalidad.

Bonaparte es el hijo de la Revolución y de la crisis, su misión es defender las conquistas de los jacobinos, convertidos en imperialistas, salvar a los revolucionarios supérstites y restablecer el orden social, socavado por la anarquía. A la Revolución hay que ponerle un fin, salvando sus principios igualitarios. Hay que restablecer por otra parte, el orden cristiano, sin darle el paso a los Borbones.

Bonaparte es un personaje de transición. César también lo fue.

No hay grande hombre sin gran circunstancia: es la eclosión humana de las grandes crisis. La circunstancia, que es un hecho social, la puede utilizar, pero no la puede determinar el grande hombre. Sin el majestuoso escenario, sin una histórica caja de resonancia, el grande hombre no podría dar su medida.

El hundimiento de la República romana, o el hundimiento de la monarquía francesa, son dos hechos capitales de la historia, que dan lugar a dos consecuencias de la misma dimensión. La creación del Imperio, y la inauguración, en el suelo de Europa de las Repúblicas libres.

La trascendencia de estos hechos proyecta la estatura de sus protagonistas. Pirro y Demetrio Poliorceta fueron militares geniales, pero se redujeron a hacer la guerra, por costumbre, sin objetivo, sin consecuencias. Fueron grandes hombres a los cuales faltó la circunstancia. No vivieron en una de las horas de la historia.

La historia se complace en producir a Napoleón en el instante mismo en que la Revolución lo exige. Diez años antes hubiera sido un corso-genovés. Diez años después hubiera encontrado cerrado el gigantesco teatro. El milagro inicial consiste en hacer coincidir al hombre con el escenario.

2º) La obra. El grande hombre se mide por las proyecciones de su obra. La obra de Alejandro las tuvo: la helenización de Oriente. Pero los pueblos que sometió habían dado ya su rendimiento. Habían hecho ya su historia.

Alejandro conquistó pueblos con pasado. César conquistó pueblos con porvenir. El helenismo fue esfumándose dentro de las sociedades asiáticas. La romanización formó, civilizó, plasmó los pueblos bárbaros de Occidente. La historia hizo su viaje a través del Mediterráneo. Saltó a las Islas Británicas y de ahí a América. Parece que la historia se mueve de Oriente a Occidente.

3°) El pensamiento político. No se produce una obra política de grandes dimensiones, sin un pensamiento político claro y vasto, que se convierta en la solución teórica de la crisis real. Lo demás es trabajar en el vacío.

Pompeyo carecía de ese pensamiento. Por eso no fue César. Bismarck buscó tenazmente, dentro de un plan previo, la unidad alemana. Bolívar obtuvo la libertad americana, en la exacta coyuntura y con el pensamiento político apropiado a la empresa. Cuando no hay un pensamiento directo, se produce tan solo ruido.

4°) La llama intelectual. Es curioso observar esta constante: Alejandro se sabía de memoria los versos de la *Ilíada*. César hablaba y escribía con perfección y sus “Comentarios a las guerras de las Galias”, colocan su nombre al lado del de Salustio.

Napoleón era un escritor impresionante. La lengua francesa, que no era su lengua maternal, “la lengua clara, precisa, pragmática del Siglo XVIII, la de Montesquieu y de Voltaire, no ha expresado mejor su universalidad, su misión de formular el pensamiento como un álgebra de la acción, sino cuando suministró a este curso, el estilo de su genio y el genio de su estilo”. (Thibaudet: *Historia de la Literatura Francesa*).

Mirabeau traducía a Tácito, escribía cartas inflamantes sobre su infortunio, poseía talento literario, imaginación ubérrima, el don de la frase.

5°) El Mito. El grande hombre prepara su propio mito. La posteridad no se apasiona sino de los hombres que impresionan su imaginación y pueden convertirse en legendarios. Lo importante no

es que la leyenda sea falsa o no sino que el hombre que la suscita sea capaz de eso: suscitarla.

Alejandro viajó hasta el templo de Júpiter-Amón para conformar la leyenda de que era hijo de Dios y de Olimpia infiel. A partir de ese instante a los macedonios les hizo sentir su naturaleza superior. El objetivo era político: impresionar a los pueblos de Oriente con la sobrehumana aureola.

César decía en los funerales de su tía Julia: “Como sabéis, mi tía Julia, del lado de su madre desciende de los reyes. Por la rama paterna desciende de los dioses inmortales. Esto vincula la santidad de los reyes, que son los amos de los hombres y la religión de los dioses, que son los amos de los reyes”.

Al marinero que vacila en lanzarse al mar le dice: “No temas, llevas a César y su fortuna”.

Su muerte contribuye a la leyenda. El escenario es digno del héroe: el Senado Romano. La ciudad es incendiada. Los asesinos se suicidan con las mismas espadas con que lo hirieron en los Idus de Marzo.

Ya desde su juventud Bonaparte estuvo rodeado de la leyenda. Era el héroe joven de Tulón. David lo pintó atravesando el puente de Arcola. Llegó a Italia y los palacios del Renacimiento abrieron sus puertas al general de la República, que traía encendida la antorcha de la libertad. Se fue a Egipto. Luchó frente a las pirámides. Se vistió como los mahometanos. Llevó la guerra al Oriente. Venció en el Monte Thabor.

Vandal nos cuenta la impresión que causó a su regreso de Egipto y nos hace su magistral relato:

“Tenía la piel más morena que a su partida. Adoptó la moda de los cabellos cortos. Todos sus compañeros venían curtidors, tostados, enjutos.

Los ojos de Bonaparte eran hundidos, las mejillas huesudas, el aire enfermizo. El brusco cambio del clima, los primeros fríos, la hume-

dad del otoño le habían hecho impresión. Pero su alma de fuego no sostenía y a través de la débil envoltura ponía alrededor de él un esplendor. Una llama brillaba en sus ojos y algunas veces su mirada se hacía soñadora, profunda, melancólica, la mirada del hombre señalado por la fatalidad y predestinado a lo extraordinario. Todo en él atraía atención y lo distinguía. Era glorioso y extraño. Su piel quemada por el sol y curtida por el viento del mar, su acento corso, lo bizarro de su traje extravagante, esa cimitarra pendiente de su cintura, hasta la ortografía aún mal precisada de su nombre, que los unos escribían Buona-parte y los otros Bonaparte, le daban un aire exótico y detrás de su flaca silueta, se creía ver todo un horizonte de luminosos países conquistados, de rojos escuadrones vencidos, de enemigos que huían y de ciudades violadas, de victorias obtenidas muy lejos, bajo cielos ardientes”.

Bonaparte forjó maestramente su mito: Sobre la roca de Santa Helena se convirtió en un símbolo de abolidas grandezas. “Imaginativo, poderoso en un símbolo de abolidas grandezas. “Imaginativo, poderoso creador de imágenes, poeta. Sabía que había eclipsado al gran Federico en la imaginación de los pueblos, que se repetiría su historia, que se verían sus retratos en los muros, su nombre en las enseñas, hasta que fuera reemplazado por otro héroe. Ese héroe no ha venido”. (Bainville).

“El aventurero fabuloso, el Emperador con máscara romana, el dios de las batallas, el hombre que enseña a los hombres que todo puede ser posible. El demiurgo político y guerrero permanece único en su género”.

6°) La capacidad de acción. El torrencial activismo de que habla Ortega, el prodigioso don de poner orden en la maraña de los hechos y de los hombres. Organizar los ejércitos, sitiar a Alesia, orientar la Asambléa nacional, dictar los decretos consulares de 1800, hacer la guerra, escribir las proclamas, utilizar las pasiones, disuadir a los enemigos,

amortiguar los amigos celosos, toda esa entrega total al propósito que anima la existencia del gran político.

Es la más variada combinación de factores la que produce el hombre excepcional: Circunstancia, escenario, obra, calidades personales, la *Virtud* de que habla Maquiavelo, la imaginación, la fortuna, el mito, la coyuntura de la historia, la llama intelectual.

Reunirlo todo es un milagro. Por esa razón son pocos los hombres que fascinan a la posteridad y siguen desde los siglos, vivos, discutidos, con adversarios y partidarios, interesando a los pueblos y cuya existencia histórica, no termina nunca de concluir.

7º) La causa. El gran hombre necesita una gran causa, que sea evidente y atractiva ante los ojos de sus contemporáneos. El programa que defiende debe constituir una necesidad ineludible.

César, en primer término era el jefe del partido popular, que en tiempos de Sila había recibido tan tremendo castigo. En su programa figuraba el ascenso a la vida ciudadana de los pueblos vencidos, la exaltación y dignificación de las provincias. En el Senado ampliado por él, tomaron asiento nuevos ciudadanos, nacidos en las Galias, en España, en el África. Al pasar el Rubicón, utilizó como bandera la defensa tradicional de la institución tributaria.

Mirabeau fue la potente voz que anunció el nuevo régimen: La libertad, la igualdad, la fraternidad. Los privilegios antiguos se desmoronaron en Agosto de 1789. Se inauguró el régimen representativo. Se implantó el principio: la soberanía reside en la nación y de ella emana todo poder.

Bonaparte, en su primera etapa, fue la espada victoriosa de la Revolución contra las monarquías coaligadas. Una vez designado Cónsul, simbolizó el orden y la reconciliación con la Iglesia. En su tercera etapa, imperial, simbolizó para los franceses la gloria y la conquista. La bandera de la libertad pasó a manos de sus enemigos. A

nombre de la libertad se levantaron los pueblos contra él, después de la catástrofe de Rusia.

El titán

José Ortega y Gasset, en su ensayo sobre Mirabeau, aspira a definir las condiciones personales, los egregios atributos del gran político:

“Nada capaz para la política, —dice— presumo en Mirabeau algo muy próximo al arquetipo del político. Arquetipo, no ideal. No debiéramos confundir lo uno con lo otro. Tal vez el grande y morbosos desvarío que Europa está pagando, proviene de haberse obstinado en no distinguir los arquetipos y los ideales. Los ideales son las cosas según estimamos que debieran ser. Los arquetipos son las cosas según su ineluctable realidad”.

A lo largo de todo el ensayo cita tres nombres: César, Napoleón, Mirabeau. Son tres grandes creadores de historia. En ellos es preciso diferenciar la personalidad democrática, la obra que realizaron y el pensamiento que los animó. Esos tres factores se complementan.

Ya lo dijimos:

No hay grande hombre sin la oportunidad histórica precisa para que se ponga en movimiento su energía. No hay grande hombre sin un vasto pensamiento político que explique su presencia y le de un sentido a su obra. No hay grande hombre que no posea esas cualidades extrañas, salidas del molde común. No hay grande hombre que además de la claridad del pensamiento para juzgar una situación y definir su conducta, —Ortega llama esto la intuición histórica— no posea además el fulgor intelectual, sin el cual no impresiona a los humanos y no hay grande hombre de acción que no sea capaz de sentir fruición intelectual desinteresada.

Circunstancia histórica, intuición política de lo que se debe hacer, fulgor intelectual, titánica capacidad de acción. Estos son los extraordinarios ingredientes que producen al político.

“En ninguna otra figura humana tanto como en el gran político — dice Ortega— aparecen acusadas las facciones del Titán. El Titán es a la vez, más que un hombre y menos que un hombre. Se hunde más hondamente que nuestra especie normal en los senos cósmicos, en lo infrahumano, donde sus raíces absorben las ígneas sustancias, de que se nutre la vida toda antes de ser vida, es decir organización, regla, orden, norma. Y esta profundidad de sus cimientos le da fuerza, para sobrepasar la línea humana y llegar más allá, acercarse a las estrellas. En las figuras de Miguel Ángel aparece, magníficamente, esta doble condición superlativa del Titán: sus hombres son ya un poco dioses y todavía un poco chivos”.

La circunstancia histórica

En primer término la circunstancia histórica. César pudo pensar en el gobierno personal y en la transformación radical de la República, porque nació en un momento en que las instituciones romanas se habían debilitado y se hallaban todos los días en mayor desacuerdo con el inmenso imperio creado.

“La República estaba ya amenazada de muerte. Ya no era cuestión más que de saber como iba a morir y por quien sería derribada”. La historia estaba esperando la aparición de César. Cuando César llegó al histórico umbral, todas las condiciones estaban dispuesta a sus planes y a su ambición. Esas condiciones no las había creado él. Existían de antemano, elaboradas por el doble fenómeno de la corrupción en las costumbres de la República y la expansión ilimitada del Imperio.

El hombre necesario

Había surgido en Roma el hombre necesario. El romano a comienzos del siglo I antes de Cristo no confiaba en las instituciones. La aristocracia confió en la primera guerra civil de defensa a Sila. Sila vencedor entró a roma a mano armada y “enseñó a los generales romanos a violar el asilo de la libertad”.

Estableció las proscripciones, abusó de sus atribuciones de dictador, persiguió cruelmente a sus enemigos.

Estos antecedentes están magistralmente definidos por Montesquieu. “Las leyes de Roma habían dividido sabiamente el poder público en un gran número de magistraturas, que se sostenían, se moderaban y se detenían unas a otras”. El gobierno de la República era en realidad un equilibrio de controles.

“Cada una de las magistraturas tenía un poder limitado. Todos los ciudadanos eran aptos para desempeñarlas. Y el pueblo, viendo desfilar uno tras otro a muchos personajes, no se acostumbraba a ninguno. Pero en este tiempo el sistema de la República cambió. Los más poderosos obtuvieron del pueblo comisiones extraordinarias, lo que aniquiló la autoridad del pueblo y de los magistrados y puso los grandes negocios en manos de uno solo o de muy pocos individuos. “¿Hubo de hacer la guerra a Sertorio...? Pompeyo fue el encargado. Fue preciso declarársela a Mitridates. El pueblo entero aclamó a Pompeyo. Cuando tuvo Roma necesidad de hacer venir trigo, se creyó perdida si Pompeyo no se encargaba de la comisión. Para destruir a los piratas, nadie como Pompeyo Y cuando César amenazaba con la invasión el Senado a su vez pide auxilio y sólo espera en Pompeyo”.

Había aparecido el hombre necesario. La sociedad confiaba en la voluntad del hombre providencial. El Senado romano perdía su influencia y la adquirirían los nombres egregios. Ya no se confiaba en el instituto, sino en el Imperator.

La sabiduría romana, había previsto este fenómeno y había tomado medidas precautelativas contra la irrupción en Roma del general vencedor, que tuviese la idea de confiscar la libertad e imponerse a la fuerza. Todavía se ve grabado en el camino de Rímini a Cesena, “el célebre *Senatus consulto*, según el cual se entregaba a los dioses infernales y se declaraba sacrílego y parricida a cualquiera que, con una legión, con un ejército o con una cohorte cruzara el Rubicón”. (Montesquieu).

Pero Sila, con la anuencia de la aristocracia lo había cruzado. Pompeyo en cambio licenció sus ejércitos después de su regreso triunfal del Oriente. “La ambición de Pompeyo era más lenta y suave que la de César —escribe Montesquieu— César quería llegar al poder supremo con las armas en la mano, como Sila. Tal modo de oprimir no agradaba a Pompeyo. Aspiraba a la dictadura por el voto del pueblo. No podía consentir en usurpar el poder, pero habría deseado que no lo pusieran en las manos”. Pompeyo es un César que no se atrevía a decir su nombre.

Además existía un problema de fondo. Las instituciones ya correspondían a la dimensión del Imperio. Cuando Roma era una pequeña ciudad, las asambleas populares correspondían a su estructura y a su extensión. Por otra parte la ciudadanía romana se había extendido a todos los habitantes de la península. Por lo menos existía un millón de ciudadanos con la facultad nominal de intervenir en los Comisios. Pero los Comisios se seguían realizando solamente en Roma y tan sólo quienes estaban en Roma tenían el acceso al Foro. Roma se había convertido en un inmenso centro cosmopolita, en el que convivían sujetos de todas las razas, todas las costumbres y todos los caracteres.

El carácter de la plebe romana se había aplebeyado. Los aspirantes al voto popular tenían que adquirir el favor de esa plebe heterogénea, a base de ostentación y derroche: juegos circenses, donaciones, regalos.

Era una plebe que votaba por el que más la divertía, por el que más la adulaba, por el que más la consentía.

La civilización pudo salvarse

César, a pesar de haber sido uno de los aduladores de la plebe, comprendía el fenómeno. Lo comprendía también Cicerón, pero no proponía los remedios. En una carta dice “que en los comicios ya no intervienen romanos sino frigios, judíos, esclavos, gladiadores”. La política se ha entregado a los jefes de bandas.

“Hay un momento decisivo en la historia de Roma —escribe Ortega y Gasset— el siglo I antes de Cristo. Vemos hoy con suficiente claridad que la civilización antigua pudo salvarse a no ser por las limitaciones y la testarudez de la mente romana. El organismo social gobernado por esta había adquirido proporciones gigantescas y no podía ya vivir políticamente de Roma. Era menester vivir de otras potencias sociales nuevas y éstas no podían ser más que las provincias. Siempre hubiera quedado a Roma el papel tradicional de cabeza pública y suprema rectora de los pueblos.

“Pero el tratamiento a que las provincias estaban sometidas, las había envilecido. Un hombre maravilloso tuvo la genial intuición de que para salvar a Roma era preciso exaltar la provincia. Este hombre que para mi gusto era el más grande que ha existido nunca, se llamaba César y era de la gente Julia”.

“Como decía Goethe, todo ser en que una especie culmina no pertenece ya a esa especie. En César el alma romana se escapa de sí mismas. Es milagroso el caso, pero en medio de las limitaciones antiguas aparece un hombre moderno. Lo es en tal medida que no nos extraña su modernidad en el detalle. Por ejemplo: su invención del periódico y del diario de sesiones que debía unir a Roma con todo

el orbe —Urbi et Orbi— su preocupación por la medida del tiempo (reforma Juliana de calendario) todo en él nos parece sustancioso y sublime. Formidable y encantador lo llama un autor reciente, lo único que nos perturba un poco es su pederastia accidental.

Pues bien: este César hijo de Versus, en quien se ha destilado exquisitamente todo el pasado de Roma, comprende que el Estado tiene que cambiar de forma y de fondo. Es preciso inventar nuevas instituciones y despertar nuevas energías sociales de fuerza orgánica. El va a dignificar la provincia frente a Roma. Y como las provincias asiáticas son razas caducas, enquistadas en arcaicas y petulantes civilizaciones, César se vuelve hacia los pueblos jóvenes y se determina a poner en forma las naciones bárbaras. De aquí la conquista de las Galias. Pero la idea era demasiado sutil, demasiado compleja y vasta, para alojarse en las cabezas putrefactas de la vieja aristocracia romana, inscritas fatalmente dentro de la idea República: es decir; Senado, Tribunus, comicios con presencia corporal. La República es ya sólo un vocablo, decía el genio de César. Y esto le ponía frenético a Cicerón, literato y orador, para quien los vocablos lo eran todo. El intento de superar la limitación romana costó la vida a César”.

Circunstancia y obra

En los párrafos anteriores se hallan definidos ya los elementos de un gran político: la circunstancia histórica en la cual actúa y la intuición genial para apreciar, juzgar, modificar esa circunstancia.

Si César hubiera nacido y vivido en tiempos de los Escipiones, no habría logrado su proyecto, ni madurado su ambición. Le correspondió vivir en la época en que el influjo del Senado comenzaba a languidecer. En cambio a Escipión el Africano, le correspondió vivir en la era dorada de la aristocracia. El prestigio del Senado, de viejas

raíces y tradiciones míticas casi, se había extendido y aureolado después de las guerras púnicas. Fue el Colegio insigne capaz de afrontar y vencer los reveses ocasionados por Aníbal. Había dado heroicamente su cuota de sangre y de valor. 80 senadores perecieron en la batalla de Cannas. Además, en el seno del senado existía un supremo fiscal. La voz antigua de Catón el viejo que todavía resuena en la historia, se levantó implacable para condenar la ostentación del Africano. Se atrevió a llevarlo delante de los jueces. Escipión salió hacia el voluntario exilio. El prestigio de un hombre no lograba opacar el prestigio de una institución.

La conquista de las Galias

Y con los antecedentes la obra. César conquistó las Galias e inició el proceso de su romanización.

Para el contemporáneo de César, la conquista de las Galias tenía un significado: eliminar para siempre el peligro de los galos, que en los primeros tiempos de la República habían arrasado y ocupado a Roma y constituían para ella una amenaza permanente. Esa amenaza quedaba disipada. La frontera de Roma se establecía sólidamente en el Rhin. La alegría de los romanos al celebrar la victoria de César, se relaciona con esta evocación del pasado.

Pero la importancia de César, visto desde la colina de la historia veinte siglos después, se refiere a las consecuencias de su obra, que él no pudo prever. En las Galias romanizadas surgió después de la caída del Imperio, bajo las olas sucesivas de la barbarie, el núcleo histórico que habría de reconstruirlo en el Occidente. Roma se apaga. Se enciende Aixa-la-Chapelle. Sucumbe el Imperio romano. Se funda el Imperio Carolingio. La romanización lleva aneja una nueva misión, ya no imperial, sino religiosa. El Imperio carolingio se convierte en

la espada de la Iglesia. El Emperador franco recibe en sus sienes la corona, de las manos del Papa. Se ha establecido la continuidad en la cultura, gracias al Occidente. Al Occidente llegó, por primera vez, con las águilas romanas, César.

La historia de Francia y la de Inglaterra comienzan en César. El abre el primer capítulo. Sin las proyecciones históricas de esa obra no habría proyecciones históricas de ese nombre. Escipión arrasó a Cartago. César romanizó las Galias. No hay proporción entre las dos tareas.

Podría decirse, en consecuencia, que la grandeza de un hombre se mide por la proyección de su pensamiento político en el futuro y por las consecuencias históricas de su obra.

A los grandes hombres y a los grandes renombres les acontece lo que al Nilo, “que en sus cabeceras incipientes es desconocido y nadie ignora su múltiple y majestuosa desembocadura”.

César tenía dos propósitos, fuera del de su ambición: conquistar la Galia e incorporar la provincia a la vida de Roma.

El único que vio claro

Mirabeau tuvo una finalidad capital en su política: establecer la monarquía constitucional. Reconciliar la monarquía con el pueblo. Era una tarea muy difícil.

La nobleza no quería renunciar a los privilegios antiguos. El Rey carecía de visión para juzgar el turbulento panorama. La ola revolucionaria creció. Se formaron dos partidos: el de quienes creían que no había que transigir y que todo se arreglaba en un golpe de fuerza. Y el de quienes pensaban que había que demolerlo todo. Ese primer partido entró a llamarse la Emigración. Y el segundo partido fue el de los Jacobinos. Ninguno de los dos partidos tenía la razón.

“El único que vio claro fue Mirabeau. “La política de Mirabeau, como toda auténtica política postula la unidad de los contrarios. Hace falta a la vez un impulso y un freno. Una fuerza de aceleración de cambio social y una fuerza de contención que impida la vertiginosidad. El impulso de 1789 era la nueva burguesía y su credo racional; el freno era el pasado de Francia resumido en la autoridad real. Con motivo de la declaración de los derechos del hombre, la magnífica definición abstracta en que fructifican dos siglos de razón pura, Mirabeau dijo:

“No somos salvajes recién llegados de las riberas del Orinoco a formar una sociedad. Somos una nación vieja, tal vez demasiado vieja para nuestra época. Tenemos un gobierno preexistente, un Rey preexistente, prejuicios preexistentes. Es preciso en lo posible acomodar todas estas cosas a la Revolución y salvar la subitaneidad del tránsito”. Admirable expresión que condena todo el método político y diferencia a éste de la magia. El revolucionario es lo inverso de un político, porque al actuar obtiene lo contrario de lo que se propone. Toda revolución, inexorablemente —sea ella roja, sea ella blanca— provoca una contrarrevolución. El político es el que se anticipa a este resultado y hace a la vez por sí mismo la revolución y la contra-revolución.

“La Revolución era la Asamblea, que Mirabeau dominaba. Necesitaba también dominar la contra-revolución, tenerla en su mano. Necesitaba el Rey. De aquí su afán por penetrar en Palacio. Pero los conservadores —Rey, aristocracia— son también definidores, como los radicales y sentían repulsión hacia Mirabeau. Es probable que los desastres subsiguientes se hubiesen evitado aceptando la idea simplísima de Mirabeau: unión de Palacio y Asamblea, en un Ministerio de representantes”.

Establecer el régimen representativo, dotar a Francia de una Carta constitucional, seguir la huella de Inglaterra en la gradual eliminación

de la monarquía absoluta, para convertirla en una monarquía contrapesada por la Ley y por los voceros del pueblo. Ese era el pensamiento de Mirabeau. Y era él quien tenía razón.

Se admira en él no lo que hizo, sino lo que pensó. En un mundo ofuscado fue el único que tuvo clarividencia. Los monarquistas tradicionales no concebían una monarquía disminuida en sus fueros. Los republicanos, que vivieron después, no concebían ninguna forma de la República. Los primeros querían conservarlo todo y reducían el problema a una simple cuestión de déficit. Los segundos querían arrasarlo todo y edificaban en el aire repúblicas quiméricas.

En la carrera política de Mirabeau se observa: la circunstancia propicia, dibujada especialmente para él. El destino complaciente lo condujo de prisión en prisión, de aventura en aventura, hasta traerlo a un escenario único, en el momento preciso de su vida, en el momento cenital de su madurez. 10 años antes no habría podido concurrir a los Estados generales porque se hallaba en la prisión.

El reinado de la palabra

El pueblo francés no había tenido el hábito de hablar en el Parlamento, en la plaza pública, en el foro. Hasta entonces el escenario de los intelectuales de moda, eran los salones. En aquel ambiente finísimo se hablaba espiritualmente de las cosas divinas y humanas. Existía el canapé, pero no la silla curul. En un grupo restringido de hombres de ciencia, aristócratas ilustrados y grandes damas comprensivas, se hablaba de la Enciclopedia, de las sátiras de Voltaire, de las frases de Chanfort. La conversación era en sepia, en confidencia. Pero no existía el Parlamento, institución típicamente inglesa, ni el tribuno de la plebe, ni el Agora. El salón era para unos pocos. Los cien salones de París formaban la opinión pública. Allí se exaltaban y encarecían los

prestigios nacientes, se hacía la oposición al gobierno, se susurraban anécdotas contra el Rey o contra los Ministros, se lanzaban a la circulación frases picantes, se incubaban las grandes reputaciones literarias. Pero en el salón no se declaraba, ni se vociferaba. Todo era allí medido, discreto, sabiamente dosificado y perverso, inteligentemente sutil.

Y por primera vez se pasó del salón, a los Estados generales y de ahí al Juego de la Pelota y de ahí a la Asamblea Nacional y de ahí a la Convención Jacobina.

Comenzaba el reinado de la palabra.

Mirabeau llega en el instante preciso de la historia, en el que se abre, en la misma ciudad de Luis XIV, el gran salón en el que va hacer su debut la burguesía.

“Sin preverlo él mismo —dice Ortega— Mirabeau encuentra en sí, mágicamente puesto, el formidable instrumento para la nueva forma de vida pública: la oratoria romántica, la magnífica musa vociferante de los Parlamentos continentales, que sopla como el espíritu divino sobre las aguas, sobre el alma líquida de las muchedumbres, haciendo tormentas e imponiendo calmas. El efecto de su primer discurso fue electrizante. Un testigo de la sesión, el reflexivo Dumont, nos lo dice: “En el tumultuoso preludio de las Comunas, no se había oído aún nada comparable en fuerza y dignidad, fue como una delicia nueva, porque la elocuencia es el encanto de los hombres reunidos. Su estatura enorme, su cabeza de gigante y la cabellera ampulosa que la aumentaba, le daban un aire de león”.

“Se dirá que todo esto —oratoria y pelambre y leonismo es retórica. Ya es bastante que fuera retórica. No es retórica en cambio su valor personal y de la especie propia al político que es el valor ante los encrespamientos multitudinarios. Si entera la Asamblea nacional se levanta contra él, Mirabeau no se inmuta, no pierde un quilate de serenidad. Al contrario, su mente se aguza, penetra mejor la situación, la hace transparente, la dosifica en sus elementos y pasa

gentil al otro lado llevando a la rastra, domesticada, aquella misma asamblea, unos minutos antes tan arisca y tan fiera”.

“Se da cuenta de que mal en Francia no proviene del hambre y de la carestía. “Francia estaba mejor que nunca, y por lo mismo necesitaba un Estado más ancho. Por eso escribe al Ministro Montmorin: Francia no se ha sentido nunca más fuerte ni más saludable, intrínsecamente hablando; jamás ha estado tan cerca de desarrollar toda su estatura. El único mal que hay es el muy pasajero inconveniente de una administración poco sistemática y el miedo ridículo de recurrir a la nación, para constituir la nación.

Encuentro una curiosa semejanza entre la vida de Mirabeau y la de César. En el momento en que César da el paso definitivo, concluye el gobierno de la palabra. La palabra había dominado luengos siglos de la República y en vísperas de su desmoronamiento, surge de la cantera latina, la más armoniosa y esbelta: la de Cicerón. Torrente de palabras armónicas, de largos párrafos latinos que siguen siendo modelo de elocuencia. Al iniciarse el Imperio, se enmudece la sonora garganta de Cicerón. Simbólicamente su cabeza tronchada es expuesta en la tribuna de los Rostros y su lengua mortal fue atravesada por los alfileres con que quiso castigarla el odio de Fulvia, la vengativa mujer de Marco Antonio.

Con César concluye la palabra. Con Mirabeau se inicia la palabra.

II Lincoln (La guerra de secesión)

La grandeza de un hombre la señala la causa que defiende. Al meditar ante la serena efigie de Lincoln, que lleva un nombre bíblico, Abraham, con sus grandes ojos absortos, los cabellos en desorden, la alta frente, como una cúpula, la barba que enmarca el rostro noblemente plebeyo, el lacio corbatín descuidado, la leontina de oro sobre el terciopelo del chaleco y las dos grandes manos que se escapan, como ajenas, de la estampa enluteada —que en otro tiempo manejaron el hacha y ahora caen pesadas sobre los papeles del Estado en vigilia— lo primero que se nos pone en evidencia es la extraña fuerza moral que irradia de la melancólica figura.

Su significación en la historia no es diferente. Lincoln sobrevive después de un siglo en la memoria de los hombres, porque realizó la unificación de la nación americana, alrededor de un principio moral. Una gran fortuna para su pueblo. La propia guerra de la Independencia, suscitada por el impuesto del timbre y el lanzamiento de un millar de sacos de té a las aguas del mar, como protesta contra los impuestos decretados por el rey Jorge, carece de la muda significación moral de

la gran batalla emprendida por Lincoln ante la amenaza de la secesión. Gracias a él mantuvo la unión de los Estados federales alrededor de un principio. Esa aglutinación no se hizo para realizar un codicioso plan de conquista, ni bajo el látigo de un monarca temerario, ni con el fin de despojar a los vencidos, sino con el más noble de los objetivos: la justicia. En la historia raras veces se da este ejemplo, de un pueblo desgarrado en el proceso de su consolidación por una razón moral. Esa razón de existir la suministró con su palabra y su martirio el Presidente. Lincoln constituye la aureola ética de la nación americana y esa misma aureola la palpamos en la inmensa, magra y blanca figura de mármol, que preside con serenidad los destinos incógnitos.

Hablemos primero de la nación:

Dice Tocqueville en su admirable libro *la Democracia en América*:

“Los emigrantes que vinieron a establecerse sobre las costas de la Nueva Inglaterra pertenecían todos a las clases pudientes de la madre Patria. Su reunión sobre el suelo americano presentó desde los comienzos el singular fenómeno de una sociedad en la que no se encontraban ni grandes señores, ni pueblos, por así decirlo, ni pobres, ni ricos. Había, proporciones guardadas, una más grande masa de luces, extendida entre esos hombres, que en el seno de ninguna nación europea de nuestros días. Todos, sin exceptuar posiblemente uno solo, habían recibido una educación bastante avanzada y muchos dentro de ellos se habían hecho conocer en Europa por sus talentos y sus ciencias. Las otras colonias habían sido fundadas por aventureros sin familia. Los emigrantes de la Nueva Inglaterra aportaban admirables elementos de orden y de moralidad. Y se iban al desierto acompañados de sus mujeres y de sus hijos. Pero lo que los distinguía sobre todo, de los otros, era el fin mismo de su empresa. No era la necesidad lo que los forzaba a abandonar su país. Allí dejan una porción social apreciable y medios de vivir seguros. No pasaban al nuevo mundo a fin de mejorar su situación o de incrementar sus riquezas. Se arrancaban

a las dulzuras de la patria para obedecer a una necesidad puramente intelectual. Exponiéndose a miserias ineluctables del exilio querían hacer triunfar una idea”.

“Los emigrantes, o como se llamaban ellos mismos, los *peregrinos*, pertenecían a la secta de Inglaterra a la cual la austeridad de sus principios había dado el nombre de *puritana*. El puritanismo no era solamente una doctrina religiosa. Se confundía en muchos puntos con las doctrinas democráticas y republicanas más absolutas. Perseguidas por el gobierno de la madre patria, heridos en el rigor de sus principios, por la marcha diaria de la sociedad en la cual vivían, los puritanos buscaban una tierra tan bárbara y abandonada del mundo, donde fuera permitido, vivir a su manera y rogar a Dios en plena libertad...”.

Los puritanos imprimieron su sello a la que había de ser la nación americana, constituyeron el núcleo determinante y activo de las llamadas “plantaciones”, las trece colonias del litoral atlántico.

En el espacio de su siglo florecieron milagrosamente las ciudades y los puertos, el comercio y la agricultura. La poderosa vitalidad de la raza que inicialmente se había instalado en una levísima franja a la orilla del océano, penetró en las selváticas regiones, incorporándolas a Dios, al alfabeto y a la riqueza. Se luchó bravamente contra la ventisca y contra la selva, aproximándose a los puestos coloniales que el empuje francés, por su lado, había levantado en la otra orilla del Missisipí.

Para las grandes plantaciones de algodón y de tabaco se necesitaban brazos. Y en la fiebre de expansión vital de los colonizadores volvieron sus ojos hacia el África, ominosa e inexhausta cantera.

Europa no había querido nunca, a lo largo de los siglos, valerse del trabajo esclavo y colocar en la infraestructura de sus sociedades a una raza abatida y sumisa. Pero en el proceso de colonización no tuvo escrúpulos en organizar sistemáticamente la inmigración y el transporte de las legiones de esclavos, compradas en el África, para venderlas a los grandes explotadores de la riqueza colonial.

Las fuentes de la esclavitud

En Atlántico estaba continuamente poblado por veleros que a lo lejos se mecían graciosos e inofensivos al compás de las ondas. Pero si alguien se aproximara a ellos y vaciara ante sus ojos las imágenes retorcidas en el fondo de las bodegas y la carga hacinada, descubriría los trenzados racimos de la miseria humana.

Centenares de negros, con grandes ojos espantados como los de los antílopes, hercúleos biceps y sonrisa de fiera resignada, apretujaban, como sombras entrelazadas.

Habían llegado de la Costa de Marfil, casados, seducidos o comprados por los traficantes. ¿De dónde venían...? Del fondo de las selvas del Congo, o de los tórridos soles húmedos del Senegal, o sorprendidos en la embriaguez de una lúbrica danza. Los negros ¿Sabían que eran hombres...? Ignoraban hacia dónde eran conducidos. ¿Qué les decía esa palabra... América?

“Las grandes fuentes de esclavos destinadas a las plantaciones, eran Sierra Leona, Costa del Grano, Costa de Marfil, Costa de los esclavos, Camerún, Loango”, según Bonell Phillips. Había toda clase de negros. “Los hotentotes, criadores de ganados. Los bosquianos, de cultura inferior, pobre, nómade. Los negros del Cuerno oriental, que ya habían establecido contactos con la cultura mahometana. Los negros del Sudán, influidos directamente por la región mahometana. Finalmente los bereberes del desierto”. (Gilberto Freyre *Casa grande y senzala*).

De esta manera en la provincia de Virginia —bautizada así en honor de una reina que presumía ser virgen— comenzó a fundarse un nuevo tipo de sociedad. Arriba los grandes ricos instalados con ostentoso lujo, que enviaban sus hijos a educarse a Oxford, más abajo los comerciantes enriquecidos y los pequeños colonos en ascenso, y en el subterráneo la inmensa masa prolífica y fecunda de los negros sin derechos y sin esperanzas.

Varios negocios prosperaban alrededor de los negros: el primero, el de comprarlos en el África y transportarlos a América. El segundo, el utilizarlos en las grandes plantaciones. Y el tercero, el de criarlos, en rebaños cobrizos, como se cría el ganado, para venderlos al mejor postor. Esta energía de sangre negra, indispensable para mover la economía agrícola de las colonias, sufría oscilaciones en el mercado. Ascendía su valor en tiempo de cosecha y cuando se ampliaban los trabajos de los colonizadores audaces. Un negro representaba aproximadamente una suma de doscientos cincuenta dólares.

La sociedad así organizada prosperó de manera inaudita. La amenaza de los franceses que colonizaron el Canadá y querían abrir una ruta hacia el golfo de Méjico, a través de los grandes lagos y de la cuenca del Missisipí, fue liquidada en la guerra de los siete años, conducida implacablemente contra Francia, por el ministro William Pitt y por el rey Federico II de Prusia.

Todos los hombres nacen iguales

Las colonias han obtenido su independencia en una guerra atrevida contra los impuestos del rey Jorge. Para adelantar esa guerra se levantó como previa bandera la Declaración de Independencia. El principal inspirador fue Jefferson: “Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales. A todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Siempre que un gobierno tienda a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a abolir a reformar esa forma de gobierno...”

Todos los hombres nacen iguales, dijo la declaración histórica de Filadelfia, mucho antes que la de los revolucionarios franceses. Esa declaración iba a aglutinar a los americanos en su lucha contra el inglés. A los pocos granadinos que la leyeron les abrió los cándidos

ojos a inéditas posibilidades. A los reformadores franceses les señaló un camino, que habría de abrirse en 1789.

¿Pero se cumplió esa declaración...? Las doce colonias que la firmaron y que ahora se compactan bajo el vínculo de la Unión, tenían muy bien diseñada su propia personalidad. Cada una de ellas afrontaba problemas de distinta índole y organizó sociedades con estructuras diferentes. Y todas ellas, como legado tradicional, aspiraban a gobernarse por sí mismas, respetándose mutuamente su manera de pensar y enfocar determinados problemas. Por esa razón se había adelantado la guerra de la independencia. El Pacto Federal tenía que respetar obligatoriamente la estructura de cada uno de los Estados que habían adherido como socios libres y que no firmaron la constitución delegando en el poder central la totalidad de la soberanía, sino tan solo aquella parcela relacionada con la seguridad exterior. Era en todo lo demás, autónomos e iguales.

Y los problemas que venían de atrás, se mantenían dentro de la república. Muchos de los nuevos Estados habían organizado su economía sobre el trabajo servil. Y no entendían que al hablar de la igualdad de los hombres en la declaración, ese concepto podría ser extensivo a los negros. Estaban decididos a mantener la esclavitud, a la cual se hallaban ligados cuantiosos intereses.

Unos podían autónomamente proscribirla. Pero los que quisieran mantenerla, no estaban obligados a ello por ningún mandato constitucional.

Es más... La Corte de Justicia declaró solemnemente, “que los negros no pueden hacerse ciudadanos de los Estados Unidos, ni quejarse delante de las cortes federales, que la Constitución de los Estados Unidos reconoce los Estados como una propiedad y solicita al gobierno federal defenderla”. Toda ley prohibitiva de la esclavitud, debe considerarse como anticonstitucional.

La aparición del leñador

Entonces es cuando aparece, por primera vez, en la grande escena de la historia americana la figura de Abraham Lincoln.

Este humilde hijo de Kentucky, había llevado en sus comienzos, “una vida solitaria en los bosques, regresando de sus pobres diversiones hacia su casa triste. No habló de esos días de sus amigos más íntimos. De todo aquello que ayuda a la cultura de un espíritu joven y que hoy se encuentra en toda casa al alcance de los niños no conoció absolutamente nada... Libros, juguetes, juegos ingeniosos, devoción cotidiana del amor de los padres...”.

Sus únicos amigos fueron los árboles. Recorría, desmirriado, los húmedos senderos agrestes, familiarizado con la música del silencio, con la lluvia, la penumbra, la noche, la soledad, meditando a solas sobre los hombres. La naturaleza fue su primera maestra. ¿Alcanzó a advertir en una de esas tardes, con el hacha sobre el hombro, la estrella de su destino...? Otro hombre, contemporáneo suyo, emergido también del seno agreste de la América, comenzaba a cantar:

Me voy solo de caza por los montes lejanos y solitarios. Camino
asombrado de mi ligereza y mi alegría.

Al caer la tarde busco un sitio seguro donde pasar la noche, encien-
do una hoguera,

aso la pieza que acabo de cobrar,

y me duermo sobre un montón de hojas secas,

con el perro y a la escopeta a mi lado.

Soy de una nación gigante formada de muchas naciones,

y donde las pequeñas valen lo mismo que las grandes,

soy del norte y del sur,

soy del ranchero desenfadado y hospitalario,

que vive allá abajo junto a las aguas del Oconí.

Soy el yanqui libre en su camino.

... ..

Soy el hombre de Luisiana y de Georgia,
soy el botero que navega por los lagos,
por las bahías y a lo largo de las costas,

... ..

Estrecho la mano del barquero
y como vivo con los que trabajan en las minas
Tengo el color de todas las razas y el prestigio de todas las castas.
Pertenezco a todos los rangos y a todos los credos.
Soy labrador, mecánico y artista,
caballero, cuaquero y marino,
un prisionero, un iluso y un tunante,
abogado, médico, presbítero.
No soy orgulloso
Estoy en mi sitio solamente...

Y Lincoln fue también abogado. Iba a serlo de la gran causa.
Convertir en hechos de vida, las frases de la Declaración de Filadelfia:
todos los hombres son iguales.

El abogado de los negros, el apoderado de sus derechos. Quería rescatar, en una democracia mutilada, toda la inmensa masa de dolor y de ébano, traída desde las selvas del Congo y de la Etiopía, proliferada en Virginia, en la Luisiana y en Carolina del Sur, sometida a un nuevo feudalismo. Racimos humanos en los algodones bajo el látigo del capataz, carnes maceradas y dolientes, del color del tabaco. Perseguidos por la justicia, sin protección, ni derecho, ni jueces, ni Habeas Corpus.

Y se enfrentó a Douglas.

“La esclavitud tiene por base el egoísmo de la naturaleza humana. La oposición a ella se basa en amor a la justicia. Estos principios están eternamente en pugna y cuando llegan a encontrarse con la fuerza, como la que provoca la extensión de la esclavitud, no pueden menos de producir incesantes choques espasmos y convulsiones...”

“La diferencia está entre los hombres que creen que la esclavitud es una injusticia y los que creen que no lo es. El partido republicano la cree injusta. Nosotros creemos que es una injusticia moral, social y política. Creemos que es una injusticia que no se limita a los habitantes de los Estados donde existe, sino que es una injusticia que en su tendencia afecta a toda la nación. Precisamente porque creemos que es injusta, proponemos una política que la trate como injusticia que es. Si hay alguien entre nosotros que no crea que la esclavitud es injusta, en los tres aspectos que hemos mencionado, ese tal está fuera de su lugar y tiene que salir de nuestras filas...”

Douglas contestaba:

“Si cada Estado se limitara a ocuparse de sus propios asuntos y dejara tranquilos a sus vecinos, esta república podría subsistir para siempre dividida en Estados libres y esclavistas, como lo hicieron nuestros padres y lo decidieron los pobladores de cada Estado”.

Están enfrentadas las dos tesis. Lincoln considera que la supervivencia de una injusticia, consentida por una parte de la nación, en un territorio cualquiera de la nación mancilla a toda la nación, la hace cómplice de esa injusticia. No puede vivir tranquilo dentro del ámbito de un Estado que ha abolido esa antihumana desigualdad, cuando sabe, que unos kilómetros más allá, bajo la protección de las leyes americanas esa situación bárbara existe. Ningún americano, con sentido de la justicia la puede tolerar. La justicia es indivisible.

Pero podía agregar, y esa es la razón fundamental de la crisis.

No es posible que una parte de la nación sea esclavista y otra no lo sea. No es posible establecer la paridad entre los Estados que reclaman su derecho para mantener la esclavitud y los que se sirvieron de su libertad para repudiarla. Por varias razones:

La esclavitud tiene su fuerza expansionista. No ha de limitarse a las zonas que la han acogido en su seno y tiende a desbordar las fronteras estatales. Es un negocio y como todo negocio tiene su ímpetu

expansivo. Es un mal y como todo mal tiene su poder de contagio. Hay Estados que se hallan divididos por mitad y geográficamente, entre partidarios de la esclavitud y sus enemigos.

Se ha trazado una absurda línea de acuerdo con la cual el río Ohio demarca las fronteras: en una de sus orillas el esclavo negro gime, añorando el África, se vende como las bestias de carga, agobiado con su tristeza milenaria. Del otro lado, ya ha perdido las cadenas. Es un hombre libre o por lo menos un liberto.

Pero, ¿es enteramente libre...? Existe una ley monstruosa que se llama “la ley de los esclavos fugitivos”. El esclavo que huye del Estado que consagra su servidumbre y que lo considera como parte defensible del derecho de propiedad, al pasar a un Estado abolicionista puede ser perseguido por su dueño, su amo o sus agentes. Y debe comparecer ante la justicia, identificarse, entregarse y ser entregado de nuevo a su dueño, para que continúe su vida bajo las cadenas.

Dentro de este panorama, toda la sociedad se hace cómplice. Porque los hombres libres, los jueces libres, que han establecido en sus leyes la abolición de la esclavitud, tienen que prestar asistencia, de acuerdo con la norma general, a los dueños de los esclavos, protegerles esa propiedad inhumana.

Con frecuencia el negro llegado a Washington, a Boston o New York, huyéndose a su despótico señor de Virginia o de Carolina es delatado ante las autoridades. Y ellas tienen que asegurarse de su persona, para que regrese a la esclavitud. Indirectamente el juez del Estado libre se convierte en cómplice de “negreros”.

¿Podía eso tolerarse...? No tenía razón Lincoln cuando proclamaba que la justicia no puede parcelarse y que una cosa justa aquí, puede ser injusta en otro estamento federal...? El problema era de la nación. La nación entera tenía que resolverlo. O se identificaba con los esclavistas, o cumplía las consignas escritas en Filadelfia, y que hasta la hora de Lincoln constituía una irrisión.

La ley de los esclavos fugitivos

El filósofo inglés Bertrand Russell escribe un comentario objetivo y evidente sobre este aspecto cardinal del problema:

“A favor del Sur se votó una ley nueva más estricta contra los esclavos fugitivos. La cuestión de los esclavos fugitivos, posiblemente más que ninguna otra, demostró la verdad de la doctrina de Lincoln, según la cual la Unión no podía persistir si una mitad era esclavista y la otra libre. Cuando enunció por la primera vez esta opinión públicamente, en 1858, sorprendió a numerosas personas y fue el objeto principal de las críticas de Douglas en largos debates”.

“Pero cuando los esclavos huían a los Estados libres, o cuando los negros libertos en el norte eran reclamados como esclavos, los habitantes de la región, donde se detestaba la esclavitud estaban obligados a uno de estos dos caminos: o violar la ley, o hacerse cómplices de una acción que consideraban como de una crueldad indefensible. Muchos hombres que no se hubieran conmovido con los argumentos abstractos de los abolicionistas, no podían resolverse a abandonar a un negro en carne y en hueso, cuando lo tenían delante de los ojos. El ejemplo concreto era irresistible y la ley proponía a la conciencia nórdica, como ningún discurso contra la esclavitud pudo hacerlo. La legislación de los Estados Unidos a propósito de los esclavos fugitivos, comenzó con la constitución hecha por hombres que otorgaban mucha importancia al derecho de propiedad. La constitución decía que los esclavos fugitivos *deberían ser entregados a sus amos*, donde se encontrasen dentro de los Estados Unidos. Esa fue una de las ventajas que el Sur sacó al adherir a la Unión general. Esta cláusula de la constitución, fue la hecha efectiva por una ley votada en 1793, según la cual el amo o el agente del amo, podían aprehender a dicho esclavo, conducirlo delante de un magistrado, obtener de él un certificado, y

llevarse sus bienes. Toda persona que pusiera obstáculo a este procedimiento, podía ser castigado con una multa de 500 dólares.

El negro censado como esclavo no podía testimoniar en su propio favor. Se empleaban cazadores profesionales de esclavos, que con frecuencia encontraban menos fatigante atrapar cualquier hombre libre y jurar que era el hombre solicitado, más bien que cazar al negro que buscaban. De esto resultó que ningún negro se hallaba en seguridad antes de llegar al Canadá. Carlos Dickens en sus notas americanas describió la manera como funcionaba la ley antes de 1850:

“La opinión pública ha hecho esta ley. Se declara que en Washington, esa ciudad que tiene su nombre del padre de la libertad americana, todo juez de paz puede poner en prisión, no importa qué negro que encuentre en la calle.

No hay necesidad de que exista ofensa de la parte del hombre negro. El juez dice: Yo decido que este hombre es un fugitivo. Y lo hago encerrar. Hecho esto, la opinión da el poder al hombre de ley, de anunciar al negro en los diarios, advirtiéndolo a su amo que puede venir a buscarlo. Si no lo hace será vendido para pagar los gastos de la prisión. Pero si es un negro libre que tiene amo, se puede tener el candor de creer que será libertado...? En manera alguna. Es vendido para recompensar a su carcelero. No tiene ningún medio para demostrar su libertad. No tiene consejero, ni ayuda de ninguna especie. No se adelanta ninguna encuesta. Puede haber sido un hombre libre, pero sin embargo es lanzado a la prisión sin proceso, sin crimen, sin semblanza de crimen y es vendido para pagar los gastos de la prisión”.

La constitución americana decía:

“La inmigración o importancia de las personas, que cualquiera de los Estados actualmente existentes creyera conveniente admitir, no será prohibida por el congreso con anterioridad al año 1808. Pero podrá imponer un impuesto o derecho a dicha importación, que no excederá de diez dólares por persona...”.

Y el artículo sobre los esclavos fugitivos, que determinó la crisis final, dice:

“Ninguna persona sujeta al servicio o trabajo en un Estado, conforme a las leyes del mismo, cuando escape a otro, quedará exenta a raíz de las leyes o reglamentos de este último, de dicho servicio o trabajo, *sino que* será entregada a pedido de la parte a quien se deba dicho servicio o trabajo”.

Estas son las disposiciones contra las cuales se irguió Lincoln, en primera instancia como abogado y polemista. Después como presidente de la república. Conocidas sus opiniones, y elección fue considerada un desafío a las provincias esclavistas.

La espada corta el nudo

Los Estados del Sur amenazan. Habrá de separarse de la Unión, si se les exige la cancelación de la esclavitud. Adhirieron a ella con esa condición previa.

“La piedra angular de nuestro gobierno reposa sobre la gran verdad: el negro no es igual al hombre blanco, había dicho el expresidente de los Estados Unidos, Stephens. La esclavitud, la subordinación a la raza superior es su condición natural y normal. Nuestro gobierno es el primero en la historia del mundo que está basado en esa gran verdad física, filosófica y moral. La arquitectura de la sociedad está hecha de la materia juzgada necesaria por la naturaleza. Y por la experiencia sabemos que es mejor, no solamente para la raza superior sino para la raza inferior, que sea así. Esta situación está conforme con los decretos del Creador. No nos corresponde examinar ni poner en discusión la sagacidad de estos decretos. Por razones de El, ha hecho diferente una raza de la otra, así como ha hecho diferente por su brillo, una estrella de la otra...”

Esa voz esclavista, que predica el racismo, encuentra su contradictor en Lincoln. Al tomar solemnemente posesión de la Presidencia de la República, no ignora que la tempestad se aproxima, pero no pierde la serenidad ni el equilibrio. Tiene ahora en sus manos dos banderas: la unión de los Estados, la integridad de la nación americana. La rendición de los esclavos.

“La Unión de estos Estados es perpetua. La perpetuidad está implícita en la ley fundamental de todos los gobiernos nacionales. La Unión es mucho más antigua que la constitución. Ningún Estado puede por su propia decisión salir legalmente de la Unión... Espero que esto no sea considerado como una amenaza, sino solo como el declarado propósito de la Unión de que se defenderá constitucionalmente y se mantendrá. En manos de ustedes, mis connacionales descontentos se halla la histórica decisión de la guerra civil. El gobierno no los agredirá. No habrá conflicto si no son ustedes mismos los agresores. Ustedes no han formulado ante el cielo ningún juramento en el sentido de destruir el gobierno, mientras que yo he jurado solemnemente que lo mantendré, protegeré solemnemente que lo mantendré, protegeré y defenderé...”

La gran causa iba a decidirla las armas. Y esta vez la Providencia se hallaba del lado del Leñador.

Para medir el alcance y proyecciones de la obra de Lincoln, pensemos por un instante en lo que hubiera sido la historia americana, si sus enemigos hubieran triunfado. Imaginemos la Unión l sobre el principio de la esclavitud y la injusticia voraz extendida a todos los Estados. ¿Cuál hubiera sido la suerte moral de esa nación...? ¿Cuál su autoridad ante el mundo...? Qué amenaza para su grandeza el llevar en su seno ese gusano roedor. Qué perspectiva para su porvenir el haber coronado la injusticia. En lugar del monumento levantado en Washington a la escuálida y magran figura del apóstol, se levantaría

la del general Lee, con las botas de campaña sobre las espaldas de un pobre negro sojuzgado.

Esa es la significación de Lincoln. Una causa política fue defendida con un profundo sentido ético. Luchar contra la injusticia... No fue eso lo que aconsejó Sócrates a sus discípulos cuando dijo:

“Todo hombre que ha escogido un puesto que ha creído honroso, o que ha sido colocado en él por sus superiores, debe mantenerse firme y no debe temer ni la muerte. Todo hombre que quiera oponerse franca y generosamente a todo un pueblo y que se empeñe en evitar que se cometan iniquidades en la república, no lo hará jamás impunemente...”.

No se hace jamás el bien impunemente. No se lucha contra la injusticia impunemente. Eso lo sabía en sus meditaciones y en sus sueños el leñador.

El sueño de Lincoln

Cuenta Carl Sandburg, en su extraordinaria biografía del presidente Lincoln, este extraño pasaje. Lincoln creía que los sueños tenían validez. Cuando tenía un sueño buscaba claves para interpretarlo.

En el mes de abril del año 65, en las veladas familiares, el Presidente se mostraba preocupado y sombrío. Sus oscuros pensamientos se paseaban por el noble y marchito rostro del Leñador. Su mujer le dijo:

—Tienes un aire terriblemente solemne. ¿Crees en los sueños...?

No puedo decir que sí, contestó el Presidente, pero tuve un sueño la otra noche que desde entonces me está persiguiendo. Después del sueño he tratado de aplacar mi angustia con la lectura de la *Biblia*. Pero la primera vez que abrí la *Biblia*, por extraño que parezca, fue en el capítulo 28 del Génesis, que relata el sueño maravilloso que tuvo Jacob. Me volví a otros pasajes y siempre encontraba un sueño o una

visión. Seguí volviendo las páginas del viejo libro y por todas partes mis ojos se posaban en pasajes que registraban asuntos extrañamente relacionados con mis propios pensamientos: visitas sobrenaturales, visiones...

El rostro del Presidente se hizo aún más sombrío. Un augurio funesto cruzó por la estancia. La señora de Lincoln exclamó:

—Me asustas... ¿Qué es lo que ocurre?

Los amigos callan. El Presidente dice:

—Tengo miedo... Hice mal en mencionar este tema. Pero este asunto se ha apoderado de mí y como el espectro de Banquo no quiere irse de mi imaginación...

Luego empezó a hablar con lentitud, envuelto su rostro en las sombras de la melancolía:

—Hace unos días me acosté muy tarde. Me había quedado esperando los despachos importantes que debían llegar del frente. No hacía mucho que me había tendido sobre la cama cuando caí en una especie de sopor, porque estaba muy cansado. Pronto empecé a soñar.

—Parecía haber un silencio de muerte en torno de mí. Después escuché sollozos apagados, como si estuviera llorando, con pesadumbre, una multitud confusa de gentes. Sollozos. Me pareció que dejaba mi cama y bajaba las escaleras. Allí el silencio era quebrado por los mismos sollozos apenados. Pero no lograba ver a los dolientes. Anduve de cuarto en cuarto.

—No había ningún ser vivo a la vista. Pero los mismos gemidos dolorosos me seguían dondequiera que fuese. Todos los cuartos estaban iluminados. Todos los objetos me resultaban familiares.

—Pero, ¿dónde estaban todas esas personas que gemían, como si se les hubiera destrozado el corazón...? ¿Por quién lloraban...? ¿Cuál podía ser el significado de todo esto...? Yo estaba intrigado y alarmado. Quise buscar la causa de estos hechos misteriosos. Recorrí la Casa

Blanca. Llegué hasta el salón oriental. Nadie salía a mi encuentro. Allí me esperaba una aterradora sorpresa.

—Delante de mí tenía un catafalco sobre el cual reposaba un cadáver envuelto en ropas funerarias. Alrededor de él montaban guardia los soldados. En aquel recinto vi a una multitud agobiada. Algunos contemplaban con pena el cadáver, cuyo rostro estaba cubierto. Otros sollozaban desesperadamente...

—¿Quién ha muerto en la Casa Blanca? —pregunté a uno de los soldados—. ¿Quién ha muerto en la Casa Blanca? El Presidente Lincoln fue su respuesta. ¡Lo ha matado un asesino!

—Entonces hubo una grande explosión de dolor de parte de la multitud. El coro lastimero me despertó de mi sueño. Esa noche ya no puede dormir más. Y aunque solo se trataba de un sueño, desde entonces me siento extrañamente oprimido por él...

—¡Eso es horrible!, —dijo la señora de Lincoln—.

Bajo la cúpula

Ahora lo vemos bajo el templo que la memoria agradecida de los americanos levantó en la capital de la república poderosa:

“Todo es blanco, todo es mármoro, todo es pálido —escribe Alberto Lleras— desde la bóveda hasta el suelo. Y en el fondo está Lincoln, el honrado Abraham reposa en una silla que rodea, sostiene y acaricia su enorme cuerpo huesudo. Las dos manos gigantes caen al final de los brazos de la silla, huesudas, toscas, pero tremendas de expresión inquietante. Los pies también son grandes y las botas traducidas al mármol debieron ser de rudo becerro del Oeste. Del techo llega una luz, imprecisable en su origen que cae sobre la cabeza de Lincoln. Está echada hacia adelante, la barba un poco hundida en el pecho, los profundos ojos melancólicos y vagos, piadosos y decep-

cionados, mirando por encima de nosotros y por las columnas del pórtico hacia afuera. Está abstraído, lejano, perezoso en el exterior, agitado por dentro como en aquellos días del a primavera de 1861, en que muy cerca de aquí, sentado en los contrafuertes del río, veía por sobre las aguas, hacia Virginia, en el crepúsculo prenderse los fuegos del ejército del general Lee...”

Y los visitantes, los negritos de Arkansas, los jóvenes americanos que llegan de Washington para hacer un juramento de fidelidad a su ambición, los turistas de la América española, los estudiantes de Harvard, los discípulos del doctor Luther King, los diplomáticos del África recién llegados a la ONU deletrean ante el taciturno padre de la nación americana, una a una, las palabras de su histórico discurso:

...”Esos muertos no han muerto en vano... Esta nación tendrá, bajo Dios, un renacimiento de la libertad. Y el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparecerá de la tierra...”

III El final del siglo XIX

El gran conflicto mundial de 1914, tiene causas remotas y un motivo próximo:

En 1878 el Tratado de Berlín confió a Austria-Hungría la administración de Bosnia y Herzegovina. Servia había estado sometida durante una larga etapa al yugo mahometano y solamente gracias a la paciente habilidad de Milos Obrenovic, el antiguo bajalato fue convirtiéndose lentamente en un principado independiente. Al lado del pequeño reino, de economía pobre y montañas fragosas, vivían bajo la dependencia austriaca los habitantes de Bosnia y Herzegovina, pobladas de eslavos. Se fue creando a las orillas del Adriático, un partido a favor de la unión de todos los de la raza, que era bien mirado por Rusia, pero que mortificaba profundamente a la cancillería vienesa. El ejemplo vecino de la unidad italiana, realizada bajo la inspiración de Cavour, excitaba a los eslavos del sur. Y contra esta tendencia se enfrentó abiertamente el Imperio austro-húngaro, que fue convirtiendo el mandato de 1879, en una franca dependencia. El 28 de Junio de 1914 se oyó el pistolazo, que había de resonar en el mundo y constituir el pretexto inmediato de la guerra.

Cuando fue llamado a juicio Caprinovie, uno de los asesinos, declaró sencillamente:

“No teníamos odio contra Austria. Aunque la ocupación tiene 34 años, ella no ha arreglado la situación de la agricultura, ni resuelto la cuestión agraria. Esos son los motivos que nos llevaron a cometer el atentado. Amamos nuestro pueblo que gime bajo una pesada carga y que vive en la miseria, que no posee escuelas y que está privado de toda cultura. Los campesinos forman las nueve décimas partes de este pueblo. Tenemos piedad de su triste destino y sentimos sus dolores”.

Y el otro asesino, llamado Princip, declaró:

“Veo cómo nuestro pueblo perece de día en día. Soy un hijo de campesinos. Es la razón que me ha determinado a vengarme. Y no me arrepiento”.

Este fue el incidente. Pero desde la historia existían profundas causas.

Los franceses habían sido humillados en 1870 y en el salón de los Espejos del Palacio de Versalles, Bismarck había proclamado la constitución del Imperio Alemán, erguido sobre su victoria. El nacionalismo francés no se resignaba a la pérdida de Alsacia y Lorena y en todas las almas surgió el espíritu de la revancha. La creciente influencia de Alemania bajo Bismarck y la insolencia del Kaiser, exasperaron a todos los franceses, cuya natural inclinación era la de cobrarle tarde o temprano la cuenta a los prusianos.

El desarrollo industrial había acelerado la preparación y dotación de los ejércitos. En cincuenta años, bajo el comando del Estado Mayor prusiano, Alemania había forjado un terrible instrumento de guerra. La maquinaria bélica una vez montada, dispone de su propia dinámica. Constituía demasiada tentación para el Kaiser y para el pueblo alemán, sentirse poseedores del primer ejército del mundo y no emplearlo en una nueva conquista. La nueva guerra habría de decidir la dominación mundial. Alemania había llegado tarde a la unidad política y en con-

secuencia al reparto de las riquezas del mundo. Quería construir un Imperio colonial y ampliar sus mercados. No estaba satisfecha con el “status quo” ni con el dominio inglés de los mares. Su marina de guerra aumentaba de tonelaje y el invento de los submarinos hacía posible la realización de un bloqueo en contra de Inglaterra.

Los ingleses vigilaban atentamente la balanza del equilibrio europeo, que ha sido la suprema orientadora de su política. Durante varios siglos se había opuesto a Francia, para impedirle la hegemonía continental. Y se había aliado, indistintamente con los austriacos, los prusianos, los rusos, los españoles, para combatir al francés, ya se presentara como monárquico, revolucionario o bonapartista. Había hecho la guerra no a un sistema político determinado, sino a una nación y les era indiferente que se tratara de Luis XIV, de Robespierre o de Napoleón.

Pero a partir de 1870 el equilibrio se había roto a favor de Alemania, que entró a convertirse en la primera potencia. Francia había sido avasallada por los ejércitos de Moltke. La prudencia inglesa los llevó a colocarse insensiblemente del lado de los débiles para equilibrar la balanza. Y desde 1905 las diferencias entre París y Londres entraron a borrarse dentro de un clima de entendimiento. Fue constituida y protocolizada la “Entente”.

Rusia seguía soñando con Constantinopla el dominio secular de los Dardanelos. Había sido humillada en la guerra de Crimea por las potencias occidentales y los soldados de los reyes cristianos, le habían impedido vencer al mahometano. Pero la tercera República Francesa, sin mostrar repugnancia por el régimen autoritario de los Zares y teniendo en consideración tan sólo el equilibrio de las fuerzas físicas, se había aproximado a Petrogrado. El Presidente Poincaré visitó en ese verano a Nicolás II. Fue recibido con pompa y entusiasmo. El Zar y el Presidente democrático, cambiaron brindis y promesas. No había regresado a Francia de su travesía por los mares del Norte, cuando Pincaré recibió la noticia del pistoletazo de Sarajevo.

Rusia se interesaba por su parte en la suerte de los eslavos. El Zar se consideraba como el jefe espiritual de todos ellos, observando con simpatía el movimiento encabezado por Pasic a favor del pan-eslavismo.

Austria se hallaba en las horas crepusculares de su influencia mundial. Ya habían pasado los años de Metternich y de la Santa Alianza. El Imperio seguía dentro de sus antiguas fronteras, pero dentro de una compleja ebullición de nacionalidades dispares. Del majestuoso y secular edificio, tan sólo quedaba el cascarón. Un factor obraba en su favor garantizándole la eficacia diplomática: el apoyo de Alemania. Entre Austria y Prusia se había sellado la paz. La competencia tradicional para saber quién habría de conducir a los pueblos germanos, estaba ya decidida, Berlín había desplazado a Viena. En Berlín se encontraba el auténtico foco del poder. En Viena subsistía el crepuscular resplandor. Viena era la sede de la Corte, poblada de recuerdos y de los fantasmas de la antigua grandeza. Berlín era la sede del Estado Mayor Prusiano, la primera institución técnica mundial en el arte de la guerra.

De la mentalidad alemana no se ha borrado la convicción de que el enemigo capital es Francia. Todo conflicto europeo previsible, desembocará faltamente en el encuentro de las potencias. Inglaterra puede reconciliarse con Francia o Alemania. Rusia puede olvidar la guerra de Crimea. Alemania admite la coexistencia pacífica con el Imperio inglés. Pero Francia y Alemania siguen siendo hostiles y se observan con el recelo de viejos adversarios. Desde 1904 podía preverse que la guerra europea, en caso de estallar, cuenta con dos contendores seguros.

Y existen otros dos enemigos, no menos hostiles y animosos: Rusia y Austria. Como lo observa sagazmente el Embajador francés Jules Cambon:

“...Si se quiere buscar el verdadero origen de la guerra de 1914, se encontrará en la oposición de los intereses de Austria y Rusia en

el cercano oriente. Es la presencia de Turquía sobre el Bósforo, lo que ha dado a estas dos potencias el mismo adversario en el curso de los siglos y que al mismo tiempo las ha opuesto la una contra la otra, porque cada una quiere recoger solas las ventajas de la lucha. Se podría llegar a decir, que si los historiadores alemanes quisieran ser lógicos, podrían también, para encontrar los verdaderos orígenes de la guerra, remontarse hasta 1453, fecha de la toma de Constantinopla por Mahomet II. Es claro que Rusia siempre ha perseguido la libertad de la navegación hacia el Mediterráneo y Austria, por su parte, no soporta ver su política oriental entrabada”.

Los generales alemanes están muy orgullosos con el terrible instrumento que han forjado y de todas las guerras imaginarias la que más les complace es la que ha de llevarlos hasta los Campos Elíseos. En las Memorias del Barón Beyens, Embajador de Bélgica en Berlín se cuenta que en Noviembre de 1913, el Rey Alberto de Bélgica, visitó la Corte de Guillermo II. Y el Emperador, a los postres, le hizo a su real colega impresionantes confidencias: “Una guerra contra Francia es inevitable, próxima”. No se trata de una indiscreción del soberano, porque en la misma mesa, el General Moltke, le dice al oído al “Atta-ché” militar belga:

“No se hagan ustedes ilusiones, la guerra en Francia es inevitable. Nosotros no la deseamos. Estamos aburridos con esas alertas continuas que perjudican nuestro progreso. Es necesario que Francia cese de hacernos daño y de provocarnos. De lo contrario tendremos una explicación. Estamos seguros de vencer. Sufriremos fracasos, perderemos batallas pero finalmente triunfaremos. Nuestra fuerza está en el espíritu que anima a nuestro pueblo”.

Y agregó:

“Los intereses de Rusia no son contrarios a los nuestros. En cuanto hace a Inglaterra, creedme que hemos construido barcos para que en tiempos de guerra nuestra flota, no reciba la orden de correrle a

la Flota británica. La nuestra será vencida, es muy posible, es muy probable, porque los ingleses tienen la superioridad del número. Pero cuando el último de nuestros barcos sea destruido, qué quedará de la Flota Inglesa...? Habremos perdido nuestros barcos, pero Inglaterra perderá el dominio del mar, que pasará para siempre a manos de América. Es América la que finalmente recogerá todos los beneficios de una conflagración europea. El dominio del mar adquirirá un tal desarrollo, desde el punto de vista económico, que será imposible a Europa reatraparlo. Por esta razón Inglaterra es pacífica...”.

Tanto el Emperador como el Jefe del Estado Mayor, se hallan animados de un espíritu belicista. Sondean a los belgas para conocer su posición. Ya se han estudiado los planes para atacar a Francia a través de Bélgica, cuya neutralidad es un obstáculo. El Rey Alberto se impresionó vivamente con estas confidencias categóricas y encontró que se habían operado cambios en la mentalidad de Guillermo II:

“Pensaba hasta ese momento que Guillermo II, cuya influencia personal se había ejercido en circunstancias críticas, en provecho del mantenimiento de la paz, se encontraba a finales de 1913 en las mismas disposiciones de espíritu. Pero lo halló completamente cambiado. Guillermo II ya no es a sus ojos el campeón de la paz contra las tendencias belicosas de ciertos partidos alemanes. Piensa que la guerra con Francia es inevitable. Y cree en la superioridad aplastante del ejército alemán y de su éxito seguro...”.

También el Almirante Von Tirpitz está inspirado por las mismas ideas. En “Los Documentos Diplomáticos Franceses” (3ª. Serie, tomo IX), sobre los orígenes de la primera guerra mundial, aparece una confidencia del Almirante, hecha esta vez a los oídos de Madame de Faramond, esposa del “attaché” naval francés:

“...¿Por qué persiste Francia en querer reñir...? Usted me objetará, todo está ahí: la Alsacia y Lorena. Pero cree Usted que no sea tan

penoso para nosotros estar en ese país, como para Ustedes el haberlo perdido...? Si Francia quisiera renunciar a propósito de Alsacia y Lorena, a adelantar una política sentimental, la aproximación sería fácil. Ustedes han fundado en el África del Norte un inmenso imperio, han tomado a Marruecos. Desarrollad ese rico y magnífico país, os lo abandonamos completamente sin restricción... La alianza franco inglesa es un contrasentido. Inglaterra es la más egoísta de las naciones. Ella no piensa sino en su propio interés. En la hora crítica os abandonará...”

Y para complementar esas reflexiones, el Almirante dijo orgullosamente:

“Jamás, en ninguna época de nuestra historia, nuestro ejército ha estado tan listo como en la hora actual...”

El gobierno francés recibió estos informes y entró a solidificar sus posiciones diplomáticas. Estrechó su alianza con Rusia. El Presidente Pincaré viajó a Petersburgo. A la alianza Austro-alemana se opuso la “Triple Entente”. Los contendores de la guerra se hallaban dibujados. Faltaba solamente la chispa.

El 28 de Junio de 1914 el Príncipe de Mónaco se encontraba, como visitante de honor, en la compañía de Guillermo II, presenciando las regatas de Kiel:

“El Emperador tomaba parte en una competencia y estaba lleno de la esperanza de ganar el premio. De repente un bote de vapor, a bordo del cual se encontraba el ayuda de campo del Emperador, Almirante Von Miller, acelerando la velocidad, se esforzó por unirse al navío que llevaba al soberano. Guillermo II hizo señales a Von Miller de que se alejara. Pero el ayuda de campo continuó. Se aproximó, tomó su cigarillera, colocó un papel y lo lanzó sobre el yacht del Emperador. Era el telegrama anunciando el atentado de Sarajevo”.

El viejo Emperador Francisco José, al tener la noticia del asesinato, en lo primero que pensó fue enviarle una carta autógrafa,

redactada cuidadosamente por Berchtold, al Kaiser Guillermo II en la que le dice:

“El crimen contra mi sobrino es consecuencia directa, de la agitación propagada por los pan-eslavistas rusos y servios, sin más finalidad que la de debilitar la triple alianza y destrozar mi imperio. Aunque quizás sea imposible demostrar la complicidad del gobierno servio, es indudable su política, dirigida a unir bajo la bandera servia a todos los yugoeslavos, estimula esos crímenes y pondrá en peligro mi casa y mi país, si no se le contiene. Debo encaminar mis esfuerzos a aislar a Servia y reducirla. Después del último terrible suceso no dudo que estaréis convencido de que un acuerdo entre Servia y nosotros es imposible y que la paz política de todos los monarcas europeos se halla en peligro mientras no se castigue este centro de agitación criminal que existe en Belgrado”.

El viejo Emperador antes de obrar desea obtener el respaldo de Guillermo II. No se atreve a dar un paso sin contar con el asentimiento de Alemania. La seguridad de estar respaldado por el ejército y la diplomacia alemanes, es una condición esencial para el primer movimiento.

Podemos seguir paso a paso, día por día, hora por hora, todos los movimientos de las Cancillerías, a partir del instante en que Viena declaró su propósito de castigar a Servia y el Emperador austríaco exige el visto bueno de su colega alemán para la expedición punitiva. Quizá ninguna etapa de la historia diplomática se halla tan luminosamente aclarada. El drama se va anudando con lentitud, a lo largo de treinta días. La diplomacia en vez de despejar la perspectiva la complica y la confunde. El ciego Destino, como en el drama griego, ordena que los personajes cumplan fatalmente sus designios. La guerra se aproxima. Todos la ven. Nadie interpone una voluntad eficaz para impedirla.

En Viena se piensa que ha llegado la hora de saldar las cuentas con Servia y ha surgido un partido belicista encabezado por el Conde Berchtold, Ministro de Relaciones Exteriores quien empuja con de-

cisión alborozada la guerra, creyendo que se trata de una escaramuza. Se halla convencido de que Rusia no movilizará en caso de ataque a Servia y permitirá que se cumpla, sin protesta, el castigo que se le ha decretado a la pequeña nación. Berchtold actúa sin sentido de las perspectivas. Piensa que el conflicto puede localizarse y que el apoyo alemán disuadirá a las potencias de todo intento de prestarle a los esclavos del sur un efectivo apoyo militar. La inteligencia del austriaco es reducida, mediocre. No ve en el drama, sino la escena en que se halla interesado. Se convierte en el primer protagonista de una tragedia mundial, sin saberlo. No hay indicio en las Memorias publicadas sobre este episodio decisivo, de que el Canciller austriaco haya pesado el pro y el contra, las ramificaciones inauditas del conflicto que desata. Es el hombre que torpemente rompe las esclusas.

Tenía algunas razones para pensar que Rusia no se mostraría indiferente. El Ministro de Relaciones Exteriores ruso, Sasanow manifestó desde un principio al Embajador alemán, al tener conocimiento de la actitud austríaca:

“El gobierno ruso está perfectamente tranquilo y dispuesto a las soluciones conciliadoras. Pero no le pidáis que permita eliminar a Servia. Sería solicitarle lo imposible”.

El Embajador alemán Portalés se militó a decir:

“No podemos abandonar a nuestra aliada”.

El Embajador inglés en Petrogrado se da cuenta de las complicaciones que una acción precipitada de Austria puede traer y adelanta gestiones para que Rusia no marche a fondo. Su tesis es la de que hay que dejarle toda la iniciativa y la responsabilidad del ataque a Alemania, si es que se atreve a dar el paso. Una movilización precipitada de Rusia, puede constituir un gravísimo error.

El Zar propone a su amigo el Emperador Guillermo II, a quien trata familiarmente y con quien ha mantenido íntimas relaciones

personales, que se lleve el conflicto a la consideración de la Corte de la Haya, pero el Emperador Guillermo no responde.

El Emperador Guillermo II se descubre, se desnuda a sí mismo, en los movimientos sinceros de su nerviosa psicología, a través de los documentos oficiales que salieron de su pluma, pero sobre todo en las notas y exclamaciones que escribió al margen de los informes de sus Embajadores. Es un temperamento autocrático y débil, irascible y espectacular, profundamente inestable. Carece de densidad intelectual.

Dirige a su arbitrio la política internacional del grande Imperio, sin consultar su gabinete, sin asesorarse de expertos, sin oír las opiniones de los especialistas, sin captar las ondas de opinión pública. Tiene en sus manos todos los hilos y no prevalece sino su voluntad. No ha seguido el ejemplo de Guillermo I, que molondro y a regañadientes, aceptó la colaboración decisiva de un político magistral como Bismarck, que constituía la antítesis, el polo opuesto de su temperamento.

La inteligencia de Guillermo II da la impresión de la inmadurez y el largo ejercicio del poder no modificó en él al adolescente caprichoso, irreflexivo, con complejo de envidia por sus primos ingleses. La paz del mundo depende de este personaje, a la vez débil y poderoso, que carece de objetivos metódicos y se deja arrebatar por los primeros impulsos. Escribe con toda franqueza todo lo que le viene a la cabeza. No se le ocurre pensar que la posteridad pueda apoderarse de sus papeles.

“Estúpidos... cretinos... bandidos. Tonterías... habladurías...”, esas son las palabras que acuden a la mente de Su Majestad Imperial y las escribe al margen de los documentos, de su puño y letra, con grandes rasgos nerviosos, torturando el papel con su ira y su impaciencia. Imaginamos fácilmente al Emperador leyendo con precipitud todos esos informes, sin sopesarlos, rumiarlos y decantarlos, como lo haría un hombre maduro. No busca en ellos la verdad y la razón. Los hiere con su pluma, como si los inofensivos papeles se convirtieran en per-

sonajes de carne y hueso. Arremete contra ellos, lanza en ristre, como un maniático. Este maniático disponía del primer ejército del mundo.

En el primer documento que recibe de Viena, sobre la muerte del Archiduque escribe el comentario célebre: “Ahora o nunca”.

Tschirschky, Embajador alemán en Viena, da cuenta de sus gestiones y de las prevenciones que ha hecho a los impacientes belicistas para evitar todo acto precipitado:

“Aprovecho cada pretexto para poner en guardia, con calma, pero muy enérgica y seriamente contra toda actitud precipitada”.

Ante esta conducta inspirada por la sensatez el Emperador escribe, como si estuviera increpando personalmente a su agente:

“¿...Quién lo ha autorizado...? Esto es estúpido. Eso no le importa a él. Más tarde, si la cosa va mal se dirá que Alemania no lo ha querido. Tschirschky debe complacerme en dejar esas estupideces al lado. Hay que barrer a los servios y rápidamente...”.

Y cuando el mismo emperador informa que el Conde Tissa aconseja la prudencia y teme que se desencadene a propósito de Sarajevo un conflicto mundial, el Emperador anota: “¿Frente a los asesinos...? ¿Después de todo lo que ha pasado...? Estupideces”.

Y en otro documento: “Servia no es un estado en el sentido europeo de la palabra, son una banda de asesinos”.

La inestabilidad en el carácter de Guillermo II, la belicosidad de Berchtold y la insensibilidad de Nicolás II, precipitaban el drama a lo largo de los días de Julio. Ninguno de ellos sospechaba que los tres Imperios jugaban su suerte.

En Viena se había logrado la unanimidad clamorosa en contra de los esclavos. No existía sino un solo personaje que tenía dudas: el húngaro Tissa. El Conde Sforza nos ha dejado un magistral retrato suyo en su libro: “Les Bâtisseurs de l’Europe Moderne”:

“Gande, desgarrado, flaco, mal vestido, perdido y cohibido en un salón, Tissa, la primera vez que yo lo ví me pareció como una mezcla

de guarda-bosques endomingado y de monje fanático. Al verlo en sus tierras o durante una partida de caza donde sus amigos, la apariencia cohibida se esfumaba y a pesar de la dureza de los rasgos, uno se sentía atraído hacia él, atraído al menos por la ausencia absoluta de ese aire de comedia, de falta de bonhomía y de aparente cordialidad, que se observa con frecuencia en los políticos de todos los países y de todos los partidos. Dignatario de la Iglesia calvinista, sus orígenes religiosos ayudaban a comprender su personalidad. Siendo rico, era parsimonioso hasta la avaricia. Cultivado, conocía bien a Europa, ocultaba su saber como otros su ignorancia. Chauvinista frenético, sabía dominar el ímpetu apasionado de sus magyares”.

Era decidido partidario de la doble monarquía y de una rígida fidelidad a la casa de Francisco José. En los primeros días de julio tomó la pluma para decirle a su Emperador:

“En el punto en que están las cosas en los Balcanes, es muy fácil encontrar un caso de guerra. Pero antes que todo hay que formar una constelación diplomática tal, que la balanza del poder se incline en nuestro favor”.

Tissa, como se puede observar, no es pacifista, simplemente realista. Su tono, en esos primeros días es muy distinto al de Berchtold, que se halla nerviosamente urgido por lanzarse a la guerra.

Cuando fue convocado a una reunión de todos los jefes de la doble monarquía en Viena, Tissa expresó esas mismas dudas. Pero después se dejó colonizar por los belicistas y marchó detrás de las fanfarrias del Conde Berchtold. ¿Qué había pasado...? En los primeros días de julio no estaba bien seguro del respaldo alemán. En cambio, a partir del 14 llegó al convencimiento de que Alemania marchaba a fondo. “Porque Tissa —esta era la gran debilidad— no creía sino en la fuerza.

Al final de la guerra, el 31 de octubre de 1918 tres soldados irrumpieron en su casa y solicitaron verlo:

—¿Qué quieren ustedes...?

—Juzgarlo, porque Usted es el responsable de la guerra, dijo uno. Es a causa suya que yo he sufrido durante cuatro años en las trincheras, dijo el otro.

Los hombres dispararon. Tissa cayó. La Condesa se lanzó sobre su cuerpo. El moribundo con su espíritu de resignación calvinista exclamó:

—Yo lo sabía... Debía pasar así...

5 de julio

Nos cuenta el jefe del Estado Mayor austríaco, Conrad, en sus Memorias, que ese día verificó una entrevista con el Emperador Francisco José:

“Yo manifesté mi opinión —dice Contad— sobre la inevitabilidad de la guerra...

El Emperador — ¿Pero cómo quiere hacer Usted la guerra si todo el mundo nos ataca...?

Conrad — Alemania, ¿acaso no nos cubre las espaldas...?

El Emperador — Estamos seguros de Alemania...?

Conrad — Debemos saber Majestad, en qué condiciones nos encontramos.

El Emperador — Una nota partió ayer para Berlín y necesitamos una respuesta neta.

Conrad — Y si Alemania nos asegura que se colocará a nuestro lado, ¿Haremos la guerra a Servia...?

El Emperador — Entonces sí...”

La nota anunciada por el Emperador en este diálogo había partido hacia Berlín, llevada por un Embajador especial, el Conde de Hoyos. El Kaiser recibió personalmente al emisario de Viena y le aseguró, sin ponerle condiciones al ofrecimiento, que podía contar con

el apoyo alemán. Se le extendía de esta manera a Austria una letra en blanco. No debía aplazarse la actuación contra Serbia, en opinión del Hohenzollern. Era muy posible que Rusia mirara con malos ojos esta actitud. Pero en el caso de que se desatara una guerra entre Austria y Rusia, Alemania permanecería fielmente al lado de su aliada. Rusia, además, en la opinión del Kaiser, no estaba preparada para la guerra. No se atrevería a comprometerse a fondo. Y si Austria reconocía realmente la necesidad de una guerra contra Serbia, lamentaría el Kaiser que no aprovechara la ocasión.

Al día siguiente —según Gooch— el canceller Bethmann Hollweg comunicó al Embajador austríaco oficialmente el mismo pensamiento, pero expresado en otras palabras: No corresponde al Kaiser expresar su opinión sobre cuestiones pendientes entre Austria y Serbia, pero Francisco José contará con el apoyo alemán, de acuerdo con su obligación y su vieja amistad.

En esta entrevista con el Conde de Hoyos y en las declaraciones que le hizo el Kaiser, se dibuja nítidamente una grave responsabilidad. Guillermo II no procedió con tacto ni cautela. No estableció las condiciones y requisitos previos al respaldo alemán. Le entregó a Viena, lisa y llanamente una letra en blanco. No aconsejó la prudencia a su aliada ni la invitó a reflexionar con tranquilidad sobre los efectos de cada uno de sus pasos. La incitó, por el contrario a proceder impetuosamente, llevada de sus primeros impulsos. No se ordenó una encuesta sobre las reacciones de las distintas Cancillerías.

Esta escena muestra a Guillermo II actuando con ligereza, no como un hombre de Estado, sino como un príncipe autoritario y presuroso. La noticia de su respaldo iba a llegar a Viena. El belicismo de Berchtold se había convertido en un movimiento popular. El ardor de la Cancillería había bajado a la calle. Cuenta el Embajador Buchanan en sus “Memorias”, que en Viena se organizó un mitin permanente,

la multitud entonaba himnos patrióticos, el entusiasmo bélico crecía, la llama había prendido en la resina popular. La guerra dejaba de ser un capricho de la Corte, para convertirse en una exigencia del pueblo. Seguro del respaldo alemán y de la popularidad de su política el Conde Berchtold se aproximaba al primer paso: el ultimátum.

6 de julio

El 6 de julio vio el Kaiser a los Representantes de los Departamentos de Guerra y del Almirantazgo y al desgaire, sin descorrer todo el velo, sin hablar de las promesas excesivas hechas a Viena, habló de las complicaciones europeas y anunció que realizaría una jira de paseo. Dice el libro blanco alemán:

“Comprendíamos perfectamente que una actitud belicosa de Austria respecto a Servia, podía llevar a Rusia al campo de batalla. Sin embargo y en vista de los intereses de Austria, no podíamos aconsejar a nuestra aliada que adoptase una actitud conciliadora, incompatible con su dignidad, ni negarle nuestra ayuda. Más aún, cuando nuestros propios intereses estaban amenazados por la agitación servia”.

La Cancillería alemana reconoce dos cosas: Rusia puede presentarse en el campo de batalla. No podemos aconsejar a nuestra aliada una actitud conciliatoria. Pero en Viena no creen en lo primero. Berchtold está seguro de que Rusia no movilizará. No se ha informado de que en San Petersburgo existe la misma decisión belicosa a favor de Servia, que la que ha sido atizada en Viena en su contra. No es menor la intransigencia rusa, que la intransigencia austríaca. Eso no lo ve el Conde, enceguecido por su propia terquedad. Y de esa obnubilación quedó una constancia:

7 de julio

El 7 de julio se reunieron en Viena los Ministros de la doble Monarquía, mientras en las calles se oían los gritos de la muchedumbre enardecida. El Conde Berchtold manifestó que había llegado el momento, tan ansiado, de dar fin a las intrigas servias. Alemania había prometido su irrestricto apoyo y un ataque contra Servia no significaba necesariamente una guerra con Rusia.

Todos los presentes, excepto el húngaro Tissa, mucho más reflexivo y cauteloso, estuvieron de acuerdo en que un éxito puramente diplomático carecía de valor “y que era necesario presentar reclamaciones de tal calibre que se aseguraran de antemano la negativa” Servia podría dar explicaciones. Podía bajar humillada la cabeza. Eso no bastaba. Había que castigar su insolencia. Sólo una guerra constituía la digna sanción.

Tissa no estaba convencido. Tuvo el valor de hacer oír la nota discordante. Para él un ataque contra Servia, constituía la guerra mundial. No nos engañemos —dijo el húngaro—. Por ese sendero estamos llegando a un conflicto de perspectivas extensas y alarmantes. Austria pasa a convertirse en la protagonista de un conflicto incalculable en sus efectos. Era la última voz desoída de la razón abandonada.

8 de julio

El Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, Sir Edward Grey, verificó una entrevista con el Embajador ruso en Londres Benkendorf, en la cual le habló de la gravedad de la situación: “Cuando Benkendorf trató de trazar una imagen menos alarmante, Grey le hizo objeciones. Insistió sobre la probabilidad de la agresión austríaca y señaló particularmente la hostilidad de Alemania respecto a Rusia.

9 de julio

El 9 de julio, el Ministro Grey tuvo una entrevista con el Embajador alemán Lichnovski quien estaba interesado en conocer a fondo el pensamiento íntimo del gobierno inglés sobre el conflicto austro-servio.

“Yo le respondí —dice Grey en sus Memorias— que si las medidas que Austria tenía la intención de tomar con relación a Servia, no sobrepasaban ciertos límites, sería sin duda alguna relativamente fácil inclinar a Petersburgo a la tolerancia. Sin embargo Austria no debía pasar ciertos límites. En el caso contrario las simpatías eslavas podrían incitar a Rusia a dirigir a Austria una especie de ultimátum”.

Y agregó el Ministro inglés:

“Yo haré todo lo posible a fin de evitar la guerra entre las grandes potencias”.

El historiador ruso M. Potiemkine, al analizar estos documentos, dice que es muy curioso señalar que en sus entrevistas con el ruso, Sir Edward Grey adoptaba un tono pesimista. Y que por el contrario, en sus conversaciones con el alemán, en el curso de los mismos días, adoptaba un tono netamente optimista.

¿Qué quiere decir eso...? Grey no hizo nada, en la opinión del historiador ruso, para frenar a los imperialistas alemanes. No adelantó ninguna prevención categórica sobre la postura de Inglaterra. Posiblemente temía el ala pacifista del gabinete.

19 de julio

El Consejo de la Corona, reunido en Viena, redacta y aprueba el Memorandum que ha de enviarse a Servia y que ha de ser presentado el 23 de julio.

Ese histórico documento dice:

“Se desprende de los testimonios y de las confesiones de los culpables del atentado criminal del 28 de junio, que el asesinato de Sarajevo ha sido organizado en Belgrado, que las armas y los explosivos de que estaban provistos los asesinos, les han sido administrados por oficiales y funcionarios serbios y en fin, que el tránsito de los criminales armados a Bosnia, ha sido organizado y realizado por el Comando del servicio de la frontera. En consecuencia Austria-Hungría exige de parte del Gobierno serbio, una reprobación pública y solemne de toda propaganda contra Austria y además un orden del día del Rey dirigido con este propósito al ejército. Austria exige: La prohibición de toda propaganda hostil, la disolución de las organizaciones anti-austríacas; la destitución de oficiales, funcionarios y profesores, acusados de propaganda y de actividad anti-austríaca; la participación de los poderes austríacos en la supresión del movimiento anti-austríaco sobre el territorio de Servia y la instrucción y castigo del asunto de Sarajevo”.

23 de julio

Ha llegado a Belgrado el ultimátum que concede un plazo perentorio de 48 horas para su respuesta.

26 de julio

El Rey Jorge V de Inglaterra tuvo una entrevista con el hermano del Kaiser, el Príncipe de Prusia y sobre la cual este informó a Guillermo II:

“El Rey se da perfectamente cuenta de la gravedad de la situación, pero me aseguro que ni él ni su gobierno ahorrarán sus esfuerzos

para localizar la guerra entre Austria y Servia. “Haremos todos los esfuerzos —dijo el Rey— a fin de no ser arrastrados a la guerra y permanecer neutrales”. Tengo la convicción de que el Rey hablaba seriamente y de que en efecto, al comienzo del conflicto, Inglaterra permanecería neutral. Pero no puedo juzgar si esa neutralidad podrá durar largo tiempo”.

Por su lado el Embajador ruso en Londres obtenía exactamente la impresión contraria:

“Aunque yo no pueda dar ninguna seguridad formal, escribía al Ministro Sasanow, yo no he observado ningún síntoma, ni en Grey, ni en el Rey, ni en ningún personaje influyente, que sirva de índice o testimonio de que Inglaterra, prevee seriamente la posibilidad de permanecer neutral. Mis observaciones me llevan a una impresión netamente contraria”.

El mismo día, en la misma fase del conflicto, el alemán y el ruso, informan a sus gobiernos la actitud inglesa, en términos divergentes. El alemán piensa que Inglaterra permanecerá neutral. El ruso piensa lo contrario.

Aquí está el enigma en la política de Sir Edward Grey. Para un grupo de historiadores los documentos demuestra como el Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra quiso hasta el último momento evitar el conflicto, y para los historiadores adversos, como Potiemkine, demuestran que Grey no quiso detener en su pendiente a Alemania y con su actitud la estimuló a que se lanzara por ella, obrando sobre la base de la neutralidad inglesa.

“Desde el fin de 1905, hasta el mes de diciembre de 1916, fue Sir Edward Grey quien permaneció a la cabeza del Ministerio de Relaciones Exteriores de Inglaterra. Los historiadores han discutido mucho sobre la cuestión de saber quién era en realidad el hombre que se ocultaba, bajo el aspecto impecable de este “gentleman”, perfectamente educado, de una cortesía refinada, siempre tranquilo y

reservado y que se hallaba a la cabeza del Foreign Office. Sir Edward no hablaba mucho y lo que decía, prefería no expresarlo sino de una manera bastante oscura. Ocurría con frecuencia que su interlocutor no sabía bien cómo había que comprender las palabras del Ministro inglés. Contenían ellas una alusión grave, o bien estaban absolutamente vacías de sentido, es decir, no le servían sino para ocultar la expresión de sus ideas...?”

Para juzgar a Sir Edward hay necesidad de tener en cuenta que dentro del propio gabinete inglés existía una división profunda. Se hallaba dividido en dos alas: la partidaria de la acción inglesa, integrada por Asquith, Haldane y Churchill. Y la partidaria de la neutralidad, encabezada por Morley.

Tan sólo el 24 de julio, dio el Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra un paso adelante. Ha llegado a conocimiento del gobierno británico el ultimátum de Austria. Se le exige a Belgrado la supresión de las sociedades pan-servias y la insólita cooperación de los funcionarios austríacos para poner en vigor las medidas contenidas en los diez puntos. Se le exige en resumen a Servia que abdique de su soberanía y que entregue al control de los austríacos la calificación y el castigo de los funcionarios de su país.

Cuenta Gooch que cuando el Embajador austríaco, presentó una copia al Ministro de Relaciones Exteriores inglés, Sir Edward Grey, éste le manifestó estupefacto (si es que un inglés se sorprende con algo) que nunca había leído un documento tan terrible. Pero hasta ese momento los detalles de la disputa de Austria y Servia no interesaban al gobierno británico.

Alemania había adoptado su posición. Rusia había definido la suya. Francia estaba ligada por un acuerdo de asistencia mutua con Rusia y el Presidente Poincaré, había renovado sus compromisos en la visita a la Corte de Petrogrado. Pero Inglaterra constituía un enigma.

Alemania tenía derecho a pensar que Inglaterra mantendría su neutralidad, porque ningún movimiento, ninguna declaración de Grey en los Comunes, ninguna palabra salida de Downing Street, permitían, creer que Inglaterra estuviera dispuesta a actuar a favor de su aliada de la Mancha. Existía la “Entente”. Pero la diplomacia inglesa procedía con tal cautela, con palabras tan estudiadas que pasaban a ser ambiguas, que con razón podría pensar Guillermo II que sus primos ingleses no habrían de movilizarse en contra suya.

Así como la política del Kaiser puede juzgarse como un ejemplo de precipitación irreflexiva y de ligereza, la política inglesa puede señalarse como un ejemplo de minuciosa prudencia. La ligereza y la ambigüedad fueron factores esenciales del drama. Sin el respaldo incondicional de Guillermo II a la política del ardoroso Conde Berchtold y sin la excesiva moderación de la Cancillería inglesa, posiblemente no se habría desatado en esa oportunidad el conflicto. Los unos pecaron por irresponsables. Los otros por demasiado cautelosos. Inglaterra no quiso hacer a Guillermo II una advertencia nítida respecto a las posiciones tomadas y el Kaiser obró hasta el último momento en la engañosa creencia de que Inglaterra sería neutral. Y en esta creencia engañosa la excesiva habilidad de Sir Edward Grey, jugó un papel determinante.

Inglaterra pensó en un principio, que el conflicto con un pequeño país eslavo, no rezaba directamente los intereses del Imperio, a pesar de que Sasanow insistía dramáticamente ante el Embajador Buchanan que ese era un error de apreciación, e Inglaterra tarde o temprano se vería comprometida. No se estaba jugando solamente la suerte de Servia, sino todo el complejo destino de Europa.

La diplomacia inglesa actuaba a pasos lentos y graduales, con la desconfianza con que se entra en aguas desconocidas. Al salir de su indiferencia, propuso la mediación. Sir Edward Grey telegrafió a las Cancillerías interesadas:

“Estaría dispuesto el Ministro de Relaciones a ordenar a su Embajador en Londres, que se una a los representantes de Francia, Italia y Alemania y a mí mismo, en una reunión secreta, para buscar una solución que evite mayores complicaciones...? De ser así se debe solicitar que se suspendan todas las operaciones militares, hasta saber el resultado de la conferencia”.

Francia e Italia no se hicieron esperar y aceptaron ese mismo día la invitación del inglés. Pero Guillermo II —una nueva salida infortunada que compromete gravemente su responsabilidad— manifestó que sólo participaría en la mediación si Austria lo deseaba expresamente, “ya que en asuntos vitales la gente no suele pedir consejo”.

La mediación quedaba excluida. Viena cerró los oídos a todas las advertencias y exhortaciones. Esta tiritando la impaciencia patriótica. Como si quisiera, como en el drama griego, cumplir cuanto antes su trágico destino, quería precipitar los acontecimientos. La idea de una conferencia de mediación le parecía odiosa. De ella podría escapársele la presa:

“La prensa en Viena pedía el inmediato y ejemplar castigo de la odiada raza servia —escribe Sir Mauricio de Bunsen—, el país tiene el convencimiento de hallarse ante la alternativa, de someter a Servia o de ser mutilada tarde o temprano por ella.

El ultimátum fue conocido por los rusos. Sasanow lo calificó ante el Embajador inglés Buchanan de provocador e inmoral. Utilizó esta oportunidad para decirle:

“Todo el problema europeo se halla en juego y si la guerra estalla Inglaterra se verá envuelta en ella, más tarde o más temprano. La guerra se hará más posible si Inglaterra no hace desde el principio frente común con Francia y Rusia”.

25 de julio

El Gobierno alemán envía una nota a París y a Londres en la cual dice:

“El gobierno alemán desea ardientemente que el conflicto sea localizado. Toda intervención de una tercera potencia, producida por el juego de las alianzas, podrá provocar consecuencias incalculables”.

Por su parte el gobierno ruso declara en un comunicado:

“El Gobierno Imperial sigue atentamente la evolución del conflicto austro-servio, que no puede dejar a Rusia indiferente”.

El Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, conversa cordialmente con el Embajador austriaco, Conde Szapary, con el fin de buscar una explicación franca y leal y despejar incógnitas. Fue la última entrevista que se desarrolló en ese tono amistoso. Se comenta el ultimátum austríaco.

“La intención que ha inspirado ese documento —dice el ruso— es legítima si no existe otro fin que el proteger vuestro territorio, contra la acción de los anarquistas servios. Pero la forma es indefensible.

“Modificad la redacción del ultimátum —agregó— y yo les garantizó el resultado”.

El austríaco se mostró impresionado, casi persuadido por este lenguaje.

Sasanow va a proponer esta tarde una conversación directa entre Viena y Petrogrado.

—Podremos salvar la paz, dice Sasanow la Embajador francés Paleólogo.

—Si no estuviera sino Austria, tendría esperanza. Pero esta Alemania. Ella ha prometido a su aliada un gran éxito de amor propio. Está convencida de que no osaremos hacerle frente a que la “Triple Entente” cederá, como ha cedido siempre. Esta vez no podemos ceder, so pena de dejar de existir”.

28 de julio

Se ha recibido la respuesta de los Servios, redactada con serenidad por Pasic. Deja abiertas todas las posibilidades a la paz. El propio Guillermo II considera que ha pasado el peligro y anota, esta vez sin rabia y sin impaciencia:

“Es una brillante ejecución en un plazo de cuarenta y ocho horas. Es más de lo que se pudiera esperar. Un grande éxito para Viena. Pero con esto desaparece toda razón de guerra y el Emperador Giesel debe permanecer tranquilamente en Belgrado Como consecuencia de esto yo no hubiera ordenado la movilización”.

Y en una amplia carta dirigida a su Secretario de Estado le dice; como descargando su conciencia y saludando la buena nueva:

“La capitulación más humillante es anunciada *Urbi et Orbi* y hace desaparecer todo motivo de guerra. Sin embargo hay que ocupar Belgrado como prenda de la ejecución del ultimátum y sobre todo para que el ejército que ha sido tres veces inútilmente movilizado reciba una satisfacción de honor y tenga la conciencia de haber puesto al menos una vez el pie sobre el suelo extranjero. Sin esto la renuncia a toda acción militar, podría crear un descontento contra la dinastía lo que sería peligroso. En el caso de que Vuestra Excelencia participe de esta opinión, propondría decirle a Austria: Felicitaciones. Con esto ya no hay motivo de guerra pero es necesario tener una garantía de que las promesas serán ejecutadas. Sobre esta base estoy listo a negociar la paz en Austria...”.

Durante algunas horas el inestable Kaiser cree pasado el peligro y acepta complacido las posibilidades de paz. Olvida los arrebatos bélicos de los veinte días preparatorios. Se tranquiliza ante la idea de que Austria, con el apoyo alemán, haya obtenido un radiante éxito diplomático y haya humillado a la pequeña nación eslava. Infortunadamente los acontecimientos no dependían de su voluntad exclusiva.

En el momento en que cesa el Kaiser de lanzar centellas, el belicismo ruso se enciende y la noticia de la movilización se propaga por Europa. El Zar ha procedido con precipitud, sin esperar los efectos de la respuesta servia y sin informarse a fondo sobre el cambio de actitud en la mentalidad impresionable del Kaiser.

Movilización general del ejército austríaco Movilización del ejército ruso.

El Embajador alemán en Petrogrado declara a Sasanow:

“Si Rusia no suspende inmediatamente sus preparativos militares, Alemania movilizará también su ejército”.

Sasanow le responde:

“Los preparativos del Estado Mayor ruso, están motivados por la intransigencia obstinada del gabinete de Viena y por el hecho de que ocho divisiones austrohúngaras están ya en pie de guerra.

El Embajador alemán se ha expresado en tono imperativo. Su declaración tiene casi la forma de un ultimátum. Rusia ha movilizado en el momento en que la tempestad se calmaba en Berlín. El Gobierno ruso ordena la movilización de trece divisiones destinadas a operar contra Austria-Hungría. Comienza secretamente la movilización general.

29 de julio

Nuestra entrevista de Sasanow con Portalés. Esta vez el Embajador no habla en tono imperativo. Tiene conciencia de la gravedad del momento que se está viviendo. Le dice confidencialmente al Ministro ruso:

“Hágame una proposición cualquiera que yo pueda recomendar a mi gobierno. Esa es mi última esperanza”.

Sasanow, en respuesta redacta esta fórmula ingeniosa:

“Si Austria, reconociendo que la cuestión austro-servia ha tomado el carácter de un asunto europeo, se declara lista a eliminar de su ultimátum, los puntos que afectan los derechos soberanos de Serbia, Rusia se compromete a hacer cesar sus preparativos militares”.

Este mensaje no alcanzó a llegar a Berlín. El Emperador, ante el anuncio de que su amigo Nicolás ha movilizado en defensa de los regicidas, vuelve a colocarse el casco y ordena la redacción de un ultimátum, dirigido a Petrogrado:

“Si Rusia moviliza contra Austria-Hungría, la mediación que yo he aceptado por tu ruego insistente —le dice a Nicolás— estará comprometida y se hará imposible. Todo el peso de la decisión gravita sobre tus espaldas, que tendrán que soportar la responsabilidad de la guerra o de la paz...”.

Ante este mensaje Sasanow se descorazona. Considera que las vías diplomáticas han sido obturadas y que solo queda la voz de los cañones:

“No podemos evitar la guerra, dice el ruso con desesperación. Alemania no busca sino ganar tiempo. En estas condiciones Vuestra Majestad no puede diferir la movilización general...”.

Nicolás vacila. Se halla vivamente emocionado. Por indiferente que sea su temperamento, por incapaz para captar la trascendencia de los hechos, pareciera que en ese instante se le presentaran a sus ojos las terribles consecuencias de ese acto y en una sola visión pánica cruzarían las imágenes de su desventura y de la fe su familia.

—Piense, le dice al Ministro, la responsabilidad que Usted me está aconsejando que tome. Piense que se trata de enviar millares de hombres a la muerte.

El Ministro contesta:

“Ni la conciencia de Vuestra Majestad ni la mía, tendrá nada que reprocharse si la guerra estalla. Vuestra Majestad y su gobierno habrán hecho todo lo posible para ahorrarle al mundo esta terrible

experiencia. Pero hoy tengo la convicción de que la diplomacia ha concluido su obra. Hay que pensar en la seguridad del Imperio. Si Vuestra Majestad detiene los preliminares de movilización, será dislocada nuestra organización militar y desconcertados nuestros aliados. La guerra no dejará de estallar por eso, a la hora querida por Alemania y nos sorprenderá en plena confusión”.

Las eternas palabras de los políticos: la conciencia nada tiene que reprocharles. La movilización rusa constituyó una medida apresurada. El consejo reiterado de los ingleses era el de dejarle a Alemania la iniciativa y no confundir su responsabilidad con actitudes que pudieran disculparla.

Después de un instante de recogimiento, el Emperador pronunció en un tono firme la palabra fatal:

—Sergio Demitriewitch, vaya a telefonar al Jefe del Estado Mayor que yo ordeno la movilización general.

El péndulo señala las cuatro de la tarde. El acorazado “Francia”, que lleva al Presidente de la República, Poincaré, de regreso de su jira por Rusia, llega a Dunquerque.

El Ministro de Relaciones Exteriores, Viviani, envía un telegrama a San Peterburgo:

“Francia está resuelta a cumplir todas sus obligaciones con su aliada”.

En respuesta a la movilización rusa los alemanes envían un lacónico ultimátum a los rusos. El Embajador Portalés se presenta a Sasanow para decirle en tono marcial:

“Si en un plazo de doce horas, Rusia no interrumpe sus medidas de movilización, el ejército alemán será integralmente movilizad.

Guillermo II se halla abatido y exasperado. La movilización rusa le ha devuelto sus ánimos guerreros, pero presiente que ese conflicto no va a ser fácil y se da cuenta de que la preparación diplomática no ha estado certera: ¿Con quién cuenta Alemania...? Tan sólo hay un aliado fiel, que es el promotor de la guerra: el austriaco. La lucha habrá

de librarse en dos frentes. De un lado las hordas eslavas y del otro los odiados franceses. ¿Qué actitud tomará Inglaterra...? Guillermo II ya lo sabe, a pesar de la cautela de Sir Edward Grey. Hubiera querido mantener buenas relaciones con Inglaterra, ese era el punto esencial de su política. Contaba con la animadversión de Francia y no le impresionaba el tener un duelo que repitiera las escenas de 1870. Pero sabía que el poder inglés, seguía siendo un factor determinante de la guerra y que en los mares no podía competir con la marina de Jorge. Si Inglaterra se inclinaba del lado de Francia, Alemania haría frente a una temible coalición. En tierra podía abatir a los franceses y a los rusos. Pero ninguna guerra en la historia ha terminado sin que los ingleses digan la última palabra. Estas reflexiones movieron a Guillermo II a escribir una dramática confesión y una diatriba contra Inglaterra, cuando todavía no estaba decidida su participación en la guerra. Un instinto certero le decía que el inglés, ese era el enemigo. En el momento en que Rusia moviliza no piensa en ella. Toda su hiel y todo su encono están dirigidos contra la Isla, como si tuviera el sentimiento de su derrota.

“Mi papel ha terminado —dice el Kaiser—. La ligereza y la debilidad deben precipitar al mundo en la más terrible de las guerras, que en fin de cuentas tiene como objetivo la destrucción de Alemania. Yo no tengo ninguna duda: Inglaterra, Francia y Rusia se han puesto de acuerdo, para adelantar contra nosotros una guerra de exterminio. Esta es la situación real en toda su desnudez, que ha sido cuidadosa y seguramente preparada por Eduardo VII y que finalmente se realiza. Al mismo tiempo la estupidez y la falta de tacto de nuestra aliada son presentados como si fuera obra de nuestras maquinaciones. De esta manera el famoso cerco a Alemania se ha convertido en un hecho cumplido. Con una risa sardónica Inglaterra ha obtenido el más brillante éxito de su política mundial puramente anti-alemana y que ha proseguido con perseverancia. Es

un resultado que despierta la administración, aún de aquel a quien causa la pérdida. Eduardo, después de su muerte, es más fuerte que yo que estoy vivo. Nos hemos precipitado en la encrucijada con la esperanza conmovedora de calmar a Inglaterra. Todas las advertencias, todos mis ruegos han sido vanos. Ya está llegando el agradecimiento inglés. Del dilema de la fidelidad a la alianza con el viejo emperador, ha nacido una situación que da a Inglaterra, el pretexto anhelado para destruirnos. Nuestros cónsules en Turquía y en las Indias, nuestros agentes, deben pretender una revuelta salvaje de todo el mundo musulmán, contra ese detestable pueblo de mercaderes mentirosos y sin conciencia. Si debemos perder toda nuestra sangre que Inglaterra pierda por lo menos las Indias.

En este curioso documento existen mezclados todos los elementos. Es una especie de monólogo, en que el Emperador perplejo medita sobre su destino. Examinemos algunas líneas.

Mi papel ha terminado, ¿Cuál papel...? ¿No había querido convertirse en un Señor de la guerra...? El Kaiser se da exacta cuenta de sus deficiencias ante el Estado Mayor prusiano. ¿Qué tiene él que decir frente a Moltke, a Hindenburg, a Ludendorf...?

Un examen realista del panorama lo lleva a la conclusión de que Alemania parte solitaria y cercada a una gigantesca aventura. La coalición enemigo es pujante. Al lado suyo se halla tan sólo el Emperador viejo que desfallece en Viena.

Austria ha cometido insignes errores. El propio Kaiser lo reconoce. Ahora se va a decir que son errores alemanes. Pero por qué escribió el famoso "Ahora o nunca..."? ¿Por qué le dio una carta en blanco a los atizadores de Viena...? ¿Por qué no frenó los ímpetus del Conde Berchtold y por qué no impidió que el noble austríaco jugara sobre el tapete toda la suerte de Alemania...? Si de Alemania se trataba, era el Kaiser quien ha debido conducir, con sus consejeros y su Estado Mayor, todas las escenas de la política europea y no entregarle a una

nobleza secundaria el timón en travesía tan peligrosa. Berchtold había jugado con el capital de Guillermo I y Guillermo II, insensatamente, con el legado de Bismarck.

Y un fantasma lo obsede. Su tío Eduardo VII. Lo está viendo todavía con su aire impertinente, sin darle mayor importancia a presuntuoso sobrino, presenciando las regatas. Todo lo ofendía en el inglés: su elegancia, sus maneras, su displicencia, los agasajos que le hacían en París, su distinción de hombre de mundo, sus chalecos. A pesar de su gordura, se admiraba en él a un dandy. ¿Acaso no lo era también el nieto alemán de Victoria...? Sabía hilar la política fina. Es Eduardo, ningún otro, el que ha tramado este complot. El es el responsable único de esta trama. Está más vivo que los vivos.

30 de julio

Inglaterra no hace ninguna promesa de acción ni de neutralidad. Ante la inminencia del conflicto, Sir Edward Grey, envió una advertencia a Alemania diciendo, que si Alemania y luego Francia se veían envueltas en el conflicto “este podría ser tan grande que involucrara todos los intereses europeos y yo no creía que el Embajador alemán creyese por el tono amistoso de la conversación, que nos quedaríamos al margen”.

Esta fue la célebre advertencia de Sir Edward, Las palabras no pueden ser más cautelosamente elegidas. Sólo Guillermo II las entendió. No se trataba en realidad de una prevención categórica. El Secretario de Estado inglés dejó una duda y es duda fue fatal.

El mismo 31 de julio, cuando ya se habían anunciado las movilizaciones alemana y rusa, Sir Edward Grey le manifestó al Embajador francés:

“Hemos decidido hoy en el Consejo que no podemos hacer promesa alguna. Por el momento nos parecía que ningún tratado u obligación se hallaban envueltos en el asunto”.

Inglaterra se movía con tardos pasos cuidadosos, como quien avanza en un campo minado.

El jefe socialista Jean Jaurés, trabajó ese día, como de costumbre, en su periódico “L-Humanité”. Quería consagrar su artículo a un nuevo llamamiento a las responsabilidades europeas:

“En presencia de esa larga cadena de errores y de faltas —escribe Paul Desanges— forjada por la diplomacia de todos los países, quiere enumerar las advertencias repetidas del socialismo internacional. Posiblemente este cuadro coloreado de sus responsabilidades, de sus crímenes, determinará al fin a los gobiernos a realizar por la paz el esfuerzo supremo”.

Lo venía acechando un joven bien educado, patriota, casto y piadoso, de nombre Raoul Villain. Lo ha identificado a su salida del periódico, con la ayuda de un paseante cualquiera. Debió pensar:

“Este es el traidor, el enemigo de la ley de tres años, el abogado de Alemania, el enemigo de todos los llamamientos de Alsacia y Lorena”.

Ese día Jaurés almuerza en el “Croissant”. El jefe socialista le dice a sus amigos: “Esto va muy mal”. Un hombre se aproxima al grupo. Lleva en sus manos una fotografía en colores.

—¿Se puede ver...?, pregunta Jaurés.

Es el retrato de una niña, inocente y pura. Unos segundos de silencio. Una detonación. Jaurés se desploma. Una mujer grita:

“Han matado a Jaurés, han matado a Jaurés...”.

Cuando llegaron a Londres las noticias de la movilización rusa, el Ministro inglés telefoneó a los gobiernos francés y alemán si se comprometían a respetar la neutralidad de Bélgica. Francia inmediatamente dio la seguridad solicitada. Pero el Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, replicó que una respuesta revelaría sus planes bélicos.

La elocuente ambigüedad de esta respuesta alertó al gobierno inglés quien comenzó a darse cuenta que esta guerra también era la

suya. Para impedir que el enemigo se estableciera en Bélgica de manera definitiva, se realizaron las guerras de la revolución. La defensa de Bélgica ha sido uno de los pivotes inmodificables de la diplomacia inglesa. El león británico movió el primer ojo, cuando oyó el telegrama de Berlín. Y Sir Edward replicó:

“Lamentamos profundamente la contestación del gobierno alemán, pues la neutralidad belga afecta los sentimientos de este país.

1° de agosto

El Zar le telegrafía al Kaiser, todavía en tono amistoso:

“Comprendo que estés obligado a movilizar, pero quisiera tener de ti la misma garantía que yo te doy, a saber, que estas medidas no significan la guerra y que proseguiremos nuestras negociaciones a favor de la paz general tan cara a nuestros corazones. Nuestra larga y probada amistad debe tener éxito en impedir la efusión de sangre”.

A las siete de la noche del primero de agosto, Portalés se presenta al Ministerio. Ha entrado a zancadas como un huracán. Está conmovido e iracundo. Lanza sus palabras como en los tiempos de la caballería. Dice:

“Su majestad, el Emperador, mi augusto soberano, a nombre del Imperio, acepta el desafío y se considera en estado de guerra con Rusia”.

Sasanow busca una frase dramática para impresionar al alemán y ponerle fin, con hierro candente, a su misión en Rusia:

—Ustedes están haciendo una política criminal. La maldición de los pueblos caerá sobre Ustedes.

—Defendemos nuestro honor, contestó el Embajador.

Y mientras todos estos acontecimientos tenían lugar en Europa, a la orilla del abismo, ¿qué pensaba el Zar de todas las Rusias, uno de los cuatro protagonistas del drama...? Compleja personalidad la

de Nicolás. Sobre él había ejercido en su infancia y en su juventud, influencia decisiva tres hechos: Siendo un niño presenció la agonía de su abuelo, el Zar Alejandro II, asesinado por los terroristas en el puente de Catalina. Vio el cuerpo del Zar convertido en muñones sangrantes.

Se le había dicho con justicia, que los esfuerzos de toda su vida habían estado encaminados a eliminar la servidumbre de los campesinos y a crear una Asamblea Nacional, a través de la cual se expresara el pueblo ruso, en un comienzo de libertad política. El testimonio de agradecimiento estaba ahí, en ese cuerpo horriblemente mutilado por las bombas. Fueron inútiles los esfuerzos del más noble de los Romanoff, por reconciliarse con su pueblo.

El padre de Nicolás inició su gobierno abandonando las ideas políticas de Alejandro II y regresando con encendida pasión al autocratismo. Alejandro III poseía una fuerza hercúlea, una voluntad de hierro y al dogmatismo instintivo de los príncipes moscovitas, sumaba ahora la experiencia trágica de su padre y las enseñanzas de un gran teórico de la represión y del gobierno autoritario, el alto Procurador del Santo Sínodo, Pobedonoztsew. Era un hombre inteligente y reaccionario, convencido de que toda idea liberal venía del diablo y que la única manera de salvar a Rusia era la de seguir las huellas de Catalina I y Nicolás I. Se dirigió a su discípulo para decirle:

“No creáis en los viejos cantos de sirena. No penséis que podéis hacer concesiones a la opinión pública. Eso sería la pérdida de Rusia y la Vuestra, Majestad. No dejéis escapar una sola ocasión de afirmar vuestra voluntad personal, vuestra inquebrantable voluntad, a fin de que todo el mundo crea oídos decir: yo quiero esto... yo no quiero esto...”

Y así procedió Alejandro:

“Presidiremos serenamente los destinos de Nuestro Imperio, que no serán de ahora en adelante discutidos sino entre Dios y nosotros”.

Y el Alto Procurador del Santo Sínodo se convirtió en el preceptor del Zarevitch. Bajo el ojo vigilante de su padre autoritario y bajo la inspiración del dogmático Pobedonoztsev, la juventud de Nicolás transcurrió dentro de marcos precisos, dentro de formas implacables. Ni el padre ni el preceptor le dieron jamás oportunidad de pensar por cuenta propia y someter a un juicio reflexivo los acontecimientos. Tenía que proceder al llegar al trono, como su padre y dentro de los cánones intelectuales trazados por el Procurador. Todo soplo de inteligencia autónoma se agostó.

A los veintisiete años de edad asumió la responsabilidad de dirigir un Imperio, que estaba intensamente trabajado por los nihilistas y en cuyo seno había brotado, en la clandestinidad, el grupo socialista. Se habían fundado fábricas En las calles de San Petersburgo, transitaban no sólo los mujiks humildes y resignados, sino una nueva clase social, que leía manifiestos y tenía sus jefes subterráneos. Nada de eso comprendía Nicolás. Era un Zar del medioevo ruso, dentro de un panorama que comenzaba a adquirir el toque proletario.

Su postura intelectual y su concepción del gobierno eran anacróticos. Pero, además carecía, para obrar como un Romanoff, de la tremenda energía de Nicolás I y no tenía los arrestos de su padre Alejandro III. Era un hombre débil obligado a realizar un gobierno fuerte. Era un temperamento pusilánime, en el momento en que las fuerzas ocultas se preparaban a dar el asalto a su trono. Carecía de la arrogancia y del don de mando de las personalidades conductoras. Pero se le había enseñado que las concesiones a la opinión pública son perniciosas. Tenía una sola condición de auténtico Zar: la insensibilidad.

A la muerte de su padre, esa naturaleza débil entró a estar dominada por la influencia de su esposa, la primera Alix de Hesse. La historia nos cuenta muchos casos de princesas alemanas o bizantinas, que al entrar en la corte de Rusia se rusificaron hasta los tuétanos. Zoé Paleólogo, Catalina II.

Alix de Hesse había sido educada en la Inglaterra victoriosa y allí aprendió las maneras más finas. Pero al llegar a Rusia quedó imbuida del espíritu autocrático. Despreciaba a la Corte, fueron muy pocos los nobles rusos que captaron su simpatía y consideraba al pueblo como una masa sumisa y pasiva, tendida a los pies del Zar. La enfermedad de su hijo la desvió hacia la histeria. Y la profunda consternación en que vivió al pie del lecho del Zarevitch, herido de muerte, la llevó a confiar ciegamente en el magnetismo de Raspoutine. En diez años la influencia maléfica del “Starets”, fue creciendo sobre el espíritu de la Zarina, convertida en instrumento del mujik crapuloso. A través de la Zarina, Raspoutine gobernaba a Rusia.

La guerra, las deserciones en el ejército, el descontento en la Duma del Imperio, la aparición de las corrientes liberales, las preven- ciones de la propia familia, nada modifica la ruta elegida por el Zar, dominado por su esposa, a su vez poseída por el espíritu maléfico. Cuando Nicolás partió hacia el frente, para dirigir personalmente las operaciones militares, la Zarina lo asedió con sus cartas, que consti- tuyen una curiosa mezcla de amor y de política, tiernas e imperativas, dulces y perentorias, apasionadas y crueles:

... “No cedas, manda, sé el jefe. Obedece a tu enérgica mujercita y a nuestro amigo. Cree en nosotros...”.

... “No tomes decisiones importantes sin consultarme. A Rusia le gusta sentir el látigo. Cómo me gustaría poder verter mi voluntad en tus venas. No he podido dormir, pero escúchame a mí, que es como si escucharas a nuestro amigo. Sufro por ti como un niño tierno y de corazón débil...”.

“Sé el auténtico Emperador, sé Pedro el Grande, Juan el terrible, el Emperador Pablo, aplástalos a todos con tu pie...”.

“Dios nos ha colocado en el trono y nuestro deber es mantenerlo firme para entregárselo incólume a nuestro hijo. Te beso, te acari-

cio, te amo, te echo muchísimo de menos; no puedo dormir sin ti; te bendigo...”.

Al reconstruir día por día, cada uno de los episodios diplomáticos que desencadenaron la guerra, abrimos con curiosidad el diario de Nicolás II, para indagar qué reacciones le producían los espectros cercanos de la muerte y de la guerra. Y leemos:

... “Austria nos ha declarado por fin la guerra. La situación se ha hecho neta. A partir de las 11 hubo una sesión del Consejo de Ministros. Alix estuvo durante el día en la ciudad y volvió con Victoria y Ella. Al almuerzo tuvimos a Kostia y Mavra, que acaban de llegar de Alemania y que han tenido las mismas dificultades que Alek para atravesar la frontera. Una lluvia caliente ha caído durante todo el día. Yo realicé un paseo...

... “Alix estuvo en la ciudad. El tiempo era soberbio. Olga almorzó conmigo. Hicimos un paseo y encontramos muchos champiñones. Me estuve cerca de una hora en Gatchina. Alix entró a las siete. Alexis tuvo dolor de cabeza...

... “A las nueve estuve en la ciudad sobre el Dozorni. Estuve con Nicolacha en el Palacio de Invierno, donde recibí los miembros del Consejo del Imperio y de la Duma. En seguida recibí a Iline a propósito de la Cruz Roja. A mediodía volví a partir con Ella (la Gran Duquesa Elisabeth, hermana de la Emperatriz) para Peterhof. Soplaban un viento fresco de noroeste, pero hacía mucho calor. Almorcé en la casa. Después estuve paseando con los niños. Después del té, Ella me despidió y volvió a Moscú. Leí. Todos los oficiales del “yacht” han pasado la soirée en casa...

... “La misa tuvo lugar a las diez y treinta, a causa de la llegada de mi querida mamá a Peterhof. Ella fue recibida por toda la familia, los Ministros y la comitiva. La guardia de honor estaba admirable. Mamá llegó con Xenia, después de un viaje de nueve días de Inglaterra a Berlín, donde no la dejaron pasar hasta nuestra fron-

tera, enseguida por Copenhague y toda Suecia y de Tornéo a San Petersburgo. Ella no está fatigada y su moral es excelente, como la nuestra. Hice un paseo con mis hijas. A las seis recibí a Nicolacha. El tiempo era magnífico...

... “El 27 de julio, nuestras 10ª y 11ª divisiones pasaron la frontera y han tenido encuentros felices con las tropas austríacas... Estuve paseando con los niños y busqué champiñones...

30 de julio, fecha decisiva de la historia universal. El Zar de todas las Rusias escribe:

... “Hoy nuestro querido Alexis, cumplió diez años. Por la mañana recibí a Ianouchkevith y me despedí de él. Estuve en retardo para la misa. El tiempo estaba hermoso con un viento frío sudeste. Después del té, Nicolacha llegó con una ametralladora tomada a los alemanes en la frontera. Hice un paseo con mis hijas y nos balanceamos como todos los días en los columpios...”

Al día siguiente era la movilización general.

2 de agosto

Movilización general del ejército francés. ¿Qué ha hecho ese día el Zar de todas las Rusias...?

... “El tiempo está fresco y el sol ha aparecido durante algunas horas. Estuvimos en misa. Empaqué mis efectos y mis papeles. Salí de paseo con las hijas y encontré a mamá cerca del columpio. Leí y trabajé después del té. A las ocho dejamos nuestra querida casa. Comida donde mamá con tía Olga, Mitia y Tatiana. A las diez dejamos a Peterhof”.

Inglaterra ofrece a Francia un auxilio naval con condiciones. Sir Edward Grey manifiesta en los Comunes:

“Si la flota alemana atraviesa el Mar del Norte, para emprender operaciones hostiles en contra de las costas francesas, la flota británica le dispensará la protección que le sea posible. Esta seguridad está naturalmente sujeta a la política del gobierno y al apoyo del Parlamento y no debe considerarse como comprometido al gobierno a emprender acción alguna, hasta que se verifique por parte de la flota alemana la actuación antes dicha”.

La política inglesa continúa siendo hasta el último momento reitante y condicional. Se reserva hasta el último momento la facultad de replegarse y de exigir condiciones. No extiende a su aliada, una carta en blanco.

En la historia de la diplomacia se establece el elocuente contrapunto entre la mesura y la precipitación, la cautela y el nerviosismo, la ponderación y el desequilibrio, la energía taimada y la energía volcánica, el sentido de la responsabilidad y la irresponsabilidad afanosa, entre el Ministro de Relaciones de Inglaterra, Sir Edward Grey y Guillermo II y el canciller austriaco Berchtold. En el primero todo es frialdad, lucidez, pausa. En los segundos todo es incoherencia, urgencia, belicismo, ardor sin controles. Los dos perdieron sus Imperios. Esta vez —no ocurre siempre— la insensatez no fue premiada.

Mientras Sir Edward hablaba en los Comunes, llegó a Bruselas un ultimátum. Las tropas prusianas, en desarrollo de su táctica, cruzarían los dominios del Rey Alberto.

Al día siguiente, en la Cámara de los Comunes Sir Edward fue más enfático:

“La flota francesa se halla ahora en el Mediterráneo y las costas del Norte y del Oeste de Francia están indefensas debido al sentimiento de confianza y de amistad que existe entre las dos naciones. Si una flota extranjera, sosteniendo con Francia una guerra que ésta no ha buscado, atraviesa el Canal y bombardea las costas indefensas de Francia no podemos quedar al margen. Francia tenía derecho a

saber si en caso de ataque sobre sus costas indefensas podría contar con el apoyo británico y ayer se lo prometí al Embajador francés”.

Y al referirse al ultimátum alemán en Bélgica, el Ministro declaró: “...Si es cierto y si lo acepta, perderá su independencia, a pesar de lo que le haya ofrecido a cambio. Si Francia pierde la guerra, si Bélgica cae bajo la misma influencia dominadora y luego le corresponde el turno a Holanda y después a Dinamarca, considérese cuál sería la situación desde el punto de vista de los intereses británicos. Si en una crisis como ésta no cumplimos con las obligaciones de honor e interés que nos impone el tratado belga, dudo que sea cual fuera la fuerza material que poseyéremos, al fin tuviera mucho valor frente al respeto que hubiéramos perdido”.

Lo que decidió a Sir Edward para dar el paso, fue la violación de la neutralidad belga. Hasta ese momento su política fue metódicamente ambigua, lo que hace pensar a algunos historiadores que no frenó, en oportunidad, el ímpetu de los alemanes. Se necesitó un mes para que Inglaterra formulara una definición categórica.

Ya hemos visto las razones de Potiemkine (*Historia de la Diplomacia*) en contra de Sir Edward Grey. Veamos la versión inglesa, dada por uno de los colegas de Grey, Winston Churchill, en su libro “*La Crisis Mundial*”:

“El gabinete era extraordinariamente partidario de la paz. Un mínimo de las tres cuartas partes de sus componentes, estaban determinados a no dejarse arrastrar a una guerra europea, a menos de que Inglaterra fuese atacada, lo que no era probable. Los que pensaban así estaban inclinados a creer, en primer lugar, que Austria y Servia no llegarían a las manos. En segundo lugar, que si llegaban, Rusia no intervendría. En tercer lugar que si Rusia intervenía, Alemania no atacaría. En cuarto lugar, ellos confiaban en que si Alemania atacaba a Rusia, podría ser posible que Francia y Alemania se neutralizaran mutuamente sin lucha. No creían que si Alemania atacaba a Francia

lo hiciera a través de Bélgica y que si lo hacía los belgas resistirían bien. Y es digno de mencionar que durante todo el curso de esta semana, Bélgica no solamente no imploró nunca el auxilio de las potencias garantes, sino que indicó claramente que deseaba ser dejada sola. Así pues había cinco o seis actitudes, las cuales podían ser impugnadas, pero ni una sola podía ofrecer resultado o solución alguna, excepto la deriva de los hechos. Hasta el día tres de agosto no se produjo la petición directa del Rey de Bélgica para que Francia e Inglaterra prestaran sus auxilios. Esto condujo a una situación que reunió la mayoría de los Ministros y permitió a Sir Edward Grey hacer el discurso aquella tarde en la Cámara de los Comunes”.

El razonamiento de los Ministros ingleses era equivocado, si ellos dispusieron en su momento de todos los elementos de juicio, que obraban razonablemente en poder de Sir Edward Grey. Porque el Embajador inglés en Viena describió con patetismo la belicosidad de los vieneses, luego era lógico que Austria estaba decidida a dar el zarpazo. El Embajador inglés en Petersburgo, por su parte, informó sobre la firme actitud de Sasanow y la resolución Rusa de impedir que Servia fuera aplastada. Respecto a la actitud alemana, el Ministerio inglés sabía hasta donde había sido amplio el respaldo por Guillermo II a los austriacos. Los Embajadores franceses reiteraron, por su lado, el respaldo de la República a la Rusia Arista, en el caso de verse comprometida. La reacción era en cadena.

“Todos los días había largas sesiones a partir de las once —dice Churchill— llegaban corrientes de telegramas de todas las capitales de Europa. Sir Edward se vio arrastrado en la siguiente doble lucha:

- a) Impedir la guerra.
- b) No abandonar a Francia llegado el caso.

Yo observaba con admiración sus actividades en el Foreign Office y su fría calma en los consejos. Las dos tareas mencionadas accionaban y reaccionaban entre sí de hora en hora. El tenía que tratar de

hacer notar a Alemania que había que contar con nosotros, sin dar la sensación a Francia o Rusia de que nos tenían ya en el bolsillo. Tenía que convencer al gabinete de todo lo que hacía”.

“Tan pronto empezó la crisis se obstinó en el proyecto de una conferencia europea, e hizo en este sentido todos los esfuerzos concebibles. Su plan era sentar con Inglaterra, alrededor de una mesa a todas las grandes potencias, en una capital agradable a todos. Allí se podía luchar por la paz y si fuera necesario, amenazar con la guerra. Si se hubiera celebrado ésta conferencia no habría habido guerra”.

“El segundo punto capital era el Canal de la Mancha. Sucediera lo que sucediera, si la guerra estallaba, no podíamos permitir que la flota alemana bajara por el Canal para atacar a los puertos franceses”.

Anticipándose a la controversia histórica sobre la ambigua actitud de Sir Edward, Churchill afirma con énfasis:

... “Quiero discutir ahora, la disyuntiva de si una acción más decidida de Sir Edward Grey en la primera fase del problema hubiera evitado la guerra. En primer lugar debemos preguntar: ¿en qué fase primera...? Supóngase que después de Agadir, o del anuncio de la nueva ley alemana de 1912, el Ministro de Asuntos Exteriores hubiera propuesto a sangre fría una alianza formal con Francia y Rusia y que como consecuencia de los acuerdos militares derivados, se hubiera empezado a organizar un ejército adecuado a nuestras responsabilidades y a la parte de responsabilidades que teníamos en los asuntos mundiales. ¿Quién puede decir que esto hubiera impedido o precipitado la guerra...?

... Pero ¿qué probabilidad existía de que tal acción hubiera sido tomada por unanimidad...? El gabinete de aquel momento nunca habría dado su conformidad. Dudo de que nuestros Ministros se hubieran conformado. Pero si el gabinete hubiera estado de acuerdo, sus normas no habrían sido aceptadas por la Cámara de los Comunes. Por consiguiente el Ministro de Asuntos Exteriores

habría dimitido. La política que él hubiese defendido habría sido rechazada”.

“Supóngase también que después del ultimátum de Austria a Servia, el Ministro de Asuntos Exteriores hubiera propuesto al gabinete, que si los sucesos discurrían de tal modo que Alemania atacara a Francia, o violara el territorio belga, Inglaterra declararía la guerra a Alemania. ¿Hubiera asentido el gabinete a tal comunicación...? No puedo creerlo. Si Sir Edward Grey hubiera podido decir el lunes, que si Alemania atacaba a Francia o a Bélgica, Inglaterra declararía la guerra a Alemania, no se habría llegado a tiempo para evitar la catástrofe...? La cuestión es ciertamente discutible. Pero lo que sabemos ahora de los acontecimientos en Berlín, tiende a demostrar que Alemania estaba muy comprometida por su acción previa. Ellos tenían ante sus ojos el deliberado anuncio británico, de que la flota se iba a concentrar; esto constituía un aviso silencioso, pero serio. Bajo su impresión, el Emperador alemán, tan pronto como regresó de Berlín, hizo el mismo lunes y días siguientes grandes esfuerzos para llevar a Austria a la acción e impedir la guerra. Pero no pudo dominar los acontecimientos o resistir el contagio de las ideas.

3 de agosto

El Embajador alemán Schön entregó a Viviani una declaración de guerra, saliendo inmediatamente de París.

El Reichstag se reunió en solemne sesión en la sala Weisser del Palacio de Berlín para oír a Guillermo II:

“Me he visto obligado a movilizar mi ejército contra un vecino junto al cual luchó en muchos campos de batalla. Con sincera tristeza contemplo el fin de una amistad que Alemania apreció lealmente”.

“El gobierno ruso cediendo a un nacionalismo insaciable, acude en ayuda de un Estado, que patrocinando criminales intentos ha provocado esta guerra”.

“No nos sorprende que Francia se haya unido a nuestros enemigos. Nuestros esfuerzos para establecer relaciones amistosas fracasaron con demasiada frecuencia sobre los viejos resentimientos y las viejas esperanzas. La situación actual no es el resultado de efímeros conflictos, sino de años de activa malevolencia contra el poder y la prosperidad del Imperio alemán. No nos anima el afán de conquista sino la firme decisión de conservar el puesto que Dios nos ha concedido. Desenvainamos la espada con la conciencia y las manos libres”.

“Nos vimos obligados a rechazar la justa protesta de los gobiernos de Bélgica y Luxemburgo. En cuanto consigamos nuestros propósitos militares, procuraremos reparar el mal cometido. Quien se halla amenazado como nosotros y luchando por su vida sólo puede pensar en la manera de seguir adelante.

Inglaterra tomó su decisión. El ataque a Bélgica rompía su neutralidad. Un ultimátum partió hacia Berlín, con plazo de doce horas. El Embajador inglés Goschen nos cuenta su entrevista con el Canciller alemán:

... “Lo encontré muy agitado. Sólo por una palabra, dijo, sólo por una palabra; neutralidad, sólo por un trozo de papel la Gran Bretaña se dispone a luchar contra una nación hermana que ‘solo quería llevarse bien con ella. La política a que he consagrado todos mis esfuerzos, se viene abajo como un castillo de naipes”.

Los Ministros ingleses se reunieron en Downing Street a rumiar sus silencios, detrás del humo de las pipas. Estaban a la espera de la respuesta alemana. El plazo expiraba a las doce de la noche.

“Las doce en la hora alemana cuando expiró el ultimátum, cuenta Churchill. Las ventanas del Almirantazgo estaban abiertas en aquella noche calurosa. Bajo el mismo techo donde Nelson recibiera

órdenes, estaban reunidos un pequeño grupo de almirantes y de capitanes y otro grupo de Secretarios, lápiz en mano. A lo largo del Mall y en dirección a Palacio flotaba el fragor de una gran multitud que cantaba “God Save the King”. En aquel ámbito de entusiasmo irrumpieron los sonos de la campana del Big Ben y a la primera campana de la hora, hubo una sensación de movimiento en la sala. El telegrama de guerra que rezaba: “Empiece las hostilidades contra Alemania” fue expedido a todos los barcos y bases navales bajo el pabellón inglés de todo el mundo”.
Había concluido el Siglo XIX.

5 de agosto

El Zar anota en su diario:

“Comenzó la procesión en la Catedral de la Asunción y después el Te Deum en el Convento Tchoudov, de donde volvimos en coche. Leí después del almuerzo. A las tres fuimos a la estación de Kazan donde inspeccionamos un nuevo ferrocarril, que lleva el nombre de Alix y que parte hoy para el ejército.

En estas palabras, estériles y heladas, nos relata el Zar la última ceremonia que mostró el esplendor de los Romanoff. Por fortuna había allí un testigo, escritor y francés, que nos transmite la solemnidad conmovedora de la escena:

“A las tres de la tarde fui al Palacio de Invierno donde según los ritos el Emperador debe lanzar un manifiesto a su pueblo. El espectáculo es majestuoso. En la inmensa galería de San Jorge, a lo largo del muelle del Neva, cinco o seis mil personas se han reunido. Toda la Corte está en vestido de gala y los oficiales de la guarnición en traje de campaña. En el centro de la sala un altar y se ha transportado el icono milagroso de la Virgen de Kasan. En 1812 el Mariscal Prín-

cipe Koutusof, oró largamente al frente de la Santa Imagen. En un silencio religioso el cortejo imperial atraviesa la galería y se coloca a la izquierda del altar. El Emperador me hace invitar a que tome sitio en frente de él, queriendo así rendir un público homenaje a la fidelidad de la Francia aliada”.

“El oficio divino comienza inmediatamente, acompañado por los cantos tan largos y tan patéticos de la liturgia ortodoxa. Nicolás II reza con una contención ardiente, que da a su rostro pálido una impresionante expresión de misticismo. La Emperatriz Alexandra Federovna se mantiene cerca de él, con un busto rígido, la cabeza alta, los labios violáceos, la mirada fija, las pupilas vidriosas. Por instantes ella cierra los ojos y su rostro lívido hace pensar en la máscara de una muerta. Después de las últimas oraciones el Capellán de la Corte lee el manifiesto del Zar a su pueblo, simple y sencilla exposición de los acontecimientos que han hecho la guerra inevitable, llamamiento elocuente a todas las energías nacionales, imploración al Todopoderoso. Después el Emperador, aproximándose al altar, levanta la mano derecho hacia el Evangelio. Está aún más grave, más recogido, como si fuera a comulgar. Con una voz lenta y corta que se apoya sobre cada palabra declara:

“Oficiales de mi guardia aquí presentes. Yo saludo en vosotros a todo mi ejército y lo bendigo. Solamente juro que no concluiré la paz, mientras haya un solo enemigo sobre el territorio de mi patria...”

Los franceses en San Petersburgo organizaron al día siguiente una solemne misa y al fin de ella se cantó:

Domine, salvum fac, Republicam

Domine, salvum fac, Imperatorem

Nicolaum.

Domine, salvum fac, Regem Britannicum.

Había comenzado la guerra.

Cuatro años después, Guillermo II paseaba tristemente su mirada sobre un campo de tulipanes, en Holanda, como exilado imperial.

Nicolás II moría con toda su familia en Ekaterinburgo.

El último de los Habsburgos, encontraba en Madeira, la isla del sol y de las uvas, su tumba.

Un inmenso paisaje de cruces unánimes se extendía en Verdún.

La capital del Imperio de los moscovitas se había convertido en el centro transmisor de las revoluciones mundiales.

El cabo Adolfo Hitler pronunciaba su primera arenga en la cervecería de Munich.

IV De Wilson a Roosevelt

Antes de concluir la primera guerra mundial, el Presidente Wilson presentó un proyecto de paz contenido en catorce puntos y de acuerdo con los cuales se organizó el precario edificio de Ginebra. Así decía el histórico documento:

- 1º) Convenciones de paz públicamente acordadas.
- 2º) Absoluta libertad de navegación de los mares, lo mismo en tiempos de paz que en tiempos de guerra, excepto en el caso en que estos se cierren por disposición internacional para reforzar las medidas o acuerdos internacionales.
- 3º) La supresión hasta donde es posible, de todas las barreras económicas.
- 4º) Las garantías oportunas para que los armamentos se reduzcan a los estrictamente necesarios para la seguridad interna.
- 5º) La solución imparcial de todas las reclamaciones coloniales basadas en el principio de que los intereses de la población deben pesar tanto como las justas reclamaciones del gobierno, cuyos derechos habrán de determinarse.

- 6°) La evaluación de todo el territorio ruso y la determinación independiente de su desarrollo y de su política nacional.
- 7°) Bélgica debe ser evacuada y restaurada, sin que se intente ninguna limitación de su soberanía.
- 8°) Todo el territorio francés será liberado, restaurándose las partes invadidas, enmendándose los daños cometidos en 1871 respecto al asunto de Alsacia y Lorena.
- 9°) Se efectuará una rectificación de las fronteras italianas sobre líneas claras de nacionalidad.
- 10°) Los pueblos de Austria, Hungría, cuyo lugar entre las naciones queremos asegurar y salvaguardar, recibirán la oportunidad de desarrollarse autónomamente.
- 11°) Rumania, Servia y Montenegro serán evacuadas, restaurándose los territorios ocupados; Servia recibirá una salida libre al mar y las relaciones de los Estados balcánicos se determinarán según las líneas históricamente establecidas de alianza y nacionalidad.
- 12°) Las fronteras turcas del Imperio otomano deberán afirmarse por medio de una segura soberanía, pero las otras nacionalidades que viven bajo el dominio turco deben recibir indiscutibles garantías para sus vidas y la oportunidad de desarrollarse autónomamente y los Dardanelos permanecerán siempre abiertos como vía marítima para el programa y los barcos de todas las naciones, bajo las correspondientes garantías internacionales.
- 13°) Se erigirá un Estado polaco independiente que incluya todos los territorios habitados por pueblos indiscutiblemente polacos, a los que se concederá una salida al mar y cuya independencia política y económica, así como la integridad territorial, será garantizada por un acuerdo internacional.

- 14°) Se formará una asociación general de naciones con objeto de conceder iguales garantías para la independencia política y la integridad territorial de todos los Estados, grandes o pequeños.

Durante unos meses el Presidente Wilson se convirtió en el emisario de la buena nueva y en el apóstol de la paz. En él fincó sus ilusiones toda la humanidad conmovida por cuatro años de guerra. Las líneas cardinales de su pensamiento prevalecieron en Versalles.

En una bella ciudad suiza, reclinada dulcemente a la orilla del Lago Lemán se reunieron los Embajadores de las potencias vencedoras y de las naciones neutrales. Se dejó sentada la base de la igualdad de los Estados y el principio básico de la nueva sociedad: la paz indivisible. El agresor en contra de uno de los Estados miembros, se convierte en el agresor en contra de todos. Los horrores de la primera guerra estaban vivos y palpitantes en la imaginación de los europeos. Ese cataclismo no podía repetirse, mientras existiera el Arca de la Alianza, que bogaba en el lago de Ginebra.

Pero la Sociedad de las Naciones era apenas uno de los capítulos del convenio internacional de Versalles y por consiguiente su existencia estaba íntimamente ligada al “statu quo” europeo, y a la existencia del mundo colonial, salvado de la guerra. El nuevo orden dispone la creación de Polonia y de los países bálticos, Lituania, Estonia y Letonia. El Imperio austro-húngaro es desintegrado y dentro de sus fronteras demolidas se crea el nuevo Estado de Checoslovaquia, se constituye a Yugoslavia, se le entrega un trozo a Rumania y se garantiza la independencia de Hungría. Se reintegran al territorio francés, Alsacia y Lorena. Se crea el puerto independiente de Dantzig. Se aísla a Prusia oriental del cuerpo de la nación.

Unos pocos meses después de publicado el Tratado, un historiador francés Jacques Bainville, escribió el más famoso de sus libros: “Las Consecuencias políticas de la paz”. Y en ese pequeño volumen

predijo lo que había de acontecer en el inmediato futuro. Es quizá un ejemplo mayor de clarividencia dado por un contemporáneo al juzgar en todas sus consecuencias un convenio político de esas proporciones.

Alemania sale disminuida, en cerca de 100.000 kilómetros cuadrados, pero sobre ese territorio reducido reúne sesenta millones de habitantes. “La obra de Bismarck y de los Hohenzollern ha sido respetada en lo que tenía de esencial. La unidad alemana no fue solamente mantenida sino reforzada”.

“Es una paz demasiado dulce por lo que tiene de dura —exclama Bainville—. El Tratado le arrebató todo a Alemania, salvo lo principal, salvo el poder político, que es el generador de todos los otros. Cree suprimir los medios de hacer daño que Alemania poseía en 1914. Pero le concede el primero de esos medios, el que le permite reconstruir los otros, el Estado, un Estado Central, que dispone de los recursos y de las fuerzas de sesenta millones de habitantes y que estará al servicio de sus pasiones.

Y se leen impresionantes profecías: Los jirones del antiguo ejército imperial, encontrarán refugio en los territorios de los confines, en Prusia occidental y oriental. Nuevas formas de militarismo están en vías de nacer allí. No faltarán sino la ocasión y el hombre, que pondrán ese militarismo en movimiento”.

“El tratado desmembra a Alemania en un punto sensible, muy lejos del control de los aliados. La desmembra en provecho de Polonia, tres veces menos poblada que ella y veinte veces menos fuertes, si se tienen en cuenta las debilidades íntimas del Estado polaco y los peligros que corre. Mirad la carta de Europa tan elocuente. Acurrucada en acecho, en medio de Europa, como un animal de mala entraña. Alemania no necesita sino extender una garra, para reunir de nuevo el islote de Koenigsberg. En ese signo —oídlo bien— las próximas desgracias de Europa y de Polonia están escritas”.

“Mirad una vez más este mapa extraño. Poneos un instante en el sitio y dentro de la cabeza de los hombres que habitan esos Estados nuevos. Para ellos Alemania no puede ser sino amenaza o atracción. Entre la sumisión y la lucha no hay medio alguno. Para Polonia ninguna elección, es la lucha y a muerte. Pero el Estado Checoslovaco...? Lejos de rodear al germanismo, es el germanismo el que lo cerca, que le impide si quiere, respirar, que tiene a su discreción su comercio y sus industrias. Y después, no temamos en este libro repetir hechos elementales. Hay tres millones de alemanes en Bohemia. Una guerra con Alemania sería el suicidio de Checoslovaquia. Una extrema prudencia debe inspirar al gobierno de Praga. Y la prudencia se llama neutralidad. Y la neutralidad incondicional absoluta se llama sometimiento...”

“Más al sur es peor. He aquí a Austria, un trozo de la Alemania auténtica. Ella sola está separada de la unidad alemana. Si se despega Austria, no hay razón para que las otras partes se mantengan vinculadas alrededor de Prusia. Si Viena sigue siendo la capital de Austria, no hay razón para que Baviera y Wurtemberg graviten alrededor de Berlín. Desde el momento que se quería crear una Austria independiente, era necesario que existieran otros trozos de Alemania independientes. Lo accesorio está al alcance de lo principal. Demasiada grande tentación para Alemania, el reincorporar a la patria alemana los países austriacos. Demasiado grande tentación para el Estado de Viena el unirse a una comunidad vasta y poderosa. Austria es para el mundo —tal como la dejó Versalles— un objeto de irrisión o de piedad. Se le da el nombre de Estado aborto. Si estuviera rodeada de otros estados de su talla no sería ridícula. Pero este único grupo alemán, cerca del coloso germánico, nadie lo tomará a lo serio”.

“La vieja Prusia queda cortada en dos... Alemania no sufrirá esa amputación”.

“El Anschluss no encontrará obstáculos políticos y se impondrá a los espíritus. Alemania tiene al alcance de la mano a esos pocos millones de hermanos pobres”.

“Sobre el cadáver de Polonia habrá una aproximación de germanos y eslavos”.

Todo lo escrito por Bainville en 1920 se cumplió al pie de la letra. Yo he releído diez veces ese libro alucinante. Parece escrito después de la segunda guerra mundial. El Anschluss con Austria. El problema de las minorías alemanas en Checoslovaquia. La desintegración de Polonia. La reivindicación de Dantzig. Ese fue el programa que previó Bainville, cuando Hitler era apenas un cabo insignificante.

La primera falla de la organización mundial fue la ausencia de los Estados Unidos. Wilson había sido el promotor de la paz y de la nueva sociedad jurídica. Pero la opinión pública de los Estados Unidos no la acompañó y la firma de Versalles quedó en blanco. Floreció en Norteamérica, después de la victoria, el aislamiento. Los embrollados asuntos de Europa no son de nuestra incumbencia y es bueno que los europeos los resuelvan solos.

La sociedad de las naciones, con esta “capitis diminutio”, pasó a obrar bajo la influencia de Inglaterra y Francia, interesadas en convertir esa agrupación de pueblos, en mantenedora vigilancia del “status-quo” pactado en Versalles.

En la primera década florecieron los discursos y se oyeron a las orillas del Lago Lemán, las más bellas improvisaciones de Aristides Briand. Alemania fue recibida más tarde en el seno de la Asociación, con la esperanza de que la nueva República, nacida en Weimar, adoptaría una política de reconstrucción dentro de las fórmulas del derecho, renunciando a la fuerza. Stresseman y Briand canjearon brindis y promesas. El entendimiento franco-británico era una garantía para la paz. En el otoño del Lemán se oía la voz de Briand, como la de un violoncello sedante, arrullando esa tierna esperanza de paz simbolizada en la paloma.

Concluida la primera década y en su orden, se desplomó todo el edificio de la paz indivisible.

En Alemania accedió Hitler al poder y confiscó la desorientada república democrática heredada de las trémulas manos del Mariscal Hindenburg. El punto esencial de su programa fue el desconocimiento del “Dictat” de Versalles. Y el primer acto desafiante, la invasión a la Renania.

El Japón abrió su ofensiva en Manchuria, con expresa violación del Convenio.

Italia decidió organizar un Imperio en el África. Eligió a Eitopía como víctima. La Liga de las Naciones abrió el proceso sonoro y dictó sanciones económicas que resultaron inoperantes. El Rey destronado de los Etíopes —la última astilla del antiguo testamento— acudió ante el Consejo de la Sociedad de las Naciones para reclamar justicia, pero la conquista se consolidó.

Alemania se retira ostentosamente de la Liga, para recobrar toda autonomía de movimiento en materia internacional. Se dibuja en el horizonte el Eje —Roma— Berlín precipitado por la coincidencia de sistemas políticos y por la convergencia de intereses entre alemanes e italianos, en contra de Versalles, Italia decide su retiro.

Tres potencias se han ausentado, con la declaración explícita de que no se someten a la norma internacional. Japón, Italia y Alemania. Los Estados Unidos observan la neutralidad. Inglaterra y Francia quedan solas, con su séquito de naciones balcánicas y coloniales. La U.R.S.S. utiliza esta circunstancia para ser recibida en la familia.

Se inicia la guerra civil española y el gobierno de Madrid en apuros, solicita con apremio al Consejo de la Sociedad, el que tome medidas conducentes a impedir que Italia y Alemania envíen armas y abastecimientos a los revoltosos. Se crea un Comité de No-Intervención, que tuvo como único resultado el paralizar a los amigos de la República en el exterior. Y toda esta política de neutralidad se

adelantó bajo la inspiración del llamado Frente Popular, en el efímero gobierno de León Blum.

Se acerca una nueva tormenta. La independencia de Austria —como lo preveía Bainville— fue succionada sin violencia. En la conferencia de Munich, por fuera de los cuadros jurídicos de la Sociedad de las Naciones, se pactó el descuartizamiento de Checoslovaquia con la firma de Adolfo Hitler, Benito Mussolini, Neville Chamberlain y Eduardo Daladier. Se cometió el error de no invitar a la U.R.S.S. a esa decisiva conferencia europea, en la que se determinaba el destino de un pueblo. Una de las naciones más sólidamente amigas del espíritu de Ginebra, presidida por el segundo de sus fundadores, Eduardo Benes, era entregada a Hitler como prenda de paz. A cambio de esta presa, Chamberlain no obtuvo sino la firma de un papel, cuatro líneas en las que Hitler se comprometía a detenerse ahí. Ilusiones perdidas.

Ahora el peligro se cierne sobre Polonia. En el momento en que el cuerpo de Checoslovaquia está expuesto sobre la mesa de disección, Polonia acude solícita y codiciosa a reclamar su parte de botín, sin pensar en que el cocodrilo, de que habla Churchill, se acerca a ella. El punto siguiente del programa conquistador de Hitler es la apropiación a la fuerza del corredor de Dantzig, establecido en Versalles.

Chamberlain se siente burlado esta vez y reacciona con violencia un poco tardía. Firma apresuradamente un tratado de asistencia mutua con Polonia. El 3 de Septiembre de 1939, a las seis de la mañana el mundo se despierta con la alocución en la que Hitler anuncia la entrada de las panzer-divisiones en el territorio polaco. Pocos días después la U.R.S.S. que ha modificado radicalmente su política de entendimiento con los occidentales y ha designado al frente de sus negocios extranjeros al frío e impasible Molotov, invade a Finlandia. El pequeño pueblo resiste heroicamente. Y en el Lago Ladoga naufraga expósita la Sociedad de las Naciones.

Yo estuve presente, como Secretario de la Delegación de Colombia a la dramática y melancólica sesión, en la que se hundió el sueño wilsoniano y fue expulsada Rusia de la Sociedad de Naciones. Después de un debate en la Asamblea general, en la que la mayoría de los voceros de los Estados débiles increparon a Rusia por la invasión de un vecino pacífico y heroico, la resolución de expulsión fue votada y aprobada. Silenciosamente, sin decir una palabra, impenetrable y abisal, Litvinof puso en orden sus papeles, los llevó con cuidado a su cartera de cuero negro y acompañado tan solo por el Embajador ruso en Roma abandonó discretamente el recinto. Tomó en el “vestiare” su bufanda de lana, caminó a pasos lentos por el inmenso pasillo de mármol, llamado simbólicamente la galería de los pasos perdidos. En efecto todos los pasos habían sido perdidos. Yo tuve la curiosidad de seguirlo de lejos, hasta que su silueta se perdió en la alameda que cae sobre el Lemán. Fue la última reunión de la Liga.

Había perecido por diversas causas. La ausencia de Estados Unidos le había restado fuerza universal. Los fracasos sucesivos la habían convertido en reina de burlas. Con ella siguieron subsistiendo los pactos bilaterales de defensa mutua, lo cual era una reminiscencia de antiguos métodos diplomáticos y una contradicción con la tesis cardinal de la paz indivisible. Francia fue activa promotora de esas agrupaciones, fuera del marco de la Liga, llevada por el impulso natural de afianzar la colaboración de sus amigos, asociándolos en bloques geográficos. La pequeña “Entente” reunía a los amigos de Francia en los Balcanes. Y la gran “Entente” establecía el eje con Londres, en acción opuesta al eje Roma-Berlín.

Cuán cambiado se halla en 1945 el panorama mundial. Tres potencias han sido vencidas: Alemania, Italia y el Japón. Francia conoció las humillaciones de la ocupación. Inglaterra sostuvo durante dos años sola, el peso de la guerra. Los centros de gravitaciones de la influencia mundial se desplazaron a Washington y Moscou. Los Estados Unidos

han abandonado su política de aislacionismo y han tomado sobre sus espaldas, como Atlas, la responsabilidad de medio mundo. La mayoría de los pueblos del planeta reciben generosamente su apoyo y su asistencia. El hambre, la crisis económica, la reconstrucción de las industrias de paz, exigen ahora la presencia de los Estados Unidos en Europa, en China, en el Medio Oriente. Ya ha dejado de tener límites su acción diplomática. Se ven colocados ante el deber de auxiliar a los pueblos vencidos y arrasados para que no caigan en las manos del comunismo, levantan con sus dólares las fábricas destruidas por los bombarderos envían a sus soldados a todos los puntos estratégicos del planeta.

Se ha cumplido esta vez la más clarividente profecía, escrita en 1830 por Alexis de Tocqueville, al meditar sobre el destino de la naciente democracia de América:

“Hoy día existen sobre la tierra dos grandes pueblos, que partidos de puntos diferentes parecen avanzar hacia el mismo objetivo: son los rusos y los americanos. Los dos han crecido en la oscuridad y mientras las miradas de los hombres estaban ocupadas en otros sitios se han colocado los dos en el primer rango de las naciones y el mundo ha tenido conocimiento al mismo tiempo de su nacimiento y de su grandeza. Todos los otros pueblos parecen haber logrado los límites que les trazó la naturaleza y no hacen otra cosa que conservarlos, pero los rusos y los americanos están en crecimiento. Los otros están detenidos y no avanzan sino con mil esfuerzos. Ellos solos marchan con un paso rápido y fácil en una carrera sobre la cual el ojo podría todavía percibir el límite. El americano lucha contra los obstáculos que le opone la naturaleza; el ruso lucha con los hombres. El uno combate el desierto y la barbarie, el otro la civilización revestida con todas sus armas. Las conquistas del americano se hacen con el sudor del trabajador y las del ruso con la espada del soldado. Para lograr su finalidad el primero se afianza sobre el interés personal, y deja obrar sin dirigirlas la fuerza y la razón de los individuos. El segundo concentra en un hombre todo

el poderío de la sociedad. El uno tiene por principal medio de acción la libertad; el otro la servidumbre, su punto de partida es diferente, sus vías son diversas. Sin embargo cada uno de ellos parece llamado por un designio secreto de la Providencia a tener entre sus manos un día los destinos de la mitad del mundo...”.

Para que adquiriera toda su plena realización la profecía, que como en el caso de Bainville está formulada por un escritor y no por un político —los políticos sumergidos en la acción no ven más allá de las narices— las dos guerras mundiales ofrecieron su colaboración y aceleraron el destino de los dos pueblos. En la primera guerra el pueblo ruso adquirió la posibilidad de realizar su revolución interna, que fue efecto inmediato de la derrota a manos de los alemanes y de la sublevación de las tropas anarquizadas. Desplomado el trono de los zares, se inicia el lento movimiento tentacular que partiendo de Moscou se extiende por los pueblos vecinos con la bandera de la revolución mundial, que oculta el viejo anhelo imperialista de los moscovitas. Los Estados Unidos adquirieron conciencia de su peso en los destinos mundiales y de la eficacia de la técnica industrial para decidir la guerra.

En el segundo conflicto se verificó el desplazamiento total de los ejes del poder. La U.R.S.S. combatió al lado de los vencedores y cuando llegó la victoria, sus tropas ocupaban, como prenda segura, la mitad del territorio europeo y de allí no volvieron a salir. Estados Unidos se encontraron de repente convertidos en los líderes del mundo libre. Los dos grandes estados colaboraron en San Francisco, para darle forma jurídica al ideal de paz.

Bastaron tres años para que se dibujara el nuevo antagonismo, agravado ahora por la dimensión colosal de los oponentes y por el invento de las nuevas máquinas de guerra. Desde el año 1948 se hicieron evidentes los errores cometidos en las conversaciones de paz, algunos de ellos repetidos al texto, son impresionante ignorancia de las lecciones de la historia.

Han sido publicados en Washington por el Departamento de Estado los documentos secretos sobre los antecedentes y desarrollos de la segunda guerra mundial, la participación de Roosevelt en las conferencias de Casablanca y Yalta. Tan sólo a la luz de esos documentos secretos hasta hoy, se puede iniciar el juicio a fondo sobre esa notable y discutida figura histórica. De su lectura se obtienen conclusiones favorables y desfavorables. Hay un pro y un contra, igualmente netos. El aspecto positivo de la acción rooseveltiana: Haber creado con su persuasiva palabra un clima favorable a la defensa de la libertad. Haber conducido con maestría de político la opinión de su país insensiblemente, a la lucha contra la tiranía nazi. En la acción militar el Presidente Roosevelt secundó con energía algunos de los planes, no todos, del Ministro Churchill. Abasteció a los defensores de la Isla, armó la resistencia de Stalingrado, estimuló los desembarcos en Italia, en Normandía, en el África. Se convirtió en la primera figura de la gran coalición que había de concluir en la victoria. Ese es el aspecto positivo de su obra.

Pero ahora comienza a discutirse el aspecto negativo, puesto en evidencia por los documentos secretos: no tuvo Roosevelt una idea coordinada sobre la paz, ni pensó seriamente en el porvenir de Alemania. Y dejó la impresión de haberse dejado seducir por Stalin. Creía que entre los dos no eran posibles las diferencias. Buena parte de las dificultades que el mundo atraviesa tienen su origen en las conferencias de Teherán y de Yalta y en las concesiones de Roosevelt a Stalin. El Presidente estaba viejo, enfermo y fatigado. Consideraba con rencor el problema alemán. No veía en Stalin un posible adversario. No tuvo una conciencia imperial de su misión. Se dejó embrujar por el georgiano. Fue muy grande la intimidad en Teherán entre los dos jefes de gobierno. Concurrió Roosevelt a muchas conversaciones secretas a las cuales no fue invitado Churchill. Ha sido publicada la versión escrita por el intérprete del Presidente, Charles E. Bohlen:

... “El Mariscal Stalin expresó que no conocía personalmente al General de Gaulle, pero que en su opinión era un sujeto quimérico, en todas sus actuaciones públicas. Explicó que Francia estaba unida a Petain para prestar ayuda a Alemania, el enemigo común y en consecuencia debería ser castigado por sus actitudes durante la guerra. El Presidente Roosevelt estuvo de acuerdo y dijo que en el futuro ningún francés mayor de cuarenta años, y particularmente a ningún francés que hubiera participado en el actual gobierno se le podía permitir ninguna posición distinguida en cualquier gobierno futuro. Dijo que la primera necesidad para Francia, no sólo para el gobierno sino también para todo el pueblo, era la de convertir a la honestidad a todos los ciudadanos”.

... “El Mariscal Stalin continuó diciendo que él no aprobaba que los aliados tuvieran que derramar sangre para restaurar, por ejemplo, la Indochina al viejo sistema colonial francés. El Presidente expresó que esta ciento por ciento de acuerdo con el Mariscal Stalin”.

Hasta ese punto de la deliberación entre los dos famosos estadistas podía tener razón Roosevelt, que en todos los tonos había expresado la conveniencia de liquidar el régimen colonial. Pero de ahí en adelante comenzó el proceso de las concesiones con la U.R.S.S. Mientras era enfático en defender la libertad de Indochina y de la India, los documentos secretos muestran su posición complaciente con las anexiones rusas de Lituania, Estonia y Letonia. Dice así el sugerente texto:

“El Presidente le explicó al Mariscal Stalin que también en los Estados Unidos existía un gran número de personas, de origen lituano, latvio y estoniano, pero que entendía claramente las aspiraciones de Rusia de recuperar esos territorios y luego en forma jocosa le dijo: Usted puede tener la seguridad de que cuando la Unión Soviética recupere esas áreas, los Estados Unidos no intentarán ir a la guerra con la Unión Soviética”.

Hay constancia de que Winston Churchill propuso un movimiento militar en grande escala que tuviera como escenario del desembarco a los Balcanes, en el momento en que se concluyeran las operaciones en el Mediterráneo Oriental. Si se hubieran seguido los planes del Primer Ministro, las armas inglesas y americanas habrían libertado los Balcanes y no habrían caído en poder de los rusos. Siempre que Churchill insistía en su punto de vista, Stalin categóricamente se oponía, sosteniendo que la invasión de Francia era la operación importante y la más aconsejable y que en ella deberían comprometer los Estados Unidos e Inglaterra la totalidad de sus fuerzas. Bien sabía Stalin que los aliados se retirarían de Francia, concluida la Guerra, mientras el repliegue ruso de los Balcanes no figuraba en sus cálculos. Roosevelt no respaldó a Churchill en estas tesis.

Stalin no ocultó en Teherán y en Yalta su propósito de castigar drásticamente a Alemania. El Presidente Roosevelt era menos categórico, pero en buena parte la compartía. Estaba bajo la obsesión de Alemania y no veía en el planeta otro enemigo.

La posición de Churchill, como conocedor de la historia europea y del papel que Alemania representa en su economía era diferente. No participaba de ese encendido furor en contra de los alemanes y como buen europeo preveía la imposibilidad de reconstruir el continente, haciendo tabla rasa de los alemanes. Stalin utilizó insidiosamente estos sentimientos de Churchill para murmurar en varias ocasiones, “que el Señor Churchill guardaba una secreta simpatía por los alemanes y deseaba darles una paz amable a cambio de la muerte y la destrucción que llevaron los nazis a Inglaterra”.

Consta en los papeles secretos que Stalin se pronunció de manera brutal sobre el tema: “Por lo menos cincuenta mil y posiblemente cien mil de los dirigentes políticos militares alemanes deben ser físicamente liquidados”. Un escalofrío de terror recorrió la sala de la conferencia. El Presidente, con la amplia sonrisa, deseando suavizar la tirante si-

tuación creada entre Churchill y Stalin, comenzó a bromear acerca de al dura frase del Dictador:

“Digamos más bien que la cifra de los alemanes que deben ser ejecutados, sea de 49.000 a más”. Churchill agregó que no creía que se pudiera pensar en ejecutar a soldados que no habían cometido otro delito que el de cumplir con el deber de combatir por el país”.

El Presidente Roosevelt dio precisas indicaciones a Stalin sobre la actitud que habrían de tomar los Estados Unidos una vez terminada la guerra. Cuando antes los soldados americanos regresarían a sus bases. El aparato militar americano sería desmontado, sin que fuera preciso para ello el conocer previamente las condiciones de la paz. La tutela de los aliados correría por cuenta de Inglaterra y de los rusos. Los Estados Unidos desaparecían por el foro y dejaban despejado el campo. Esta actitud hubiera sido lógica si previamente se hubieran establecido las condiciones precisas de la paz mundial y los requisitos graduales para llegar de nuevo a la autonomía de Alemania.

Entonces predominó la tesis de que Alemania debería ser desintegrada. No habrá paz con una Alemania unida. Se entregó arbitrariamente en sectores a las cuatro potencias vencedoras. Ahora nos hallamos de regreso de esta concepción primaria: no habrá paz con una Alemania dividida.

“El Presidente indicó que los Estados Unidos sólo se limitarían a enviar aviones y barcos a Europa y que Inglaterra y la Unión Soviética tendrían que proporcionar las armas de tierra en caso de que cualquier intento amenazara la paz en el futuro.

La U.R.S.S. quedó con todos los caminos despejados. Nadie reclamó la independencia de los países bálticos y de los balcánicos. Alemania Oriental fue prácticamente anexada. Sobre Checoslovaquia cayó la pesada cortina de hierro. La promesa de libertad a esos pueblos fue olvidada. El origen de todos estos males se encuentra en Teherán y en Yalta, en el tiempo exacto en que los Estados Unidos

eran la primera potencia militar del mundo y habrían podido trazar las grandes líneas directrices de la paz universal sobre el mapa y sobre los hechos. El Presidente Roosevelt había perdido la paz.

Y llegó la segunda post-guerra. Le correspondió a la O.N.U. ser contemporánea, gemela pudiéramos decir, de la bomba atómica. En 1945 surgió la idea romántica a favor de la paz y cayó sobre los hombres por primera vez el átomo desintegrado. Los principios del bien y del mal se simbolizan y confunden.

Esta invención poderosa y amenazante, cambia por completo el sistema de relación de los pueblos, la estrategia de la guerra, la balanza del poder y a la larga psicología humana. El planeta no está amenazado con una guerra en la escala ya conocida y que en sí fue de un horror apocalíptico. El arma que ha surgido es de tal manera concluyente, que se ha convertido en suicida. No se puede emplear. Establece el dilema: o las guerras desaparecen o desaparece la especie.

En 1956 una voz autorizada y desoída, la del Embajador Kennan, intentó formar una corriente de pensamiento en frente del peligro atómico. El error de Kennan consiste en pensar que es posible la desmovilización de uno solo de los oponentes. En su libro "Russia, the atom and the west", nos describe con realismo las condiciones de vida de los pueblos, bajo la amenaza nuclear.

"¿A qué especie de vida nos condenan, los partidarios de la carrera de armamentos...? Las realidades tecnológicas de esta competencia, cambian constantemente de mes a mes y de año en año. Tendremos que estar condenados a volar, como criaturas aterradas y obsesionadas, de una máquina defensiva a la otra, cada vez más costosa y humillante que la anterior, arrastrándonos bajo la tierra un día, rompiendo nuestras ciudades al día siguiente, intentando rodearnos a nosotros mismos en el tercer día, con campos electrónicos elaborados, preocupados solamente de prolongar la duración de nuestras vidas, sacrificando todos los valores por los cuales vale la pena de vivir... El comienzo de

comprensión de este terrible problema, aparece con el reconocimiento de que esta arma de destrucción en masa es un arma estéril y sin esperanza, que no puede servir los propósitos de una política internacional constructiva. La verdadera finalidad de toda acción política es, después de todo, modificar las convicciones más hondas: esto no lo puede hacer la bomba atómica. La naturaleza suicida de esta arma la hace inapropiada, tanto para convertirse en un instrumento de sanción de la diplomacia, o en la base de una alianza. Con un arma como ésta no se puede acudir a la defensa de los amigos. No hay coherente relación entre ella y los objetos normales de la política nacional. Una defensa que esté construida sobre un arma suicida, puede servir a la larga tan solo para paralizar la política nacional, minar las alianzas y conducir a cada uno, todos los días más hondo, en los estériles esfuerzos sin esperanza de la carrera de armamentos. Jamás en la historia las naciones se han enfrentado con un peligro tan grande, como el que ahora confrontamos, bajo la forma de la carrera atómica. Los peligros del pasado amenazaban tan sólo a la generación existente. En cambio hoy todo está en peligro, la bondad y belleza de toda nuestra circunstancia natural, la experiencia humana, la composición genética de la raza, las posibilidades de salud y de vida para las futuras generaciones...". Las tesis de Kennan han sido derrotadas por la política. Los hechos han seguido su curso implacable. La dinámica interior de la historia no se detiene y la humanidad ha celebrado a los astronautas, convertidos en el símbolo de la nueva época.

La política internacional se ha simplificado, al reducirse a la amenaza alterna de dos grandes potencias. Ya no existe el juego de las cancillerías, ni hay campo de actividad para los ingenios diplomáticos. Como no son sino dos los protagonistas, el diálogo ha adquirido una singular monotonía. No están a la vista nuevos factores determinantes. El epicentro de la guerra fría está localizado en Berlín. Los aliados cometieron un inmenso error, al reproducir al texto el de Versalles.

Una inmensa ciudad quedó parcelada en dos zonas y en su límite se han construido muros de cemento y alambradas. No está previsto en los acuerdos de paz el desenlace a esta situación irregular. La anomalía se ha convertido en un hecho normal. En quince años de guerra fría ninguno de los oponentes ha cedido su terreno. La U.R.S.S. considera que la unidad alemana se convertiría en una seria amenaza para su seguridad y no la aceptaría sino en la inaceptable hipótesis de que se realizara bajo la inspiración comunista. Los occidentales por su parte piensan que no habrán de renunciar a sus derechos de guerra sobre Berlín y que de allí no saldrán sino por el empleo de la fuerza. Por lo menos semestralmente se promueve el tema y se enciende el volcán domesticado o se apaga.

“Cuando la guerra terminó en 1918 —escribe Walter Lippmann— esperábamos y creíamos que habíamos ganado una victoria para la idea de que los principios de la sociedad occidental, eran universales. Wilson proclamó un orden mundial, pero era un mundo basado sobre nuestros principios occidentales. Era un orden en el cual las naciones de la región del Atlántico Norte, continuaban siendo los líderes del género humano. Había razones para ser optimistas. La comunidad del Atlántico Norte había ganado una aplastante victoria y los Estados Unidos había surgido como un nuevo y poderoso miembro de la sociedad occidental. Rusia era hasta entonces un país primitivo, con todas las dificultades de una profunda revolución social. China era un país débil y atrasado, dividido entre los poderes extranjeros. La India estaba todavía bajo el dominio inglés. El Norte de África, el Medio Oriente y el Sud-este de Asia, estaban bajo el dominio imperial de Francia o Inglaterra. Se podría creer superficialmente en tiempos de Wilson, que Inglaterra y Francia, apoyadas por los Estados Unidos, podrían prolongar indefinidamente el orden mundial existente en el siglo XIX. Esta era una brillante ilusión”.

“En la segunda guerra mundial el papel jugado por los Estados Unidos no fue el de un poder asociado, que ofreciera refuerzos y reservas. Antes de Pearl Harbour pensábamos sobre nosotros mismos en los términos de la primera guerra. Después llevamos todo el peso de la guerra en el Pacífico, y suministramos al Occidente no sólo armas sino ejércitos. La diferencia entre las dos guerras está marcada por el hecho de que en la segunda, los Comandantes en tierra y mar eran americanos. Pero pensábamos aún que la comunidad del Atlántico podría ser el centro político del mundo. Roosevelt y Churchill tuvieron en la mente la idea de que los Estados Unidos e Inglaterra, obrando como “partners” podrían manejar a Rusia y tener la voz decisiva en el arreglo de post-guerra. El hecho de que Churchill personalmente fuera tan fuerte, hizo aparecer el poder británico más fuerte de lo que en realidad era. Inglaterra, aunque todavía aparecía como un gran poder, de acuerdo con los viejos “standards” ya no lo era, en las dimensiones de Rusia y Estados Unidos, superpoderes. No somos miembros de un orden mundial que esté aceptado como el género humano como universal. Hay otros mundos que desafían al nuestro y compiten con él. Logramos nuestra independencia en medio de la rivalidad de los poderes del Atlántico Norte. Desarrollamos nuestro continente en seguridad, detrás de la supremacía del poder británico. Luchamos en la primera guerra mundial como auxiliares de los poderes atlánticos. Luchamos en la segunda guerra mundial como el poder directivo de la comunidad atlántica”.

“Pero ahora todo está fundamentalmente alterado. Los grandes poderes que nos preocupan ya no están en la región del Atlántico, sino en Europa Oriental y en Asia. Estamos viviendo la decadencia de Inglaterra como uno de los poderes líderes del mundo y nos encontramos sin un poderoso aliado en presencia de nuevos poderes. Después de la segunda guerra las capitales del mundo eran Washington, Moscú y Londres. Ahora las capitales del mundo son Washington, Moscú,

Londres, Pekín, Nueva Delhi y posiblemente el Cairo. Estamos en una situación cuyos lineamientos no son conocidos, porque gran parte del mundo está ocultado por la censura y la otra parte, oscurecida por la propaganda””.

La frontera de los Estados Unidos se halla en todas partes: Formosa, Laos, Corea, el Congo, Cuba, Berlín. Hasta ahora se ha logrado un choque frontal. En el Kremlin, por fortuna para la especie, predominan las cabezas frías. Ya no extingue la generación evolucionaria y los últimos compañeros de Lenín se han hecho viejos. Cuando llegue a la responsabilidad la nueva generación, que habrá de pensar sobre el inmenso legado que ha recibido, gracias a los Romanoff plebeyos que Lenín instaló en el poder...?

V La historia de Francia

“En medio de una llanura espaciosa y en ella un cerro considerable, casi a igual distancia de uno y otro campamento” dos caballeros avanzan. El uno tiene una figura blanca y pálida “marchita antes de la edad por los excesos de Roma. Es un hombre delicado y epiléptico”. Ha llegado a los cuarenta años, sin haber conocido los honores del triunfo. Mientras Pompeyo conquista el Oriente, se consagró con tenacidad a organizar el partido popular, inspirado por el sangriento fantasma de su tío, el terrible Mario. Enemigo de los patricios, pertenece a una de las familias aristocráticas de Roma. Su juventud ha sido aventurera y licenciosa. En el Foro, es el segundo, después de Cicerón. Dirige un partido político tumultuoso y se le señala como sospechoso amigo de Clodio y Catalina.

¿Qué lo ha traído a esta llanura, para enfrentarse a la terrible tribu de los germanos, dirigida por Ariovisto...? Su prestigio popular quiere complementarlo con el poder decisorio de las legiones. Y ha elegido la Galia, como escenario de sus hazañas. En ella puede organizar la reserva militar que corrobore sus intenciones políticas. Está muy lejos de ser un héroe y de ser joven. Se halla comprometido en la empresa de conquistar el Occidente y de forjar las armas para su final elevación.

Tiene delante de sí a los Germanos, “de estatura desmesurada, de un valor increíble y ejercitados en las armas”. Ante la presencia de tan descomunales y feroces guerreros, que han pasado el Rhin para someter a los galos, se originó un gran pánico en el ejército. Y el romano se vio precisado a arengarlos, con todo el despliegue de su don persuasivo, para que no desertaran.

Avanza ahora, custodiado por los caballeros de la Legión Décima, en la que tiene absoluta confianza. A doscientos metros de distancia se detiene en frente de Ariovisto, rey bárbaro de ojos azules, surgido de la selva negra como una deidad vital y tenebrosa.

El germano desconfiado pidió que se hablase desde los caballos y que trajese cada uno consigo diez soldados. Desde sus cabalgaduras, el latino y el germano entablan el diálogo, con el que se inicia la historia de la romanización de la Galia. En alta voz se interpelaron y el primero en hablar fue César.

Le recordó a Ariovisto los beneficios así de él como del pueblo romano. Fue honrado por el Senado con el título de Rey Amigo. Le puso en evidencia la amistad existente entre los romanos y los galos. Le exigió, perentorio, que no atacara a los aliados de Roma.

Ariovisto respondió lacónicamente a las frases de César. No ha llegado a la Galia por voluntad propia, sino llamado por los propios galos. Por derecho de guerra le pagan los galos un tributo, que suelen los vencedores exigirle a los vencidos. Todas las ciudades de Galia se juntaron para combatirlo y a todas las ha vencido en una batalla. La amistad del pueblo romano deberá servirle la honra y defensa y no de perjuicio. Pero si los romanos quieren que no perciba el tributo de los galos y aspiran a quitarle los rehenes, renunciará a la amistad del pueblo romano.

“Esta región de Galia es mía, dijo el germano, como romana es la otra. Primero llegué a la Galia que las legiones romanas. Si César no saca sus tropas de estas regiones, lo tendré por enemigo declarado.

Y agregó maliciosamente el astuto bárbaro:

“Si le doy muerte a César haré gran servicio a muchos nobles y principales del pueblo romano, como lo tengo muy bien averiguado por mis propios mensajeros. El favor y la amistad de muchos romanos eminentes, podría comprarlo con la cabeza de César”.

César replicó que eran antiguos los derechos de Roma sobre Galia. Fabio Máximo venció a los avernos y rutenos. No puedo desistir de mi empresa, ni puedo abandonar a unos aliados tan beneméritos.

Los dos jinetes comenzaron a separarse sin darse la espalda. La batalla entre César y Ariovisto tuvo lugar en la región de Belfort, en el sitio que señala Napoleón III en su interesante Historia de César.

Los soldados de Ariovisto fueron perseguidos hasta el Rhin. Por primera vez los romanos llegaban hasta el río que había de ser el límite tradicional entre el germanismo y la latinidad. “La República romana, dice Mommsen, saluda después de una brillante victoria, el gran río germano que veían por primera vez los soldados de Italia. En una sola batalla había conquistado Roma la línea del Rhin.

La Galia estuvo a punto de ser anegada por la ola germana. Sin la presencia de César, esa blanca y pálida figura, Ariovisto hubiera fundado un Reino con sus compatriotas suevos y todos los galos del norte. Esa es la importancia de la escena descrita. Ahí comienza la romanización de Galia, que va a ser la heredera de Roma. Siglos después, los Reyes Francos, bajarán la cabeza humildes para recibir el agua del bautismo y se convertirán en la espada y la lanza de la cristiandad. “San Bonifacio debe en gran parte sus éxitos de misionero a la espada pipinida”.

—

Como el viento, como el agua furiosa, como la tempestad, como el simoun, como el flagelo de Dios, llegó Atila. Su horda se movilizó

hacia el Occidente. El histórico choque tuvo lugar a los alrededores de Chalons, en los campos cataláunicos. Allí están, al lado de Atila, los hunos, los turingios, los gépidos, mandados por su Rey Ardarico, los Ostrogodos. Y en frente suyo, el general Aecio, el Rey de los Alanos, Teodorico, el Rey de los Godos y Torismundo, su hijo. Como en una especie de sangriento valle de Josafath, allí fueron convocados los pueblos de Europa, los antiguos y los nuevos, los romanos y los bárbaros. La matanza fue horrible. 300.000 cadáveres quedaron extendidos en los Catalaúnicos. Teodorico perdió la vida. Atila fue vencido. Organizó el repliegue, en dirección a Italia, y en esa espantable retirada sembró el terror en la Galia.

Europa sufre ahora el triple asalto de los vikingos, los árabes y los húngaros. El Occidente se halla sitiado. Con una extraordinaria movilidad, los marinos bárbaros, diestros en el manejo de las barcas ligeras, penetran por los ríos, asaltan las abadías, asesinan, incendian, arrasan, desaparecen. Vienen unos del corazón de Escandinavia, la blanca matriz de pueblos.

De ahí surge la necesidad imperiosa de la protección. Todos los marcos del Estado romano han desaparecido. Cada cual debe buscar su propia seguridad. Para frustrar el móvil y fluido asalto marino, hay que estar prevenidos, armados, en vela. Se levantaron unas viviendas, no sólo para las necesidades ordinarias de la resistencia pacífica, sino para repeler al agresor. Son casas de guerra, armadas, almenadas, protegidas. Se edifican primero en madera. Después comienzan a erguirse en piedra abrupta las torres. Finalmente en cada recodo del río, sobre cada colina, otero o alcor, surgen majestuosos y desafiantes los torreones, las almenas, los gruesos muros inexpugnables, que levantan sus pétreos muñones agresivos. En ellos viven gentes elementales y broncas, de re-

cio andar y de palabras foscas. Insensiblemente se integra la jerarquía. El más valiente de los habitantes de la comarca se convierte en el señor. Su compromiso es defender la tierra y a sus campesinos, abrigoarlos en el patio de su castillo. Y el compromiso del vasallo es acudir al llamado de la guerra, cuando suena desde lo alto la trompeta. Durante cuatro siglos se pobló en Occidente con estas rudas y desafiantes viviendas, donde el Señor Feudal, que muchas veces no sabía escribir ni leer, tenía a su lado al fraile, quien conocía el latín, decía la misa e informaba a su señor sobre los remotos tiempos de Roma y de Grecia y sobre lo que había sido la Galia, antes del oscurecimiento pánico de esa Edad.

Las gentes de esa edad tenían opciones, los unos se hicieron caballeros, los otros se hicieron monjes. Los unos ciñeron la espada, los otros el cingulo. Los unos se armaron de pesadas lanzas y poblaron de gritos los patios resonantes, juraron fidelidad a Dios y entre balbuceos, aprendieron después a rimar lindos versos de amor. Los otros se fueron a los conventos, a castigar la concupiscencia, y a encender en la tiniebla, la llama, casi agonizante de la cultura. Sólo ellos podían descifrar los textos sagrados y los textos griegos y latinos. El territorio de Europa se pobló con otras curiosas viviendas, donde los benedictinos y los cluniancenses, observan con rigor las normas disciplinarias.

En el año 910 el Duque Guillermo de Aquitania fundó el Monasterio de Cluny y lo colocó bajo la dirección del Abad de Baume. Un siglo después existían mil monasterios, distribuidos como en una sensible red nerviosa, que unificaba la cristiandad y la mantenía vinculada, por hilos invisibles, a la piedra angular de Roma. Cuando llegó la hora de la Cruzada, el Señor Feudal dio el impetuoso brinco sobre el caballo de guerra, adoctrinado e inspirado por los frailes, que en mil focos distintos y en innumerables sociedades religiosas habían encendido la fe y habían conservado el libro.

El castillo, sobre el alcor, lanzando sus torres como un desafío, y los monasterios, enjambre de místicas y atormentadas abejas y las

Universidades, crearon y estimularon el prodigioso renacer intelectual. En el siglo XIII se halla convertida la Universidad de París en el primer foco intelectual de Europa. En la cátedra se suceden Alberto Magno, Elías Brinet de Bergerac, Bonhome de Bretaña, Santo Tomás de Aquino. Imaginemos un día cualquiera, en el aula medioeval. El filósofo es de alta estatura, su cabeza voluminosa y calva, vestido con los hábitos de Santo Domingo. Ha pasado, según su costumbre, unos minutos por el jardín. Su clase va a comenzar. Sus atentos discípulos se aprestan a recibir sus enseñanzas. Ha elegido el tema para ese día: De la simplicidad de Dios.

“Sabido que alguna cosa existe o es, hay que averiguar cómo es para llegar a saber qué es. Pero como de Dios no podemos saber lo que es, sino sólo lo que no es, tampoco podemos tratar de cómo es, sino más bien de cómo no es. Por tanto trataremos primero de cómo no es. Segundo de cómo lo conocemos. Tercero: de cómo lo denominamos”.

En el Monasterio de Cluny, un ascético monje, se prosterna delante de la imagen de Cristo. Viene a solicitar inspiración y guía, a la misma celda que ocupó años antes. Y bajo las mismas bóvedas y en presencia de las imágenes familiares a su juventud y al drama de su conciencia, implora la luz de Dios, en un momento decisivo de su vida. A la semana siguiente, en frente de los caballeros de Clermont, pronuncia un breve discurso, incitando a los fieles para que se movilizan al rescate del Santo Sepulcro:

“Poneos en camino al Sagrado Sepulcro. Arrancadlo de las manos de las razas malvadas y someted esa tierra a nosotros...”.

El majestuoso coro ascético y militar contestó: Dios lo quiere. Ese grito se fue propagando en hondas concéntricas por toda Europa, penetró a las ciudades, se difundió por los campos, llegó a las cabañas, se

hizo oír en el patio de los castillos. Y en pocos días toda Europa, como un solo corazón unánime, estaba en ascuas, movilizada. Un llameante sentimiento místico ardió en toda la cristiandad. Los señores feudales aprestaron sus caballos y sus lanzas, organizaron sus ejércitos, recibieron la bendición y partieron. Como una trompeta de las postrimerías ha resonado la palabra de Urbano II.

¿Lo colaboradores del Pontífice...? Al frente de los normandos de Sicilia, Bohemundo de Tarento. Entre los señores feudales, Godofredo de Bouillon, Duque de la Baja Lotharingia, soldado fuerte, cristiano convencido, héroe y Santo, Raymond de Saint Gilles, el Conde Hugo de Vermandois, el Conde Etienne de Blois, el Arzobispo y confidente del Pontífice, adhemar de Monteil.

El 13 de enero de 1099 se aproximan a Jerusalén. El 7 de junio tenían delante de sí los Duomos de la ciudad Santa. Jerusalén... “Cuando oyeron ese nombre, Jerusalén, no pudieron retener sus lágrimas y cayeron de rodillas dieron gracias a Dios, por haberles permitido lograr el objetivo de su peregrinación, la Ciudad Santa en que Nuestro Señor quiso salvar el mundo. Era emocionante oír los sollozos que subían de todo ese pueblo. Avanzaron hasta que los muros y las torres aparecieron distintamente, levantaron sus manos en acción de gracias al cielo y bajaron humildemente la cabeza besando la tierra”.

El 15 de julio llegaron al Santo Sepulcro. Allí todos se lanzaron a tierra con los brazos en cruz.

Se organizó, asediando de enemigos, el Reino franco de Jerusalén. El heredero del Reino y fundador de la dinastía vino a ser Balduino, hermano de Godofredo. El descendiente, del mismo nombre, Balduino IV, era un adolescente dotado con todas las gracias del espíritu. Se le dio por preceptor a Guillermo de Tiro, el gran historiador de la Cruzada. Un día cualquiera el adolescente se entrega ardorosamente a los juegos infantiles. Sus compañeros y él se hieren las manos. Todos los niños gritan de dolor. Balduino, permanece impasible. El precep-

tor lo interroga: la epidermis del príncipe era insensible. El niño-rey era leproso.

Al frente de los turcos se halla Saladino, un militar de genio, un político sutil, la primera figura de la Cruzada en las filas de Mahoma. El más temible y magnánimo de los enemigos de la cristiandad.

¿Quién habría de oponérsele...? “Dios, que hace aparecer su fuerza en los débiles, inspiró al Rey enfermo. Se prosternó contra la tierra delante de la Cruz. Oró con lágrimas. El corazón de todos los soldados se conmovió. Montaron a caballo y emprendieron la carga. En la vanguardia iba la verdadera Cruz, en cuyas maderas agonizó el Varón de dolores. Saladino, el poderoso y genial sultán de Egipto y de Damasco, que era un moreno Dios de la guerra, huía con sus millares de turcos, kurdos y árabes.

Casi ciego, cadáver viviente, el Rey leproso lucha contra su destino. Tenía el alma y la voluntad tensa más allá de las fuerzas humanas.

“Qué personaje de epopeya, una epopeya cristiana, en la que prevalecen los valores espirituales —dice Grousset—. Este joven con las carnes ulceradas, que se deshace a pedazos y que sin embargo se hace conducir a la cabeza de sus tropas, las galvaniza con su presencia de mártir y en medio de sus sufrimientos, tiene por segunda vez el orgullo de ver huir a Saladino...”

Ha muerto el Cardenal Mazarino. Durante muchos años controló con mano fina y firme el Estado, siguiendo las huellas de Richelieu. Ha conocido todas las viceversas. La Fronda lo desalojó del poder y el poder regresó gracias a la paciente astucia y a la sagacidad. Era un italiano del Renacimiento. Se enriqueció de manera desmesurada. Enriqueció a los suyos. Pero fue un eximio servidor del Estado. Entregó al joven Rey una nación unificada, una nobleza vencida y un

prestigio irradiante. Alguien se le acerca a Luis para preguntarle el nombre del sucesor de Mazarino. Y el Rey contesta: No habrá Ministro. Gobernaré yo.

Luis XIV bautizó su siglo. En él convergen milagrosamente una serie de circunstancias, que le dan a su reino un refulgente esplendor. El Rey es joven y sabe gobernar. Ha florecido en sus años una generación literaria que funda el imperio intelectual de Francia. Racine, enamorado de Sófocles y sabiendo de memoria los dramas de Eurípides, regresó a las fuentes clásicas e hizo revivir en melodiosos versos inmortales, los personajes griegos. Fedra, Ifigenia, Andrómaca, Alejandro el Grande.

Molière llevó a las tablas “El Misántropo”. La Fontaine publicó sus fábulas. Se oyó la voz de Bossuet, en presencia de la Corte y en presencia del Rey. “Sólo Dios es grande”, dice el Obispo.

Es una de las figuras descollantes del gran reino. Lo podemos admirar en el Louvre, en el cuadro de Rigaud, que ha contribuido como ningún libro al mito de Bossuet, “de pie, la mano izquierda apoyada sobre un infolio, como sobre las Tablas de la Leuy, es el atleta, soldado de Dios, el campeón y el baluarte de la fe en las Galias, el último de los Padres de la Iglesia...”.

Todo se corresponde armónicamente en este instante de la historia: la dignidad del Rey, los triunfos de sus ejércitos, la familia intelectual que se produjo, la irradiación del pensamiento, el estilo de la vida, la majestad del Palacio, el ambiente que creó.

“Las principales instituciones humanas exigen símbolos exactos y fuertes. Cada fase distinta de tales instituciones requiere sus propios símbolos y Versalles es el símbolo de la monarquía francesa, cuando no necesitaba de torres ni de muros para defender su corte”.

Los príncipes europeos quisieron todos reproducir en pequeño el esplendor de Versalles. Ese es el foco irradiante. No hay descompensaciones, en ese largo minuto de la historia. Y se crea una correspondencia milagrosa, entre los versos de Racine, las hazañas de Condé,

la administración de Colbert, la palabra bíblica de Bossuet, las escalinatas de Versalles, el sondeo milagroso de Molière en los misterios del corazón humano, las avenidas, los pensamientos, la milicia, la persona del Rey.

Un joven poeta, contemporáneo de este resplandor, Andrew Marvell, no se dejó deslumbrar y escribió a propósito de Versalles: “¡Por qué el hombre entre todas las criaturas se construye tan desproporcionadas mansiones...?”

Las bestias tienen sus justas guaridas
y los pájaros apropiados nidos,
la casa de bajo techo de la tortuga
en su propia concha de carey.
Ninguna criatura ama los espacios vacíos
y sus casas son la medida de sus cuerpos.
Sólo el hombre, las quiere superfluas, extendidas,
demanda más espacio vivo que muerto,
y se pasea en sus espacios huecos
donde los vientos lo mismo que él, pueden perderse.

¿Qué necesidad tiene de todos esos mármoles que enmarcan la frívola reunión de la podredumbre...?

—

El heredero del Rey iba a ser un burgués, nacido en las postrimerías del Reinado, llamado Voltaire. Fuertes corrientes intelectuales, están trabajando el orden antiguo. Ha aparecido una nueva clase, enriquecida en el comercio, la banca y la colonización. Se ha formado lentamente un ubicuo y poderoso personaje, que anda de incógnito: la opinión pública.

La inteligencia no opera dentro de la órbita del monarca y el resplandor intelectual no se proyecta desde Versalles, sino en París. París

es la capital de la nueva clase. Versalles es la capital de la Monarquía, mal custodiada por los antiguos nobles convertidos en cortesanos.

Voltaire siembra sus dudas. Es escéptico. No ataca frontalmente el sistema. Pero sonríe sobre los principios y pilares que lo sostienen.

¿La Religión...? Hay muchas religiones. Vamos a describirlas... ¿Sistemas de gobierno...? Existen todas las especies más variadas. Viaja a Inglaterra. Allí observa las instituciones. La Monarquía controlada por el Parlamento. Estudia a Newton y a Locke. Se inicia en el pensamiento científico experimental.

Concurre a la bolsa de los valores. Este intelectual es un hábil hombre de negocios. Observa que allí hay convivencia entre los mahometanos, los cristianos ortodoxos, los católicos, los anglicanos. Se declara intolerante enemigo de la intolerancia, en fanático apóstol contra el fanatismo. Se convierte en el jefe de la primera de las alas del batallón filosófico, como dice Taine. La otra está guiada por Diderot y la tercera por Rousseau.

Le corrige los versos a Federico II. Prologa su libro en contra de Maquiavelo. ¡Qué correspondencia entre el Rey, prusiano y el escritor parisiense...! ¡Qué alabanzas mutuas! Uno y otro se cortejan. El Rey lo invita a pasar una temporada de Sans Souci. Pero allí se aburre Voltaire. ¿Qué puede hacer en esa Corte de soldados colosales, de rudos generales y de intelectuales sin *finesse*? Añora sus salones y sus amigas. Regresa a Francia, pero allí es mal visto por esa época. Se instala en Ferney, en un recodo de Francia, que le permite dar una zancada para pasar a Suiza y sustraerse a las autoridades de Su Majestad.

Es un viejo risueño y pícaro, amante de la vida, escéptico, a quien Dios le otorgó a raudales, la verba fluyente, la gracia y la ligereza. No tiene densidad. Pero es alígero, saltarín, todo lo envuelve en un estilo grácil que corre como una fuente. En veces la fuente está envenenada. Es un diablillo. Sus ojos vivaces le saltan en las órbitas, el rostro dema-

crado, las piernas esqueléticas, en su mano hay una pluma, que brilla y salta, ávida de reproducir en signos sus pensamientos.

Desde su retiro de Ferney se ha convertido en el confidente de los príncipes, en el defensor de los humildes, en el símbolo de los tiempos racionalistas, en el consultor de los poetas. Escribe millares de cartas, joviales, insidiosas, ligeras, sobre todos los temas, cuentos, poemas, dramas, alegatos, historias con gran sentido de la perspectiva. Investiga las costumbres, estudia la vida de los pueblos, detesta a Rousseau, desvela a los jesuitas, lo obsesiona Pascal. Nada en él es aburrido. Es el geniecillo de los tiempos nuevos, que se burla de todo. Ha creado su Monarquía, con sus agentes y corresponsales. Desde Erasmo nadie ha poseído este inmenso imperio intelectual. Ama la vida, el progreso, la física, las ciudades populosas, la riqueza, las damas bonitas, la conversación. Conversa. ¡Quién hubiera podido oírlo! Cuando escribe está conversando, con su gorro de dormir que le da ese aire de mago maligno.

Pero ya va a morir el frívolo patriarca. Sus admiradores quieren que no se despidan de la vida, sin que vuelva a ver a París, sin que París lo vea. Se ha iniciado una suscripción para su estatua. Lo invitan a su propia apoteosis. En la comedia francesa se representa su drama “Irene”. Voltaire se enterneció, cuando al entrar al teatro, constelado de joyas y de rostros, iluminado como un acuario impresionista, la multitud lo saludó como a un héroe, como a un divino viejo, ante quien los abates modernistas se prosternan para pedirle la bendición. La canija y pícaro deidad del siglo filosófico.

En efecto, era su última visita. Pocas horas después, Voltaire moría, el 31 de mayo de 1778. El cura de San Sulpicio no quiso darle sepultura cristiana. “La familia ordenó que embalsamaran el cadáver. Se le vistió, se le peinó, se le montó en una carroza arrastrada por seis caballos, se le sentó en ella como si estuviera vivo. Se le instaló cerca un “valet de chambre”, que mantuviera derecho ese esqueleto. Y en

camino... la muerte reía. Una última vez se había escapado. Tenía un primo abate y sería enterrado en la capilla de una Abadía. Fue su última ficción y su última mentira...”

Un librero le propone a Diderot traducir el libro del inglés Chambers, “Universal Dictionary or art and Sciences”. Diderot acepta. Pero su plan es mucho más ambicioso. Quiere escribir una obra más amplia, producto de un trabajo en equipo, con un pensamiento inspirador y coordinador. Llama a D-Alambert. Aparece el prospecto y el prólogo. Se trata de popularizar los conocimientos. Las grandes deidades que presiden la tarea son: Bacon, Newton, Locke.

“La obra enciclopédica es la toma de posesión por los filósofos del siglo XVIII, de un mundo que en sí mismo permanecerá desconocido y que acepta como tal renunciando a aprehender su realidad profunda. Se limitarán a acumular hechos para disponerlos después en un orden enciclopédico. Una vez que tengan ordenado aquello de que se han apoderado, verán transformarse el universo de los objetos en algo conocido, en un conjunto de datos científicos, de hechos debidamente comprobados, en algo que el hombre tiene en su mano y que le pertenece”.

La intención es colocar al hombre en el centro del universo:

“Si se destierra al hombre y al ser pensante y contemplador de encima de la superficie de la tierra, este espectáculo patético y sublime de la naturaleza no es ya más que una escena triste y muda. El universo se calla. El silencio y el aburrimiento se apoderan de él. Todo se convierte en una vasta soledad en que los fenómenos inobservados pasan de un modo oscuro y sordo. Es la presencia del hombre lo que hace interesante la existencia de los entes. ¿Por qué no introducir al

hombre en nuestra obra como está situado en el universo...? ¿Por qué no haríamos de él un centro común...?

Las ideas de los filósofos comienzan a germinar. La clase burguesa se ha ilustrado. Los nobles no se hallan vinculados a la provincia, que ha dejado de tenerlos como guías para darles el paso a los intendentes. Si se adquirió la riqueza, ¿por qué no puede aspirarse al Poder...?

La primera característica de la Revolución: la universalidad. En el primer artículo de la Declaración de los Derechos del Hombre se dice: Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos.

No se refieren los revolucionarios específicamente a los franceses. Es un evangelio universal que se desea establecer. Las nuevas Tablas de la Ley.

La Revolución no se limita a las comarcas de Francia. No basta que los franceses sean iguales. Pasan a ser conquistadores, a nombre de la libertad. No hay diferencia entre pueblos, todos los pueblos son libres. Hay un momento dramático en que la Revolución salta las fronteras, busca la expansión. El diputado girondino Isnard lo define:

“Si se suscita una guerra de los reyes contra Francia, vosotros promoveréis una guerra de los pueblos contra los Reyes...”.

Al iniciar su libro magistral sobre el Antiguo Régimen, Alexis de Tocqueville dice:

“Si se buscan cuáles son las causas de estos cambios importantes, que los franceses han operado, sea por sus armas, sea por sus escritos o sus ejemplos, se descubre entre otras, ésta, que hay necesidad de considerar como la principal: desde hace muchos siglos, todas las viejas naciones de Europa trabajan sordamente por destruir la desigualdad en su seno. Francia precipitó en ella la Revolución, que marchaba difícilmente en todo el resto de Europa. La primera, vio claramente lo

que quería hacer, mientras que las otras no hacían sino sentirlo, entre vacilaciones de duda. Agarrando al paso las ideas principales que corrían en el mundo desde hace cinco siglos, formuló la primera sobre el continente de Europa la ciencia nueva. Osó decir lo que los otros no se atrevían sino a pensar y lo que soñaban en una lejanía oscura, Francia no vaciló en intentarlo desde hoy...”.

¿Hubieran podido pasar las cosas de otra manera...? ¿Hubiera podido realizarse la Revolución sin su dramatismo...? ¿Sólo a costa de la sangre y del Terror podían imponerse sus ideas...? La escuela reaccionaria inglesa, encabezada por un pensador de primer orden, Edmund Burke, no lo piensa así. Los revolucionarios franceses, nacidos todos de un siglo filosófico, erigieron a la Razón en una diosa infalible y consideran, en consecuencia, que la sociedad humana puede reconstruirse desde sus cimientos en un plan abstracto. El inglés piensa en cambio “que la fuente de la ley no es solamente la Razón sino el dictado del pasado. Hay algo más poderoso que la Razón y es la experiencia, la duración”.

“Nuestra constitución es prescriptiva —dice Burke—, se deriva tan solo del hecho de que ha existido desde tiempos inmemoriales. La prescripción es el más sólido de todos los títulos. Es una presunción a favor de cualquier esquema de gobierno establecido, el que una nación haya florecido y existido desde mucho tiempo atrás bajo él. Una nación es una idea de continuidad que se prolonga en el tiempo. Y es... no una elección tumultuosa y voluble sino una elección deliberada de las edades y las generaciones. El individuo es necio, la especie es sabia y cuando se le da tiempo, la especie como tal obra bien”. Para el francés la libertad es una sorpresiva flora de fuego brotada el 14 de julio. Para el inglés la libertad es un privilegio heredado como cualquier otro. “Mantenemos y transmitimos nuestros gobiernos y nuestros privilegios, de la misma manera que gozamos y transmitimos nuestra propiedad y nuestras vidas”.

—

La Convención decide que Luis XVI ha de ser juzgado por ella. Se inicia el proceso. Frente a las miradas hostiles y curiosas, se sienta en el banco de los acusados. El rostro enflaquecido, flácido, ajado por los días del cautiverio y las huellas que le han dejado esos meses de tormenta. El destino se ha encarnizado con un monarca bondadoso y perplejo, el último de los Capetos. Sus ascendientes gobernaron a Francia por mil años. Y ahora está ahí, frente al cerco hostil de sus enemigos.

—Luis, la nación francesa os acusa, dice en alta voz el Presidente. Se os va a dar conocimiento del acta enunciativa de los delitos que os son imputados. Podéis sentaros.

“Aislado en medio de la multitud que lo rodea y que lo observa —dice Mortimer Ternaux—, no tiene un amigo, un servidor del cual pueda recibir algunos cuidados, algún consuelo. Se ve obligado a implorar la piedad de uno de sus enemigos declarados. Viendo al Procurador Síndico de la Comuna, Chaumette, que come un trozo de pan, se aproxima a él y le solicita en voz baja el favor de participar con él su humilde alimento. Chaumette se muestra temeroso de que se pueda pensar que se trata de una confidencia, que le pueda ser imputada como crimen. Echándose hacia atrás le dice a Luis en un tono áspero: —Solicite en voz alta lo que quiera, Señor.

—Yo solicito un trozo de pan, responde el Rey con dulzura. Con gusto, le dice en voz más suave el joven energúmeno. Es una comida de espartanos. Si yo tuviera uvas, le daría la mitad...”

El 20 de enero de 1793, comunican a Luis XVI la sentencia:

La Convención Nacional declara a Luis Capeto, último Rey de los Franceses, culpable de conspiración y de atentado contra la seguridad general del Estado.

La Convención Nacional declara que Luis Capeto sufrirá la pena de muerte.

Le conceden autorización para despedirse de su familia y para llamar a un sacerdote.

Hasta media noche, bajo los sórdidos muros del Temple, Luis permanece con su confesor, el Padre Edgeworth. A las cinco de la mañana se verifica la misa. El Rey, como cristiano viejo, comulga devotamente.

A las ocho de la mañana, suena el tambor. En el patio de los templarios se reúne la guardia. En las ventanas, ojos llorosos lo despiden para siempre. Se inicia el cortejo.

El trayecto del Temple a la Plaza de la Revolución dura una hora. El abate Edgeworth le entrega a Luis un breviario, indicándole la página en la que se hallan las oraciones de los agonizantes. El Rey, con la cabeza baja, las recita como un murmullo. Ha llegado a la plaza. La multitud a la expectativa. Ahí está el odiado Capeto. Los verdugos quieren apoderarse de él, pero Luis los rechaza quitándose él mismo su vestido y su corbata. Se pone humildemente de rodillas al pie del Ministro de Dios. Recibe la última bendición. Se dirige hacia la escalera que sube al Cadalso. Los ayudantes lo detienen y quieren sujetarle las manos. ¿Qué pretenden hacer?, exclama el Rey... “—Atarle las manos...”.

“—¿Atarme a mí las manos? Yo no consiento en eso. Es inútil. Estoy seguro de mí mismo”. El abate le dice:

“—Hay que hacer este último sacrificio. Es un nuevo rasgo de semejanza entre Su Majestad y el Dios que va a ser vuestra recompensa”.

Luis se somete y tiende sus manos a los verdugos. Sube resueltamente las escaleras que lo separan de la plataforma y grita desde ella:

“—Franceses... yo soy inocente. Perdonó a los autores de mi muerte. Ruego a Dios que la sangre que va a ser vertida no caiga jamás sobre Francia. Y vos... pueblo infortunado...”.

En este momento un oficial a caballo ordena que los tambores redoblen, para ahogar la voz. Los verdugos se apoderan de la víctima

y la lanzan bajo la fatal cuchilla. La cabeza cae y el verdugo Sansón la recoge y la muestra al pueblo.

El pánico coro se oye: “¡Viva la Nación!”

Ha muerto simbólicamente el Antiguo Régimen.

Después del Capeto viene el Terror y la anarquía. Se produce una terrible explosión de individualidades sombrías o egregias. En los Clubs políticos se disputan la palabra, bajo la cúpula de los templos profanados, centenares de oradores, que se consideran uno a uno, depositarios del genio de la Revolución. De la Convención Francesa sale un centenar de biografías, todas ellas con interés. La muchedumbre existe, implacable e hirviente, pero el individuo está ahí, conservando su fisonomía. Tiene sus rasgos, su voz, su carácter.

Cada uno de los nobles y de los revolucionarios, ante la muerte tuvo una actitud personal, disfruta. La guillotina tenía su aureola, su “mise en scène”, su dignidad, por decirlo así. Devoró uno por uno a los enemigos o a los hijos de la Revolución. No devoró muchedumbres. Entre ese espectáculo, a plena luz del sol, en la Plaza de la República, y la sombría asfixia en las Cámaras de gases, o el pistoletazo en la nuca de los personajes del “Cero y el Infinito”, hay el contraste de dos épocas.

La anarquía iba a producir, como lo predijo Rivarol, el soldado de fortuna. Se iba a producir el mito, el gran mito de los tiempos modernos.

La Providencia dispuso que Bonaparte ascendiera, siguiendo la línea de un arco y se encontrara milagrosamente su existencia con el arco convergente de la Revolución. Hay una coincidencia entre la Revolución y su hijo afortunado. Se encuentra en el preciso momento histórico. Las armas republicanas son conducidas heroicamente a Italia por el joven general de Arcole El sueño de Luis XIV lo realizan

los jueces de su biznieto. La paz es deseable para la Francia exhausta, pero no a cambio de la reversión. Se necesita un soldado que afiance a la República, frente a la Europa conservadora y que ponga fin al Terror y al gobierno concupiscente del Directorio. Ese hombre llegó de Egipto, tostado por el sol de las Pirámides.

“Tenía la piel más morena que a su partida. Adoptó la moda de los cabellos cortos. Todos sus compañeros venían curtidos, tostados, enjutos. Los ojos de Bonaparte eran hundidos, las mejillas huesudas, el aire enfermizo. El brusco cambio del clima, los primeros fríos, la humedad del otoño le habían hecho impresión. Pero su alma de fuego lo sostenía y a través de la débil envoltura, ponía alrededor de él un resplandor. Una llama brillaba en sus ojos y algunas veces su mirada se hacía soñadora, melancólica, la mirada del hombre señalado por la fatalidad y predestinado a lo extraordinario. Todo en él atraía la atención y lo distinguía. Era glorioso y extraño. Su piel quemada por el sol y curtida con el viento del mar, su acento corso, lo bizarro de su traje extravagante, esa cimitarra pendiente de su cintura, hasta la ortografía aún mal precisada de su nombre, que los unos escribían *Buona-Parte* y los otros *Bonaparte*, le daban un aire exótico y detrás de su flaca silueta, se creía ver todo un horizonte de luminosos países conquistados, de rojos escuadrones vencidos, de enemigos que huían y se ciudades violadas, de victorias obtenidas muy lejos, bajo cielos ardientes...”

Reunía todas las condiciones. Había surgido de la ola invasora de la igualdad. Era un hijo de la Revolución. Tenía una leyenda. Era capaz de restablecer el orden. Los revolucionarios sobrevivientes ya no tenían impulso. A la diosa del gorro frigio, preferían algo más concreto, la seguridad.

No importaba que Bonaparte ascendiera: ascendía del pantano. No importaba que se coronara. En él se coronaba la igualdad. Su vertiginosa carrera constituía un desafío de los iguales a los reyes de derecho divino, a toda la vieja Europa, el Hannover loco, al Romanoff

parricida. A los Hohenzollern recién venidos, a los Habsburgos humillados en Marengo. Tan eficaz como la guillotina jacobina que echó abajo las cabezas, fue la espada napoleónica que echó abajo los tronos.

Y después de su muerte, la leyenda y el mito. El gran mito de la edad moderna. Desde el momento en que sus cenizas llegaron de Santa Helena, para refugiarse en el rosado sarcófago de mármol, bajo la cúpula de los Inválidos, y Víctor Hugo cantó su gloria en versos arrolladores, y Thiers relató fríamente su epopeya, Bonaparte pasó a ser un mito, alimentado por sus hechos y por su Memorial, escrito sobre el peñasco.

“En esa isla sin árboles y bajo el clima de los trópicos, era el Rey Lear, proscrito, perseguido por sus hijas. Sus hijas eran sus ideas, el recuerdo de sus grandes acciones... Profesor de energía. “Yo tengo el don de electrizar a los hombres”. Cuando los años hayan destruido la obra de ese grande hombre y que su genio ya no aconseje ni a los pensadores ni a los pueblos, porque todas las condiciones de la vida social e individual estarán modificadas, una cosa subsistirá: su poder de multiplicar la energía... La tumba del Emperador para los franceses de veinte años no es un lugar de paz, la fosa filosófica donde se deshace un pobre cuerpo que se agitó mucho en vida. Es la encrucijada de todas las energías que se llaman audacia, voluntad, apetito. Desde hace cien años, la voluntad dispersa se concentra sobre este punto. No se oye aquí el silencio de los muertos, sino un rumor heroico”.

El 28 de junio de 1914, el Príncipe de Mónaco se encontraba como visitante de honor, en la compañía de Guillermo II, asistiendo a las regatas de Kiel. “El Emperador tomaba parte en una competencia y estaba lleno de esperanza de ganar el premio. De repente un bote de vapor, a bordo del cual se encontraba el ayuda de campo del Empe-

rador, Almirante Von Miller, acelerando la velocidad, se esforzó por unirse al navío que llevaba al soberano. Guillermo II hizo señales a Von Miller de que se alejara. Pero el ayuda de campo continuó. Se aproximó, tomó su cigarrillera, colocó un papel y lo lanzó sobre el “yatch” del Emperador. Era el telegrama anunciando el atentado de Sarajevo”.

Austria quiso castigar a Servia. Rusia declaró que la suerte de Servia no le era indiferente. Alemania manifestó que respaldaba a Austria y previno a Rusia. Francia anunció que estaría al lado de Rusia. Inglaterra notificó a Alemania que debía respetar la neutralidad de Bélgica. Alemania contestó que para su defensa no podía garantizar esa neutralidad. Rusia movilizó sus ejércitos contra Austria. Alemania movilizó contra Rusia. Francia tomó las medidas defensivas frente a Alemania. Bélgica se vio ante un ultimátum. El ultimátum a Bélgica decidió a Inglaterra.

En realidad los enemigos que desean arreglar cuentas pasadas (recordemos la primera escena de César y Ariovisto) son: Alemania y Francia.

El 1° de agosto de 1914, aparecieron en las calles de París publicados unos boletines que decían: “Extrema urgencia. Orden de movilización general. El primer día de la movilización es el domingo 2 de agosto”.

El Embajador alemán en París, Schoen, comparece ante el Ministro de Relaciones Exteriores, Mr. Viviani y le dice: “Aviadores franceses han volado sobre Alemania y lanzado bombas sobre Karlsruhe y Nuremberg. Estos hechos constituyen un acto de agresión, violación del territorio alemán y obligan a Alemania a declararse en estado de guerra con Francia”.

En la Cámara de Diputados, sacudida por la solemnidad de la hora, el Ministro René Viviani lleva la voz del Gobierno:

“Saludo a la Francia de todos los partidos confundidos hoy en la religión de la Patria. Saludo a la Francia que lleva, en una mano que

no tiembla, la bandera que abriga nuestras esperanzas. Elevémonos a la altura de los gloriosos recuerdos de nuestra historia. Seamos hombres. ¡De pie!... Enfrentemos a nuestro destino, en una aclamación a la Francia inmortal...”.

Ha sido designado jefe de los ejércitos el viejo y experimentado general Hoffre. Se inicia una ofensiva de las tropas francesas en Lorena y Alsacia. Pero llega el alud, de fuego y de acero, preparado desde los tiempos de Rismarck. Bélgica resiste heroicamente. Detiene algunas horas el paso del inmenso ejército. Sus ciudades bombardeadas y arrasadas. El 24 de agosto, Von Kluck atraviesa la frontera de Francia y se dirige hacia París. El golpe mortal ha de recibirlo la gran ciudad. ¿Qué hacer...? El gobierno decide trasladarse a Burdeos. Se delibera sobre la suerte de la capital. ¿Se declara ciudad abierta...? No. Habrá que luchar en ella y por ella. El General Galieni toma las medidas de la defensa. Hay que salirle al encuentro al germano, que se halla a pocos kilómetros de París.

La masa alemana es aplastante. La artillería mortífera. Avanza pesadamente hasta el Marne. Los parisienses son convocados para la lucha decisiva. Los taxis se aprestan para salir hacia el frente. La población responde al llamado patriótico. El ejército tiene a su cabeza un general de experiencia. Los corazones han sido templados en la prueba. No pasarán. La gran batalla, en un frente de un centenar de kilómetros, dura una semana. Joffre, al cabo de ella, puede decir en un comunicado:

“La batalla que se está librando desde hace cinco días, se termina en una indiscutible victoria”.

El pueblo francés se ha erguido en un súbito “*elán*”. Los alemanes no pasaron.

Cuando se discutió, años después, quién era el autor de esta victoria decisiva, que frenó en seco al ejército germano, interrogaron a Joffre. Y el Mariscal contestó: “Yo no sé quién ganó la Batalla del

Marne, pero si se hubiese perdido, sí sé quien tendría la responsabilidad ante la historia”.

A partir de esa lucha heroica, en la que París logró salvarse milagrosamente ante la mortífera avalancha, se inicia la guerra de trincheras. A lo largo de los kilómetros, quedaron enfrentados los dos ejércitos, disputando un metro, un centímetro, una colina, una casa de campo, el paso de un río. Los dos ejércitos se sepultaron en las trincheras, a vivir en el barro, sobre camastros improvisados. El todo, las granadas, los meses interminables, el hambre. Tres millones de hombres habitaron esos fúnebres corredores subterráneos, habitados de ratas. Los soldados se convirtieron en infra-hombres, sucios, enlodados, famélicos, familiarizados con la muerte, con el estruendo de los cañones, las iluminaciones de la ráfaga. Avanzan reptando. Dejan la piel y el uniforme al pasar las alambradas. Cantan victoria cuando han conquistado unos pocos metros o desalojado al enemigo, en la línea inmóvil, hacia otra trinchera. No se extingue el entusiasmo ni el ardor en medio de ese infierno. La juventud francesa dejó allí su sangre. Esa es la generación que falta en la historia de Francia. Uno a uno fueron cayendo en esas tumbas abiertas. Un millón de hombres sucumbieron en la más grande de las batallas de la historia, en defensa de Verdún.

Es el momento más emocionante y conmovedor de nuestra historia, dijo Valéry. Jamás conoció Francia una tal iluminación de su profunda unidad. Nuestra nación, la más diversa y una de las más divididas, aparece a cada francés una, en el mismo instante. Nuestras disensiones se desvanecen. Todo se resuelve en Francia pura. Muchos se extrañan en su corazón de amar hasta ese punto su país. Y como acontece cuando un dolor sorpresivo despierta un conocimiento profundo de nuestro cuerpo y nos aclara una realidad que era naturalmente insensible, así la fulgurante sensación de la existencia de la guerra hace reconocer y aparecer a todos la presencia real de esta patria,

cosa indecible, entidad imposible de definir en frío. El sentimiento de patria es posiblemente de la naturaleza de un dolor...

“La guerra no puede ser el drama precipitado y convergente que fue una vez. Hay que agotar al adversario en detalle, división por división, y herir en la profundidad de las naciones, detrás de las líneas al último hombre, el último centavo, el último átomo de energía. La guerra no es una acción. Es un estado, una manera de régimen terrible, está domiciliada, pero desgraciadamente lo está entre nosotros...”

Este es el pueblo que los romanos incorporaron hace veinte siglos a su civilización: detuvo el ímpetu de los soldados de Mahoma, pobló su territorio de torres feudales y catedrales góticas, abrió sobre la Edad oscurecida el faro intelectual de París, partió heroicamente a la Cruzada, vivió uno de los momentos cenitales de la cultura bajo el reinado del Gran Rey, encendió en los pueblos con su patética revolución la llama de la libertad, creó el único mito legendario de la historia moderna y vertió la sangre de sus jóvenes en la trinchera del Verdún.

Veinte siglos de historia que no ha concluido y que logra el milagro de ser la única que todos los pueblos sienten en parte como suya. La que pudiéramos llamar la Historia Universal de Francia.

Este libro fue compuesto en caracteres Garamond
Premier Pro 12 puntos, impreso sobre papel beige de 70
gramos y encuadernado con método Hot Melt, en el mes
de junio de 2012, en Bogotá, D.C., Colombia
Xpress estudio gráfico y digital.



En los años de juventud, salpicados por las memorias del colegio y la universidad, muy pocas veces se tiene la oportunidad de vivir los temas de los procesos de educación, entendiendo “vivir” como el proceso sensible, en la piel, en cada uno de los sentidos. Y ¿qué importancia tiene esto? Probablemente, a simple vista, ninguna, ya que al fin y al cabo es la ilustración, la aprensión del conocimiento lo que se busca. Sin embargo, cuando se tiene la vivencia, como la describo antes, surge un nuevo y grandioso elemento y es el de sentirse participe del tema, del proceso, del pro-

tagonista y llegar a percibir angustias, dolores, amores, sueños. Esto es posible, lamentablemente, en ocasiones muy limitadas; la que más podría acercarse a este análisis, es la actuación. Creo que las percepciones sensoriales, casi epidérmicas, son de nuestra esencia como seres humanos pero cuando se combinan todas, se llega a una experiencia única.

Con el profesor Abelardo Forero Benavides uno llega a oler la pólvora de las guerras, el perfume de María Antonieta, a escuchar los discursos de los actores de la historia, a ver las tonalidades del mar o la seda de los vestidos. Esa es la diferencia. Hace ya más de cuarenta años, junto con un condiscípulo del Colegio del Rosario, Carlos Duarte Dupuy, tuvimos la preocupación de que todas esas vivencias pudiesen desaparecer y nos empeñamos en convertirlas en pequeños Cuadernos de Cultura, que con el paso de los años, continuaran respirando, llenando los espacios con sus contenidos. Finalmente lo hicimos y hoy, para celebrar el Centenario del nacimiento del Maestro, nuestro querido Colegio las ha querido reproducir; en ellas encontrará el lector los momentos que nuestro profesor quiso esculpir en nuestras memorias.

Hay que agregar que el primer actor de este ejercicio fue el mismo doctor Abelardo. Eso fue lo que nos transmitió. Él vivía cada reunión con sus alumnos, era capaz de trasladarnos, como el mismo se trasladaba, al momento y a las circunstancias en que la historia sucedía. Vivíamos juntos cada episodio.

Guillermo González Lecaros

